

calibrite

colorchecker CLASSIC



ANDRES CARNEGIE

INGLATERRA
juzgada por un americano

Traducción de ADOLFO F. FERRANDO



BARCELONA
TORIBIO TABERNER, Editor
Calle Rosellón, núm. 224
1906

Inglaterra juzgada por un americano



A.

Caro

UNIVERSITÄT
MÜNCHEN
BIBLIOTHEK
MÜNCHEN
UNIVERSITÄT
MÜNCHEN

SE 1911 S

Lib. V. da
L. cer. a. ca.

Publicaciones de La Vida Literaria

Gramática Práctica de la Lengua Inglesa, por J. Meca Tudela — El libro más práctico publicado hasta el día para el estudio de este idioma con la pronunciación figurada en español de las voces inglesas.

Un elegante tomo de más de 300 páginas en tela: 5 pesetas.

Cálculo Mercantil y Teneduría de Libros, por Luis Martorell (oficial de Administración militar). — Método práctico de contabilidad y cálculos, con procedimientos abreviados de todas las operaciones y una explicación teórico-práctica de Teneduría con la que cualquier persona puede aprender la partida doble — Un tomo encuadernado: 6 pts. — Id. en rústica: 5 pts.

Teodoro Roosevelt

El Ideal Americano.

Las dos Américas ó la Vida intensa.

La Vida en el Rancho.

La Conquista del Oeste.

Andrés Carnegie

El Triunfo de la Democracia.

Inglaterra juzgada por un Americano.

El dominio de los negocios.
(Modo de hacer millones).

El A B C del dinero.

Doctor Lacombe

Estudios económicos

La cuestión de los cambios.

Luisa M. Aleott

Biblioteca blanca

Las Mujercitas.

Las Mujercitas casadas.

Los Hombrecitos.

La Provincianita.

Los hijos de la tía Pepita.

M. R. Blanco Belmonte

De la Tierra Española.
— Libro en el que el conocido literato Blanco Belmonte ha reunido una serie de preciosos cuentos ilustrados por Pujol Hermann.

Forma un elegante tomo de 272 páginas en papel vergé, cubierta en tricornia, que recomendamos á los aficionados á la buena literatura. — 3 pesetas.

Es propiedad del Editor

ANDRES CARNEGIE

INGLATERRA
juzgada por un americano

Traducción de ADOLFO F. FERRANDO



BARCELONA
TORIBIO TABERNER, Editor
Calle Rosellón, núm. 224
1906

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVIÑO, 18.—BARCELONA



PREFACIO

*Dedico estas páginas á
mi heroína favorita.*

A MI MADRE

La publicación de este libro hace necesarias algunas palabras aclaratorias.

En su origen fué impreso en edición particular, destinada únicamente á ser distribuída entre un contado número de amigos, de los que algunos habían tomado parte en el viaje que en el libro se describe y otros, aunque no habiendo concurrido á él, deseaban conservarlo como un recuerdo de días dichosos.

No es difícil persuadir á uno de que su obra, después de haber sido acogida favorablemente entre el círculo de los íntimos, merece aparecer ante un público más numeroso y en este caso se ha encontrado el autor, contribuyendo más á inclinarle para que autorizase la reimpresión, el hecho de que la primera edición estaba agotada y que no tenía manera de atender por tanto á las numerosas peticiones de ejemplares que recibía.

El objeto primitivo que el libro tuvo, debe excusar el carácter francamente personal que el relato tiene, y que difícilmente podía modificarse de no proceder á una revisión total del texto, cosa para la que el autor no disponía de tiempo, ni de las condiciones necesarias. De aquí que, aparte de algunas supresiones ó adiciones que han pa-

recido indispensables en esta nueva edición, el conjunto no haya sido variado.

En la confianza de que sus lectores al recorrer sus páginas participarán en algo del placer que sintieron durante su viaje «los alegres excursionistas» y haciendo votos para que todos vivan lo bastante para *ver sus naves regresar al puerto* y permitirse un paseo análogo, el autor termina declarándose su más sincero amigo.



INGLATERRA JUZGADA POR UN AMERICANO

Hace ya mucho tiempo; nos permitíamos cantar aún aquello de: «Somos todos jóvenes, y alegres, alegres y jóvenes», y el mundo entero se abría esplendoroso á la fantasía de Dod, Vandy, Harry y del que escribe estas líneas, cuando á pie y con la maleta al hombro recorrimos el Sud de Inglaterra. ¡Qué excursiones hicimos!

Era primavera, cuando oímos al mismo tiempo que las campanadas de la media noche, al señor Prudencio que regañaba hasta casi perder la paciencia, murmurando:—¿Crees acaso que porque eres virtuoso no ha de haber ya ni pasteles, ni cerveza? No por cierto, señor Barbagrís; habrá además jengibre caliente cuando se tenga la boca seca». En aquel tiempo, en realidad, como dijo el poeta:

«La cascada retumbante me atraía con apasionamiento; la imponente roca, la montaña y el bosque sombrío y profundo, así por sus colores como por sus formas eran entonces para mí lo más apetitoso; eran un sentimiento, un amor que no necesitaban ningún otro condimento raro, que el que la imaginación ofrecía y que no llevaban consigo interés para otra cosa que para la mirada».

Durante esta excursión á pie, fué cuando anuncié un día que *así que mis naves hubieran regresado al puerto*, tenía el propósito de pescar

en coche, desde Brighton hasta Inverness, á algunos de mis más íntimos amigos.

Al poco tiempo de esto aparecieron las *Aventuras de Faltón*, de William Black, para demostrar que un escocés había adivinado cuán idílico podía ser un viaje semejante.

Era aquella una idea que en aquellos días lejanos tenía mucho de castillo en el aire, de verdadero ensueño, pero ved cómo se ha realizado.

En mi opinión, el mundo está en un completo error por lo que toca á los castillos en el aire. La gente se queja siempre de que esos castillos que se forja no se realizan nunca, pero no deben culpar de ello á nadie más que á sí mismos, pues es que no sabe reconocerlos cuando se presentan convertidos en hechos. «El día presente, no es más que un rey disfrazado», dice Carlyle. La mayor parte de los hombres p seen los castillos que se forjaron en el aire, lo que hay es que no tienen olfato suficiente para darse cuenta de ello. Dad sino una mirada en derredor vuestro.

Ved, por ejemplo, á Vandy. Cuando recorrimos á pie, la alegre Inglaterra, llevaba él una muy modesta carta de crédito bien asegurada en un cinturón ceñido alrededor de su persona sagrada (pues era siempre quien llevaba los fondos y era sin ninguna duda un bueno y celoso cajero) era entonces un pobre estudiante y había que oírle filosofar, mientras nos miraba de pies á cabeza á los otros dos que habíamos tenido un poco de suerte en las fundiciones y nos habíamos lanzado á los negocios.

—Gran César!—exclamaba—hijos míos; si alguna vez llego á tener mil quinientos dollars de renta! (Esta era la fortuna que de una manera vaga suponían tenía yo en circunstancias ordinarias).—Gran César! ¡hijos míos! repetía d jando caer el puño sobre la tosca mesa y haciendo saltar de los vasos algunas gotas de cerveza, no será

á mí á quien vean trabajar como á vos y á Harry.

El castillo en el aire, era pues para Vandy de mil quinientos dollars al año. Pues bien, ya veis que ingresa en su caja muchos miles al mes y todavía se afana. Ahí tenéis á la diosa riéndose á hurtadillas de la broma que ha jugado á Vandy, que tiene su castillo en el aire, pero que no sabe siquiera cómo está formado.

Ved ahora á miss Fashion. ¡Qué encantadora era cuando balbuceaba para describir el castillo que forjaba en sus ensueños! Se reducía á una bonita quinta, con macizos de rosas blancas y rojas junto á la puerta, ó de rosales silvestres trepando en forma que dibujaran un nudo de amor, para simbolizar el ideal amoroso, el apoyo y la dependencia recíprocos, el blanco sobre el rojo. No necesitaba una gran instalación, ni numeroso personal de criados: un solo caballo (es verdad que quería siempre que fuera de gran talla), un elegante coche, un jardín inmenso y mucho dinero en el bolsillo. En este punto no había la menor vacilación: necesitaba medios para procurarse las mejores revistas y un libro nuevo, fuera el que fuese, cada mes. Además quería un marido joven, de los más trabajadores, pero no demasiado rico, á fin de que le quedara la satisfacción de combinar planes para hacer mucho con poco.

Vedla hoy: tiene un marido millonario, un palacio con fachada de piedra labrada, media docena de caballos, una casa de campo y palco en la Opera. Pero... ¿qué queréis? No sospecho siquiera que ha realizado sus ensueños, como no se fija tampoco en que la vejez se acerca furtivamente.

Amigos míos, la diosa Fortuna raras veces niega á los que la invocan lo que le piden y más aún; pero ¡cuán estupefacta debe hallarse ante la ceguedad de sus adoradores que siguen acercándose á rogar ante sus altares sin darse cuenta siquiera de que sus primeras peticiones han sido satisfechas!

La Fortuna necesita algún tiempo para preparar los presentes que destina á tantos peticionarios, las dádivas que más convienen á tal ó cual de ellos, pero si os fijáis de cerca, veréis que antes de que lleguen á su destino y por muy de prisa que aquélla vaya, los mortales insensatos han dejado ya de dar valor á aquellos regalos, cuya llegada consideran ya una burla y lloran por obtener otras cosas.

Si los Destinos son malévolos, como enseñan las antiguas religiones, ¡cómo deben divertirse ante la locura de los mortales!

Imaginaos un Espiritu de Bondad, hablando confidencialmente con la Fortuna á propósito de la miseria y del descontento de los hombres. Dirige una mirada confusa á nuestros desengaños, á nuestros apuros y, lo que es más triste, á nuestros arrepentimientos y acusa á la diosa de ser autora de tantas desdichas:

- ¿Por qué habéis hecho eso?—le preguntaría.
- Mirad á los Destinos que rien sardónicamente.
- Sin embargo, yo les dí lo que han pedido.
- Pues aquellos rien, rien y rien.
- No es culpa mía.

Ved á ese miserable, á ese infortunado, que en su insomnio se vuelve y revuelve febrilmente sobre su almohada y que pasa todas las horas que está levantado en los juegos de azar de la Bolsa donde se absorben sus poderosas facultades. Esposa, hijos, hogar, música, arte, educación, todo se ha olvidado. Un tiempo fué un hombre brillante, que prometía maravillas y tenía talento; nació entre los árboles y la verdura de los campos; pasó la mañana de su vida en la campiña y entonces oía los murmullos de la naturaleza y su corazón sabía responderles; descansaba bajo la sombra fresca del follaje, erraba á la aventura por los claros de los bosques, paseaba en barca por los ríos tranquilos y murmuradores que dan á los prados fertilidad, y aun

hace algunos años, volvía de vez en cuando á contemplar sus cuadros sintiendo todavía el poder de sus encantos. En una palabra, reconocía la verdad de aquellos versos del poeta:

«Al que, enamorado de la naturaleza guarda simpatía hacia sus aspectos visibles, le habla ella un lenguaje variado. Para las horas en que se siente alegre, tiene una voz que expresa la alegría y una sonrisa y una elocuente belleza. Penetra suavemente en sus meditaciones más melancólicas, con ternura de saludable simpatía y atenúa secretamente su amargura antes de que él mismo lo haya sospechado siquiera.»

—Pedía medios para vivir decorosamente entre sus iguales—sigue diciendo el Destino,—pedía con que asegurar el bienestar de sus padres en la vejez, algunos centenares de dollars al año, cuando más, y le he dado eso y otros muchos miles. ¡Ja, ja, ja! Silencio; miradle, no ha comprendido la broma. ¡Oh! Sí, intentad explicársela si tenéis gusto en ello: no tiene tiempo de escuchar, ni oídos para oír, ni ojos para ver. No, no tiene siquiera una alma para comprender vuestro lenguaje; pierde en el New-Jersey Central, está en descubierto en el Reading... ¡Dios os bendiga! Necesita hacer uso de todas sus fuerzas si quiere salvarse de la ruina.

¡Era capaz, decís, de entenderse con vos en la juventud, hablaba vuestra lengua, no lo dudo! También entonces conocía el latín y sabía oraciones que murmuraba sobre las rodillas de su madre. El latín se olvidó; las oraciones quedaron y hasta han aumentado, porque sus temores y sus necesidades de egoísta se han multiplicado desde la época en que era un niño ignorante é inocente y tiene muchas más cosas que pedir á Dios para sus proyectos ahora que se ha convertido en un hombre listo y que se supone que sabe mucho.

Y ellos, los Destinos se frotan las manos.

—He aquí otra criatura mortal—responde aún el Destino á la buena Hada. Miradle adornado con todos los colores de la moda veleidosa, observad su mirada altanera y fija en alto, su aire convencional, su sonrisa nerviosa, insignificante, melindrosa, la misma hoy, que ayer y mañana. Es un poco de todos y no es por entero de nadie. Vedle en su habitación. ¿Por qué está tan mohina? ¿A qué esos ojos tan tristes, esas facciones sin expresión, sin carácter? ¿Qué gusano le roe el corazón y le hace la existencia tan desagradable?

También ésta, al venir al mundo, era una criatura brillante y feliz, creció en el amor á la música y á los pájaros, con una pasión por las flores, por todos los encantos de la naturaleza; era cariñosísima para papá y mamá y la verdadera personificación del Amor para cuantos la rodeaban. Había que verla cuando tenía trece años. Parecía un rayo del cielo, era la luz del sol donde quiera que hubiese sombras, tenía tanta naturalidad, tanta cordialidad y una risa alegre como el ruido de una cascada; en sus oraciones más secretas sólo pedía alguien que la amase lealmente y que tuviera una pequeña fortuna para poder vivir modestamente y sin ostentación. Era una buena muchacha.

—Le concedí lo que me pedía y más—dice el Destino.—Su castillo en los aires era muy pequeño, yo le envié uno magnífico; es cortejada, adulada, ha recibido todos los presentes que está en mi poder darle, y sin embargo, languidece entre ellos. Las frutas de su jardín, lleno de plantas raras, no tienen gusto para ella; son verdaderamente frutos del Mar Muerto que se convierten en cenizas al llegar á sus labios. Ha entrado en la corriente de la moda y su alma no conoce de ella más que las envidias y las desilusiones. Podéis hablarle como en otro tiempo, decirle que hay aún algo noble en esta región de

la existencia humana donde dominan los impulsos del deber, que hay ciertas cosas que no sólo son superiores á la moda, sino que siendo distintas de ella son más elevadas que el tocado y la ostentación. No os comprenderá.

Ofrecedle un ramo de violetas. ¿Percibe algo más que el olor, que su perro siente tan bien como ella? Acaso percibe algo del placer íntimo, en el perfume de heno fresco y recién cortado que recuerda las horas inocentes de otro tiempo, la fresca brisa que acariciaba sus mejillas en los días alegres de la infancia y comprende esa prueba sensible de la bondad divina que las flores, obra suya, encierran siempre entre sus pétalos para los que conocen su lenguaje.

—Me adornaré con ellas para el baile de esta noche.—Ved en todo y por todo á qué se reduce el amor que esta señora profesa á las flores.

Enseñadle un cuadro en el que el cielo tenga más sitio que la tierra y en que haya reflejos de una luz que jamás ha brillado sobre el mar, ni sobre costa alguna, y si el artista está de moda calificará de *bonito* lo que es grande.

Se trata de música. ¿Es la ópera? ¡Oh! ¡Sí! Irá, es la moda.

Pero invitadla á oír un *oratorio* que conmueve el alma y que contiene más religión que veinte sermones, ó á saborear una sugestiva sinfonía. Le es imposible ir; un compromiso anterior se lo impide. ¡Cómo! ¿No suponéis por qué? Allí *no se puede hablar*.

Y no obstante, esta mujer, en otro tiempo sabía tocar música con sentimiento, cantar con expresión y hacer los encantos de sus jóvenes amigos, pudiendo decirse con verdad de ella:

«¡Oh! verla y oírle cantar, no sé cuál de ambas cosas es más divina. Los rasgos de su rostro tienen un canto: modula sus gestos con la suavidad del aire; la boca se mueve con el canto y al igual que éste y cuando llega á las notas más be-

llas de sus ojos se desprende el encanto de la música y es en ellos donde parece que vibra».

Y ahora ¡hasta qué extremo ha decaído!

—¿Tiene hijos?—pregunta la buena Hada.

—No—responde el Destino.—No somos en absoluto desapiadados. Si hubiéramos dado hijos á una mujer semejante, ¿cómo habíamos de atrevernos á miraros de frente? Algunas veces, no obstante, se cree necesario llegar hasta tal extremo, pero en tales circunstancias recomendamos las pobres criaturas á los cuidados únicos del Padre Supremo, porque de la madre no obtienen ninguno. Mirad, ahí hay un hombre que ha rogado tanto por tener un hijo y heredero que se lo hemos dado: el resultado lo tenéis allá abajo. ¡Dios del cielo! ¿Por qué habrá hombres tan temerarios en su ceguera que piden algo, sea lo que fuere? Sin ninguna duda, la oración: «hágase vuestra voluntad», es bien preferible.

Voy realizando mi tarea bastante peor que Sterne en su *Viaje sentimental*, y al paso que llevo no llegaré nunca al término.

He tomado como punto de partida la tesis de que los Destinos tienen, después de todo, bondad y no que carecen de ella. Por lo menos, mis castillos en el aire no han sido más que fruslerías, comparados con las realidades y nunca ni aun en los días de mis más locos ensueños, pude suponer que el paseo en coche á través de Inglaterra tomase las proporciones dignas de un príncipe, de una excursión en un gran carruaje, en el que amontoné una docena de mis más queridos amigos.

Mi ensueño se había limitado á un modesto faetón, á un cochecillo de dos ruedas, pero la Hada ha querido que el carruaje tenga cuatro á razón de una por cada dos de los compañeros que miraba como imprescindible que hicieran el viaje conmigo.

Pero es preciso contar lo más brevemente posible la historia del vehículo.

Fué en el verde mes de Junio, el primero de dicho mes, y año de gracia 1881, cuando el magnífico buque *Bothnia* (de la línea Cunard, conste así) mandado por el capitán Mac Micken (francoescocés y excelente marítimo inglés), salió de la futura capital del mundo hacia las costas de la alegre Inglaterra.

El *Bothnia* llevaba numerosos pasajeros, pero había entre ellos once que se salían por completo de la generalidad, á juzgar por la opinión que unos tenían de otros.

Durante algunos meses antes, yo había disfrutado del placer más intenso que se puede imaginar, hablando con cada uno de ellos de una sorpresa é invitándoles para que acudieran al cuartel general, Windsor Hotel, Nueva York, el 31 de Marzo y de que estuvieran dispuestos para el embarque.

El día de San Valentín la Prima Donna recibió una misiva concebida en términos muy á propósito para hacer latir su joven corazón, y he aquí un breve extracto de su agradable contestación:

«Tres meses para soñar, tres meses para vivir y luego todo el resto de mi vida para recordarlo; soy la más dichosa de las mujeres. Lo único que me ocurre, es que no puedo convencerme de que todo eso va á realizarse».

Otra invitación se envió á Davenport, en el Iowa, y á vuelta de correo recibí esta contestación:

«Que si quiero ir á pasar tres meses en el Paraíso en coche! Instrumento de la Providencia! Consiento en ello».

¿No es encantador hacer tan dichosos á los amigos?

Puerto de Nueva York 1.º de Junio de 1881.

A bordo del vapor *Bothnia*.

Paso lista: La Reina viuda, que manda el grupo, pues en nuestra familia no está en vigor la

ley sálica; miss J. J. (Prima Donna); miss A. T., que hace las funciones de intendente ó mayordomo; M. y Mad. Mac C.; M. y Mad. K. (los Trovadores de Paisley); M. B. T. V. (Vandy); M. H. J. P. (nuestro Leopardo); M. J. C. Mac. C.; organizador general; total once, incluyendo el que escribe estas líneas dispuestos á todo.

¡Suenan las campanadas! Se derraman lágrimas, y se cambian besos. La masa del buque se anima con el soplo vital, sintiéndose las pulsaciones de su corazón poderoso. Se suelta el último cable que nos sujetaba á tierra. Los centenares de pañuelos que se agitan en el muelle van cada vez divisándose menos distintamente, pero nosotros persistimos en ver, entre los que los agitan, la silueta delgada y graciosa de mis C., que pertenece á nuestro grupo; pero que no nos acompaña más que en espíritu porque su deber la retiene, con grande y unánime pesar nuestro por cierto.

Los pañuelos que desde el puente del buque hacen señas, dicen á los amigos que están en tierra: «Cuán lentamente navegan nuestras almas. Cuán pronto hace velas nuestro buque.»

El *Bothnia* volvió la proa hacia el Oeste y se lanzó por el desierto gris y melancólico del Océano llevándose el alegre grupo de los Faetones.

Mientras atravesábamos la bahía, tres vapores se cruzaron con el nuestro, cargados de esa gente la más emprendedora que produce Europa, de esos emigrantes que vienen á buscar en el seno generoso de la gran República los beneficios de la igualdad y la justa recompensa de un trabajo honrado.

¡Oh! ¡Tierra bendita! Lo más selecto del viejo mundo acude á tus costas, para llevar hasta proporciones mayores aún tu grandeza ya segura: ¿Es que vienen todos atraídos únicamente por las ventajas materiales que se les ofrecen? No lo creo.

Persisto en afirmar como conclusión de estas consideraciones, que los más inteligentes entre ellos, sienten agitarse en sus pechos el sentimiento de la verdadera virilidad y se enorgullecen ante la idea de que van á formar parte de un pueblo poderoso, de un gobierno fundado en la igualdad natural de los hombres y exento de todo despotismo militar, de toda diferencia de clases.

Hay algunos vestigios de servilismo en el hombre que vive satisfecho en un país donde existen clases superiores.

¡Oh! ¡Vosotros! Los que os habéis constituido en amos de los hombres en Europa. ¿No sabéis acaso que están agonizando las dinastías y las jerarquías? ¿Estáis sordos hasta el punto de no oír los truenos y ciegos hasta no ver los rayos que de vez en cuando anuncian la tempestad que va á preceder al reinado del pueblo?

Todo es en este mundo según cada uno las toma. «Puesto que así es, está bien», excelente máxima ésta para los viajeros, pero los Faetones la han perfeccionado y la primera resolución que votaron fué:

«Todo lo que es, resulta encantador; todo lo que sucede y también todo lo que no sucede, es igualmente encantador, procuraremos no molestar á nadie; lo admiraremos todo y cosa por cosa; un mísero regañón nos divertirá, si es que se puede ser regañón ante nuestras sonrisas; el pan duro y la cara poco afable sólo servirán para recordarnos nuestros banquetes en el hotel Windsor; la misma privación de toda comida, será mirada como una buena broma; la lluvia será bien recibida teniendo en cuenta que es necesaria para que crezca el trigo; un día frío será considerado como reconfortante y una jornada calurosa será bien acogida porque nos recordará el verano de nuestro país y hasta una neblina escocesa será á propósito para hacernos reflexionar acerca de

los caminos misteriosos de la Providencia».

Tales eran nuestras disposiciones cuando partimos. ¿Podían habérsenos ocurrido otras mejores en aquel momento?

Este es un lugar oportuno para pasar por alto... la travesía del Océano. Todo el mundo la cuenta después de su primer viaje a Europa y no hay familia que no la conozca por las largas descripciones que de ella hacen en sus cartas los que se han ido al Antiguo Mundo. Pero cuando se ha atravesado el Atlántico veinte veces, se considera tan fuera de razón molestar á los lectores narrando este viaje, como describiendo el que se hace en ferrocarril desde Nueva York á Chicago.

Tuvimos una hermosa y apacible travesía, pues aun cuando algunos de nosotros parecieran un tanto preocupados, la mayoría disfrutó completa satisfacción.

Para el que se encuentre á gusto en el mar, el Océano es la más grande de las diversiones, pues invariablemente le sucede que se siente volver á sus mocedades, mientras está sobre las olas; se siente lleno de entusiasmo; anda como un monarca por el alto puente; desafia la tempestad, la mira de frente y se alegra; recuerda canciones de heroísmo; el buque se convierte para él en un ser vivo, y si el monstruo hunde la proa ó levanta la popa, le parece que estos son los saltos de un caballo de pura sangre que conoce á su jinete.

Muchas personas sienten todo esto y afortunadamente figuro entre ellas; pero hay muy pocas señoras que estén á su gusto á bordo.

Sin embargo, los viajeros soportaron bien el viaje, aun cuando uno ó dos dieron muestras de ser malos marinos.

Una mañana bajé para visitar á varios habitantes del piso inferior al mío y administrarles mi remedio favorito, y por pálidos, por abatidos que estuviesen los pacientes, ni uno solo dejó de recibirme con una sonrisa enfermiza y de darme las

gracias después de haber repetido varias veces la fórmula cabalística: «Esto marcha de un modo encantador».

El que no ha navegado nunca por el Atlántico durante un temporal violento, merece ser compadecido. Ya parece casi ridículo hablar de tempestades hallándose á bordo de un monstruo como el *Servia*. Neptuno puede ya blandir su tridente, con ello nos hará reir, pues en nuestros días nos burlamos ya de sus pretensiones; ha andado ya mucho por el camino hacia donde van todas las cosas y sus bramidos más salvajes producen poco más ó menos el mismo efecto que la última bula del Papa, que oímos con sorpresa, pero sin temor.

La humanidad no ha hecho en ningún ramo progresos tan sensibles, de veinte años á esta parte, como en la navegación á vapor, y no tanto aún desde el punto de vista de la velocidad, como desde el precio de los transportes.

El *Persia*, que era en otro tiempo el mejor buque de la línea Cunard, ha necesitado un gasto de 35 dollars, por cada uno de los que han costado sus sucesores. El *Servia* transportará al otro lado del Océano treinta y cinco toneladas por cada unidad de diez toneladas que había que pagar para que los condujese el *Persia*. Esto es verdaderamente una revolución que pone los productos americanos en las mismas costas de la Gran Bretaña.

Recientemente la harina fué transportada de Chicago á Liverpool por 48 céntimos el *barrel* (2'50 francos los 100 k.) El colono del Illinois está por tanto tan cerca de los principales mercados de Inglaterra, como el labrador inglés que cría su trigo á cien millas de la ciudad á la que lo lleva por ferrocarril, y por otra parte, el manufacturero inglés que fabrica barras de hierro, está tan cerca del mercado de Nueva York como su competidor de las márgenes del Hudson.

Algunas buenas gentes de la Gran Bretaña que tienen bienes inmuebles creen que la competencia americana toca ya á su máximum. ¡Pobres almas sencillas! No ven que sólo está empezando.

No se puede pasar un día en el mar sin encontrarse con algún americano que se duele de que el pabellón estrellado y rayado haya sido comercialmente barrido del Océano. Esto me recuerda invariablemente la fábula del león y la tortuga.

El león se paseaba orgulloso por la costa, como rey que está seguro en sus dominios: la tierra. La tortuga se burló de él diciendo: ¡Oh! ¡Vaya un mérito! Poco cuesta andar por la tierra. ¡Vaya! probad de hacer lo mismo en el agua.

El león probó y el resultado fué que la tortuga pudo alimentarse á sus expensas por espacio de muchos días

América no puede hacer más que el ridículo si pretende ir al mar; este es el dominio propio de Inglaterra.

«Su morada es la cresta montañosa de las olas. Sus caminos consisten en franquear las profundidades».

No hace mucho precisamente que hemos sostenido una conversación á propósito de la construcción de algunos buques para formar una marina americana, y en ella sostuve que vamos á prepararnos para proporcionar buques al enemigo, si es que somos lo bastante locos para tener alguno, pues se necesitan dos locos para que se corra el peligro de una guerra. Salvo en el caso de que América adopte la resolución de modificar radicalmente su política republicana, consistente en mostrar á la humanidad los triunfos de la paz, bastante más gloriosos ciertamente que los de la guerra, y de que acepte las ideas de un gobierno monárquico, ninguna necesidad tiene de una escuadra. Pero si quiere dejar la situación única

es que se encuentra entre las naciones y descender hasta el nivel de los pendencieros, que construya armadas como las de Francia y la Gran Bretaña, porque los buques de una potencia marítima débil están destinados, sin la menor duda, á ser la presa del más fuerte en tiempo de guerra, y en tiempo de paz no sirven para nada.

Cuando reflexiono en lo que constituye la verdadera gloria de América, mi ánimo se fija desde el primer momento en esto: en que no tiene escuadra que merezca este nombre y en que posee apenas un buque de guerra cuya inutilidad sería absoluta en el caso de que tratara de ponerse en servicio activo, lo que no nos permite á fe entregarnos á esperanzas belicosas.

¿Con qué fin se lanzaría América á seguir el ejemplo de naciones brutales, batalladoras, que están aún bajo la influencia de las ideas feudales, que agotan sus presupuestos para ejercitar hombres en el arte de matar á sus semejantes y en construir enormes buques que no tienen otro objeto que la destrucción. ¡No! Que las monarquías hagan su juego tanto tiempo como los pueblos lo soporten; pero para la República «todos sus caminos deben ser los de la paz»; de no ser así, las brillantes esperanzas que en ella fundan las masas de Europa, se encaminarían á un lamentable eclipse.

Los viajeros conocen la alta reputación y el talento de los hombres á quienes están confiados los buques de la línea Cunard, pero ¿sospechan siquiera lo que se gasta para tener tales hombres? Se dan á un capitán 3,250 dollars anuales, á un segundo 1,000 dollars; los oficiales tercero, cuarto y quinto cobran 600 dollars. ¿A qué precio creeréis que es posible procurarse un maquinista capaz de dirigir la enorme maquinaria del *Servia*? Pues el maquinista-jefe tiene 1,250 dollars de sueldo. ¿Habéis visto trabajar á los fogoneros allá en el fondo del buque? ¿Conocéis

una faena más ruda que aquella? Su coste: treinta dollars al mes.

El precio de compra de un buque de acero, y en nuestra época no hay que pensar en otros, es aproximadamente la mitad menor en el Clyde que en el Delaware. El acero puede producirse en Inglaterra á un precio inferior por lo menos en la mitad á lo que cuesta aquí. No es por consiguiente de ahora que América obre muy cuerdatamente quedándose en tierra.

En el punto en que nos encontramos es una distribución muy equitativa: la tierra para América; el mar para Inglaterra.

Viernes 10 de Junio de 1881.

¡Tierra! ¡Tierra! Estaba allí la larga y oscura nube baja, que no era tal nube, sino el contorno de uno de los países más infortunados, la desgraciada Irlanda, condenada á la maldición por la tentativa bien intencionada de Inglaterra de establecer en ella ingleses.

El ensayo hecho en el Norte de Tweed debió haberle servido de lección. Los conquistadores no pueden gobernar como tales un pueblo que tiene instituciones parlamentarias y periódicos, cosas ambas que no pueden quitarse á los irlandeses y que llegan á imponerse siempre. Podréis conseguir mantener respetuosos á los esclavos por espacio de algún tiempo, pero desde aquel instante es preciso que les gobernéis como esclavos y el pueblo irlandés se ha elevado sobre esa condición. A medida que se aleja de la condición servil y que se acerca á la humana, no tiene más remedio que manifestarse más y más la impotencia de Inglaterra para gobernarla.

Oigo á algunos americanos reprochar á los irlandeses sus convulsiones y sus luchas; el verdadero reproche que hay que dirigirles es el de que no se baten la mitad de lo que debieran.

¡Véase si no á mi heroica Escocia! Que mister

Gladstone, que es uno de los nuestros y de los más queridos, envíe allí un inglés como *lord Advocate* y que éste tenga la audacia de proponer en el Parlamento alguna medida contraria á los deseos de los representantes escoceses y se verá entonces como todas las rebeliones de los irlandeses son juego de niños al lado de los procedimientos radicales que Escocia empleará para acabar la intervención inglesa, que no podría sostenerse un solo minuto.

Lo mismo sucedería con Irlanda. Si tiene los elementos de un gran pueblo, no se someterá jamás. En menos de una generación Irlanda puede entrar en la confederación británica con tanta lealtad como Escocia: la única condición necesaria es que sea tratada como esta última lo ha sido por Inglaterra.

Así pues, que la isla Esmeralda combata contra los intentos para sujetarla de Inglaterra, como ha combatido Escocia, y el resultado podrá ser idéntico; á saber: que Irlanda se gobernará á sí misma, como lo hace Escocia, por medio de sus representantes debidamente elegidos por el pueblo. «A este arreglo habrá que llegar» y mientras más pronto mejor será para ambas partes litigantes.

Llegamos á Liverpool el sábado por la mañana.

¡Cuán agradable es desembarcar en una costa extranjera y ser saludado en el muelle por buenos amigos! ¡Las bienvenidas á Inglaterra que nos daban eran de tan buen augurio!

M. y Mad. P... habían sido nuestros compañeros de travesía; un vagón especial les esperaba para llevarles á Londres, pero decidieron no ir, teniendo la suma bondad de ponerlo á disposición de M. J. y de su familia, que habían sido también nuestros compañeros de viaje afortunadamente y que á su vez nos lo ofrecieron, resultando así que empezamos nuestro viaje al otro

lado del mar en condiciones más favorables de lo que esperábamos.

Para aquellos de nosotros que no habían acabado de hacerse cargo de lo que era la isla encantada, el viaje á Londres hizo el efecto del despertar después de ensueños de dicha. Se habían imaginado Inglaterra muy hermosa y sus sueños iban volviéndose realidades, pues precisamente los paisajes que atraviesa la línea del Midland son muy bellos y tienen más atractivos que los que se ven por otra línea.

Estuvimos desde el sábado hasta el jueves en el hotel de Westminster, en la monstruosa ciudad de Londres, siendo cada uno y cada una libres de hacer lo que les pareciera. Con este objeto y en virtud de la ley de selección natural se formaron grupos de tres y de cuatro individuos, pero nos juntábamos para almorzar y comer y nos poníamos al corriente de lo que habíamos hecho cada uno por su lado.

La Cámara de los Comunes era lo primero que llamaba la atención de los nuestros; todos estábamos deseosos de ver la «Madre de los Parlamentos».

Esto no es cosa tan fácil como asistir á nuestro Congreso cuando celebra sesión, pero gracias á nuestro amigo R. C. y á algunos otros, pudimos ir con frecuencia y las damas que con nosotros iban tuvieron el placer de que les abriera la tribuna de señoras uno de los futuros grandes hombres de Estado de Inglaterra, sir Carlos Dilke, ministro. Este ha tenido bastante atrevimiento y á mi juicio sagacidad no muy común para declarar que prefiere el sistema republicano al monárquico. El mundo oirá hablar de Carlos Dilke, si vive, si le es concedida salud y sobre todo, si se mantiene fiel á estas honradas opiniones. ¡Hay en Inglaterra tantos hombres públicos que «se bajan para vencer», olvidando que lo que han obtenido con estas victorias no podrá borrar

aquel *abajamiento* «y que éste irá tras ellos durante toda su vida».

Logramos también oír hablar á John Bright, uno de los personajes del día á quienes nuestros expedicionarios tenían mayores deseos de ver y oír. Por lo que á mí toca, no había olvidado el discurso que pronunció en Dumferline, cuando no tenía yo más que siete años y recuerdo que al regresar á casa dije á mi madre que había cometido el orador una falta, pues hablando de mister Smith, le había llamado *señores*, en lugar de *señor*. Cuando le fui presentado, me causó gran satisfacción ver que no había olvidado Dumferline, ni las relaciones que allí hizo.

¡Qué gran carácter el de este fornido Cuáke-ro! Un tiempo fué el hombre más cordialmente odiado que hubo en Inglaterra; hoy los dos continentes se sienten dichosos de poder expresar le su deuda de gratitud; ha sido más prudente que su generación, pero ha vivido lo bastante para verla elevarse hasta su mismo nivel. Seguramente ningún americano puede contemplar desde lo alto de la tribuna aquella cabeza blanca sin pedir al cielo que derrame sobre ella sus bendiciones más poderosas.

Habló con Alino acerca del bill referente al permiso para los licores fuertes y opuso al citado bill las manifestaciones ministeriales. En cuanto dijo se reflejaba el más completo buen sentido. Podía llegarse á lo que se deseaba, dictando reglas acerca del tráfico y limitándolo á horas razonables, pero después de todo, el verdadero remedio consistía en una mejor educación de las masas. Había que guiar á éstas para que comprendieran hasta qué punto es indigno de hombres descender al nivel de los brutos con el abuso de las bebidas fuertes.

Inglaterra ha acabado por dedicarse á la tarea más esencial de todas, la educación de su pueblo, y puede esperarse con confianza ver que la pró-

xima generación mejorará en gran manera sus costumbres. Mi plan para dominar el azote monstruoso de la intemperancia, consiste en que las sociedades que con este objeto se han constituido, en lugar de exigir á la gente el compromiso de no probar un líquido alcohólico, se transformen ellas mismas en agencias de templanza y exijan á sus asociados que no usen aquellos líquidos más que en las comidas. Es evidente que el hombre que bebe un vaso de cerveza, de vino ó de aguardiente mientras come, no se siente mal con ello y aun creo que si se consultase al cuerpo médico, una gran mayoría sería de parecer de que hasta se siente mejor, sobre todo á cierta edad.

¿Por qué no hemos de reconocer como un hecho que todas las razas apelan á los estimulantes y que así ha de ser siempre? Lo práctico es poner reglas á esta tendencia, no extirparlo. Es necesario que el hombre futuro considere como un signo de bajeza el entrar en una taberna para beber líquidos y más líquidos. Indudablemente, nuestra raza llegará á plantearse el problema en estos términos, muchas generaciones antes de que se admitan las ideas de abstinencia completa sustentadas por M. Wilfrid Lawson.

Estas líneas fueron escritas antes de que me enterase del movimiento iniciado en este sentido por la Iglesia de Inglaterra. Realmente, gracias á sus esfuerzos se puede hacer mucho, pero por mi parte confieso que preferiría ver á esa Iglesia demostrando que toma la cosa en serio y quitando todo pretexto á los reproches que le han valido ciertas afirmaciones que se han hecho y que hasta ahora no han sido desmentidas.

Oid esta noticia, que deja estupefacto. Esta Santa Iglesia de Inglaterra posee más establecimientos de ajeno, que nadie, en el mundo; el jefe de esa Iglesia, el arzobispo de Cambray cuando va de su palacio de Lamberth á su abadía de Westminster, pasa por un centenar de

esos establecimientos (creo que habrá exageración), que son propiedad de su Iglesia y que para este negocio han sido alquilados. Se prueba también que esa Iglesia ha ido aumentando los alquileres de esas casas y con ellos las licencias anexas á medida que se elevaba la cifra de la venta de líquidos, de modo que tiene interés en desarrollar secretamente el uso de los licores fuertes como bebida, mientras al mismo tiempo se presenta ante el mundo en actitud de trabajar para disminuir el azote. Su mano derecha sabe demasiado bien lo que hace la izquierda.

Se creará que la publicación de hechos semejantes ha de bastar para que desaparezcan y así sucederá tal vez cuando esos santos poderes hayan terminado la tarea infinitamente más importante, de determinar la dimensión y forma de los vestidos, el número de cirios y la postura del clérigo que son más agradables á Dios. Antes de que la Iglesia de Inglaterra pueda ocupar un sitio preferente entre los abogados de la templanza, es preciso que consienta en lavarse de la mancha que le imprimen esos establecimientos de ajeno que posee á centenares.

El artículo de *Harper's Magazine* referente á Bedford-Square, en el que se describe de un modo brillante esta colonia digna de la Arcadia, con sus casas estéticas, su posada modelo y su club, nos sugirió el deseo de visitarla y lo hicimos una tarde, siendo recibidos del modo más cordial por miss C. (pues se hallaba ausente su marido), quien tuvo la bondad de enseñarnos aquellos terrenos y de darnos algunas explicaciones.

La verdad me obliga á confesar que quedamos tristemente desilusionados, aun cuando es probable que tuviéramos la culpa de ello nosotros mismos. Se comprende muy bien que en los grabados sobre boj que aparecen en las ilustraciones se presenten las cosas mejor de lo que son. Las casas de la tal colonia están muy por debajo de lo

que nos habíamos imaginado; la mayor parte tienen las armaduras de madera al natural ó pintada y casi todas consisten en imitaciones baratas de los edificios que ordinariamente se ven en todas partes. La falta de árboles grandes, de terrenos destinados á la ornamentación, las casas de una baratura excesiva y que tenían en conjunto un aspecto insignificante, daban á todo aquello la apariencia de una instalación reciente en los territorios ganaderos de Far-West, y no la del último perfeccionamiento de la civilización.

Esta crítica no puede hacerse extensiva de ningún modo a la botánica casa de M. C., existiendo sin ninguna duda algunas otras que son igualmente admirables. Yo no me refiero más que á la impresión general que sacamos en una visita muy rápida. Bedford-Park es sin disputa una buena idea, destinada á hacer mucho bien, lo único que hay es que difiere de lo que nos habíamos imaginado.

Los extremos se tocan. Al salir de las casas de que acabo de hablar, nos dirigimos directamente á Stafford-House, donde estábamos citados por el marqués de Stafford, quien debía enseñarnos personalmente su palacio. ¡Qué contraste! Si aquellas casas no respondieron á lo que esperábamos, este palacio en cambio superaba á lo imaginado. No creo que se haya visto jamás una escalera tan espléndida como la que hay á la entrada de este edificio, la más magnífica residencia que habíamos visto ninguno de nosotros. No tengo bastante confianza en mí para hablar de sus bellezas, ni de los tesoros que encierra. Al verla, empieza á comprenderse lo que poseía al nacer el marqués de Stafford. La familia posee en la Gran Bretaña un millón doscientas mil acres de terreno; no hay ninguna otra que la iguale por la extensión de sus posesiones territoriales. Sólo pensarle deja estupefacto. Casi todo el condado

de Sutherland le pertenece; Stafford-House es su residencia en Londres; poseen Trentham Hall y Lilieshall en la Inglaterra Central y en Escocia el soberbio castillo de Dunrobin. El marqués tiene asiento en la Cámara de los Comunes, como representante del condado de Sutherland y ¿queréis creerlo? es director y director muy ocupado del ferrocarril Londres-Norte Oeste, habiéndose asegurado que toma personalmente una parte muy activa en sus negocios.

El duque de Devonshire es presidente de la compañía del Acero de Barrow; lord Granville tiene una fundición metalúrgica y el conde Dudley es uno de los principales manufactureros, de hierro de Inglaterra. Ya véis, amigos míos que hay perfecto derecho á ser un fabricante de rieles ó un director de fundición. ¡Qué suerte! Pero hay que establecer en algún sitio una línea de separación y la encontramos entre los comerciantes. Los A. T. Steward y los Morrison, no forman parte de la *sociedad* en Inglaterra; no son más que vulgares comerciantes; en cambio, si fuesen cerveceros serían personajes y podrían esperar confiados un título de barón, por lo menos. Para la industria en grande de la cerveza, no es ningún imposible un título de par.

Asistimos á una representación del *Mesías* en el Albert-Hall y la Prima Donna estuvo de acuerdo conmigo en reconocer que desde dos puntos de vista importantes la interpretación que presenciábamos era superior á las que habíamos visto en América. En primer lugar por la forma en que atacaba el coro, que era soberbia, pues desde el primer momento alcanzaba la plenitud del volumen y la cualidad del sonido; en segundo lugar era notable la pronunciación.

En Nueva York no tenemos ningún coro que rivalice con el que hemos oído, si bien en cambio nuestra orquesta puede sostener la comparación con cualquier otra. Como es natural, las pala-

bras nos eran familiares y no podíamos tal vez juzgar si nuestras impresiones eran del todo fundadas, pues creímos que hubiéramos distinguido perfectamente cada una de las palabras aunque nos hubieran sido desconocidas.

Después de mi regreso á Nueva York he oído cantar á la Sociedad de Oratorios y me ha satisfecho en gran manera notar que el doctor Damosch ha perfeccionado mucho su coro desde este punto de vista; pero el coro inglés pronuncia perfectamente cantando y esta misma cualidad observamos en todos los conciertos así públicos como privados á que asistimos durante nuestro viaje. Si algún día me hago profesor de música el secreto que legaré como fuente de éxitos, á mi discípulo predilecto, se reducirá á una palabra: Pronunciación.

Algunos de los nuestros iban casi todos los días á Westminster, pero llevarse un plantón en el Parlamento ó en el Congreso, viene á ser lo mismo, pues los debates interesantes son raros y se suscitan muy de tarde en tarde. La rutina diaria carece de interés y no tarda uno en darse cuenta de ello si observa que todas las cámaras legislativas dejan rápidamente de atraerse la atención del público. Un debate sobre la oportunidad de conceder á la ciudad de Mandchester autorización para organizar sus servicios de limpieza como deseaba ó de permitir á Dumferline hacer trabajos para una traída de aguas, me parece tiempo perdido. El Parlamento imperial de la Gran Bretaña, tiene mucha necesidad de entretenerse en algo cuando accede á dedicar el tiempo á cuestiones que la localidad interesada puede resolver mejor que nadie. Aun en los asuntos de importancia nacional, los debates no suelen ser muy largos, porque las cuestiones han sido ya agitadas y vueltas á agitar en las revistas, que son las plazas públicas del porvenir y todo lo que puede decirse se ha dicho ya por escritores que

tratan los aspectos de los asuntos con más competencia que los jefes de partido. Cuando la *Fortnightly* ó el *Nineteenth-Century* han tratado un tema á fondo, el primer ministro sólo se levanta para indicar, en resumen, una conclusión á la que han llegado ya los Morley y los Rogers, los Spencer y los Huxley, los Giffen y los Howard.

Los ingleses tienen tendencia á poner en parangón á los americanos é ingleses que intervienen en la vida política y la balanza, evidentemente, se inclina de su lado; pero la razón de ello no puede ser más sencilla. América ha resuelto los problemas esenciales de gobierno y no se desea ningún cambio bastante importante para preocupar los ánimos de sus hombres más capaces. Durante la guerra civil, cuando se plantearon nuevos problemas y hubo que resolverlos, los hombres que se presentaron para guiar la nación, eran de una clase completamente distinta de los que han descollado antes y después en la vida pública.

Compárese á los que han colaborado en la administración de Buchanan, con los que la guerra llamó á los primeros puestos: Lincoln, Seward, Stanton, Sumner, Edmunds, Morton ó los generales de aquella época: Grant, Sherman, Sheridan, Hancock. A todos esos hombres, excepto uno ó dos de los de menor relieve, los he conocido, y he conocido también á algunos de los políticos más reputados de Inglaterra; comparándolos desde el punto de vista moral ó intelectual, no creo que haya mucha diferencia entre ellos, si es que hay alguna; pero si se trata de la originalidad, de la facultad creadora, creo que los americanos son superiores. Que pueden surgir en poco tiempo un número de hombres bastante notable para sorprender á los demás países, en el momento en que se presente alguna obra importante que realizar, sólo pueden dudarlo los que desconozcan el pueblo americano; pero ningún

hombre de verdadera valía irá á desperdiciar sus facultades comprobando las declaraciones de la Aduana de Nueva York, ni consentirá en perder mucho tiempo discutiendo los servicios de limpieza de Manchester.

Muchos amigos míos ingleses no quieren reconocer esto. Yo les digo que cuando no haya cosas grandes que hacer, cuando el conflicto con las ideas feudales y las democráticas haya terminado, lo que no tardará mucho, cuando no quede ninguna huella de privilegio, desde la corona hasta el título de caballero, entonces, los vanidosos, los débiles, serán los únicos que buscarán su elección para ir al Parlamento y se hallarán perfectamente dispuestos á ejecutar las órdenes de sus electores, como lo hacen nuestros agentes en el Congreso.

Pero no se alarmen nuestros amigos ingleses: entonces habrá menos corrupción antes de las elecciones y las gentes se dejarán seducir menos que antes por las influencias de la alta sociedad y de la corte. Donde quiera que haya verdadero trabajo que hacer se encontrarán en el país hombres de talento.

La Cámara de los Lores registra ahora los acuerdos de la de los Comunes; esta no tardará en registrar los acuerdos de las Revistas mensuales y ambas cosas son igualmente buenas. En la próxima generación los debates del Parlamento influirán tan poco en las corrientes políticas del siglo, como los rayos lanzados desde la Cátedra influyen hoy en el pensamiento religioso. Entonces, el hombre que sienta en sí mismo una verdadera fuerza, pensará tan poco en entrar en el Parlamento, que ni se preocupará por pertenecer á la Cámara de los Lores, ni al Congreso americano.

El Parlamento de la Humanidad, la federación del Universo, se aproximan paso á paso, pero su formación será impersonal.

La prensa es el parlamento universal; los *leaders* de esta forma hacen bailar á su gusto á vuestros hombres de Estado.

Esta misma ley disminuye la influencia de la cátedra. ¿Quién se preocupa de lo que predica el reverendo Mouse, en cuanto se sale de sus homilias? Tres páginas del profesor Robertson Smith en la *Enciclopedia Británica* hunden más teología en una hora que la que fabrican todos los predicadores del país en toda su vida. Si se quiere verdaderamente adquirir un poder tangible é influencia en este mundo, hay que manejar la pluma; no queda otro remedio; y realmente es esta arma más noble que la espada y que la lengua, armas estas últimas que quedarán muy pronto fuera de uso.

Uno de los días que pasamos en Londres, hicimos un alegre almuerzo con nuestros buenos amigos los C., y algunos de los expedicionarios que habían oído decir que en la capital de Inglaterra no había gran variedad en las comidas, tuvieron ocasión de cambiar de parecer. Otro día, formando una procesión muy curiosa, recorrimos no sé cuantas millas á través de las calles y barrios de Londres, hasta llegar á la residencia de nuestro amigo M. B. Ibamos en cinco coches de los llamados *hansoms-cabs*, corriendo á la desbandada; lo que me recordó la impresión que me produjeron los *jiurikischos* de Tokio, con dos Bettos, colocados en tandem, tirando de cada uno.

Mi amigo había tenido la fina, la graciosa galantería de desplegar en la ventana más alta de la casa, el pabellón estrellado, en honor de los huéspedes que llegaban de América, y la atención más delicada aún de colocar á manera de cortinaje en el vestíbulo por donde debíamos pasar y en forma que todos tuviéramos que bajar la cabeza, esa bandera que os habla de un gobierno fundado sobre la igualdad natural de los

hombres. ¡Gracias! Esas cosas conmueven el corazón, agitan la cuerda patriótica siempre dispuesta á vibrar en el alma de todo hombre bastante feliz para cobijarse bajo esa gloriosa enseña emblema del país que se siente orgulloso de llamar suyo. El coronel Roberto Ingersol, el elocuente orador, ha dicho que hallándose en alta mar, después de mucho tiempo vió flotar en un puerto el pabellón estrellado y le pareció que el aire se perfumaba de flores y de alegría; él fué también el que hace ya tiempo, dijo en el Sud: «que no había en el continente americano bastante aire para hacer flotar dos banderas.» ¡Bien dicho, coronel

¿Sabéis por qué el americano honra el pabellón estrellado con más intensidad aún que el inglés el pabellón británico? Voy á decíroslo: es porque esa bandera no es la de un gobierno que establece una distinción entre sus hijos, que decreta en favor de algunos de ellos privilegios que niega á los otros, sino que es la enseña de un pueblo que reconoce iguales derechos á todos. La bandera inglesa ha nacido demasiado pronto para tener cerca de ella á las masas, se ha presentado antes de su tiempo, en la época en que la influencia de estas últimas era débil ó nula y no se las ha consultado para nada. Ha sido como un cónclave el que la ha hecho, como lo hace un Papa y luego la ha transmitido á la nación; en cambio, la bandera americana en cada una de sus hilos lleva escrita esta garantía: «Nosotros, el pueblo, reunido en Congreso.» De aquí que éste se considera como hijo suyo y le profesa tanto cariño. Hay un hecho muy significativo para probarlo y es que nunca en los motines ó desórdenes locales han sido atacados los soldados de la Unión que llevaban la bandera nacional.

Las tropas de milicia han sido apedreadas algunas veces, pero jamás las tropas de los Estados Unidos.

Durante los más terribles trastornos que se han registrado en América, los que se desarrollaron en la hermosa ciudad de Pittsburgo, en Pensylvania, veintiocho soldados de los Estados Unidos, los únicos que había en el cuartel, atravesaron sin ser molestados, por en medio de millares de hombres que estaban excitadísimos, y creo sin ninguna duda que si entre la muchedumbre hubiera habido un solo individuo que se hubiese atrevido á poner mano sobre la bandera que llevaban, la famosa orden del general Dix hubiera sido ejecutado en el acto por sus propios compañeros. El mayor general Hancock me dijo recientemente que no tenía noticia de que nunca los soldados de los Estados Unidos hayan sido atacados por los ciudadanos. Dicho militar mandaba hace algunos años las tropas de Pensylvania, cuando ocurrieron serios desórdenes en el distrito minero y por donde quiera que se presentaba un pelotón de soldados regulares, eran respetados y reinaba la paz. El general Dix había dado esta orden: «Si alguno intenta echar por tierra la bandera, que se le fusile en el acto.» Así opinamos todos y lo mismo ocurrirá en la Gran Bretaña y también en Irlanda, cualquier día cuando se haya puesto fin al privilegio y no exista ya un gobierno y un pueblo, sino un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Este día no está tan lejano como creéis algunos de vosotros; yo os lo digo.

Pero adiós, Londres; adiós todos los pensamientos que en tropel asaltan el ánimo en vuestro torbellino poderoso; monstruo de Londres, nos sentimos muy contentos al escapar de ti.

Pero antes de partir no debemos pasar sin mencionar nuestra visita á un hombre, al que nos sentimos orgullosos de llamar nuestro amigo y del que Escocia se vanagloria, el Doctor Samuel Smiles, que ha escrito verdaderos libros, de esos que tienen gran influencia sobre su genera-

ción y más aún sobre la más joven. Burns expresaba el deseo de que «para el bien de Escocia pudiese hacer algún proyecto, algún libro ó por lo menos componer alguna canción.» Pues bien, el doctor ha hecho muchos libros que merecen este nombre y además le he oído cantar una canción en honor del buen tiempo viejo. Deseémosle larga vida, así como á su fiel compañera para que pueda velar por él.

Jueves por la mañana, 16 Junio 1881.

Estamos en camino hacia Brighton. M. y mistress B. nos acompañan; M. y mistress W se han escapado para ir á Paisley con sus hijos y en su lugar se nos han juntado M. y mistress G. Coche, caballos y criados han llegado durante la noche. Hemos tenido tiempo para visitar el incomparable aquarium y pasar lista de los expedicionarios, antes de comer.

Miss F. y yo fuimos á hacer una visita muy interesante á William Black, con quien tuve el placer de trabar conocimiento en Roma y á quien dije que un día imitaría sus «Aventuras de un Faetón».

Una semana antes de nuestra partida de Nueva York comí con el presidente Garfield en casa del secretario Blaine, en Washington. Después de la comida versó la conversación acerca del viaje que yo proyectaba y por el que el presidente mostraba mucho interés.

—Eso viene á ser las «Aventuras de un Faetón», pero en mayores proporciones—dijo.—Y á propósito ¿ha escrito Black algún otro libro tan interesante como ese? Creo que no.

Cuantos nos hallábamos presentes estuvimos de acuerdo con esta opinión.

Luego añadió:—De todos modos yo censuro á Black, pues un hombre que escribe para divertir, no tiene derecho á terminar un relato tan tristemente como lo hace con el de «Macleod de Dare».

La ficción debiera mostrarnos la vida por su lado bello, *pues ya contiene la vida real bastantes tragedias por sí sola.*

Algunas semanas después debíamos ver en el propio destino de aquel hombre una terrible prueba de lo que solemnemente había dicho y hemos subrayado. Después de todo, casi pudiera desearse morir, si el contacto de los dolores públicos debiera, como se vió junto á su lecho de muerte, hacer saltar de su tumba, como una chispa, ante las dos fracciones de la raza que hablan inglés, una verdad: la de que son hermanas. Este descubrimiento producirá en su día óptimos resultados: «Nada en su vida fué tan hermoso, como la forma en que la perdió».

La vida de Garfield no será estéril. ¡Cuántas enseñanzas hay en su historia! Siendo un pobre muchacho se abrió penosamente el camino que llevaba hasta la dignidad más alta de la tierra, la de elegido por cincuenta millones de hombres libres, posición al lado de la cual queda reducida á nada la de un rey ó la de un kaiser por poderosos que sean. Las demás naciones pueden preguntarse; ¿Dónde están nuestros Lincoln y nuestros Garfield? ¡Ah! No han aparecido en ninguna parte, sino sólo en los países donde los hombres nacen iguales; á la sombra glacial de la aristocracia, se ahogan en flor.

M. Black vino á despedirnos, pero llegó á la cita algunos minutos tarde, lo que nos supo muy mal. Si hubiésemos sabido que se proponía hacernos este honor hubiéramos esperado hasta el medio día, más, hasta el crepúsculo nos hubiéramos quedado allí. ¡Figuraos! Si nuestra partida se hubiese visto embellecida con la presencia del autor de las «Aventuras de un Faetón», con cuánto gusto hubiéramos tenido el honor de dedicarle tres aplausos en el momento de dar la trompa la señal de marcha. El disgusto que nos produjo no haberle visto, fué al menos atenuado

por el consuelo de saber que había venido. Durante todo el viaje sentimos que su espíritu venía con nosotros; muchas veces vinieron á nuestra imaginación incidentes de su encantador relato; pero como sincero cronista que soy tengo el sentimiento de consignar que entre nosotros, gente joven, faltaba uno de los rasgos más interesantes: no había enamorados, ó por lo menos no ha llegado á mi noticia que durante la excursión se adquirieran compromisos de esta clase, por más que, en lo que á mí toca, no he podido menos que enamorarme un poquito de las encantadoras damas que con su compañía hicieron delicioso el viaje.

Brighton, viernes por la mañana, 17 Junio

Pasemos lista nuevamente á la puerta del Gran Hotel de Brighton, á fin de que no falte nada á nuestro relato: M. y Mrs. B. de Londres; M. y Mrs. T. G. de Wolverhampton; miss M. L. de Dumferline; miss E. T. de Liverpool; M. y Mrs. Mac C.; miss J. J.; miss A. F.; M. B. F. V.; M. H. P., joven; M. G. F. Mac C.; la reina viuda y el que escribe estas líneas. Así se llamaban los miembros de la nueva Orden de los Alegres Faetones, que subieron en el coche en Brighton para empezar el viaje hacia las tierras del Norte en el día y hora que quedan indicados.

Y ahora, mis buenos amigos, permitidme que os lo diga: no puede asegurar que conoce la sensación más delicada que puede haber en la vida, quien por sí mismo no haya visto en el dintel de la puerta todos los preparativos terminados, los caballos (cuatro hermosos bayos) mordiendo los frenos, con los hierros de los arreos brillando al reflejo del sol, el coche completamente nuevo y limpio como un espejo, el cochero en su pescante y el lacayo en su asiento en la trasera. En tanto no ha podido uno decir satisfecho á sus amigos: «Venid á verlo; todo está dispuesto como lo ha-

bía descrito»; en tanto que no se les ha visto á todos ocupar sus puestos con el rostro sonriente, no puede decirse que se conoce aquella sensación de que os hablé.

Preguntado al ilustre escritor Isaac Walton, según creo, cuál era á su juicio la sensación que causaba placer más vivo, contestó que era la sacudida dada por un salmón de treinta libras. ¡Pues bien! No se equivocaba mucho. Yo he pescado las más hermosas truchas de la estación en el hermoso Loch Even; yo he sido arrastrado en mi esquife, en el lago del Espíritu, en el Jowa, por un sollo colosal; yo he obtenido los mejores peces del Río Muerto y realmente es soberbio; ganar cien mil dollars, no es nada comparado con aquello; pero, viejo é ilustre Isaac, hay un estremecimiento superior al que todo aquello produce.

Recuerdo que durante uno de mis agradables paseos por las faldas cubiertas de bosques de las montañas, paseos de los que conservo el recuerdo como la más preciada parte de mi herencia y en los que iba con un grande hombre, el bailio M., se puso sobre el tapete esta misma cuestión. Le pregunté cuál era la cosa que más hacía vibrar de placer, y después de ver que se quedaba como distraído durante algunos momentos, según era su costumbre ante asuntos tan difíciles, le dije:

—Tío, yo creo saberlo.

—¿Pues qué es, Andrea? (El por nada del mundo me hubiera llamado Andrew).

—Pues es esto, tío. Cuando se pronuncia un discurso y se siente uno elevado por decirlo así por una potencia divina, mucho más arriba de sí mismo, á una región donde parece que se cierne uno sin esfuerzo y en la que se siente una especie de entusiasmo que hace expresar alguna ardiente verdad que hace tiempo que se cobija en el alma, entonces, olvidando toda prudencia, toda precaución, se le ocurren á uno palabras cuya elocuencia les sorprende, palabras ardientes, inflamadas,

que os atraviesan silbando como si por las venas circulara lava. Lanzáis palabras á lo lejos y jadeando oís los gritos, las voces agudas, los murmullos convulsivos de vuestros semejantes que estallan como en un trueno para manifestar su asentimiento. Ese momento precioso que os comunica que el auditorio está conquistado, que su alma y la vuestra no forman más que una, ese momento es, en mi opinión, lo más supremo que hay en la vida.

—Vaya, Andrea, has estado acertado, exclamó el bailío, brillándole los ojos.

Más de una vez había podido apreciar esta sensación. Su sobrino no ha podido más que apreciarla de tarde en tarde y de un modo más ó menos aproximado.

La dicha que consiste en dar la dicha, es mucho más agradable que el mismo placer; en cuanto á mí no recuerdo haber conocido en mi vida momento de mayor goce que aquel en que pude ver á mis amigos ocupar sus puestos en el coche en esta memorable mañana.

Con el clima variable y caprichoso de la Gran Bretaña, el tiempo es siempre una causa de preocupación y para mí resultaba cosa importantísima, pues consideraba asunto capital que hiciese buena día al emprender la partida. Recuerdo que me levanté muy temprano, preguntándome dudoso si el tiempo sería de sol ó de lluvia; si lo primero hubiera podido pagarse á precio de oro, hubiera dado por ello una cuantiosa suma. Me biera sido fácil salir de dudas, con sólo abrir las contraventanas, pero como verdadero filósofo resolví que valía más esperar tranquilamente acostado y hacer buena cara al tiempo que el cielo quisiera enviarnos. Después de todo no tardaría en saberlo; si era lluvioso no podía impedirlo y si era bueno, tanto mejor.

Pero que se me permita dar un consejo á los que en Inglaterra son bastante impíos para pedir

al cielo que cambie sus disposiciones. No pidáis nunca que haga tiempo seco, á no ser que queráis que caigan chuzos de punta, pues en este caso vuestros deseos tienen muchas probabilidades de verse satisfechos, os lo certifico.

Nunca hubo en Inglaterra más hermosa mañana que la que me saludó cuando levanté las pesadas persianas y contemplé el mar ligeramente rizado que se extendía ante mi vista y sobre el que se veían centenares de velas pequeñas. Lleno de contento, me repetía aquellos versos mis favoritos: «El novio Océano juega con la playa, su prometida, y en la plenitud de su alegría conyugal, adorna de conchas su frente, retrocede algunos pasos para contemplar cuán hermosa está y luego se lanza otra vez sobre ella para abrazarla».

Esto era precisamente lo que hacía aquella mañana el viejo Océano; le ví entretenido de esta manera y me dije que si todos los seres de la creación tuvieran una sola boca me gustaría besarlos de este modo.

¡Todos están ya instalados en sus sitios. La reina viuda al lado del cochero y yo al lado de ella. Suena la trompa, la multitud aplaude y nos ponemos en marcha.

Recorremos una milla ó dos y todos declaran por unanimidad:—Esto va perfectamente, es más hermoso de lo que habíamos soñado. Al pasar por delante de las bonitas quintas perdidas entre las flores, las viñas y todo lo que hace de Inglaterra la mansión de las mansiones, de todos los labios brotan estas exclamaciones:

—¡Qué hermoso! ¡Qué bello! ¡Mirad, mirad estas rosas! ¡Mirad este prado! ¡Encantador! ¡Sobrerbio! ¡Exquisito! ¡Oh! ¡No he visto nada semejante en mi vida! Luego se cantan canciones. ¡Sí! Esta realidad está muy por encima de lo que habíamos imaginado! Así seguimos, mientras atravesamos Brighton y subimos la cuesta que conduce al famoso Weald du Sussex.

Mientras hacíamos la primera parada para dar de beber á los caballos en una posada situada junto al camino, de la que se aprovechaban algunos de los nuestros para vaciar unos vasos de cerveza, séame permitido presentar á dos personajes cuyos nombres ocuparán lugar importante en este relato y quedarán para siempre grabados en nuestra memoria; son dos hombres á quienes somos deudores de casi todos los éxitos obtenidos en nuestra expedición en coche. Señoras y señores: ¡Ahí está Perry, nuestro cochero! Entiende tanto en caballos y en la manera de manejarlos, que es inútil empeñarse en llegar á igualarle. Ahora ahí tenéis á Joé, á mi criado, el ayuda de cámara encargado del carruaje. Tenía una buena cabeza y la lengua bien puesta, sí, y además un buen corazón. No había nada que no pudiese hacer, nada en que no pensara por nosotros y podía hacer mucho y casi siempre se adelantaba para hacer lo que poco después íbamos á pedirle.

—¡Enganchad, Joé!

—¡Muy bien, Perry!

En el día de hoy oímos por primera vez estas palabras mágicas y pasará mucho tiempo antes de que dejen de recordar á los expedicionarios algunos de los momentos más dichosos de la vida. En este mismo instante en que escribo, me parece aún que resuenan á mi oído y que estoy perdido allá, muy lejos, en las praderas inglesas.

No tardamos en convencernos de que no hay modo más agradable de viajar, que en coche, pues de cualquier otra forma, tapan la vista los muros y las vallas, mientras que colocado en lo alto del carruaje, la visual alcanza muy lejos y hacia todos los lados. «Por encima de las espesuras de los trigos que ondulan y de los pastos verdes que separan las suaves pendientes y los bosquecillos», se ve con todos sus pormenores la Inglaterra rural y ¡qué hermoso es este país tran-

quilo, apacible; en el que reina tanto orden! «Estas hondonadas tan suaves del suelo en las que parece que Dios al hacer Inglaterra, pusiera el dedo, pero sin apretar; estas alturas y estos valles revestidos de verdura, en los que no haya nada demasiado alto, ni demasiado bajo. Estos mil repliegues de la tierra, las pequeñas colinas sobre las que el cielo puede inclinarse con tanta ternura; estos campos de trigo por en medio de los cuales se atraviesa; estos hermosos rincones de los valles, llenos de orquídeas y que animan con mil ruidos invisibles arroyuelos; todo ello me hizo creer que la patria de mi padre era digna de ser la patria de Sakespeare.

Creo que el pasaje siguiente del notable libro de M. Winter, expresa mejor que ninguna otra descripción, que yo sepa, los sentimientos que dominan al espectador ante tales panoramas:

«Si la belleza de Inglaterra fuera sólo superficial, superficial también sería únicamente el efecto que produjera; causaría un placer pasajero, que se olvidaría y no inspiraría seguramente, como lo hace en realidad, una satisfacción profunda, alegre, serena y agradecida, ni dejaría en el ánimo un recuerdo gracioso y bienhechor. El poder invencible y duradero que posee, no consiste únicamente en el encanto de la expresión, sino también el del carácter. Después de haber concedido desde el primer momento á las islas Británicas las ventajas naturales de la situación, del clima, del suelo y de los productos, la Naturaleza ha trabajado para desarrollarlas y embellecerlas, como consecuencia necesaria del modo de ser de sus habitantes. La variedad pintoresca y la calma pastoril del paisaje inglés, derivan en gran parte, del gusto imaginativo y de la afectuosa afabilidad del pueblo inglés. El estado del país, lo mismo que su constitución social, resultan de principios íntimos que obran siempre secretamente y que no dejan de confortar y nu-

trir al espíritu con una rectitud moral, sólida y permanente. Así, en la belleza que es propia á Inglaterra, el ideal se convierte en realidad, se expresa en cosas, mejor que en palabras y en cosas que van por cierto más allá de las palabras. El *Allegro* de Milton, por hermoso que sea, no lo es tanto como el paisaje y la poesía que en él ha tomado cuerpo, que ha cristalizado y ha hecho nacer aquél. Las deliciosas composiciones que se han escrito en Inglaterra, no son todas, más que el exceso, lo superfluo de sus excelencias poéticas, que se ha desbordado del corazón de sus poetas como los perfumes que se desprenden de sus setos de oxialantos. A cada paso que el viajero da recorriendo este país, se siente bajo la impresión soberana del hecho cumplido y al lado de todo lo que pudiera decirse para ensalzarlo. »

Las carreteras son un perpetuo objeto de admiración para los expedicionarios que no habían visto Inglaterra, pues decir que desde un extremo á otro, en cuantos puntos recorrimos, igualaban á las del Parque Central de Nueva York, sería quedarse por debajo de la verdad. Son comparables á estas últimas porque se hallan en el mejor estado posible, ni húmedas, ni polvorientas; rodamos sobre ellas, como las bolas sobre el billar; se resbala, más bien que se rueda; pudiera escribirse en coche con tanta comodidad como en casa, quiero decir, que pudiera escribirse, si se tuviera tiempo y no hubiese el temor de dejar pasar inadvertido algún hermoso cuadro digno de ser guardado en la memoria durante años, ó alguna broma de Aleck ó alguna bonita canción de la Prima Donna, ó algunos gorgoritos de André, ó alguna balada de la reina viuda recordando su país, ó bien sí, lo que es más posible aún, no se os ocurría á vosotros mismos contar alguna historia ó unir vuestra voz al coro ruidoso que íbamos cantando, mien-

tras el coche rodaba, porque nuestra marcha triunfal tenía un afecto tan delirante, que sentíamos todos el atrevimiento de hacer algo, fuese lo que fuese.

Me ha gustado siempre el humorista americano Artemus Ward, acaso porque he encontrado que tiene un rasgo de semejanza conmigo. Como dice una antigua canción, «cuando cantaba, no era él quien estaba más triste, sino su amigo.» Pues bien, he notado que mis amigos se sentían extraordinariamente conmovidos cuando me ponía á cantar y no recuerdo una sola ocasión en que me hayan invitado á repetirlo, descuido aparente que tal vez procedía de que me consideraban muy capaz de cantar de nuevo la misma canción. ¡Gran injusticia! Pues tengo otra de reserva para un caso semejante, si se presenta. Cuando una tonada me gusta, me aferro á ella y cuando encuentro pasajes notables en diversas canciones, todos están conformes en reconocer que los acepto y que mis gustos son eclécticos.

De todos modos, es lo cierto que nunca en el coche ocurrió nada que pudiera distraer nuestra vista y nuestra atención de aquella rápida sucesión de hermosas colinas, flores, pájaros, rebños que mugían, de grandiosas combinaciones de luz y de sombra que presentaba á veces el cielo cubierto de nubes amontonadas, del lujurioso espesor de la verdura en los bosques embalsamados de perfumes, de los prados florecientes y de las mil bellezas sorprendentes que hacen de Inglaterra, Inglaterra. Todo esto nos tiene cautivados y aleja de nuestro ánimo cualquier idea que no signifique disfrutar en toda su plenitud é intensidad, de la hora presente.

Olvidados del pasado, sin preocuparnos del porvenir, desde por la mañana hasta por la noche marchábamos en una atmósfera no interrumpida de alegría pura y sin mezcla. Nunca como entonces pudieron aplicarse tan oportunamente

estas palabras de una antigua canción escocesa: «El momento presente nos pertenece; el que seguirá no lo veremos nunca.»

Ahora que hemos logrado poner en marcha la expedición, permitidme que os diga algunas palabras sobre nuestro plan general de campaña.

El coche, los caballos y los criados están contratados por una suma semanal, en la que van incluidos sus gastos de viaje, de manera que no tenemos para qué intervenir en notas, ni contratos que con ellos se relacionen, ni somos tampoco responsables de los accidentes que pueda sufrir el material. Cada uno de nosotros tiene derecho á llevar un pequeño saco de viaje y un paquetito atado con correas; en el primero van los objetos de uso diario, y en el segundo los impermeables, los zapatos, abrigos, etc. Los alegres Turistas se ponen en camino llevando provisiones para una semana. Las maletas se envían cada ocho días al punto donde debemos pasar el domingo siguiente, de modo que cada sábado podemos recurrir al guarda-ropa y presentarnos elegantemente ataviados en la comida del domingo, á diferencia de lo que hacemos los demás días. Nos hemos convencido de que era bueno hacerlo así, pues resultaba que para nosotros las noches de los domingos no eran como las demás. Este plan no ha tenido nunca el más mínimo contratiempo, ni hemos tenido nunca la menor contrariedad por lo que respecta á nuestras ropas. El alojamiento en los hoteles se aseguraba por telegramas, de manera que el organizador general cada semana se aseguraba las habitaciones que necesitaríamos en la siguiente.

Gracias al procedimiento de la selección natural, la persona que había ya dado pruebas de genio, preparando ensaladas en varias ocasiones durante el viaje, fué designada por voto unánime para el desempeño de las funciones de *maitresse d'hotel*, recibiendo la dirección entera y

sin intervención ajena de los cestos de provisiones, conquistándose bien pronto una reputación muy merecida y dándonos diariamente la sorpresa de un desayuno muy superior á cualquier comida.

En Londres nos procuramos cestos de víveres y nada nos faltó. La *maitresse d'hotel*, cada mañana nos hacía llenar en la fonda de cuanto mejor podía encontrarse el país, vigilando personalmente estos preparativos, lo que consideraba cuestión de honor. El fino gusto que poseía la llevó más de una vez á hacer excursiones matutinas en busca de golosinas y de flores para enriquecer el almuerzo.

Aleck era el sumiller, teniendo todos gran confianza, y muy fundada por cierto, en su habilidad para manejar ese utensilio esencial que se llama tirabuzón. Es un talento de primer orden para estas cosas y nunca nos causó el menor desencanto como superintendente de las botellas.

De conformidad con las reglas más estrictas de nuestra asociación para la reforma de la administración civil, el nombramiento para las funciones más importantes fué hecho con una unanimidad halagadora para el distinguido caballero que resultó investido con los poderes y la grave responsabilidad de organizador general.

Séame permitido ahora decir algunas palabras para tranquilizar á cualquier caballero que se deje tentar por la idea de hacer en grande escala el experimento de un viaje en coche, sea cual fuere su extensión. No intentéis siquiera llevar adelante el plan si no contáis con un querido amigo que tenga la inteligencia clara, un temperamento angelical, un corazón grande y noble, y el tacto necesario para el mundo, un hombre en fin, que con tal de seros agradable, esté dispuesto á ahorraros las molestias inherentes á una excursión de este género; procurad ante todo esto, si es que esperáis disfrutar y obtener de tal viaje

un recuerdo que quede en vuestra memoria más adelante, como el de una expedición al país de las Maravillas. No obstante, si sois uno de esos hombres raros que gozan realmente con los detalles y si estáis lo bastante enfatuados de vosotros mismos para creer que las cosas no han de ir bien sino con la condición de que vuestro genio las dirija; si sois por consiguiente los antípodas de un hombre tan modesto como yo, que no hago nunca nada desde el momento en que halle otro que pueda igualarme en hacer las cosas, entonces, nada he dicho.

Por lo que á mí respecta, lo primero que me preguntaré cuando me ponga en camino, y haga el cielo que llegue el día de hacerlo y que no tarde: será esto ¿A quién voy á tomar como primer ministro? ¿Dónde está el hombre que querrá gobernar bien y dejarme en completa libertad para reír y divertirme á mis anchas con mis compañeros? La situación que ocupa un rey en una monarquía constitucional, es el ideal perfecto que debiera perseguir todo jefe. Es delicioso sentirse absolutamente seguro de que no pueden cometerse tonterías y aun de que llegará á obtenerse la infalibilidad al mismo precio que la reina Victoria la tiene, gracias á que no se le permite hacer nada. Esto ocurrió á este cronista durante su viaje en coche. ¡Hombre feliz

En una expedición de numerosos individuos, se manifestará siempre una tendencia á dividirse en grupos de cuatro ó cinco personas y aun de dos en casos extremos, particularmente si hay entre los viajeros matrimonios, primos ó amigos íntimos. Para evitar esto y conseguir que conserváramos la unidad, he rogado á cada caballero que no ocupe nunca el mismo sitio dos veces seguidas. Esta regla daba á las señoras un vecino distinto en cada comida y en el coche se lo variaba también muchas veces al día; desde

luego que del mismo modo deberá procederse en general, en las excursiones á pie, pero en éstas el organizador general, hombre de suma discreción, cerraba los ojos ante muchas infracciones, con lo que se atraía el agradecimiento de sus electores de uno y otro sexo. A la gente joven no conviene sujetarla con demasiado rigor á estas reglas, pues como sabemos todos una prudente y saludable negligencia produce muchas veces los mejores resultados. Nuestro organizador general, lo mismo que la reina viuda, eran personas de exquisito tacto.

Por lo general, nos poníamos en camino hacia las nueve y media de la mañana, variando la salida una hora más tarde ó más temprano, según fuere largo ó corto el camino que habíamos de recorrer, y ha de permitírseme consignar aquí, en honor de todos, que nunca tuvimos que esperar á ninguno de los compañeros más de los cinco minutos que se conceden en todas las líneas de transportes bien dirigidas, en consideración á las diferencias de los relojes. En cuanto se oía la trompa acudíamos todos, atravesando por entre los grupos que de ordinario se formaban en las puertas de los hoteles para presenciar nuestra partida. En las comidas, no éramos menos puntuales. Realmente era aquel un grupo modelo por todos conceptos y especialmente digno de elogios por lo que toca á no llegar nunca con retraso. La explicación que de ello daba la Prima Donna, acaso fuera la verdadera:

—¿Quién no había de querer estar preparado esperando el momento de subir al coche? Por mi parte, preferiría llegar con retraso y con mucho retraso el día de mi boda. En cuanto á los comidas hay una excelente razón para que estemos todos puntuales y es que no pueden esperar.

Verdaderamente, comíamos como halcones, sobre todo en los almuerzos teníamos el apetito pro-

verbial de la gente joven; teníamos esa hambre que se apodera de uno cuando ha pasado todo el día en la playa recogiendo conchas. Yo creía que esto había ya pasado para mí, pero este signo y otros muchos de una brillante juventud volvieron para hacer de nosotros gentiles mancebos. ¡Oh! ¡Qué días dichosos! ¿Volverán alguna vez? ¿Una segunda excursión en coche volverá á traerlos? El verano que viene volveré á estar en camino; pero se vacila en tentar á la fortuna por segunda vez ante el temor de desfigurar la perfecta imagen que dejó la primera.

En fin, veremos.

Durante la velada nos enterábamos de la etapa siguiente, sabíamos donde pernoctaríamos y lo que era casi tan importante como esto: en qué rincón bonito haríamos la parada del mediodía, lo que solía ser en márgenes de algún río clásico, de algún alegre arroyuelo ó en algún escondrijo umbrío y tapizado de musgo.

Muchas personalidades importantes de las localidades acudían invariablemente á las fondas para contemplar á los excursionistas americanos cuyo coche producía en los pueblos tanta novedad, como si hubiera sido el carro principal de la colección de fieras de Bormun. Aquella gente os indicaba siempre de muy buena voluntad cuál era el mejor camino que podíamos seguir y lo más interesante que había que ver. Los planos que llevábamos nos dispensaban de toda preocupación en lo referente á la dirección y aun llegaban á más, pues nos decían el nombre y el del dueño de cada una de las posesiones que íbamos encontrando.

Al elegir el sitio para el desayuno, conviene acordarse de los caballos, y que haya cerca una posada donde puedan encontrar comida. En lo tocante á esto raras veces tropezamos con inconvenientes; sólo en algunos casos, cuando el sitio elegido estaba muy retirado, llevábamos avena y

no sentaba mal á las caballerías haber descabezado un poco de hierba de la que había á los lados del camino y bebido en la corriente de algún arroyo.

Cuando el coche estaba parado en la banda ó en el valle y cerca de él atadas las caballerías, presentábamos realmente el aspecto de unos bohemios aristocráticos, parecía como si fuésemos egipcios de pura sangre. Pero ¿hubo nunca alguna banda de ellos más felices que nosotros, más libres de toda preocupación? ¡Cuántas veces nos pusimos á cantar á coro! «El caldero que humea delante de nosotros, sirve de centro á este corro de desarrapados. ¡Cantemos todos á coro con el alma henchida de satisfacción!—Hagamos una mueca á cuantos la ley protege—¡la libertad es una fiesta gloriosa!—los tribunales han sido levantados para los cobardes y las iglesias para placer de los clérigos »

—¡Alto para el almuerzo! Pára, Joé.

—Sí, señor.

La comisión correspondiente se apea y elige para extender los manteles el rincón de verdura que hay por allí. No hace mucho calor; no obstante nos guardamos muy bien de rehusar la sombra de un majestuoso castaño, de un abedul odorífero ó la que produce una cerca alta sobre la que se amontonan formando un magnífico lecho, masas de madre selvas, sobre las que se balancean á centenares en lo alto graciosos tallos las rosas salvajes y al pie de las cuales crecen la digital y el sello de Salomón.

Estamos todavía decidiendo cuál es el sitio donde la hierba se presenta más espesa, lo que es difícil de determinar, cuando se presentan Joé y Perry cargados con unas alfombras, de las que se colocan dos paralelamente, á algunos pies de distancia una de otra y luego una en cada extremo de éstas, formando un cuadro y dejando en el centro un espacio vacío, en el que se ve la hierba y en

el que se colocan margaritas y otras flores, que las señoras han recogido en buena cantidad. ¡Qué sencillez y qué frescura! ¡Cuán preferibles son á esos pretenciosos ramos que adornan las mesas en nuestras comidas de las ciudades! Estas son las hijas mimadas de la naturaleza, que han salido de su seno, frescas aún, mojadas por el rocío del cielo, inconscientes de sus encantos. ¡Qué hermosura tan singular tienen las flores salvajes! Son verdaderas amigas, que están cerca del corazón, mientras que las de los jardines no son más que superficiales conocidas mundanas. Dadnos las flores salvajes y guardaos las variedades más exquisitas, pues Tennyson, que fué también una flor bastante cultivada, escribió para una de aquéllas, la más grosera, aunque para un escocés merece más veneración que todo el resto del reino vegetal, estos famosos versos: «El obstinado cardo estalla en flores de púrpura lustrosa, cuyo rojo sobrepasa al de las más voluptuosas rosas de los jardines».

Y en esa obra maravillosa de nuestra generación, que lleva por título *La luz del Asia*, no ha sido ciertamente á las bellezas de los jardines, á las que se han dedicado estos versos: «¡Oh! flores del campo llamado Siddartha, las que volvéis hacia el Sol vuestros rostros delicados, dichosas con la luz, y que lo agradecéis con vuestro suave y perfumado aliento; las que habéis recibido ropas de santuario adornadas con plata, oro y púrpura; que ninguna de vosotras pierda la perfección de su existencia, que ninguna se despoje de su belleza incomparable y feliz, ¿Qué secreto conocéis que os hace vivir tan contentas, desde el estado de tierno retoño hasta la época del fruto, murmurando desde el fondo de vuestras corolas emplumadas cantos tan maravillosos?»

Podéis estar seguros de que, mientras permanecemos en aquel país, el emblema querido de la antigua Scotia, la flor tan graciosa entre todas,

la campánula azul, dominó siempre en nuestros ramos, agrupándose en derredor suyo las otras de fama menos extendida. Con la mayor sencillez del mundo, se ataban las flores alrededor de un palo, se clavaba éste en el suelo húmedo y ya estaba la mesa adornada. ¡Que lo haga mejor quien pueda!

Los viajeros se instalaban sobre las alfombras improvisándose á veces un buen respaldo, para lo cual se apoyaban unos en las espaldas de los otros, cosa que era conveniente, pues acostumbrábamos á estar bastante rato de sobremesa. En el sitio de honor se colocaba la reina viuda, sentándose sobre uno de los cestos de víveres, el más pequeño, y sirviéndole el más grande de mesa particular, resultando por tanto que tenía un asiento excelente y como convenía á su dignidad.

Joé y Perry, después de llevar los caballos á la posada, vienen con grandes jarros de cerveza espumosa y de cidra de Devonshire y con tarros de leche fresca, para que cada uno pueda servirse lo que guste.

La «maitresse. d'hotel» y sus ayudantes han puesto entretanto los cubiertos y poco después el almuerzo está preparado.

No se piensa en el requisito de dar las gracias el empezar, pues durante todo el día nuestros corazones se han desbordado de gratitud por la dicha perfecta que tan ampliamente se nos ha prodigado. No queremos mal á nadie, no meditamos nada censurable, hemos perdonado á nuestros enemigos, si tenemos alguno, pues no estamos seguros de tenerlos ya que no lo somos de nadie. Nuestros corazones se abren para abrazar todas las cosas, así las grandes como las pequeñas, nuestro solo pesar es que se nos haya dado tanto y en cambio tan poco á otras muchas criaturas, semejantes nuestras y que lo merecen más. En realidad, estas son las mejores acciones

de gracias antes y después de las comidas. «Ora mejor quien más ama todas las cosas, grandes y pequeñas, pues el Dios que nos ama, lo ha creado y lo ha amado todo.»

En días como estos, sentimos cierta indulgencia hasta para el mismo diablo, y le deseamos, como Burns, «que reflexione y se enmiende», y como dice Howells, si tuviéramos que dar nombres á los seres creados, no llamaríamos á las serpientes, serpientes», siempre que el bautismo tuviera que efectuarse durante esta excursión en coche.

No puede imaginarse el formidable apetito que produce el viaje en este clima. ¿Volveremos á tener nunca esta hambre de tigres? O mejor aún y, lo que es más esencial, ¿volveremos á celebrar almuerzos como estos?

—Dadme seis peniques, porque no tengo nada —decía el mendigo al duque.

—Mientes, mendigo; daría mil libras por tener un apetito como el tuyo.

Pues bien, señor duque, el nuestro os hubiera resultado baratísimo, aunque hubieseis pagado el doble por él.

¡Cuántas reconvencciones se oyeron un día que descubrimos á una de las damas que nos acompañaban comiéndose tranquilamente una tercera lonja de jamón fresco.

—¡Vaya, señoras! ¿Es que habéis olvidado que yo iba en el asiento delantero y que he tenido que aguantar todo el choque del aire esta mañana? ¡Magnífico! Yo había estado á su lado y con tal motivo obtuve una ración suplementaria. Los que soportaron el choque del aire fueron en su gran mayoría á reclamar durante el viaje un segundo y hasta un tercer suplemento de ración.

Aleck puso muchas veces en revolución á los que estábamos en la mesa con sus cuentos y chistes agudísimos para reunir los cuales necesitaría todo este volumen, pero me viene á la me-

moria un rasgo suyo, que fué derecho á su objeto.

Una señora que practicaba la templanza... no... la abstinencia completa, le censuró un día porque bebía un segundo ó un tercer vaso de no sé qué, diciéndole que debía esforzarse por dominar esta tendencia y asegurándole que con solo que tuviera la voluntad de resistir, el demonio se alejaría de él.

—Ya sé, señora, ya sé lo que dice el buen Libro—contestó el pícaro con aire cómico de bonachón—pero generalmente he reconocido que soy un hombre destinado á llevar su carga.

Aun cuando nos gusta el coche, no vaya á creerse que nos privamos de los placeres de la marcha á pie; no, seguramente; todos los días damos nuestro paseo. A veces los paseantes marchaban antes que el coche, desde la fonda ó desde el sitio en que habíamos almorzado y andaban hasta que les alcanzábamos; otras veces, nos apeábamos algunas millas antes de llegar al pueblo á que nos dirigíamos é íbamos andando hasta él. Este era el sistema preferido por muchos, pues llegando después que el grueso de los expedicionarios, encontrábamos las habitaciones preparadas y á los amigos reunidos en el salón esperándonos.

Las cuentas que encontrábamos eran siempre bien recibidas, pues nos ofrecían ocasión de dar un paseo ó de hacer una excursión á pie, proporcionándonos el inmenso placer que se disfruta recorriendo los senderos de los campos. Estábamos en los primeros días de Junio y muy cerca todavía «del mes de Mayo florido que de su seno verdeante alegra la pálida primavera» y los centenares de retoños «de ojos vivos y como de esmalte, que entre la verde hierba se levantan y aflombran el suelo de flores primaverales.»

No pocas veces recibió Perry la orden de esperrarnos en la parte baja de una cuesta ó á una ó

dos millas más allá para que pudiéramos pasar algunos instantes admirar más de cerca que desde el coche, las cosas bonitas que á cada paso llamaban nuestra atención.

Los placeres de la marcha á pie y los del viaje en coche eran temas á propósito para establecer comparaciones y que suscitaban discusiones por las noches. Combinando lo uno y lo otro, el resultado era la perfección, pues en un viaje como éste, se completan mutuamente. Si se estaba cansado del coche, lo que no sucedió jamás, no había nada mejor que un paso á lo largo de los cercados, dando algunas vueltas por los senderos extraviados que nos atraían por su bonito aspecto y pasando algunos minutos en la contemplación de las vueltas y revueltas de los arroyuelos que encontrábamos al paso. Algunas veces, me ha parecido un precioso cuadro, el que presentaban los expedicionarios esparcidos por algún bosquecillo, mientras el gran carruaje se destacaba inmóvil sobre el fondo del cielo, en lo alto de la cuesta esperando á que pudiéramos separarnos de sitios cuya belleza nos hubiera retenido hasta el crepúsculo.

El que viaja en coche, no debe nunca de explorar á fondo esta mina de placer.

Viajando del Sud al Norte, nos acompañó siempre un perpetuo verano de flores. Pudimos coger rosas silvestres y madreselvas en los vallados de las cercanías de Brighton, encontrándonos en todos los momentos bajo su suave influencia y las hallamos dispuestas á darnos la bienvenida en Inverness siete semanas más tarde, como si hubieran esperado nuestra llegada para presentarse con toda su belleza y saludar amistosamente á sus compatriotas del otro lado de los mares. Estas flores silvestres de mi país natal nos recibieron con sus danzas y sus risas. ¡Que Dios las bendiga!

Al llegar á la fonda, por la tarde, el organiza-

dor general inspeccionaba las habitaciones y las distribuía; Joé y Perry entregaban los equipajes á los criados; los demás nos dirigíamos directamente al salón, hasta que á los pocos minutos cada cual era acompañado á la habitación que se le destinaba. Luego se desplegaron las dos banderas americanas sobre la chimenea del salón, en el que había siempre un piano y allí esperábamos alegremente la comida.

En Escocia, el largo crepúsculo y la claridad que le sigue, nos dejaban dos horas después de la comida, para visitar el país; al regresar se concedía generalmente una hora de recreo musical y después nos íbamos á nuestros lechos en busca del sueño profundo y saludable de los inocentes días de la infancia.

Los deberes del organizador general le obligaban á entretenerse más, pues tenía que enterarse del camino que había que recorrer al día siguiente y necesitaba parlamentar con el dueño ó la dueña de la casa, según los casos.

Algunos representantes del sexo fuerte se ofrecían muy gustosos para ayudarle en esta tarea y he oído contar más de una historia acerca de las vueltas que con tal motivo dieron, pues hay algunos de mis amigos que se parecen mucho al célebre Rory Murphy, el tocador de cornamusa, que tenía un gran repertorio de viejas y bonitas canciones para encantar á las caseras que tenían buena cerveza y por estos medios mágicos atraía lo mejor de los pucheros y de los jarros de leche cuando pasaba por Dumbarton». No hay ninguna duda de que los fondistas estaban dispuestos á unirse al coro de risotadas y que los Alegres Faetones aficionados á esta especialidad, han probado lo mejor que había en todas partes, durante su viaje hacia el Norte. Puedo asegurarlo.

Una de las cosas que preocupan á todos, es la cuestión del tiempo.

—Esto puede hacerse si el tiempo es seco, pero si es húmedo, lo dudo. Esta fué la opinión de uno de mis más inteligentes amigos de la Gran Bretaña, al enterarse de nuestro proyecto. Pero en lo que toca á esto nos vimos maravillosamente favorecidos por la fortuna. Sólo un día tuvimos que sufrir seriamente á causa de la lluvia.

De vez en cuando caía un pequeño chubasco para refrescar el aire y quitar el polvo y aun mejor para evitarlo y dar á la vegetación mayor vigor. Pero ¿qué importa un chaparrón cuando se está convenientemente provisto de impermeables y de paraguas? Por otra parte, después de la lluvia, el espectáculo era magnífico y se hubiera necesitado una lluvia que durase muchos días para apagar el ardor de los Alegres Faetones.

Si es que en Inglaterra es posible hacer pronósticos acerca del tiempo, puede esperarse que ha de ser bueno en los meses de Junio y Julio. Cuando nos hubimos marchado cayó un verdadero diluvio durante los meses de Agosto y Septiembre; así al menos nos lo han dicho, pero de todos modos las comodidades son tantas, las preocupaciones tan pocas en aquel país, que siento tentaciones de creer, teniendo en cuenta la tendencia que los insulares tienen á quejarse de todo, que se exagera mucho en lo que se llama el mal tiempo.

De ello tuvimos una prueba muy curiosa. Un día oímos unos ruidos lejanos, que apenas si podía admitirse que fueran el fragor de los truenos; á la mañana siguiente tuvimos la diversión de leer en los periódicos la descripción de un terrible huracán que había atravesado aquella región.

En este país moderado, de maneras regulares y conservadoras, todo es serio y se presenta con corrección. Juno mismo os silba en pleno rostro con una voz que tiene la suavidad de la de la tórtola; en cuanto á Pluvius es menos espantoso

que el retrato que de él hacen, á pesar de que el color verde intenso de la hierba, el aspecto sonriente de los vallados, la lujuriosa vegetación que por todas partes se ve, os hablan constantemente de un clima húmedo y dispuesto á lloviznar de vez en cuando. Pero la lluvia cae muy suavemente: parece que mientras va cayendo os presenta excusas y os explica que le ha sido imposible obrar de otro modo, por cuanto las nubes no podían ya retenerla en su seno excesivamente sobrecargado.

Unos zapatos fuertes y gruesos de los que hay que tener un par de reserva, otros de goma que se ponen las señoras, vestidos interiores y exteriores de lana gruesa, un impermeable, un paraguas y un sombrero de fieltro que no se cale tan fácilmente, son las cosas que se necesitan para no tener que estar sujeto al tiempo y hacer frente á las peores predicciones acerca del clima británico, del que como ya he dicho se quejaban los naturales excesivamente.

En cuanto á nosotros, como dije ya, en todo el viaje no nos hemos visto sometidos á una prueba seria en lo que respecta á este punto. Inglaterra y Escocia no tuvieron más que sonrisas para nuestros turistas, obligándonos á declarararnos transidos de amor ante sus incomparables encantos, y á creer que la isla bendita debe ser preciosa hasta cuando llora.

Los mismos caballos, excepto uno, nos transportaron desde Brighton á Inverness, lo que sorprendió á muchos americanos, que no conocen bien las carreteras, el clima y los cuidados de Perry. Nuestra jornada diaria, descontados los días de descanso, era de treinta y dos millas y con esto, el estado de los animales se mejora, siempre que no se les obligue á correr demasiado, ni á esforzarse excesivamente en las subidas, y precisamente el deseo que siempre tenían los turistas de apearse y marchar paseando, dismi-

nuía el peso del carruaje en los puntos donde el estado del camino les obligaba á ponerse al paso, de manera que resultó que en realidad estaban mejor al terminar que cuando empezaron la excursión.

Dudo de que puedan encontrarse en ningún otro país posadas y fondas tan agradables como los que nos han servido de alojamiento, pues en todas ellas nos hemos encontrado tan bien como en nuestra propia casa. El dueño, la dueña y los criados, se agrupaban todos en las puertas para saludarnos á la llegada y del mismo modo procedieron al marcharnos deseándonos buen viaje y que fuéramos con la gracia de Dios. Siempre subíamos al coche acompañados por sus sonrisas, sus reverencias, sus apretones de manos, sus buenos deseos, que, partiendo de personas que tanto interés habían demostrado por procurarnos una marcha confortable, no eran de ningún modo un mal augurio para nosotros en el momento en que sonaba la trompeta y nos poníamos en camino acariciados por el aire fresco de la mañana.

Los escrupulosos cuidados que los fondistas se tomaban por nosotros y por cuanto nos pertenecía, son dignos de mención especial. Ni un objeto se perdió de los cincuenta paquetes que llevábamos las quince personas que constituíamos la expedición, tanto, que hasta se dió el caso de que no podíamos desembarazarnos de los pequeños objetos que teníamos que tirar por sobradamente usados; los guantes y los cepillos viejos, eran puestos aparte por nosotros en cada parada que hacíamos, pero al llegar á la siguiente nos volvían á ser entregados, pues aquellas buenas honradas gentes no se olvidaban nunca de enviarlos.

Una tarde, después de la comida, se verificó con grande é interesante ceremonia, como diría un reporter, el acto de poner en manos de uno de

los expedicionarios un paquete muy bien presentado que acababa de recibirse y cuyo contenido se ignoraba, resultando que había en él un par de zapatillas que había tirado por inservibles. En una palabra, los objetos de desecho parecían que estaban embrujados, pues volvían á nuestro poder, nos perseguían por decirlo así.

Al rasgo más hermoso del carácter inglés, su amor á la verdad, hay que unir otra virtud cordial: su honradez absoluta. En Inglaterra, más que en ningún otro pueblo, y lo mismo en las clases superiores que en las modestas, proporcionalmente á la población, se verá á los culpables escapar á veces de la condena, gracias á estas dos cláusulas de la requisitoria general: «No pondrás falso testimonio», y «no delatarás»; en cambio, mirando las cosas desde otro aspecto, una proporción mayor de gente, más en aquel país, que en ningún otro de los que conozco, luchará con dificultades por exculparse, porque el verdadero inglés dirá sin duda la verdad, si tiene que decir algo, pero de sus convicciones sinceras acerca de los asuntos políticos y sociales hará tal misterio en público que llegaréis á mirarle como un redomado hipócrita si recordáis la libertad con que habla de esos mismos asuntos en el seno de la intimidad.

El diputado que veis en el salón de conferencias de la Cámara de los Comunes y el que encontráis luego en el salón de sesiones, son dos personajes completamente distintos, pues es cosa corriente que lo que se ha dicho en el primero de dichos locales, no se repite en el segundo. Muchas veces me he preguntado sorprendido, cómo pueden administrar esta doble personalidad cuando por la noche, antes de dormirse, pasan revista en su mente á los actos que han realizado y las palabras que han dicho en el día. El inglés, hombre libre, abriga un lamentable temor á que en algún momento de distracción se le escapen pa-

labras que sabe que son verdad, pero la sociedad declarará que «no son correctos.»

A mi juicio, la gran diferencia entre un radical y un liberal, consiste, en Inglaterra, en que el primero sostiene las mismas opiniones en público y en privado, mientras que el segundo las tiene de dos clases: unas para el público y otras para su uso personal. La conservación de las formas antiguas, de las que la vida se ha alejado ya, es sin ninguna duda la verdadera causa de este aspecto especial de modo de ser político inglés, tan abiertamente opuesto al amor que el sajón tiene á la verdad; pero una simulación necesita otras muchas para poder sostenerse.

Después de estas observaciones generales, no vamos á quedarnos aquí detenidos, sino que volveremos atrás, hacia las colinas que dominan Brighton y subiremos al coche que nos espera en el hotel de las Armas del Rey, pues ya se recordará que nos habíamos apeado mientras abrevaban los caballos por primera vez en esta excursión. Diez millas de un viaje que nos había enloquecido de placer, nos habían llevado hasta allí. Muchos de los excursionistas salieron delante, haciendo la primera marcha á pie, pues ¿cómo habíamos de mantenernos sordos ante el llamamiento de las flores que nos tentaban á cada instante para que nos acercáramos? Era aquella precisamente la plena época de las rosas, la madre selva, el sello de Salomón y no sé cuantas otras cuyos nombres familiares se han aprendido en el hogar doméstico. ¡Qué ramos formábamos! ¡Qué exclamaciones de placer dábamos al descubrir de pronto nuevas flores, más hermosas aún que las que teníamos! Empezábamos á creer que el paraíso se extendía delante de nosotros y que habíamos descubierto el más raro de los secretos de la felicidad terrenal. En cuanto al deber no se divisaba por ninguna parte en nuestro horizonte, ni nos acordábamos casi de que tuviéramos

mos ningún trabajo que hacer en el mundo. No llegaba á nuestros oídos, ni el eco de un gemido procedente del mundo de ansias que habíamos lanzado lejos de nosotros; la más divina melancolía estaba fuera de lugar; el Pensaroso había sido relegado á otros tiempos; solo el Allegro, divinidad más feliz, llevaba la corona, siguiéndole «el juego retozón que se separa de las cejas arrugadas; la risa apretándose los costados para no reventar, vienen bailando en pos de nuestros pasos». Esto todavía no expresa la situación con bastante exactitud, pues había de vez en cuando pausas momentáneas en las que los corazones rebosaban de agradecimiento al vernos tan espléndidamente favorecidos.

Durante este paseo á pie, Emma se puso á mi lado, apoyó su brazo en el mío y me dijo con aquella voz inglesa tan sonora y rica que causaba la envidia de todos:

—No había sido nunca tan feliz desde los tiempos en que era niña.

—¿Creéis que podréis ir sin deteneros hasta Inverness?

—¡Oh! Sí; iría así hasta la eternidad.

—Muy bien, señora; entonces haced facturar vuestro equipaje, como decimos en el país de los yankis.

Desde entonces esta señora no perdió de vista el coche hasta el día en que, en Inverness tuvimos que arrancarla de él, por decirlo así.

Algunos de los expedicionarios se apearon antes de llegar á Horsham y marcharon en busca de aventuras.

En un antiguo taller de curtidos, situado junto á la carretera y en él unos hombres preparaban los cueros por el rudo procedimiento antiguo, utilizando caballos en vez de vapor para fuerza motriz, tuvimos nuestra primera conversación con el obrero inglés rural, cuyo salario á la semana no pasa de tres dollars y medio.

No había más de treinta millas de allí á Londres y sobre veintiuna hasta Brighton, y sin embargo, el más viejo de aquellos hombres no había visto nunca el mar. Había ido á Londres una vez, cuando la gran Exposición, en 1851, porque su patrono le había pagado el viaje, y su hermano, que vivía á pocas millas de distancia de allí, no había ido nunca en ferrocarril. Su antiguo patrono, ya viejo, había muerto poco tiempo antes, legando una libra á cada uno de los obreros que habían estado en su casa cierto tiempo, creo que diez años. ¡Buen patrón!

Según dijo aquel obrero, los propietarios habían adoptado las ideas nuevas y gastaban «montones de dinero» para construir una máquina de vapor que no estaba acabada todavía y que nos invitó á ver. Aquella máquina haría el trabajo mucho más de prisa «pero, añadía bajando la voz, he oído decir á gentes que lo entienden que eso no vale nada para los cueros».

¿Era posible? ¿A una hora de coche de la capital del mundo encontrábamos gentes que pensaban de este modo?

Este incidente da una idea exacta de la tenacidad que los ingleses ponen en conservar lo que antes que ellos han hecho sus abuelos. El padre de aquel hombre no pudo ir á Brighton, para ver el mar, porque esto le hubiera costado el salario de una semana; su sucesor sigue el mismo camino que aquél; lo que para el padre era bueno, continúa siéndolo para el hijo. «Encadenados á un sitio, sacan de él su sustento, se multiplican y perecen».

Pero la próxima generación verá cambiarse, todo esto, pues la misma Inglaterra del sud está sujeta ya á la ley de instrucción obligatoria, y la población rural está destinada á poseer derechos políticos y á votar en las elecciones para ciertos cargos en los condados.

En Horsnam almorzamos en el hotel de las

Armas Reales, dimos una vuelta por la plaza principal y luego seguimos hacia Guildford.

A medida que uno se aleja del mar, el terreno va siendo más rico, de tal modo que ya antes de llegar á Horsham nos decíamos: «Sí, esta es Inglaterra».

Olvidaba consignar que antes de llegar á Horsham hemos atravesado el Weald du Sussex. Las nubes esparcían sombras que se mezclaban con la luz del sol, sobre este rico paisaje cubierto de bosques, cosa que no sucede cuando el firmamento tiene un color azul puro, y esto me trajo á la memoria aquellos versos de Mistress Browning: á la luz del sol ciertos tonos de púrpura.— Que serían dignos de la pompa de un rey ó de la juventud de un poeta... ¡Oh! Los magníficos bosques del Sussex me parece que me rodean aún y que oigo el ruido de su marea de hojas verdes, que se mueve tomando oleadas á impulsos del viento. «Y por allí vimos más de un hermoso sitio, que parecía á propósito para la que con tanta naturalidad expresaba tan buenos sentimientos».

Dicen que Mistress Browning compuso *Lady Geraldine* en algunas horas y sin moverse de un sofá y es esta una de las pruebas que se citan para demostrar que el genio hace su labor por una inspiración y sin gran esfuerzo. ¡Qué absurdo!

La «agave americana» abre su flor, pero, flajaos, cien años de trabajo sordo, incesante, que no se ha detenido de día ni de noche, son el periodo laborioso que ha precedido al milagro; cien años, durante los cuales la planta ha ido aspirando aire, agua y sol. W. Scott escribió en pocas semanas algunas de sus principales novelas, pero su vida entera se había pasado recogiendo los frutos de la poesía y de la historia. Burns produjo en un soplo: *No por eso se es menos hombre*, si, pero ¡cuántos años habían estado en tensión las fibras su corazón, é hirviendo su sangre por

las injusticias de la nobleza hereditaria! Es su vida toda y no algunas horas de ella lo que su canción contiene.

Guildford, 17 Junio.

Llegamos á Guildford por un camino que nos enseña lo que es una verdadera senda inglesa, sumamente estrecho y teniendo á los lados cercas muy altas. Si hubiéramos encontrado un vehículo en alguna de aquellas curvas nos hubiéramos visto en serio apuro, porque si bien el camino no era tan angosto como el antiguo puente de Edimburgo, donde dos carretones temblaban al encontrarse, no obstante, un coche como el nuestro necesita bastante parte de uno de estos vericuetos de Inglaterra.

La vegetación en las cercanías de Guildford es bastante vigorosa, para lo que esperábamos. Hicimos alto en el León Blanco, donde por primera vez vimos en la práctica la manera como pasaríamos las noches. La comida que hicimos allí, primera desde que empezamos la excursión en carruaje, resultó un éxito. Las banderas americanas fueron desplegadas y adornaron la chimenea evocando en la memoria de todos, recuerdos queridos de nuestro país.

Durante nuestra excursión de aquel día, nos detuvimos en una posada de aldea, delante de la cual había grandes macizos de rosas. Era lo que se llama una pequeña y modesta posada; el pavimento era de losas y enarenado; los muebles de la sala del público eran de sencilla madera blanca; no había sillas, sino únicamente bancos, colocados alrededor de la mesa, en los que por la noche los aldeanos iban á sentarse para beber cerveza, fumar en sus pipas de barro y discutir no los asuntos de la nación, sino los del reducido universo en que vivían y cuyos límites eran el castillo por un lado y por el otro el curato. Estos asuntos no eran otros que los méritos del jumen-

to gris, las cualidades de los últimos corderos nacidos en tal ó cual casa de campo, ó el arado de nuevo modelo que el dueño de aquellas tierras había tenido la temeridad de encargar que le enviasen

La dueña de la casa nos dijo que se había marchado hacía poco tiempo de una de las poblaciones del centro para instalarse en aquella aldea, á fin de encontrar un aire más puro para sus hijos que estaban enfermizos. Su marido era jardinero y trabajaba para el dueño del castillo.

Nos trajeron, para que las viéramos, dos preciosas niñas, verdaderas sajonas, de ojos azules y cabellos de un rubio claro, pero cuyos rostros simpáticos é inocentes no presentaban la frescura que hubieran debido tener, á causa sin duda de la suciedad y del hacinamiento en que vivieron en Leeds, cosa que se remediaría con el aire del campo. La mayor no tendría más de seis ó siete años; le dimos algunos peniques é inmediatamente fué á una habitación contigua de la que trajo una hoja de papel en la que había pegados sellos de un penique, y se empeñó en salir en seguida para ir á la oficina de correos para comprar más sellos con el dinero que acabábamos de darle.

Preguntando sobre eso nos dijeron que la administración de correos recibe depósito de un chelín en sellos, abonando un interés del dos ó el dos y medio por 100, y que el dueño del castillo (al que Dios bendiga), había prometido á todos los niños de sus tierras (le deseo que sean muchos) que cuando hubieran ahorrado once sellos de un penique, él les daría el duodécimo para formar el chelín. De este modo espera arraigar en los pequeños la idea de la importancia que tiene hacer desde muy pronto economías para los días de adversidad. La niña más pequeña tenía también su hoja de sellos.

Los ingleses son una raza previsora, pero se sienten poco inclinados á sufrir privaciones hoy

con objeto de hacer despilfarros mañana. El proverbio: «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», lo interpretan generalmente en el sentido de que es preferible comerse el bocado en seguida. En resumen, no nos disgustó ver á estas niñas educarse en el ahorro; sin embargo, nos pareció desagradable ver que estos pobres corderillos, en lugar de divertirse sin preocupaciones, tuvieran tan pronto que aprender que la vida es para la masa una lucha por la existencia. La civilización estará siempre insegura, mientras esto no sufra un cambio.

Siento que se nos haya perdido el nombre y la dirección del dueño de aquel castillo, quien evidentemente comprende que la propiedad tiene sus deberes, al igual que sus derechos. La aldea, la posada, las cercanías, todo daba muestras de que en este caso, como en otros muchos, el castillo es el centro de influencias beneficiosas. «Hay allí—nos dijo uno de los concurrentes—una buena esposa y unas hijas que piensan y trabajan por todo lo que es bueno». Seguramente las hay y cumplen su deber, pues sin esto, él no hubiera podido salir adelante. Todos estuvimos de acuerdo en declarar que podía admitirse esta conclusión. El hombre no es más que una pobre máquina cuando se halla abandonado á sí mismo; necesita la paciencia y la ardiente simpatía de la mujer, para realizar mejoras en las maneras y costumbres de la población rural. El hombre puede dar dinero, que representa el mismo papel que la fe estéril entre las virtudes; es á la mujer á quien debemos pedir el hogar, las buenas obras.

Cuando subimos al coche, se expresó por todos un arrepentimiento que transcribo aquí como cronista, deseando que el olvido sea reparado. ¿Por qué—dijimos—no hemos dado á cada una de esas niñas un chelín para que se atiforraran de azúcar y de bollos, con la expresa y terminante condición de que no habían de guardarse

ni un penique, sino hacer toda una franqueta, sin mirar las consecuencias?

—¡Oh! — observó alguno. — Eso las hubiera hecho enfermar.

¡Pues bien! Aunque así hubiera sido; figuraos el tesoro de recuerdos que hubieran guardado de ello pudiendo pensar durante largos años que una orgía de bollos había podido llevarlas á las puertas del sepulcro. Sí, ese gusto azucarado hubiera quedado largo tiempo en aquellas boquitas, hasta que llegaran á ser mujeres y al recordar su indigestión, se les hubiera ocurrido la misma idea que á Conn, que hallándose en el Shaughran, sufrió un mes de prisión por haberse apoderado del caballo de un colono para ofrecerse el placer de una caza á la carrera, con perros, y exclamó al verse libre: ¡Cáspita! ¡Valía la pena!

Esto hubiera podido inclinarlas á la prodigalidad, hubieran dejado de coleccionar sellos y se hubieran vuelto malas; esta fué la segunda objeción que se hizo. La mayoría pareció estar conforme con esta opinión, pero había alguno de nosotros que hubiera querido enviar en secreto á cada una de aquellas niñas siquiera seis peniques para que se regalasen.

—Cuidad de vuestros peniques y vuestras libras se cuidarán de sí mismas; este es, dijo la reina viuda, uno de los más sabios proverbios de Ben Franklin.

Había uno por lo menos de sus hijos que tenía muy buenas razones, para acordarse de este proverbio favorito. Durante su ausencia temporal de la escuela, el buen M. Martin estableció como regla que cada alumno, antes de dar su lección, recitaría un proverbio. El vástago de la reina viuda estaba en la última fila de la clase. Cada niño y cada niña dijeron su proverbio, pues en aquella época iban á la escuela juntos, con gran ventaja de uno y otro sexo, pues ¿quién

había de querer presentarse torpe al lado de la bonita y maliciosa A. R. cuyos proverbios tenían algo de extraño por cierto? Cuando llegó el turno, el chico recitó inocentemente el de Franklin que tantas veces había oído á su madre. Esto produjo el mismo efecto que cuando entra un perro en una iglesia llena de gente. Así que se calmó la algazara, el maestro dijo que sin duda alguna, aquel era un excelente proverbio, pero que no estaba muy en su lugar después de los sagrados de Salomón.

Se refirió también otra historia á propósito de uno de los turistas, al que le habían dicho que cantase en la iglesia cuando los demás lo hicieran y que, con voz penetrante entonó esta canción: «Ven sobre mi pleito porque va á anochecer», en el mismo momento en que la asamblea de fieles atacaba el Salmo. A su tío le dieron tales ganas de reir, que á pesar de las miradas coléricas que le dirigían sus vecinos, no pudo impedir á tiempo la interpretación de este fragmento y contener esta inconveniente interrupción del oficio.

Habíamos terminado nuestra primera jornada de viaje en coche, que fué ciertamente larga. Cuando se piensa en ello de nuevo resulta divertido acordarse de la ansiedad con que esperábamos la opinión que darían las señoras que iban en la expedición, pues no dejábamos de tener el temor de que algunas se pulverizarían, por decirlo así, á medida que fuéramos avanzando. Uno de los nuestros que había intentado hacer un viaje en coche en la misma dirección que llevábamos, nos aseguró que muy pocas señoras podían hacerlo, pero era indudable que el vigor y el apetito de las que con nosotros venían no dejaban nada que desear; así era que se reían ante la idea de que no irían muy lejos.

La reina viuda se hallaba en mejor estado que nunca. Resultaba una vergüenza que las órdenes

del organizador general obligaran á acostarse temprano á dos señoras á las que se creía las menos robustas, mientras las demás se paseaban hasta hora avanzada de la noche por las calles de Guildford. Nos detuvimos un rato, mientras el crepúsculo iba acabando de desaparecer, frente al portal cubierto de hiedra de una casa, preguntándonos si alguno de nosotros había visto jamás algo tan apacible, tan íntimo y de tan exquisito encanto.

Al día siguiente por la mañana, todo el mundo estaba dispuesto y preparado, sin la menor sombra de fatiga, recordando las sensaciones de la víspera y firmemente convencido de que ningún día sería como aquél. Cada día se ha dicho que era mejor que los anteriores y sin embargo, aquel era luego eclipsado por cualquiera otro, de tal modo, que cuando deseábamos indicar cuál había sido el más dichoso, vacilábamos entre veinte soluciones, acabando por atenernos á la conclusión general de que nos era imposible fijar cuál había reunido en la série de sus horas, los placeres más raros, pues si alguno no había tenido encantos supremos, ninguno carecía por completo de lo que constituye esos encantos. Sólo hay un punto en el que ha podido obtenerse unanimidad de votos de los Alegres Turistas y es el de que, en conjunto, estos días sólo pueden ser comparados entre sí.

Por la mañana fuimos á una librería y nos procuramos una Guía local, para poder encontrar en ella los datos convenientes. Consta de 148 páginas, dedicadas casi por completo á dar noticias de gentes linajudas que visitaron la población hace ya mucho tiempo. ¡Quién se acuerda de ellos! Pero, he aquí algo más interesante que aquellos desconocidos.

En sus *Excursiones á caballo á través de los campos*, Cobbet dice de Guildford: «Yo que he visto muchas poblaciones, creo que es ésta la que

me ha parecido más hermosa y más feliz». Esto es un verdadero elogio, me parece, pero entonces no había él visto Dumferline.

He aquí un rasgo característico de aquel hombre de especie rara y de un buen sentido tan robusto como el de un caballo: «Aquí, en este rincón tranquilo donde los ruiseñores empiezan sus cantos más pronto y los acaban más tarde que en el resto de Inglaterra; donde se ve en la primavera que brotan los árboles primero que en otras partes; donde ninguna estación se deja sentir con rigor excesivo; donde todo parece combinado para alejar hasta la idea de la maldad, el diablo ha puesto su planta para establecer una de sus grandes manufacturas y el hombre, no sólo perverso, sino ingrato, no sólo no ha vacilado en ayudarle, sino que lo ha hecho de mil amores».

Después de esa época, amigo Cobbett, el diablo ha aumentado mucho la cifra de sus negocios con la pólvora para cañones y los billetes de banco de que tanto os quejabais. El desarrollo que han adquirido las manufacturas en América (gracias á juiciosas medidas, digámoslo con respeto), por maravilloso que sea, y dirigido como está, por regla general, por santos, es un trabajo muy lento comparado con el que ha realizado Su Majestad satánica en aquellas dos especialidades, y es conveniente que lo advirtamos á tiempo.

Ya recordaréis el encuentro de Artemus Ward con el seminarista. Después de una larga caminata por el polvo, Ward llega á la posada, se acerca al mostrador y se hace servir un vaso de vino con menta. En el momento que va á acercárselo á los labios, pues tiene una sed abrasadora, una mano se apoya en su brazo y le detiene. El clérigo debutante, con una voz que tiene algo de sepulcral, pues no ha adquirido aún ese tono profesional que producen los años de predicación, le dice:

—Amigo mío, no pongáis la vista en el vino cuando es rojo, porque pica como la serpiente y muerde como la víbora.

—Yo os respondo que no, extranjero, si le ponéis azúcar, respondió Artemus.

Lo mismo sucede con los billetes de banco, amigo Cobbett. No muerden en lo más mínimo, si teneis para sostenerlos las garantías del gobierno. Pero en vuestro tiempo no se comprendía esto; la República no había enseñado aún al universo el sistema modelo de la banca. En cuanto á la objeción que otros han hecho de que este sistema, hallándose fundado en las obligaciones de la nación, hace que su descrédito lleve consigo la caída del crédito de los particulares, tiene muy poco valor para un republicano. Poco caso haríamos del hombre que vacilara en jugarse «la vida, la fortuna y su honor sagrado» por la solvencia de la República. ¿Habría algo más digno de compasión que el que se preocupara de sus pequeños intereses personales cuando su país estuviera en peligro? Si la República cae, caeremos nosotros también.

En esta Guía que hemos comprado hay una cosa muy curiosa. «También aquí—dice—reside M. Martín Targuhar Tupper, el autor de la *Filosophía en proverbios*, etc.»

Seguidamente se citan varias páginas de Tupper. He buscado el nombre del autor del libro y no lo encuentro. ¡Qué modestia! Pero la cosa resulta clara: ¿Quién, como no sea Tupper, es capaz de citar á Tupper?

—«Señor, decía Johnson á Bossy, yo no he hecho nunca ningún daño á ese hombre y sin embargo querían á toda costa leerme su tragedia.»

Esta es la última cita de la Guía de Guildford y el cronista promete no buscar nunca más datos en ninguna fuente de este género. Cobbett dice que en el parque de Albury vió algunos pies de mirtilo americano, que no sólo habían arraigado,

sino que tenían frutos; «es, pues, evidente que no habría ninguna dificultad en cultivarlos en este país.» ¡La patata, el tomate y el mirtilol! Considerad cuantos beneficios ha prodigado América á «la autora de su ser» ¿Qué no arraigará entre la lluvia y las nieblas de la vieja región? pero ¿que no produce lo bastante, para exportar por cada vapor infinidad de cosas, desde los patos de espalda cuadrada hasta las manzanas reinetas de New-town?

Thackeray tenía razón al decir un día en que varios amigos parecían dispuestos á criticar á América: «¡Oh! sí, caballero, hay que dispensar mucho al país que produce los patos de espalda cuadrada.» En la actualidad, al ponernos á la mesa para comer, después de haber dado las gracias ordinarias. «Señor, estamos verdaderamente agradecidos por lo que vamos á recibir», debiera añadirse; «y hacednos sinceramente agradecidos al buen mozo Jonathan; ¡Dios le bendiga!»

En el León Blanco de Guildford pudiera uno pasar un mes, sin que un solo día faltara alguna excursión interesante que hacer y no me cabe la menor duda de que á cada momento se estaría más satisfecho de la vida que se llevaría. Por todas partes los sitios históricos, llenos de recuerdos del pasado, nos atraen, pero mañana se oirá la trompeta y nos pondremos en marcha, bien á pesar nuestro, diciéndonos: «Es necesario que volvamos aquí cuando tengamos tiempo, para vagar á nuestras anchas, absorber impresiones y filosofar. Este rápido viaje sólo sirve para indicarnos lo que haremos más tarde.»

Un verano en cada condado no sería mucho y tenemos que recorrer al galope, en siete semanas ochocientas millas, desde el mar hasta Tirth.

¡Adiós, Guildford!

Ahora, en marcha hacia nuevos campos y nuevas impresiones.

Sábado, 18 Junio

Después de un excelente desayuno, subimos al coche y partimos por en medio de un numeroso grupo de curiosos, empezando nuestro segundo día de viaje.

En esta etapa nos convencimos de una cosa útil: que no debíamos intentar atravesar Inglaterra en coche, sin proporcionarnos el mapa del estado mayor y estudiarlo á fondo. En esta parte del país, y á tan poca distancia del monstruoso Londres, las carreteras y los caminos son innumerables en todas direcciones, de manera que por muchos de ellos se puede llegar á un mismo sitio. En los postes indicadores que hay en las encrucijadas, se leen una docena de nombres de poblaciones á las que se puede ir por cada uno de ellos.

En este día, nos desviamos un poco de la dirección que nos correspondía llevar, pero esto nos permitió ver muchos lugares notables que no figuraban en el mapa y que de seguir el camino recto no hubiéramos encontrado.

Era ya muy tarde y aun no se divisaban las torres de Windsor. Aun cuando el día era largo, no había resultado tal para nosotros, pero las cincuenta millas que habían recorrido los caballos, según se nos dijo, eran ya bastante para ellos; gracias á que al día siguiente era domingo y les esperaba por tanto un largo descanso en Windsor.

Windsor, 18-20 Junio

Cuando llegamos al bosque, el organizador general se empeñó en que este cronista se encargase de las riendas y la fusta y guiase el coche por aquellas posesiones reales. Era su debut en el arte de dirigir un carruaje á la d'Aumont y el ensayo no fué de los más afortunados. Es muy fácil llevar las riendas, pero no lo es tanto manejarlas dejando libre una mano para sostener la

fusta. Como hace observar Johs Billings, hablando de las cuestiones religiosas, «no es lo malo atrapar una religión; lo más enojoso es conservarla, para lo cual un buen puño vale más que todas las riquezas.»

El cronista no tenía el puño que era necesario para llevar la fusta, pero sintió de vez en cuando algunos momentos de placer, al pensar (mientras Perry volvía á encargarse del látigo) que tenía el honor de llevar á sus amigos, según todas las reglas del arte, hasta la misma puerta de la residencia de Su Majestad en Windsor.

Digo hasta la puerta, únicamente, pues aquella buena señora se había marchado de allí, dirigiéndose, como persona de buen sentido, á Escocia. Como nosotros íbamos también en aquella dirección, resultaba que la seguíamos, cosa que contrarió por cierto á algunos republicanos súbditos suyos, que hubieran querido poder verla durante la expedición.

El paseo en coche por el bosque, dió á algunos de los nuestros la primera idea de lo que es un parque inglés y seguramente la impresión que les produjo no se borrará nunca.

Estamos, al fin en Windsor.

Se come tarde y se da un paseo por esta curiosa población, cuyo castillo se destaca entre las sombras de la noche, dominando desde su altura todo cuanto le rodea. Luego vamos á acostarnos, pero no sin permitirnos antes una hora de ruidosa y alegre conversación, á pesar de que lo largo de la jornada nos ha fatigado y nos tiene medio dormidos. Reimos hasta dolernos los riñones. ¿Cómo describir aquella alegría?

Entrar en pormenores de insignificancias ligeras como el aire que nos mantuvieron en una crisis de risa durante todo el paseo de aquella noche, sería ofrecer «champagne» evaporado. ¡No! Se disolvieron ya para siempre aquellas bri-

llantes pompas de jabón, tan bonitas cuanto estaban frescas.

Para ser agradable á los miembros del Círculo, me limitaré á hablar de «Poole». Fué una gran idea la que tuvimos de colocar el traje nuevo del organizador general en la maleta de Davie, para divertirnos luego con la sorpresa que éste tendría. Habíamos todos encargado trajes de viaje en Londres y cuando los recibimos hallándonos en esta población, acordamos ponérselos en seguida. ¡Qué desengaño el de Davie cuando se encontró con un traje que el organizador general se había mandado hacer con un modelo que imaginó á su capricho! En cuanto al corte no le pareció mal, pero despreciaba la tela. ¿Y cuándo se puso su propio traje? ¡Qué mal le sentaba! Pero callo, las lágrimas se me saltan todavía cuando recuerdo aquella graciosa escena.

Oímos las campanadas de la media noche y entonces nos acostamos.

Windsor no es nada sin la realeza. Es real de un extremo á otro, aun hallándose ausente Su Majestad. Pero estaba allí el príncipe de Gales y un personaje más grande aún: M. Gladstone, que había huído del ruido de Londre, para ir á recobrar sus energías debilitadas en los brazos de la Naturaleza. Dícese que sus amigos están aterrados al ver el aspecto fatigadísimo que tiene al final de cada semana; pero pasa el sábado y el domingo en el campo y regresa el lunes con un semblante que les sorprende. ¡Ah! Es que ha encontrado la mejor y más cuidadosa de las enfermeras, pues sabe: «que la naturaleza no ha hecho traición nunca al corazón que le ama; que es privilegio suyo, durante la vida, llevarnos de goce en goce; que puede modificar nuestra inteligencia, imprimiendo en ella la tranquilidad y la belleza, y alimentarla de tal modo con pensamientos sublimes, que jamás las malas lenguas, ni los juicios temerarios, ni las burlas de los egoístas,

ni los aplausos que no inspire la bondad, ni en una palabra, la rutinaria sucesión de los incidentes cotidianos, prevalecerán contra nosotros, ni turbarán nuestra certidumbre de que, cuanto se presenta á nuestra vista, está lleno de bendiciones.

El aspecto de salud que los lunes por la mañana tiene M. Gladstone alegra á sus amigos y complace á sus adversarios, pues un hombre semejante no puede tener enemigos.

Cuando Confucio decidió que el hermano vicioso del emperador fuera decapitado, sus consejeros se esforzaron en disuadirle, haciéndole presente el justo temor de que los amigos del culpable se sublevasen para vengar su muerte.

—¡Amigos!—respondió el sabio.—Un hombre de esta clase puede tener partidarios, pero amigos ¡jamás!

Los hechos probaron su acierto, pues no surgió ninguna revuelta. Confucio aseguró personalmente que se había hecho justicia y no quiso prestar oído á las instancias del emperador encaminadas á salvar la vida de su hermano.

Del mismo modo, Gladstone puede tener adversarios, pero enemigos, jamás. Todos los ingleses deben honrar desde el fondo de su corazón al hombre que honra á la raza. Digámoslo de paso: es escocés, lo hago notar y siempre tendré presente este motivo más de gratitud. Algunas veces me pregunto si esta circunstancia no es una de las causas del entusiasmo ardiente que por él siento. Así somos las gentes del Norte y ese hombre es de los nuestros; en todas partes la sangre es más espesa que el agua, pero en ninguna parte lo es tanto como al otro lado del Tweed.

Fuimos á la iglesia en Windsor y vimos al grande hombre y al príncipe de Gales llegar juntos á la puerta. Allí, el primero se detuvo y el segundo avanzó provocando á su paso un murmullo. M. Gladstone le siguió á respetuosa distancia

y fué á sentarse en un banco colocado muchas filas más atrás.

Qué absurdo sois, joven republicano. ¿Es que no comprendéis? Uno de los dos no es más que el hombre que dirige un imperio, que en cincuenta años de batallar con los estadistas de mayor fama del siglo ha conquistado el primer puesto por sus obras y por su carácter, mientras que el otro ¡oh pequeño cerebro ignorante! el otro es un príncipe.

—Pues bien, si lo es, no ha hecho nunca nada más que eso, según decís.

—Es verdad, pero ¿para qué sirven los reyes y los príncipes? Amigo mío, el pueblo inglés, no hace todavía mucho tiempo tenía los oídos llenos de esta frase: el rey no puede obrar mal. Como esta es históricamente la verdadera doctrina y tiene en su apoyo la antigüedad, hubiera sido anti-inglés en sumo grado, rechazarla; se aceptó por tanto tranquilamente el dogma y se arreglaron las cosas de manera que el rey no pudiese hacer nunca nada. Esto han hecho los insulares. La forma puede ser lo que quiera; la realidad será lo que ellos quieran. En Inglaterra no se hacen nunca revoluciones; se transforma. Así, pues, joven señorita republicana roja, es en resumen la mejor prueba de que ese príncipe será el artículo moderno, llamado un monarca constitucional y se pasará la vida como Worth, el célebre modisto: sacando modas, poniendo primeras piedras ó inaugurando bazares de fantasía.

—¡Ah! Vos no quisierais ser un príncipe ó un rey como estos. Cuando Bruce se batía en Bannockburn al frente de sus compatriotas por la independencia de Escocia, y cuando el rey Eduardo guiaba sus tropas, aquellos eran verdaderos reyes ¿no es cierto? Los reyes de hoy son sombras

—No pretendo contestaros á esto, Miss, pero los tiempos han cambiado y los reyes también;

pero si yo fuera príncipe de Gales estaría ahora en Irlanda, ocupado en estudiar las causas de descontento y en buscar el remedio y por encima de todo, atestiguaría mi profunda y constante simpatía hacia aquella parte de mi pueblo. Esto valdría más que mandar hombres para ir á matar á sus semejantes como lo han hecho vuestros héroes. ¡Oh! Sí, francamente, joven señorita política, quisiera ser príncipe de Gales para hacer esto. ¡Qué héroe sería! Se le colocaría al lado de Alfredo el Bueno y de Jorge Washington.

—¿Y por qué M. Gladstone no le sugiere esta idea? Yo creo que el príncipe se apresuraría á aprovechar esta ocasión.

—Vaya, amiga mía, pues echad en el buzón una tarjeta postal dirigida al grande hombre y á vuelta de correo tendréis su parecer acerca de este punto.

La conversación terminó bajando ella la cabeza y diciéndo:—Sí, lo haría si fuera hombre. Me gustaría buscar una ocasión para hablar de esto al príncipe.

Como este es admirador de las señoras americanas jóvenes y bonitas, nuestra amiga podría pedirle una audiencia y le sorprendería con sus observaciones.

Por la tarde fuimos á la capilla de San Jorge y en una de las sillas del coro volvimos á ver la noble y melancólica faz leonina, en la que se reconoce infaliblemente á Gladstone. Estaba inmóvil, sumido en la más profunda meditación; se hallaba muy pálido, muy abatido, muy encorvado. ¡Lleva el peso de un imperio! «Yo te lo digo, á ti que desprecias esos cabellos que blanquean; cuando esa nieve se derrita, vendrá un diluvio». No pude menos también que aplicarle estos versos de Milton: «Su aspecto era grave. Se levantó y al levantarse pareció como una columna del Estado. Sobre su frente estaban grabados con trazos profundos, la reflexión y el cuidado de las

cosas públicas; la prudencia del príncipe brillaba aún en su semblante majestuoso aunque ya en ruinas».

Todavía tiene mucho que hacer. ¡Si tuviera sólo cincuenta años en lugar de setenta! ¡Qué Dios le recompense por lo que lleva hecho y que pueda gobernar á Inglaterra largo tiempo!

En Windsor, el 19 de Junio, celebramos un suceso memorable. La reina viuda cumplió setenta y un años. Durante el desayuno, M. B se levantó y dirigiéndose á ella, pronunció una de las más bonitas alocuciones que se han oído nunca; ofreciéndole al mismo tiempo una copa de plata de gusto exquisito, adornada con pájaros y flores y con esta inscripción: «Regalada á Mistress M. C. en Windsor, por los miembros del grupo de turistas con motivo del septuagésimo primero aniversario».

La alusión que hizo el orador al amor intenso que la obsequiada sentía hacia la naturaleza en todas sus formas gloriosas, desde la pequeña margarita al vasto paisaje, no podía estar más en su lugar. Cuando hubo terminado este, cronista se levantó para contestarle, un ligero signo de S. M. le indicó que ésta prefería responder personalmente y por cierto que lo hizo con gran fortuna. Su discurso fué una perla (Nota: pues fué muy breve). Después de dar las gracias á sus amigos, acabó diciendo:

—Todo lo que puedo desearos es que tengáis siempre buena salud, la posesión completa de todas vuestras facultades y que disfrutéis tanto con las flores, los pájaros y las cosas de la naturaleza, como disfruto yo todavía á los setenta y un años».

Al llegar aquí su voz tembló y pocos de los que la escuchaban tenían los ojos secos. Todos los circustantes sintieron un estremecimiento y la anciana, sin añadir una palabra más se sentó.

Yo estaba orgulloso, orgullosoísimo de sus se-

tenta años (lo estoy muchas veces) y tan profundamente emocionado como ella misma por esta delicada muestra de la amistad que le profesaban los turistas.

Este incidente motivó que salieran á relucir varias graciosas historias, á propósito de los discursos de gracias. En una ocasión reciente y no lejos de Paisley, según nos contó Aggie, fué designado cierto diácono para hacer entrega de unos ornamentos á un clérigo. El día señalado la iglesia estaba llena de gente y el sacerdote se hallaba esperando al pie del púlpito, rodeado de su familia. Reinaba un silencio absoluto; la comisión que hacia el obsequio avanzó por en medio de la multitud y al llegar frente al púlpito se detuvo; pero el diácono no pudo decir ni una sola palabra; por su frente rodaban gruesas gotas de sudor; estaba completamente aturdido. Un ligero pellizco que le dió uno de los que le acompañaban, le llevó un poco á darse cuenta de su situación y entonces alargando el clérigo los ornamentos, balbuceó:

—¡Se... se... ñor... Brown... los or... namentos!...

No hay que reirse. Dudo de que pudierais pronunciar tan buen discurso y apuesto desde luego á que éste fué preferible á la alocución cuya preparación costó al diácono noches de insomnio y que gracias á la Providencia le puso en berlina en el momento crítico.

Desde cualquier lado que se contemple Windsor, es siempre, á distancia, el castillo, una residencia real; pero cuando se le ve de cerca, la sensación pierde parte de su grandeza, para ser en cambio más bonita. Entonces deja de imponerse imperiosamente y resulta no ser más que una localidad insignificante al lado de los verdaderos castillos del Norte cuyas cercanías están en armonía con la idea de fortaleza y cuyo aspecto nos transporta instantáneamente á la épo-

ca de los capitanes y de sus hombres de armas. Nada de esto se ve en Windsor, de manera que la ilusión que desde lejos produce se desvanece á la primera tentativa de análisis. La famosa residencia real ganaría, como la misma realeza, si fuera vista desde una distancia razonable.

Nuestros turistas no olvidarán fácilmente el oficio que se celebró en San Jorge. Los escaños de los caballeros de la Jarretierra con sus doses de los que estaban colgadas sus espadas y sus mantos y sobre los que se veían sus cascos y sus escudos, transportan el ánimo hasta los tiempos de la caballería. Uno de aquellos sillones llamó y retuvo particularmente mi atención; era el del conde de Beaconsfield.

Acababa de ver el rostro de Gladstone y esto me hacía reflexionar acerca del último caballero de la Jarretiera cuyas insignias flotan aún encima de su escaño,

Disraeli ganó la cinta azul tan honradamente como muchos otros y por medios que no diferían mucho de los de éstos: aduló al monarca; pero por lo menos puede decirse de él: tenía talento y fué hijo de sus obras.

¡Qué comentario resulta acerca del orgullo de la cuna, contemplando el estandarte del pobre aventurero literario flotando al lado del Mylord Ducl ¡Cómo debía reirse aquel hombre en su interior cuando se abría paso á través de sus engaños, desde Su Majestad hasta Salisbury y cuando hizo votar aquella medida radical extendiendo el derecho de sufragio que condenaba á una muerte próxima el privilegio hereditario! Pero, después de todo, ¿dónde encontrará el imperialismo un jefe como este? Todavía no lo ha encontrado.

—¿Qué es aquello que hay allí arriba? preguntó uno.

—Es la tribuna real, señorita.

—¿Es que estamos en la Opera? ¿Una tribuna

real en una iglesia consagrada al culto de Dios? ¿Habéis oído hablar nunca de nada semejante? Entonces ¿hay una escalera real? ¿Y por qué no? Es que queréis que la realeza vaya por donde nosotros bajo el pretexto de que somos todos igualmente miserables pecadores y de que hacemos profesión de adorar á un Dios que no hace distinción de persona alguna?

—A mí me parece que eso es terrible—dijo uno—y no creo que la buena reina fuera así á la iglesia, si llegara siquiera á fijarse un momento en ello. Nuestro Presidente y su familia tienen su banco en el templo, como cualquiera de nosotros.

Los ingleses se quedaron muy sorprendidos de que los americanos encontraran nada chocante en estas costumbres; en cuanto á las señoras les ataron las lenguas de lo lindo. Las americanas sostenían que la reina debía asistir á los oficios religiosos como los demás pobres pecadores, puesto que todos son iguales ante Dios; las inglesas no decían gran cosa, pero indudablemente pensaban *in petto* que hasta en el cielo se habrían tomado disposiciones particulares para recibir á la familia real y que tal vez se habría construído, para que subiese por ella, una escalera especial. La primera educación y la herencia explican muchas cosas.

Esta cuestión de la escalera motivó que uno recordase que al marqués de Lorne en una ocasión no se le permitió subir por la misma escalera que á su esposa.

La americana al oír esto estalló por decirlo así:

—Si yo hubiera tenido un marido y no se le hubiera permitido acompañarme, no hubiera ido, exclamó.

Esto puso fin á la discusión, pues los ojos de la joven inglesa con quien estaba hablando, decían bien claramente su secreto deseo de que por todas partes donde fuera, debía... ir también. En esto

estuvieron todos conformes, pero en lo que toca á la cuestión en general fué aquello una verdadera batalla. Unas declararon que si fueran hombres no quisieran por esposa, á ningún precio, á una princesa; otras sostuvieron con energía que si fueran princesas, no quisieran tener por marido más que á un príncipe.

Durante nuestra permanencia allí tuvimos el honor de recibir la visita de M. Sidne y G. Thomas y de su hermana que vinieron de Londres y pasaron el día con nosotros.

M. Thomas es el joven químico que, de acuerdo con su primo M. Gilchsrit, se negaba á aceptar el axioma sentado por los maestros según el cual el fósforo, esa pesadilla de los fabricantes de acero, no puede ser separado de los minerales de hierro á alta temperatura.

Para convencerse de si el mundo sabio había admitido un absurdo, ambos se dedicaron á hacer experimentos valiéndose de una retorta de las llamadas de muñeca, que merece ciertamente ser colocada al lado de la famosa tetera de Wat.

Séame permitido decir ante todo, que cuando hay en el metal en fusión una cantidad de fósforo superior á una décima de unidad por ciento, es imposible obtener buen acero, ni por el método Bessemer, ni por ningún otro de horno abierto; podéis hacer cuanto queráis; siempre la importuna substancia se obstina en permanecer en el hierro. Si el mineral que empleáis es fosforoso, todo el fósforo hasta el último átomo quedará en el hierro que de él proceda; si hay fósforo en el coke, en el carbón que se utilice, todo él, hasta el último átomo, encontrará la manera de pasar al hierro.

Es esencial, por tanto, que el mineral de hierro se reconozca prácticamente que se halla exento de todo fósforo, y como este mineral por desgracia es rarísimo, de aquí cueste muy caro. Los yacimientos ferruginosos de Inglaterra contienen

la substancia nociva en gran cantidad y lo mismo sucede con los de América, de aquí que ambos países tengan que aprovecharse de los que hay que transportar desde España y desde otras naciones.

Un hombre competente en la materia ha calculado que si los minerales que contienen fósforo en gran proporción pudieran ser utilizados de la misma manera que los que se hallan exentos del importuno ingrediente, la economía que que de ello resultaría, permitiría extinguir la deuda nacional.

Se han hecho muchas tentativas para descubrir un procedimiento capaz de hacer que este demonio renuncie á su extraña afinidad con el hierro y para unirlo en cambio con cualquier otro elemento; pero ¡todo inútil! su satánica majestad no quiere separarse de aquel metal.

MM. Thomas y Gilchrist, estudiando algunos de los experimentos más notables efectuados por mi amigo Lothian Bell (que estaba por cierto en la buena pista) descubrieron una omisión, debido á la cual parecían desmentirse los resultados por él obtenidos y ser poco concluyentes sus investigaciones.

Era muy posible, se dijeron aquéllos, que el fracaso se debiera á que el enemigo, una vez expulsado, no podía ser mantenido fuera. Reflexionando esto, pusieron manos á la obra con su retorta de muñeca y... ¡Eureka! No sólo su encanto había exorcizado al enemigo, sino que además habían descubierto el medio de hacerlo pasar desde el metal fundido á las escorias, encerrándolo en ellas definitivamente. Esto era un verdadero triunfo. Creo que estuvieron sin comer ni beber hasta que reiterados experimentos les demostraron hasta la evidencia que al fin se había encontrado el verdadero secreto mágico.

M. E. Windsor Richards, el gran director de la más vasta mina de hierro y acero que hay en

el mundo, no tardó en ser enterado por ellos del descubrimiento y lo puso en práctica en grande escala, declarando luego que el Rey Fósforo había acabado de reinar, pero que tenía la vida muy dura. De esto hace muy pocos años, pues yo recibí tan buena noticia algunos minutos después de desembarcar en Nápoles, procedente de Oriente, durante mi viaje alrededor del mundo, en 1879. Quedaban aún por entonces muchas dificultades por vencer, pero ya hoy no hay una tonelada de acero que salga de los grandes talleres de Richards y no proceda de mineral de hierro del que en otro tiempo se consideraba como utilizable para obtener aquel producto. Hoy puede adquirirse por tres dollars la suficiente cantidad de mineral para hacer una tonelada de fundición buena para fabricar rieles; la misma cantidad de mineral pobre en fósforo costaba el año pasado en Pittsburgo diez y seis dollars. Y sin embargo, hay todavía personas inteligentes que no comprenden por qué no podemos hacer rieles tan baratos como en Inglaterra.

No sé si lograré explicar al término medio de mis lectores, la manera como han triunfado MM. Thomas y Gilchrist, pues á mí me hace el efecto de un cuento de hadas; pero lo intentaré.

Para fabricar el acero se echan diez toneladas de fundición en una gran retorta llamada convertidor y se hacen pasar á través de la masa centenares de chorros de aire para quemar la sílice y el carbono y transformar por último el hierro en acero.

Ahora bien; el fósforo tiene más afinidad con la cal que con el hierro, cuando la temperatura de aquélla se eleva hasta cierto grado. Cuando el aire insuflado deja á la masa á la temperatura conveniente, los millones de átomos de fósforo, semejanando otras tantas microscópicas hormigas puestas en dispersión, corren en todas direccio-

nes, dispuestas á separarse del hierro para fijarse en la cal.

Los dos inteligentes hombres de quienes vengo hablando, empezaron por colocar en el fondo de la retorta un lecho de cal que venía á ser como el cebo en el que se precipitaron las hormigas muy contentas al encontrarse con esta nueva morada y de este modo pudieron separarse del hierro. Pero hay que fijarse bien; si se deja que la temperatura descienda, si la casa se enfría más de lo que conviene á esta especie de salamandras, aun cuando no sea nunca menor de 2000 grados, lo que es bastante para fundir en un instante una barra de acero que se eche á la retorta y no se habrá conseguido nada; se necesitan 2500 grados, de lo contrario el fósforo volverá al metal.

Y aquí precisamente está la dificultad. La temperatura de 2500 grados es tan elevada, que los revestimientos interiores de la retorta no pueden resistirla, ni tampoco las paredes exteriores que son de hierro podrían aguantarla mucho tiempo. Si se emplea tierra ó ladrillos refractarios, este revestimiento se agrieta y en seguida los importantes átomos de fósforo se deslizan por todas partes haciéndolo caer hecho pedazos. Lo esencial, por tanto, consistía, en encontrar una pared interior básica, esto es, que no tuviera sílice. Esto fué lo que al fin se obtuvo y en la actualidad el procedimiento básico está destinado á revolucionar la fabricación del acero ya que puede hacerse con los minerales más pobres y hasta con los residuos del pudelaje un hierro bueno para la construcción de puentes y de rieles y mucho más puro que el que se obtenía antes.

Los dos químicos, dueños de la patente Thomas-Gilchrist, adquieren en el campo de la metalurgia un lugar comparable al de Cort, Nelson, Bessemer y Siemens, quienes han hecho más por la grandeza de Inglaterra que todos sus reyes, reinas y aristocracia reunidos.

Tal era el joven de fisonomía gladstoniana que vino á visitarnos el domingo y comió con nosotros en Windsor. No ostenta ningún título, no, es abiertamente radical; es lo bastante razonable para no cambiar el apellido que ha recibido de su honrado padre y sin embargo, todos comprendíamos que estaba sentado á nuestra mesa uno de los grandes hombres de la actual generación.

Si es verdad, como lo es, que el que hace brotar dos tallos de yerba donde antes no brotaba más que uno es un bienhechor de la especie humana ¿qué puede ser el mago que toma de las entrañas de la tierra una tonelada de mineral sin valor y lo transforma en acero á nuestra propia vista? ¿qué puede ser el que tocando con su varita encantada cien minas de piedra inutil las transforma en oro, del mismo modo que el profeta tocando la roca hizo brotar agua de ella?

Ya lo veís, la época de los verdaderos milagros no hace más que empezar; Thomas es nuestro Moisés contemporáneo; su milagro parece sobrepasar tanto al de su prototipo, como el actual siglo está adelantado en comparación con el de la antigua Ley judáica.

El lunes fué otro día verdaderamente inglés. El planteado Támesis, que brillaba al ser herido por los rayos solares, hallábase animado por gran número de magestuosos cisnes y sobre él se elevaba con toda su grandeza el castillo vivificado por el pabellón que flotaba como un meteoro á impulsos de la brisa. Las praderas de Eton, junto á las cuales pasamos, estaban llenas de adolescentes. Muchos de los nuestros descendieron por las empinadas cuestas, extendiendo su excursión hasta bastante lejos, marchando siempre delante del coche y reconocieron una vez más que no hay nada que pueda compararse con un día hermoso en el sud de Inglaterra. Allí el sol os hace recordar la copa de vino que da la alegría, pero no la embriaguez; los rayos solares

calientan, pero no molestan nunca y os costaría trabajo de decir, si el tiempo tuviera que cambiar si lo pusierais con un grado más de frío ó de calor.

Los cisnes de Windsor son una institución casi tan antigua como el mismo castillo, pues se hallan mencionados en documentos que datan de quinientos años. El cisne es una ave verdaderamente, real y según dicen, ningún súbdito puede tenerla en ningún sitio público sino con permiso especial de la Corona. Una autorización de este género lleva consigo el uso de una marca especial para cada *juego*, pues, notadlo bien, este es el término oficial para designar una colección de estos animales. Podéis decir: una bandada de ocas, pero no una bandada de cisnes; decid un *juego* de cisnes, si queréis hablar el lenguaje técnico. El Ayuntamiento de Windsor ha tenido desde tiempo casi inmemorial el derecho de tener en el Támesis aves de estas.

En otros tiempos, el guardián de los cisnes reales remontaba una vez al año el Támesis para marcarlos. El y sus ayudantes, en barcas, iban cazando á las pobres aves, las sujetaban brutalmente con largos garfios, sin preocuparse en lo más mínimo de que se estropeará ó no su hermoso plumaje, y las señalaban haciéndoles una ó varias fisuras en la mandíbula superior. Esta expedición, á la que se daba el nombre de *swan uppins*, que por corrupción se convirtió en *swan hopping* (salto de los cisnes) la realizaban los representantes de los gremios de tintoreros y de negociantes en vinos al por mayor, que son los principales propietarios de las aves de esta clase que hay en el río. La marca de los primeros consiste en una fisura sobre el pico y la de los segundos, en dos.

A pocas millas de distancia del camino directo que debíamos seguir, está Stoke Pogis, y ya puede suponerse que no habíamos de renunciar á vi-

sitar este punto, aun cuando el mapa del Estado Mayor que poseíamos nos hubiese indicado que teníamos que hacer mucho mayor rodeo. Por otra parte, un buen amigo, excelente excursionista, nos había dicho que uno de los días más agradables de su vida fué el en que hizo una peregrinación desde Windsor al santuario del poeta Gray.

Este fué precisamente al sitio donde primero nos detuvimos para hacer nuestras devociones, y la belleza, la tranquilidad, la paz que reinaba en aquella capilla baja, original, cubierta de yedra, así como el aspecto antiguo de aquel cementerio, conmovieron profundamente nuestro corazón.

No había seguramente nada más á propósito que el recuerdo del autor de la *Elegia* para sugerirnos pensamientos más dulces y más ingleses, pues algunas de sus líneas y aun algunos de los pasajes de esta joya, puede vaticinarse sin vacilaciones que vivirán tanto como nuestra lengua, lo que es ya bastante decir.

Nos pareció que aquel cementerio estaba en armonía perfecta con el autor de la *Elegia*. Gray es dichoso en la morada donde reposa. La tierra no tiene ningún sitio más bello y más tranquilo que dar á su hijo. Aquel es realmente el Campo Santo ideal y la capilla no puede tampoco ser más apropiada. ¡Y qué hermosa es la inscripción que el poeta puso sobre la tumba de su madre! En todo lo que puedo, evito ver cementerios, pero este me ha parecido más bien un lugar donde se visita nuevamente á los que se ha conocido, que un lugar donde va á llorarse á los que hemos perdido para siempre.

La voz de Gray, ya extinguida, hasta el contacto de su mano, que ha desaparecido, es lo que se cree encontrar aquí, de tal modo, que después de la visita me parecía que el poeta se hallaba más cerca de mí que nunca, cosa que no sucede con aquellos de quienes no hemos conocido más

que la carne; evitemos silenciosamente ver sus tumbas! El que buscáis no está aquí; pero los grandes muertos de quienes no hemos conocido más que las almas, se hallan más cerca de nosotros cuando nos detenemos ante sus sepulcros. La carne que hemos conocido se vuelve espíritu; los espíritus que hemos conocido se vuelven en cierto modo materiales. Yo tuve la sensación de haber abrazado con más fuerza á Gray después de haber pasado un instante sobre su sepulcro.

He aquí el epitafio que el poeta hizo poner sobre la tumba de su madre:

Dorothea Gray

*Madre celosa de numerosos hijos
de los que uno solo tuvo la
desgracia de sobrevivirle.*

¡Qué delicadeza en estas últimas palabras! «¡Tuvo la desgracia de sobrevivirle!» Me recuerdan las que escribió Carlyle sobre la tumba de su esposa:

Y siente que lo luz de su vida se ha extinguido.

Eran hombres que se lamentaban por haber perdido mujeres, y quiero creer que no pocas de éstas quisieran compartir la suerte de los maridos que mueren, pues hay mucho amor sobre la tierra. Las Sujata no están todas en la India, donde se ha dicho:

«Si la muerte llamara á Señani, yo subiría á la pira, pondría su cabeza sobre mis rodillas como lo hago diariamente y gozaría cuando la antorcha encendiera rápidamente las llamas y cuando se desarrollara la humareda asfixiante.

—Porque está escrito que cuando una esposa

india muere de este modo, su amor dará al alma de su marido, por cada uno de los cabellos que tenga ella en la cabeza, diez millones de años en el Swerza».

Por mi parte, creo conocer mujeres que mirarían como un favor insigne poder morir con *él*, si el Eterno no hubiera pronunciado la condenación del suicidio. Pero la india no conoce esta condenación y sube á la hoguera convencida de que Dios lo quiere así, tan firmemente convencida, como Abrahám cuando colocó á su hijo sobre el ara del sacrificio. Una y otro se equivocaron y esto hace suponer cuán grande será nuestra sorpresa cuando llegemos á comprender cuán poco debemos sacrificar de lo que nos place, para ser agradables á Dios en este mundo que le pertenece.

Yo opino que no es Dios, sino los hombres, los que se han dedicado á hacer espinoso el camino.

Véase el epitafio inscrito sobre la tumba de Gray:

«Una mañana no le encontré en la colina de costumbre, entre la niebla y junto á su árbol preferido, fué otro el que fué allí.—Y no fué tampoco por la orilla del riachuelo, ni subió por el sendero, ni se dirigió al bosque».

Una obra perfecta, contrabalancea mil medianas y da la inmortalidad á su creador.

El mundo, entre todos sus tesoros no tiene una segunda *Elegía* de Gray, ni es probable que la posea nunca. Nosotros, contra lo que dice el epitafio, hemos encontrado al poeta inmóvil, en su sitio acostumbrado.

La casa solariega de Stoke Pogis, que tomó este nombre que se efectuó allá en el siglo XIII entre un miembro de la familia Gray y una heredera Amicia de Stoke, ha dado al poeta el asunto de *Una larga historia*, poesía que no conocen en la actualidad los curiosos de la literatura

inglesa. Es una fortuna para el mundo que Gray no haya fundado su reputación en ella.

La vieja morada, que se levantó sobre los cimientos de otras más antiguas en tiempos de la buena reina Bess, aumenta su notoriedad por haber sido residencia de Sir Eduardo Coke, el famoso Lord-jefe de Justicia y rival de Bacon. En 1601, este personaje, que tres años antes se había casado con una joven rica y viuda, lady Hatton, hija de Lord Burleigh, recibió en esta casa á la Reina-Virgen con un esplendor perfectamente de acuerdo con la dignidad real y el estado floreciente de su bolsa. Entre otros presentes que S. M. se dignó aceptar de su súbdito en esta ocasión figuraban joyas valoradas en 1000 libras, suma considerable en aquella época.

El matrimonio de Coke no fué feliz. Era él lo bastante viejo para que pareciera el padre y no el marido de su esposa, quien le miró siempre con el mayor desprecio hasta el punto de que llegó á prohibirle que en la casa que tenía en Londres entrase por otra puerta que por una que había en la fachada posterior. El pobre hombre se dejó tratar de este modo durante largos años sin decir una palabra, hasta que un día llegó ella demasiado lejos, pues aprovechando la ausencia de su esposo, que se hallaba en Londres, embolsó y se llevó de Stoke á otra de sus propiedades todas sus alhajas y objetos de valor. El marido ultrajado entró á viva fuerza en casa de su mujer, recobró lo que le pertenecía y cosas que según ella dijo no lo eran, lo que dió lugar á un proceso en el que venció gracias al auxilio de Bacon, acabando todo con una reconciliación de los cónyuges.

Pero al año siguiente las discordias tomaron otro aspecto. Lady Halton (pues siempre se negó á llevar el apellido de Goke) había hecho á su marido padre de una hija que debía heredar vastas posesiones de su madre y de Coke, y esta jo-

ven fué pedida en matrimonio por Sir Jhon Villiers, pero como este era pobre, su demanda fué rechazada. El viento cambió luego; Coke, despojado de todos sus honores, estaba en desgracia y en cambio el duque de Buckingham, hermano de Sir Jhon era el favorito del rey Jacobo y el dispensador de poderosas protecciones. Coke, con el propósito de reconquistar el favor real y de humillar á Bacon, su enemigo jurado, resolvió unirse á la familia que se elevaba y ofreció su hija á Villiers. Lady Halton, que no había sido consultada, rehusó su consentimiento y con su hija huyó, ocultándose en casa de unos parientes. Coke se enteró de su escondrijo y á la cabeza de una docena de robustos mozos, asaltó la casa y se apoderó de su hija. Lady Halton, ayudado por Bacon, llevó el asunto ante el Consejo privado y su marido tuvo que comparecer ante los tribunales, pero apoyado por Bukingham, el viejo legislador, demostró esta vez que era más fuerte que Bacon, consiguiendo encarcelar á su esposa y obligarla á que diera el consentimiento.

La boda se celebró en Hampton Court, en presencia del Rey, de la Reina y de los miembros más distinguidos de la nobleza; Francisca, se convirtió en Lady Villiers, la finca de Stoke Pogis pasó al novio, quien no tardó en ser elevado á par con el título de Vizconde Purbeck y baron Villiers de Stoke Pogis, y Coke pudo abrigar la esperanza de que había llegado al término de sus penas. Pero el matrimonio tuvo la suerte de la mayor parte de los que se hacen mal. Lady Villiers, después de haber vuelto casi loco á su marido, se escapó con sir Roberto Howard y llevó una larga vida de aventuras y de escándalos que acabó valiéndole la recompensa merecida: su degradación, encarcelamiento y muerte.

Si cuando hay verdadero amor no se logra seguir nunca un camino bien llano, puede asegurarse que es todavía más accidentado el que ha

de llevar un matrimonio que se hace por conveniencias de familia y en el que el amor no entra para nada. Las señoras que venían con nosotros estuvieron todas de acuerdo en este punto, asegurando desde la primera hasta la última su decidida resolución de dar la preferencia al verdadero amor, sin mirar los riesgos que en ello pudiera haber. En cuanto á la reina viuda, á la que rogaron que les apoyase, puso punto á la cuestión citando algunos versos de una antigua canción escocesa: «Niña, cástate con el muchacho que ames, diga lo que diga la suegra, aunque tengáis que hacer vuestro lecho nupcial con pellejas de guisante».

—¡Fuera las consideraciones mundanas, los matrimonios de conveniencia y todas esas monsergas!—exclamaron á una las aturdidas que formaban parte del grupo de Alegres Turistas.

Muchos años después de la muerte de Coke, Stoke Pogis sirvió de prisión á Carlos I, quien desde sus ventanas podía ver las torres del castillo de Windsor en el que no volvió á entrar hasta que fué un cadáver decapitado. Al morir el vizconde Purbeck, que residió en aquella casa después de muerto Coke, Stoke Pogis pasó, por venta, á poder de la familia Gray.

Cuando Carlos II subió al trono de sus mayores, el dueño de aquella casa fué hecho caballero y tomó tanto afecto á los Stuardos, que más tarde, habiendo expresado el rey Guillermo deseos de visitar Stoke Pogis, tan rico en recuerdos históricos, se negó á acceder, siendo vanos los esfuerzos que hizo su esposa para que consintiera. Declaró que el usurpador no franquearía los umbrales de su casa, y mantuvo su palabra.

Puede decirse, por tanto, que Stoke Pogis había hecho un recibimiento fastuoso á un soberano, sirvió de cárcel á otro y cerró, por último, sus puertas á un tercero.

Se nos ha dicho que recientemente la reina

Victoria lo visitó personalmente, proponiéndose adquirirlo para su hija y que recorriendo una hilera de magníficos salones expresó el deseo de que su Windsor fuera igual. Al fin decidió comprar Claremont, según dicen, pues el precio que pedían por Stoke Pogis era mucho mayor de la suma que Su Majestad pensaba destinar á esta compra.

Actualmente la finca se halla en venta. Si alguno de nuestros reyes del mineral quiere regalarle con una de las imponentes residencias de Inglaterra, rica en recuerdos históricos y que tenga un «aire antiguo», ahí tiene una buena ocasión.

Más tarde, la vieja morada fué adquirida por la familia Penn, heredera de nuestro William Penn de Pennsylvania y uno de sus individuos, John Penn, fué el que levantó el cenotafio á Gray, pues se recordará que el cadáver de éste había sido depositado en la misma tumba de su madre. Este mismo propietario derribó gran parte de la casa y la reconstruyó tal como está hoy día.

Habíamos resuelto almorzar este día en la orilla del Támesis, y la hóspería del Viejo Cisne, situada cerca del puente de piedra que atraviesa el río debía servirnos de centro de aprovisionamientos. Pero hasta que llegamos allí, partiendo de Stoke Pogis ¡qué paisaje más hermoso admiramos! Hay que confesar que cuanto se ha dicho en prosa y en verso acerca de las bellezas del valle del Támesis, es perfectamente merecido. La corriente plateada se extiende á través del valle; el suelo fértil se eleva gradualmente por ambas orillas permitiéndonos desde lo alto del coche abarcar vastas perspectivas, pues el camino por donde vamos se halla á cierta altura y á alguna distancia del río. Una belleza tan perfecta, tan tranquila, apacible y lujuriosa no se ve en ninguna parte fuera de Inglaterra; no es posi-

ble que en otro lado se combinen los diversos elementos que la integran hasta formar un cuadro tan perfecto. Ahora, al escribir estas líneas, cuando desde Brighton hasta Inverness hemos visto todo lo que hemos hallado al paso, vuélvese nuestra imaginación á la comarca de Straatley y de Maple Durham para darle la palma como el más hermoso de los paisajes puramente ingleses. Decimos al valle del Támesis lo que el poeta oriental dijo al de Kashmere, que no es la mitad tan bonito:

*Si existe un paraíso en la tierra
¡Está aquí! ¡Está aquí!*

El Viejo Cisne, así por su aspecto como por su emplazamiento, era digno de figurar en el conjunto del cuadro campestre que lo rodeaba. El Támesis corría límpido, atravesándolo un pintoresco puente de piedra, y la hospedería rústica se levantaba á poca distancia, en la ribera cubierta de hierba. Se tendieron los manteles debajo de un nogal y se dispuso el almuerzo entre los arbustos y las margaritas. Las golondrinas revoloteaban sobre la superficie del agua, las abejas zumbaban en derredor nuestro; pero ¡silencio! ¿Qué es esto? ¿Dónde se oye? ¡La primera alondra que oímos canta do á las puertas del cielo! ¡Todos los que acabamos de oír por primera vez este canto inolvidable se han puesto de pie al momento, pero el pequeño cantor que con su voz llenaba aquellas verdes bóvedas, no se veía por ninguna parte. Oír una alondra por primera vez vale ya la pena de atravesar el Atlántico. Hasta olvidamos el almuerzo, á pesar del apetito que teníamos, distraídos por el deseo de ver al alegre pajarillo. Las oleadas de notas continuaban y seguíamos inmóviles esperando á que descendiera el mensajero celeste, hasta que al fin pudimos divisar á lo lejos un pequeño punto negro.

¡Este ser, tan pequeño á nuestra vista, ¡cuán grande es cuando canta!

Recuerdo algunos hermosos párrafos á propósito de este famoso músico alado: «En los rayos dorados del sol poniente, bajo los que las nubes toman brillantes colores, te deslizas y vuelas como un goce que todavía no ha tomado cuerpo y cuya existencia apenas ha empezado.» «¡Un goce que todavía no ha tomado cuerpo!» realmente es este una expresión soberbia.

Y he aquí como Browning habla del tordo diciendo de él cosas que á mi ver debiera decir de la alondra: «Canta cada canción dos veces, á fin de que no creáis que es incapaz de repetir la primera y hermosa improvisación que ha ejecutado sin esfuerzo alguno».

El tercer pasaje que recuerdo, ha sido puesto por la mano prodigiosa del genio en un poema que tiene por asunto la margarita y la alondra: «¡Ah! tu simpática vecina, la tierna alondra, la dulce compañera, no vendrá más á ti para hacerte encorvar la cabeza entre la hierba cubierta de rocío, bajo su pecho, cuando feliz se lance á las alturas y vaya á saludar al Oriente que aparece vestido de púrpura.»

También es bellísimo el tributo de elogios, tan conocido de Wordsworth: «Tipo del sabio que se desliza, pero que nunca corre á la ventura, fiel á esos dos lugares tan íntimamente unidos: el cielo y el hogar.»

Ahora recuerdo que también Shakespeare ha tenido su palabra para la alondra. ¿Hay algo en Inglaterra de que aquel genio no haya hablado? ¿Hay algo acaso en el mundo á que no haya dedicado una frase? Sobre cuántas cosas y cuántas veces no se ha expresado en términos tales que resulta el silencio el mejor partido que puede tomar el hombre prudente ya que no puede alcanzar la elocuencia de aquél?

Dimos un paseo en barca por el Támesis, des-

pués del almuerzo, y nos pusimos en camino hacia Reading, donde debíamos pernoctar en el hotel de la Reina.

Reading tiene un bonito parque nuevamente construído y en sus cercanías hay ruinas interesantes que visitamos antes de comer. Ya no quedan más que débiles vestigios de la abadía, famosa en otro tiempo, fundada á principios del siglo XI por Enrique I. En la época en que alcanzó el apogeo de su prosperidad, este convento alimentaba en su hospitalaria mesa á más de doscientos monjes, y su abad, que era mitrado, tenía asiento como par en el Parlamento. Era esta casa muy célebre como centro de sabiduría, pero los buenos frailes debieron degenerar tristemente en lo que toca á este punto, si hemos de creer el informe que dieron los comisarios regios en la época de Enrique VIII, pues en ellos se describe á Hugues Cook, el último abad, que fué ahorcado y cortado en pedazos en la misma puerta del monasterio, como «un monje testarudo y absolutamente desprovisto de instrucción».

Pero es natural que todos los que miren á Enrique el Polígamo como un monstruo de iniquidad, se negarán á dar fe á los informes de sus favoritos y seguirán creyendo que el abad Hugues era un santo varón y que si no era del todo irreprochable en lo que toca á la ortografía y á la sintaxis, compensaba sobradamente estas faltas con sus progresos en las vigiliás, en los ayunos y en las oraciones. Realmente era el hombre que se necesitaba en el puesto en que se hallaba, si hay que juzgar por el inventario de las reliquias que los antedichos favoritos del rey encontraron en su poder en la época en que fué suprimido el monasterio. Entre los objetos sagrados, figuraban: «dos trozos de la verdadera cruz, la mano de San Jacobo, un hueso de María Magdalena, un trozo de brazo de San Pancracio y un hueso del brazo de San Eduardo el mártir.» ¿Es

posible que este santo varón que guardó hasta el último momento tesoros semejantes se haya visto expuesto á oír que le tacharan de testarudez y de ignorancia? Pudo muy bien no ser «un individuo letrado», pero no hay ninguna duda de que tenía muy bien sujetos en sus manos todos los elementos constitutivos de la fe. ¿Qué es la ciencia al lado de un hueso de San Eduardo, cuando se trata de retener á las ovejas en el verdadero redil? El viejo abad conocía mejor su negocio que los comisarios de Enrique. El diente de Budha, que fui yo á ver en Ceylan, atrae muchedumbres de los puntos más lejanos de la isla y excita más la piedad, que el tam-tam ó los encantamientos del sacerdote más sabio. Verdaderamente, no hay como una reliquia para engendrar la gracia.

Un bonito prado que había detrás de nuestro alojamiento, nos dió ocasión para jugar una partida de tennis á la hora del crepúsculo, después de la comida. Al día siguiente por la mañana, nos pusimos en marcha hacia Oxford.

El artículo principal que aquel día publicaba el *Diario de Reading* trataba de la emigración y me fijé en él porque me pareció que su autor iba al fondo de las cosas. He aquí sus conclusiones: «Las industrias que se extienden y prosperan en el Nuevo Mundo empiezan ya á lanzar una sombra inquietante en el Viejo y á modificar algunas de sus costumbres y prácticas, pero sobre todo esto y en esfera mucho más elevada, hay la libertad de pensamiento y de acción, la tranquila independencia, el sentimiento de la dignidad del hombre como tal hombre, la perfecta igualdad de todos ante la ley y la constitución, que existen en América. Todo esto conduce á crear una raza que debido á su correspondencia con sus parientes que han permanecido en su antiguo país y gracias á los transportes cada vez más fáciles, á las relaciones de negocios, al libre é independien-

te lenguaje de la prensa, ejercen una acción gradualmente destructora de las fuerzas conservadoras todavía importantes en la sociedad europea y preparan la caída de los sistemas monárquico, aristocrático, militar y eclesiástico que entorpecen y sujetan á la gente del Antiguo Mundo. Estas ideas me parecen contener la explicación del éxodo que se efectúa en la actualidad y de ellas puede sacar una buena lección un verdadero hombre de Estado».

He aquí un hombre como yo los quisiera todos, que trata su tema frente á frente.

El autor indica una de las numerosas causas que motivan el éxodo de la mayor parte de hombres de valía en los antiguos países donde subsisten aún las diferencias de clases.

El hombre no aspira únicamente á la libertad, sino también á la igualdad cuando tiene en sí una fuerte proporción de lo que constituye el verdadero ser humano. América es el país para los que así son y buen número entre los mejores no tardan en darse cuenta de ello. Pero Inglaterra no tardará en avanzar, que no es un pueblo que se conforme fácilmente con marchar mucho tiempo á la zaga; pronto no habrá allí ventajas políticas que no puedan alcanzar las masas, ni las habrá tampoco exclusivas para ninguna clase; el pueblo británico se ha consagrado seriamente a la tarea y lo que emprende, lo hace bien. Yo profetizo que la vieja Inglaterra ha de dar mucho que hacer á la joven América en la lucha por la supremacía.

Algunos de los nuestros anduvieron bastantes millas delante del coche; en cuanto á mí fuí hablando con un hombre que encontré. Era carpintero y tenía de salario cuatro dollars semanales; un albañil gana menos de 2 dollars 75 céntimos, pero algunos buenos maestros llegan hasta tres dollars y medio y dan á sus peones cuatro ó cinco libras de buey por Navidad. La alimentación

consiste en manteca y en te, que no cuestan caro, pero no en carne de vaca. Los salarios de los hombres no han aumentado mucho desde hace años (yo creo que ni siquiera han variado), pero no ha sucedido lo mismo con los de las mujeres. Una operaria vulgar, en el trabajo del campo puede ganar un chelín diario (1'25 pesetas), cuando hace poco tiempo el máximo no alcanzaba á nueve peniques (90 céntimos). ¿No es consolador ver tal mejora para las mujeres? Pero calcúlese cuál debe ser todavía su condición, para que un chelín al día sea considerado como un buen salario. Le pregunté si los patronos daban á los obreros la comida como suplemento de los salarios y me aseguró que no.

Estamos en la Inglaterra del Sud y se trata de obreros agrícolas, pero estos salarios son lamentablemente pequeños, aun comparados con el término medio de los que se dan en la Gran Bretaña.

El nuevo sistema educativo y la extensión próxima del sufragio á los condados, no tardarán en producir un cambio en estas pobres gentes, que no se perjudicarán mutuamente por su crecido número reduciendo el salario á la suma indispensable para vivir, cuando sepan leer, escribir y votar. Alegrémonos de ello.

Las señoras que formaban parte de la expedición iban ataviadas de un modo extraordinariamente bello, con ramos de flores silvestres en el pecho y guirnalda de rosas alrededor de los sombreros; además cubrieron de flores á la reina viuda, de tal modo, que parecía que estuviese preparada para representar el papel de Ofelia. Por otra parte, sus sonrisas eran tan bonitas como sus flores. ¿No es el colmo de la satisfacción ver á las señoras llenas de dicha y de buen humor, y no careciendo de nada de cuanto es esencial para formar parte de un grupo de turistas como el nuestro? El ideal de Johnson no era ciertamente

guiar un cochecito acompañado por una mujer bonita, pues tenía con poca diferencia el carácter de un erizo y si alguna vez algo podía ponerle de buen humor no era de seguro esto. Si se hubiera encontrado en el imperial de un coche, rodeado únicamente de señoras como las nuestras, no hubiera acertado á pronunciar nunca una palabra.

Llegamos á Oxford antes de ponerse el sol. Desde muchas millas antes se veían ya las torres: Magdalena, Baliol, Christ Church y otras de nombres familiares. Pasamos por la pequeña y bonita Isis, admirando cuanto encontrábamos al paso y entramos por la calle Mayor hasta llegar al hotel Clarendon.

Al día siguiente había entrega de grados, lo que había hecho acudir muchos estudiantes y familias de éstos, haciendo esto que no pudiéramos obtener en el hotel más que un reducido número de habitaciones, pero se nos alojó muy confortablemente en otras varias casas del mismo barrio. Empleamos muy agradablemente algunas horas pasando revista á los colegios, estuvimos en los grandes patios, recorrimos los claustros y visitamos diversos puntos en los que predominaba el estilo gótico. Paseamos por las orillas del Isis, fuimos más allá del campanario Magdalena, luego á la gran alameda... ¡Allí fué el último golpe!

Perdonamos á Wolsey su rapacidad, pues daba con una prodigalidad de príncipe. Al hombre que tanto ha hecho por Oxford, hay que perdonarle.

Oxford, 21 Junio.

Esta mañana fué consagrada á visitar más detenidamente los distintos colegios y á subir á la torre del teatro de Sheldon, cosa que no debe omitirse nunca. A nuestros pies se extendía desde allí la ciudad, formada por palacios, pues tales parecen todos los edificios y son palacios de la buena especie, no de esos donde reyes inútiles hacen fiestas y corrompen á la sociedad con su

mal ejemplo, sino de los que se destinan á «los que desdeñan los placeres y pasan los días laboriosamente».

M. B., nuestro antiguo amigo de Cambridge, nos hace saber que aquí, un estudiante no necesita para vivir más de 200 libras al año (5,000 pesetas), lo que no resulta caro. En una de las salas, vimos una tarifa que nos hizo reir. Decía: «Ordinario: cordero, grande francos 1'10; corto, 0'90; mitad, 0'70. «Llegamos á formarnos idea de lo que serían los grandes y las mitades, pero ¿qué serían los *cortos*? Seguramente una especie de ración intermedia para los que tenían un apetito tal cual. Como se ve, en Oxford saben repartir las cosas buenas. Por lo que toca á nosotros, estuvimos de acuerdo en que si los estudiantes hacían excursiones en coche no se les presentaría ocasión de distinguir entre los cortos y las mitades, pues todos desde luego nos decíamos por los grandes.

Pasamos en el carruaje junto al monumento levantado á los mártires Latimer y Ridley. En cuanto á Cramer no merece ser mencionado al lado de aquéllos.

Una visita á un monumento de esta clase me hace siempre bien, porque me permite responder á los que dudan de los progresos de la especie humana, diciéndoles:

—Mirad esto y recordad por qué estos grandes hombres fueron quemados. ¿Es admisible que hombres honrados y de tal valía, tuvieran que morir por sus opiniones, en Inglaterra?

El hecho de que Cranmer escribiera sosteniendo el derecho y la necesidad de condenar á muerte á los que no pensaban como él y de que luego haya sufrido la suerte que le parecía justo aplicar á los demás, prueba la versatilidad de los espíritus de la gente de todos los partidos en estos días de tinieblas.

Por mi parte, sostengo que el mundo ha dado

un paso decisivo hacia adelante en lo que toca á este punto y que ningún movimiento cíclico en las cosas humanas queda perdido. La persecución emprendida en nuestros días contra el reverendo Green, el profesor Robertson Smith y el obispo Colenso, por las ideas que sustentan, prueba sin duda que nos queda mucho que hacer para que podamos envanecernos de nuestros progresos en este sentido, pero estas son las peores persecuciones que se emprenden actualmente en Inglaterra y en Escocia — hay un abismo entre ellos y la muerte en la hoguera.

El noble anciano Latimer fué un profeta, cuando ya sobre la pira gritó á su compañero: «Reco Brad el ánimo y portaos como un hombre. En el día de hoy encenderemos una antorcha que con la gracia de Dios espero que no se apagará jamás». Creo, efectivamente, que esa antorcha no ha de apagarse nunca.

Los beatos de nuestros días no pueden ser importunos más que en Inglaterra; en todos los demás países de lengua inglesa han perdido por completo su poder, y la persecución por causa de opiniones es desconocida. «El hombre puede decir lo que quiere» y hay que aspirar aún á un grado más lejano y más elevado: al de que todo hombre crea que es un deber tener opinión sobre todas las cosas y decir francamente lo que siente, sin ocultar nada.

Cuando salimos de Oxford lloviznaba ligeramente, pero apenas estuvimos fuera de la población aclaró el tiempo, quedando el paisaje más hermoso que antes.

Nos dirigíamos á Banbury Cros y en nuestro camino estaba la soberbia posesión de Blenheim, regalada por la nación al duque de Marlborough.

He aquí lo que las naciones son capaces de hacer por los más afortunados destructores de sus semejantes y en cambio ¡qué mezquinas son las

recompensas que se conceden á los que conservan, perfeccionan y descubren! Para un Marlborough ó un Wellington, una fortuna; para un Howard ó un Wilberforce lo bastante para vivir, y gracias. Sólo en China es donde los hombres de Estado y los de letras figuran á la cabeza de la lista; ningún jefe de ejército, por afortunado que haya sido en su obra de destrucción puede llegar á las más altas categorías, pues en aquel país las victorias pacíficas dan más fama que las de la guerra; los altos puestos están reservados para los hombres que saben: los Gladstone, los Disraeli, los Darwin, los Spencer, los Arnold y los Ruskin. Sólo en los países civilizados es donde se conceden las más grandes honores á los verdugos.

Blenheim es grandioso, soberbio, á propósito para satisfacer los gustos de un príncipe. ¡Y su hermosa biblioteca! Mientras la recorriamos, estábamos como subyugados, como si estuviéramos en frente de los dioses de los siglos pasados, pues una colección de grandes obras ejerce en derredor suyo la influencia de reyes que han muerto, pero que siguen siempre estando presentes. «De esos soberanos difuntos, pero que siguen llevando el cetro y cuyos espíritus nos gobiernan aún desde el fondo de sus urnas», como dijo el poeta.

¡Y pensar que esta biblioteca cuyos tesoros nos ponían en éxtasis, cuando íbamos viendo sus volúmenes ha sido después vendida en almoneda! ¡Miserable degenerado! Pero ¿puede siquiera llamarse degenerado al descendiente de un Marlborough? No; es muy posible que no seáis responsable de esto que parece un deshonor hereditario; algún heredero anterior puede haber hecho inevitable la venta. De todas maneras, la dispersión de tales tesoros debe abrir los ojos á las gentes honradas de Inglaterra y demostrarles lo absurdo que es mantener la herencia de la alcurnia y del privilegio. Acaso también el noble lord no hacía más

uso de los libros que aquel otro que permitió á Burns que visitase su biblioteca y en la que éste no encontró rastro alguno que indicase que servía para nada, lo que le obligó á escribir en un tomo de Shakespeare: «A través de estas páginas inspiradas, ¡oh! polillas, trazad vuestros surcos sinuosos; pero respetad el gusto de Su Señoría y no toquéis á las encuadernaciones doradas».

Salvo numerosas y notables excepciones, la aristocracia de la Gran Bretaña tiene su origen en malas gentes que hicieron los más ruines servicios á miserables reyes y en mujeres que valían menos aún que sus señores y amos, pero ya parece que se acerca á su fin y de un modo que está en perfecta armonía con su principio. Los mismos ingleses no tardarán en convencerse de que ningún hombre debiera nacer con honores y de que éstos deben estar reservados para los que los merezcan. ¿Qué clase de fruto puede esperarse del árbol del privilegio? Tiene sus raíces en la injusticia y los males que engendra no son los que menos los sufren los mismos que á su sombra han nacido. El joven par que por sus propios esfuerzos consigue llegar á ser algo, lo hace á despecho de un sistema vicioso y tiene derecho á elogios interminables.

Pero aunque nuestra raza es lenta en instruirse, el pueblo oye un pajarito que canta á su oído en estos días tan agitados y empieza á enamorarse de ese canto.

Los días de la aristocracia están contados.

Banbury, 22 Junio.

Llegamos á Banbury hacia las cinco y pocos había entre nosotros que por la edad y por los sentimientos estuviesen tan alejados ya de los días de la infancia para que no pudiesen recordar la vieja canción que nos cantaron las nodrizas y que repetimos á coro cuando divisamos la famosa cruz de esta población.

Pero esperábamos ver una reliquia gastada por el tiempo y aun creo que no faltaba quien confiaba en divisar á la anciana dama montada en un caballo blanco y luciendo grandes anillos en los dedos, de que nos habla la canción; calcúlese, pues, cuál sería nuestro desengaño cuando nos encontramos delante de un edificio gótico, de labor delicadísima que parecía nuevo, tan moderno como si el día anterior lo hubiesen terminado. Y efectivamente, era verdad: lo habían construído hacía poco, mediante una suscripción pública. El encanto se había disipado.

Me gustan las nuevas instituciones políticas para mi país, pero en cuanto á los edificios, prefiero los antiguos, los históricos. Al pasar junto á esta imitación de lo antiguo, me sentí dispuesto á censurar á las buenas gentes de Banbury por el sacrilegio que á mi juicio habían cometido, destruyendo el viejo monumento que valió á aquella población fama universal. No pude menos, sin embargo, que abrigar la esperanza de que la verdadera «Santa Cruz con los numerosos peldaños que la rodeaban», habría sido resguardada en algún museo ó en algún otro punto donde pudiese recibir los homenajes de todos los devotos de la tradición, pero ¡ay! las averiguaciones que al efecto hice me demostraron que la escoba puritana de la destrucción, que ha demolido tantos objetos de arte del tiempo de la buena reina Bess, había pasado desde 1602 sobre la Cruz de Banbury, de la que no queda ni un fragmento que recuerde su antigua gloria.

Banbury fué, desde los primeros tiempos considerada como una fortaleza del puritanismo y se hizo famosa, como dice Tuller: «por su celo, sus quesos y sus pasteles». El celo y los quesos no son tan fuertes como en otros tiempos, pero los pasteles han conservado su alto renombre y se fabrican y exportan en gran cantidad. Siguen siendo, sin duda, lo que eran en los tiem-

pos de Ben Jonson, quien dice en su «Feria de San Bartolomé. «Es una especie de pastel plano, pequeño, que tiene generalmente la forma de losange, hecho con una pasta esponjosa y adornado con pasas de Corinto y otras frutas.»

En Banbury están los célebres talleres de mi amigo M. Samuelson, miembro del Parlamento. Antes de comer fuí á visitarlos y á obtener al mismo tiempo algunas noticias del dueño, enterándome al entrar en el hotel, de que precisamente en aquel momento se hallaba en una habitación contigua al salón en que estábamos nosotros.

Pasamos el día hablando y cambiando impresiones como colegas en dirección de fundiciones. Si Inglaterra y América se aproximan cada vez más en lo tocante á política, es igualmente cierto que las manufacturas de ambos países tienen casi los mismos problemas que resolver. M. Samuelson se hallaba en aquellos momentos enteramente consagrado á negocios de ferrocarriles y trabajaba activamente cerca de una comisión parlamentaria, para conseguir algunas reformas ó más bien, según decía, para obtener justicia.

Expuse nuestros planes, nuestros fracasos y triunfos, de los que tomó nota. No dejaré de consignar en elogio de mis antiguos colegas de este lado del Océano (pues antes de retirarme era yo director de ferrocarriles), que los manufactureros de la Gran Bretaña luchan con desventajas de que nosotros no tenemos idea siquiera, aun cuando las que nosotros sufrimos sean bastante más graves. Agrego estas últimas palabras temeroso de que MM. Vanderbilt, Roberts, Cassat y los Garrett padre é hijo se disgusten ante mi primera afirmación, pues de esos señores dependen nuestras fortunas.

Los informes recibidos por la comisión parlamentaria de la Gran Bretaña demuestran que las gentes están mucho más expuestas á ser mal-

tratadas por las compañías ferroviarias, de lo que lo estamos nosotros. El grano americano es transportado de Liverpool á Londres por la mitad de lo que cuesta el transporte de grano inglés desde localidades próximas á Liverpool, y cito este ejemplo entre centenares de que tengo noticia. La compañía de ferrocarriles alega, para explicar esto, que si no transportase á mitad de precio el artículo extranjero, los buques lo llevarían directamente á Londres ó por mar, desde Liverpool.

Asistí á una reunión del Club de Economía Política en Londres, en la que se discutió con mucha competencia la cuestión de la intervención legislativa en las tarifas de los ferrocarriles. Según la opinión que parecía prevalecer, se consideraba dudoso que pudieran remediarse estos males por la vía legislativa.

Invitado para que expusiera los resultados de nuestra experiencia acerca del tema que se debatía, expliqué el sistema poco prudente adoptado por la Compañía de los ferrocarriles de Pensylvania á Pittsburgo (al que, afortunadamente, ya ha renunciado) y cuáles fueron sus consecuencias. Los grandes desórdenes ocurridos en la segunda de dichas capitales tuvieron su verdadero origen en la práctica seguida por dicha empresa, consistente en transportar los objetos manufacturados del Este, desde Nueva York y Filadelfia, pasando por Pittsburgo hasta llevarlos al Oeste, á precios más bajos que los que exigía para transportar los mismos productos desde Pittsburgo, á pesar de que aquel recorrido era doble mayor.

En Inglaterra existen muchas anomalías parecidas á ésta.

Los concurrentes parecieron fijarse mucho cuando les dije que la compañía ferroviaria había acabado por admitir la teoría de que en ningún caso las tarifas para las distancias cortas

deben ser inferiores á las que se fijan para los grandes recorridos. Los objetos manufacturados de Pittsburgo, que se transportan en la actualidad desde el Este al Oeste, abonan una tarifa diez por ciento menor que la que se paga en el trayecto entre Chicago y el mar, haciéndose caso omiso de la influencia que para modificar esos precios puede intentar ejercer la competencia. Esta regla, aun cuando no está conforme con la estricta equidad, ni es aplicable á todos los casos, significa no obstante un gran paso progresivo y hace desaparecer la mayor parte de los riesgos más serios.

El club de que vengo hablando es uno de los que merecen fijar la atención. Se compone de venticinco miembros y las vacantes que van ocurriendo se proveen por elección. Ser admitido en él se considera como un gran honor. Dícese que todas las conclusiones que emite esta corporación acerca de los problemas que afectan á la política económica, se ven al poco tiempo convertidos en textos legales. Todo miembro del club es un personaje bien conocido y ha de tener una reputación nacional.

Entre los que estaban presentes en la sesión á que asistí figuraba sir John Lubbock, el que desde su primera juventud descubrió un raro secreto: la manera de instruirse; estaba también M. Tawcett, el ciego que es director general de Correos y cuya carrera demuestra de modo harto evidente cuán verdad es que no hay dificultades para el que quiere con firme voluntad.

M. Leonardo Courtney, uno de los hombres del porvenir, tomó activa parte en la discusión referente á los caminos de hierro. M. Giffen leyó el resumen de la sesión, que como era de suponer estaba magistralmente hecho, por más que á mi juicio se inclinaba hacia opiniones equivocadas. Este es el hombre de las cifras, tan conocido en todo el mundo, el que leyó recientemente en la

Sociedad de Estadística un artículo demostrando cuántos centenares de millones de hombres tendrá América dentro de poco tiempo, artículo que causó un efecto prodigioso no sólo en este lado del Atlántico, sino en toda Europa. M. Shaw Le Fevre, lord Sherbrooke (Robert Lowe) y el padre del hombre que ha iniciado el movimiento contra la ley referente á los trigos (M. Villiers), asistieron también á la sesión, así como otros muchos hombres eminentes.

Uno de mis amigos, el profesor Thorold E. Rogers, miembro del Parlamento é individuo del club, fue el que me facilitó la ocasión que vivamente deseaba de poder visitar dicha entidad. Por cierto que al nombrar á esta persona, no puedo menos que expresar mi extrañeza de que su libro de *Sátiras y Epigramas* no haya sido reeditado en América, pues es una obra llena de atractivos á la que los turistas debieron muchos ratos de risa y alguna hora agradable.

He aquí una muestra que se me perdonará que cite, cuando se sepa que según he sabido de buen origen, el héroe Brown, fué uno de mis amigos de Dunferline, M. Reid, miembro del Parlamento:

«Enviado á un país lejano desde su primera juventud, Brown hizo una carrera fundada en la honradez, la economía y la franqueza. Trabajó diez años é hizo una fortuna y entonces satisfecho el comerciante se apresuró á volver á su país natal. Hombre de mérito al mismo tiempo que rico, se preguntó cuál sería el mejor empleo que pudiera dar á los escudos que había reunido. No tardó en comprender claramente que su riqueza no le sería perdonada sino á fuerza de prudencia, de sinceridad, de buen juicio y de gusto. No se dió importancia, no se entregó á la ostentación, tomó como regla de sus palabras y de sus actos el sentido común, se respetó á sí mismo, sin dejar de ser atento con los demás, aparentó no ver

á los que sin consideraciones de ningún género se dirigían á su objeto, y demostró en una palabra que había aprendido el arte del más exquisito tacto. Nadie le temía, ni osaba molestarle (no digo odiarle porque hay seres tan perversos, que no pueden sufrir á un hombre exento de vicios). Pues bien, uno de los que odian de este modo, dijo con una ironía de buen tono y de manera que todo el mundo pudiera oírle:—Dawdle me ha preguntado, Brown, si podía decirle cuál es vuestro blasón, cuáles vuestras armas y vuestra divisa.

Pues bien, Brown hizo un gesto, se ruborizó, pareció quedar confuso un instante y luego respondió alegremente y dejando aparecer en sus labios una agradable sonrisa:—Mi color es *oro*, las armas que uso son tres hongos que pesan y mi divisa: *Aquí estamos.*»

Hay en este libro otras muchas cosas por el estilo, así es que me atrevo á señalarlo á cualquier editor de América, de los emprendedores, como una obra que vale la pena de ser *lanzada*.

En la mañana de este día se discutió mucho acerca del camino que íbamos á seguir, pues por todos lados había cosas que atraían nuestra atención. ¿Pasaremos por Compton-Verney (verdad que es un bonito nombre inglés), por Wellesbourn ó por Hastings? ¿Iremos por el castillo de Broughton, Tadmarton, Scoalcliffe, Compton, Wynyate y Oxhill? Por una parte están Wroxton Abbey, una de las verdaderas abadías baronales si así puede llamársele, y Edgehill, y seguramente no es buen republicano quien deje de ver esto, pero por el otro lado está la fortaleza de Lord Saye y Sele, que es más antigua que Wroxton y está Compton Vynyate, que es más hermoso que todo aquello junto, pues «es un noble despojo, una ruina perfecta». Y había aún otro tercer camino, más bello todavía por lo que respecta al paisaje.

Así es este emporio de los tesoros, esta grande

y vieja Inglaterra, tan abundante, que cada milla ofrece con orgullo incomparables seducciones para ganar nuestro amor. «¿Qué importa el sitio á donde se dirigen nuestras miradas? De ningún modo podemos engañarnos en este país delicioso, pues basta con cambiar de sitio, para ver bellezas desconocidas y siempre nuevas. «Cada día de viaje sirve únicamente para demostrarnos el escaso número de cosas que podemos ver entre el sin fin que hay y cuántas nos pasan inadvertidas á un lado y á otro. Pudiera un hombre pasar todos los veranos de su vida recorriendo Inglaterra en coche y sin embargo dejaría por ver al morir muchas y más interesantes cosas que las que habría tenido tiempo por contemplar.

Si no sabéis que hacer en vuestras vacaciones de verano, probad esta vida de viaje en coche y daréis gracias á Dios por haberos abierto un mundo nuevo.

Nos decidimos por el primero de los caminos mencionados y sean lo que fueren los otros, hemos declarado por unanimidad que Wroxton Abbey nos ha parecido la muestra más interesante de arquitectura que hemos contemplado. Aun cuando data únicamente de principios del siglo XVII, es un edificio grandioso y un notable ejemplar de la arquitectura doméstica de la época. La fachada del oeste tiene 118 pies de largo y el pórtico es un elegante ejemplo de las entradas adornadas á la italiana que privaron en aquel tiempo. Blenheim y Windsor tienen más grandiosidad, pero si tuviéramos que elegir, nos decidiríamos por Wroxton, con preferencia á aquellos dos edificios.

¡Con qué interés recorrimos sus curiosas é irregulares habitaciones, examinando las maravillas que contienen! Jacobo I durmió en esta pieza, Carlos I en aquella, Jorge IV en esta otra; esta colcha es obra de María, reina de Escocia, ahí está su nombre; la reina Isabel que vino á

visitar esto, durmió aquí; el rey Guillermo se hospedó allí. Además, hay antiguos y auténticos cuadros, si bien en lo que toca á este punto nada iguala á Blenheim, pues Marlborough conocía el adagio: «para los vencedores el botín» y lo ponía en práctica, habiendo tenido ocasión en el extranjero de hacerse con verdaderos tesoros artísticos. Pero si queréis formaros la idea más pintoresca de lo que es una grande y antigua morada inglesa, id á Wroxton Abbey: su pequeña capilla, rica en escultura sobre nogal, vale por sí sola la pena de hacer el viaje.

Se cuenta una curiosa historia á propósito de la visita que hizo á la abadía Jacobo I. La esposa del dueño, sir William Pope (ó Papa), le había hecho recientemente padre de una niña y cuando el rey llegó le presentaron al bebé, llevando en la mano un cuchillo en el que estaban grabados estos versos:

«Esta mujercita que veis aquí, no se ha sentado nunca en la silla de San Pedro, ni ha llevado jamás la triple corona y sin embargo es Papa.

No ha vendido nunca ningún beneficio, ni por oro ha perdonado los pecados; apenas tiene ocho días, y sin embargo es Papa.

Ningún rey le ha besado nunca los pies, ni obtuvo de ella una mirada más severa que la que veis, ni se le ocurrió nunca hacer un santo con el extremo de una cuerda, y sin embargo es Papa.

Un Papa hembra, diréis, otra Juana; no, por cierto, un Papa Inocente y nada más».

Almorzamos sobre una mesa de pino y bebimos cerveza en la cantina de la posada de Holcroft, antiguo y singular establecimiento, pero pasamos un buen rato en aquellos sitios donde mil pormenores nos trasladaban á la Inglaterra de los pasados siglos.

Al salir de Holcroft, nos encontramos de pronto ante la perspectiva más grandiosa que habia-

mos tenido ocasión de contemplar. Conforme el carruaje iba avanzando, nos íbamos más y más embebeciendo en la contemplación de la comarca fértil que se extendía hasta el horizonte por los dos lados de la carretera y del seño de calma eterna y el encanto tranquilo que distinguen á Inglaterra, cuando al pasar una trinchera, vimos desplegarse á nuestros pies un panorama vasto y variado. Teníamos delante de nosotros una docena de aldeas y de pintorescas cabañas y con el auxilio de los anteojos divisamos otra docena más. Los campanarios de las iglesias, los álamos, los setos, los bosques, la llanura con ligeras ondulaciones que parecía derramar á chorros las lujuriosas mieses, formaban un cuadro del que no acertábamos á alejarnos.

Hicimos que el coche pasara delante y que nos esperase al pie de una cuesta, hasta que hubiésemos dado á nuestra vista todo el regalo posible de aque precioso espectáculo y nos quedamos sentados en el borde de un barranco contemplando la sonriente Arcadia que se extendía debajo de nosotros. Al poco rato llegaron algunos habitantes del país, pues Inglaterra se halla tan poblada que no se tarda nunca mucho en encontrar á alguien, y por ellos supimos que nos hallábamos en una tierra sagrada. ¡Era Edgehill!

Como buenos republicanos nos detuvimos bastante rato en aquel sitio, fijando las miradas en el escenario donde se libró la sangrienta batalla entre el rey y el pueblo, batalla que no dió, sin embargo, resultados inmediatos, porque quedó indecisa, pero que más tarde tuvo grandes consecuencias.

El ejército de Carlos estaba acampado en Banbury, de donde veníamos nosotros; el del Parlamento estaba allá abajo, en Winneton, y ante nuestra vista se extendía la llanura en que unas y otras fuerzas se desplegaron. Aquel terreno está hoy ocupado por dos granjas, llamadas de la

Batalla y distinguidas una de otra por los nombres de Battleton y Thistleton.

Entre las cercas de las granjas y sobre terrenos de la segunda, están los puntos donde fueron enterrados los muertos. Estos espacios han recibido, como les correspondía, el nombre de campos de las tumbas. Un bosquecillo de abetos cubre un trozo donde se abrió una fosa en la que según se dice fueron sepultados quinientos muertos.

Algunos escritores realistas han pretendido probar que Cromwell no estaba presente en Edgehill. Uno de ellos ha llegado hasta á sostener la fábula inverosímil de que aquel caudillo contempló la acción desde lo alto de un campanario que había en una de las colinas próximas y que á fuerza de piernas ó mejor de las de sus caballos huyó desde el instante en que adquirió la convicción de que las cosas iban mal para las tropas del Parlamento. Pero Carlyle trata este asunto como merece y lord Nugent consigna concretamente que los dragones de Cromwell figuraban entre los que cargaron al final de la batalla. ¡Ah! no, el bravo Oliverio no era hombre para quedarse inactivo en cuanto se presentaba un combate y podemos tener la seguridad de que, aun cuando por entonces no era más que capitán de caballería, debió hacer buena faena en Edgehill.

En los dos bandos figuraban personalidades notables, no siendo por cierto de los menos distinguidos por su bravura sir Jacob Astley, que mandaba la infantería de Carlos y que era además un modelo de piedad, pues en este punto no gozaban de privilegio los partidarios del Parlamento, aun cuando otra cosa se hayan empeñado en sostener algunos de sus historiadores. Por mi parte, he considerado siempre la oración que este caudillo pronunció en la solemne mañana de aquel domingo, como un modelo que mu-

chos clérigos debieran estudiar para su mayor provecho y el de sus auditorios.

—¡Señor!—dijo afirmándose en la silla de su caballo.—Ya sabéis cuán ocupado voy á estar hoy; si os olvido, no me olvidéis á mí. ¡Adelante, hijos míos!

¿Hay algo más lacónico, ni que más directamente exprese la voluntad? Los que se entregan por entero á la tarea que les está encomendada, no temen ser olvidados, pues el cumplimiento de un deber tiene más valor ciertamente que recitar una oración, sea cual fuere el día en que se haga; es más, yo creo que ese cumplimiento del deber es por sí solo una oración y la mejor. Por otra parte, tenemos tiempo para rogar á Dios con los labios, cuando le hemos servido trabajando con entusiasmo por una buena causa. Que oren las gentes cuando no tengan otra cosa mejor que hacer, pero que no se muestren demasiado ávidas, ni pidan demasiado para sí mismas.

Nuestro camino pasaba por Warwick y Leamington.

La vista del castillo, tal como se presenta desde el puente, es á mi juicio una de las más hermosas en su género que hay en Inglaterra. «Desde la torre, hasta la piedra fundamental, todo es perfecto»; en cuanto á la entrada recuerda los buenos y viejos tiempos. Cuando pasamos bajo la bóveda de entrada sobre el puente levadizo y por el rastrillo acudieron á nuestra imaginación aquellos versos: «¡Levantad el puente levadizo, muchachos! ¡Hola, guardián! ¡Deja caer el rastrillo! Y había tan reducido sitio para pasar que los barrotes al descender, cortaron las plumas de su penacho».

¡Warwick, el hacedor de reyes! ¡Aquel era su castillo! Su disputa con el rey, era precisamente uno de nuestros fragmentos favoritos para los ratos de lectura en alta voz y por cierto que una vez los oyentes declararon que este cro-

nista había leído con demasiada pesadez, aquel pasaje que dice: «Tenlo por bien sabido: ningún hombre que ha faltado á Warwick, lo ha hecho impunemente». ¡Qué bien se destaca ¿verdad? el histórico personaje!

La imagen del gran patio que da al río, ha quedado profundamente grabada en mi mente y lo mismo ocurrirá durante muchos años á todo el que trepe hasta lo alto de la torre de Guy. Desde allí, se ve más Inglaterra que desde ninguna otra parte. Aplaudo el entusiasmo de Ruskin por abrir suscripciones para reparar los destrozos causados recientemente en el castillo por un incendio. ¡Un Warwick, convertido en un Belisario, mendigando una limosna! ¡Si el hacedor de reyes pudiera ver esto! Pero los apellidos históricos en Inglaterra, son con frecuencia arrastrados por el barro y para él debe ser un consuelo aunque pequeño, donde quiera que esté, saber que el que lleva actualmente su título, aun cuando tiene la responsabilidad, no es una rama del viejo árbol.

La leyenda de Guy de Warwick, aceptada como un hecho histórico por muchos autores antiguos, ha sido relegada al rincón de las supersticiones monacales al igual que muchas reliquias de que en otros tiempos no se dudaba; pero lo que ese relato tiene de romántico hará siempre interesante el antiguo castillo y atraerá siempre al viajero á la puerta de la ermita que hay en el acantilado donde murió y fué sepultado el héroe fabuloso.

No se crea que hay relación entre la torre de Guy y el Guy de otros tiempos, pues la construcción de aquella no se remonta más que á fines del siglo XIV, mientras que este último pretende alcanzar una antigüedad de mil años ó más. En realidad, podemos señalar su fecha en un día preciso, pues el arqueólogo Rous no puede ser más categórico en su lenguaje:

«El 12 de Junio del 926, que era el tercer año del reinado de Athestan, se verificó el más terrible y combate singular entre los campeones de los reyes de Inglaterra y de Dinamarca, Guy, conde de Warwich y Colebrando el Pagano, gigante africano. Confiado en la gracia de Dios, el cristiano empezó el ataque, aconsejado de que así lo hiciera por un ángel del cielo y el fiel servidor de Dios y de la iglesia tuvo la fortuna de vencer al enemigo de todo el reino de Inglaterra».

Se siente espanto cuando se reflexiona en lo que hubiera podido suceder si Colebrando el Pagano hubiese obtenido la victoria sobre el fiel servidor de Dios y de la Iglesia. Pero esto no era posible que ocurriese, porque el pagano tenía perdida la partida desde antes de empezar, ya que, aun cuando guarde silencio la crónica acerca de ello, es evidente para cualquiera que reflexione, que Guy estaba vigorosamente sostenido por el ángel, lo que era una ventaja desleal, hasta tal punto que sólo el inmenso valor de lo que se disputaba, podía impedir que todos los partidarios de que las luchas sean con armas iguales se pusieran de parte del vencido. Pero no pensaban de esta manera los cazurros frailes de otros tiempos, sino que, según su ancha conciencia, el fin justificaba los medios y por consiguiente, glorificaron á Guy como el campeón de todo lo que era bueno y esparcieron tan ruidosamente su fama, que los normandos, al hacerse dueños de la antigua fortaleza sajona, tuvieron empeño en hacer pasar al vencedor como antepasado suyo.

Estos normandos pues, vinieron de este modo á creer implícitamente en el árbol genealógico que tenía por tronco á Guy, del mismo modo que ciertos tontos dan crédito á las pruebas que sobre pergamino les proporcionan los genealogistas de profesión para demostrarles que descienden de algún héroe fabuloso, de los que salieron de Normandía con Guillermo y sus tropas. Aquellos

poseedores, pues, dieron á sus hijos el nombre de Guy, llamaron Torre de Guy á la de la fortaleza y colocaron su escudo de armas en el patio de entrada, é hicieron que sus mujeres y sus hijas bordasen sus blasones en las tapicerías.

Esos altivos descendientes de un «antepasado quimérico», hacen recordar aquel general de los «Piratas Penzance» que se pone á llorar sobre una abadía que forma parte de una posesión que acaba de comprar y que cuando observan que sus lágrimas están mal dedicadas, contesta:

—Señor, cuando compré esta propiedad, adquirí también la abadía y esta tumba *con su contenido*. No sé de *quién* eran antepasados pero sé perfectamente de quien *lo son*.

Y dicho esto se pone nuevamente á llorar, porque necesita á toda costa tener un antepasado y cuanto más grande sea éste, más ganará en la comparación. El general, á pesar de todo, no dejaba de ser muy inglés.

Los versos de Tennyson: «Podéis creerme, Clara Vere de Vere, desde lo alto de ese cielo azul que está sobre nosotros, el majestuoso anciano, el jardinero y su mujer, sónríen al oír esas pretensiones á una antigua descendencia», son bien conocidos de todos, se han repetido por los educandos de todos los países, pero si los hombres y las mujeres se desprendieran en absoluto de la debilidad que consiste en querer figurar, adhiriéndose á un árbol genealógico de antigüedad respetable, disminuiría su importancia de un modo inesperado en este viejo país.

Josh Billings ha resuelto la cuestión, por lo menos en cuanto toea á los americanos, pues esta enfermedad es más ridícula aún en el Nuevo Mundo. «Aquí—dice—no podemos alabarnos de tener linajudas familias, pues el país no es lo bastante viejo para ello, á menos de tener un Piel Roja en la sangre». Esto, en mi opinión, es cortar por lo sano.

Después de atravesar Learnington, llegamos á la hora del almuerzo, al castillo de Kenilworth que desde hacía muchos días deseábamos ardentemente ver. Pero ¡ay! el guardián nos participa que no son admitidos ya grupos de turistas, desde que aquello ha sido puesto en tan buen estado por el excelente conde de Clorendon (hacia quien sentimos inmensa gratitud). No obstante el guarda de aquellas ruinas era un hombre de tacto y cuando vió nuestro coche y cuando supo que íbamos desde Brighton hasta Inverness, hizo una excepción de la regla, por lo que espero que no le reñirá Su Señoría, si llega á saberlo.

Hicimos un agradable almuerzo á la sombra de unos muros, bajo un frondoso oxiacanto y convinimos en que aquel mismo debió ser el sitio donde la reina Bess, furiosa, descubrió á Amy Robsard en la memorable noche de que habla la leyenda. Estas ruinas están embellecidas por mil recuerdos, pero nada sabríamos de ellas, si el gran mago no hubiera tocado con su varita esta masa inerte de piedra y de mortero y no hubiese animado con vida inmortal los actores que en ella estuvieron y las escenas agitadas que se desarrollaron. Leyendo sus páginas, reavivamos los días del pasado y tomamos parte con la Reina Virgen y su séquito de lores y de damas en la pomposa recepción tan prodigiosamente organizada para divertirla por el favorito que reinaba en aquel momento.

Los muros y las torres ruinosas, lo mismo que los vastos patios, recobran sus antiguas proporciones, resonando en ellos los ecos de la música y del baile.

El hoy tranquilo y majestuoso parque, se anima nuevamente de cazadores y de cortesanos con lujosos trajes.

Pero por viva que sea la descripción de Walter Scott, la excede en interés y originalidad el singular relato de las fiestas, del que el novelista

sacó los pormenores que cita y que es tan poco conocido de los que leen *Kenilworth*, como suele serlo el protagonista de *Hamlet* por los banales aficionados al teatro.

El autor del relato á que vengo refiriéndome, nace de Robert Lancham, estaba en cierto modo agregado á la Corte y parece haber acompañado á Leicester á Kenilworth. Su escrito tiene forma de carta dirigida «á mi buen amigo maese Humfrey Martín, mercero de Londres».

Después de referir brevemente el viaje que hizo la reina, este verídico cronista nos cuenta «que fué recibida en el parque á un tiro de honda del foso y de la primera puerta de entrada, por una persona que representaba á una de las diez Sibilas, lujosamente vestida con un manto de seda blanca y que recitó una poesía de circunstancias en ritmo y metro inglés. . Su Majestad la acogió con amabilidad y pasó á la otra puerta del recinto que por su largo, ancho y destino se denomina ahora patio de los Torneos, en la que un portero de gran estatura y corpulencia y de aspecto grave, vestido igualmente de seda y armado de una maza y de una espada de tamaño proporcionado, pronunció un discurso rudo, apasionado, en un metro convenientemente elegido al efecto».

Consignemos aquí que los alegres turistas durante su permanencia en Londres, habían tenido el placer de contemplar el retrato de este portero gigante, que está en la cámara real de Hampton Court. Se atribuye su ejecución á un artista italiano, Fernando Zucchero, que visitó por aquel tiempo Inglaterra. El tal portero es realmente digno del calificativo de «gran estatura y corpulencia, pues el retrato tiene más de nueve pies de alto y la figura, que se dice ser de tamaño natural mide ocho pies y medio. La mano tiene diez y siete pulgadas de largo. Está de pie, con la mano izquierda en la cadera y la de-

recha apoyada sobre un ancho espadón. Viste anchos calzones abullonados, medias negras, casaca blanca picada que cubre un jubón negro. Cubre su cabeza una gorra con plumas y lleva un pequeño collar. El cuadro fué pintado después de la visita de la reina á Kenilworth, pues en uno de los ángulos altos se ve muy legible la fecha de 1580.

Cuando el gran portero hubo terminado «seis trompetas, de los que cada uno tenía ocho pies de altura, sin que el conjunto de sus personas fuera desproporcionado, vistiendo todos largas ropas de seda y que estaban de pie sobre el muro, encima de la puerta, tocaron un aire de bienvenida. «Estos» armoniosos *sopladores* siguieron su música muy deleitosamente, mientras la reina atravesaba á caballo la puerta interior, donde la Dama del Lago (famosa en el libro del rey Arthur), con su séquito, en el que figuraban dos Ninfas, vestidas aquélla y éstas de seda, recibían á Su Alteza. Desde el centro del estanque en el que había una isla móvil, resplandeciente de antorchas, avanzó hacia tierra y saludó á su Majestad con una poesía bien compuesta, que expresaba la antigüedad del castillo y la dignidad hereditaria de sus poseedores».

«Este espectáculo se cerró con un deleitable concierto de oboes, laúdes, cornetas y otros instrumentos señoriales, que continuó mientras su Majestad atravesaba por un puente sobre un jardín artificial instalado frente a la entrada del castillo y cuyos lados estaban adornados de flores, frutas, pájaros y otros ornamentos simbolizando los dones de Sylvanus, Pomone, Ceres, Neptuno y otras deidades.

Después se encontró en frente de la puerta propiamente llamada del castillo, «sobre la que había un cuadro artísticamente pintado con las armas de Su Alteza y un poema latino describiendo las mercedes varias que le habían hecho

al llegar los dioses y las diosas. Los versos fueron leídos por un poeta que vestía largo traje de seda de un color cerúleo con anchas mangas á la veneciana, recogidas hasta el codo que dejaban ver las mangas del jubón color carmesí y también de seda; en la cabeza llevaba una corona de laurel y un ramo en la mano». «Luego se pasó al patio interior donde Su Majestad, que monta y baja del caballo sin ayuda de nadie, se apeó y fué acompañada á sus habitaciones del primer piso. En este momento resonó el estampido de muchos cañonazos y un largo trueno producido por fuegos de artificio que duraron largo rato, como si Júpiter hiciese ver que para dar la bienvenida no quería quedarse atrás de sus demás dioses».

El cronista sigue relatando las fiestas que se prolongaron durante catorce días y consistieron en casi todas las diversiones usadas en aquella época.

El domingo «después del oficio divino y del sermón», se pasó la tarde «escuchando la excelente música de numerosos y dulces instrumentos y hubo bailes de señores y damas y otras personas honorables, realizándose todo con maravillosa agilidad, con gracia incomparable, hasta el punto de que por mi parte, me fué imposible decidir si todo aquello era más extraordinario para la vista ó agradable para el espíritu».

Una mañana se consagró á una lucha entre trece osos y perros de combate, haciendo tales proezas en el arte de defenderse y de buscar el punto débil, de sujetarse con habilidad y de morderse y arañarse con dientes y uñas, y se hizo tal derroche de piel y de sangre entre aquellos animales, que en mi opinión necesitarán pasar muchos meses para curarse».

Vaya una diversión de buen gusto para la reina de Inglaterra de hace unos trescientos años, diréis, pero, poco á poco, señora, pensad lo que

se dirá antes de otros tres siglos de vosotras y de vuestras diversiones. ¿No nos describistéis la otra noche, con gran animación vuestra excursión de caza detrás de los perros? Pues mucho antes de que haya transcurrido un centenar de años, amiga mía, las damas de vuestra clase se quedarán estupefactas al saber que érais capaz de torturar á una pobre liebre ó á una zorra y tendrán que reconocer que eso, no solo no era indigno de vos, sino que os divertía. Digo que vuestro nieto se avergonzará de su abuela cuando enseñe á sus hijos vuestro amable retrato. Lo que es hoy á vuestros ojos la reina Isabel, lo que eran los emperadores romanos en el Coliseo ensangrentado, seréis á los ojos de la tercera de las generaciones futuras. No lo olvidéis y recordad aquellos versos de Cowper:

«No consentiré en poner en la lista de mis amigos, aun cuando esté adornado de corteses modales y de fino buen sentido, al hombre que, sin necesidad, pone el pie sobre un gusano».

Los hombres acabarán un día por renunciar á esta clase de sports, pero tenemos derecho á esperar sin ninguna duda, que ya en la actualidad las mujeres dejarán de hallar placer, que por el contrario les causarán un verdadero sufrimiento estas diversiones y que las abandonarán á las naturalezas más groseras.

Otro día se verificó el espectáculo de un acrobata italiano «que hizo tales prodigios de agilidad en correr, dar vueltas, brincar, dar saltos y cabriolas peligrosas, ... doblándose hacia adelante, detrás y de lado, torciéndose, retorciéndose, doblándose y dislocándose con tanta facilidad y ligereza que me es imposible describirlo con la pluma en pocas palabras».

El segundo domingo después de «un sermón lleno de sustancia», se verificaron «las bodas solemnes de unos novios en el patio de los Torneos», á las que asistieron todos los aldeanos de

las cercanías, vistiendo trajes de fiesta. El acto terminó con bailes á la morisca, con la representación de una pieza de Coventry y con otros curiosísimos juegos.

A fe mía, maese Martín que se pasó el tiempo muy divertido. «reco que aquello era capaz de poner de buen humor á cualquier hombre, aunque le hubieran dicho en aquel momento que su mujer estaba agonizando».

Y todo esto se hacía en día de Sábado. ¿No os avergonzáis de ello, reina Bess?

Las diversiones se sucedían casi de hora en hora; una seguía á otra, existiendo entre ellas infinita variedad; el parque estaba lleno de gente disfrazada en dioses y diosas, que á cada instante sorprendían á la rina con algún nuevo cumplimiento. Las fiestas y los bailes duraban todo el día y se prolongaban hasta bien entrada la noche, no teniéndose para nada en cuenta el tiempo. «El reloj no tocó nunca mientras estuvo allí S. A.; se le había parado y sus saetas permanecían fijas é invariables señalando siempre las dos; hora del banquete».

El día que visitamos Kenilworth, hacía mucho calor, aun para nosotros los americanos, lo que hizo que todos nos sintiéramos desmadejados y perezosos. Recuerdo que de pronto oí gran ruido de gente que iba y venía y que fueron implacablemente despertados entre grandes carcajadas, muchos de los turistas que se habían quedado dormidos al acabar de comer. Materialmente non caíamos de sueño, pero hacia la tarde, conforms el sol iba cayendo fué levantándose una brisa ue tanto fresca que nos reanimó.

A hora ya avanzada de la tarde subimos al coche é hicimos agradablemente el viaje hasta Stratford-sur-Avon.

Stratford-sur-Avon. 23 Junio.

Nos detuvimos en la posada del Caballo Rojo, á la que Washington Irving ha dedicado una interesantísima página.

Al llegar á este punto, no puede casi decirse que se está en el país de Shakespeare, porque su influencia ha sido tan profunda y tan extensa que se puede decir que se está en él constantemente. Estamos siempre en su patria, pero conforme nos aproximábamos al tranquilo pueblo en que nació no pudimos menos que hacer algunas observaciones acerca de las causas que influyeron á la formación de aquel prodigio. Parece como si fuera á verse allí que la naturaleza tiene un aspecto diferente que permite explicarse hasta cierto punto la aparición de un ser tan superior á los demás, pero no hay nada de esto, sino que nos encontramos con la misma tranquila belleza que caracteriza á casi todas las localidades de Inglaterra.

Los armoniosos *sonetos* parecen un producto natural del suelo, pero ¿dónde habrá encontrado el genio trágico? se preguntará. De seguro que no ha sido en las bonitas orillas del Avon, pues en ellas todo respira la paz. Pero como resulta que Shakespeare se parecía á otros muchos burgueses de Stratford y no dejaba conocer por su exterior lo que realmente era; «este gigante hijo del tiempo, que andaba errante y cantando ante el universo que le oía estupefacto», no nos quedó otro recurso que seguir nuestras investigaciones estudiando las condiciones exteriores que le rodeaban. Nos convencimos de que las leyes ordinarias eran inaplicables: era aquel hombre por sí solo una ley.

La cuestión de saber por qué y como Shakespeare fué lo que fué, quedará resuelta cuando á nuestra raza le queden planteados un reducido número de problemas.

Es una fortuna que sus restos descansen en las

márgenes del Avon, pues esto nos obliga á hacer una visita especial á su santuario, para rendirle homenaje. Su poderosa sombra es suficiente para llenar el alma. Los que hacemos la peregrinación á Stratford somos todos verdaderos monoteístas. Yo he ido muchas veces y siempre me siento impulsado á guardar religioso silencio cuando me aproximo á la iglesia; al encontrarme cerca de las cenizas de Shakespeare, no puedo reprimir austeros y sombríos pensamientos y me pregunto por qué una fuerza tan poderosa no es hoy más que un poco de polvo. La inexplicable prodigalidad de la naturaleza, produciendo un millón de seres, de los que sólo uno llega á vivir, no es nada al lado de este problema: el cerebro de un dios trabajando hoy y convertido mañana en pasto de los gusanos. ¡No me extraña, Jorge Elliot, que esta observación os haya acongojado y producido tanto sufrimiento!

En esto oigo una voz que dice detrás de mí:

—¿Qué tenéis? ¿Estáis enfermo? Cualquiera diría que no tenéis un amigo en el mundo.

—Os agradezco que me llaméis á la realidad de tan agradable manera, pues no es esta hora oportuna para que el cronista se distraiga, ni hemos emprendido nuestro viaje para tomar lecciones, ni para moralizar. «Las cosas deben ser todas agradables». No hay más remedio que reír, aun cuando muchas veces se tengan deseos de llorar.

He aquí ahora una idea burlesca: un respetable pañero de la población ha puesto en la cabecera de la tumba de su esposa una lápida en la que están grabadas las fechas de su nacimiento y de su muerte y la siguiente inscripción: «El Señor ha hecho muchas cosas por nosotros y de ello estamos en extremo satisfechos».

¡Picaro! Una de las señoras expedicionarias, declaró rotundamente que no sabría amar á un hombre capaz de concebir en un momento crítico

semejante, un verso como el transcrito, fuera cual fuese la interpretación que se le diera. Estaba segura de que aquel sujeto debía pertenecer al número de esas gentes tan terriblemente predisuestas á resignarse, que llegan á creer que Dios ha hecho grandes cosas por ellos procurándoles en el breve plazo de dos años una segunda compañera.

Esto nos llevó á buscar más inscripciones y encontramos una que por cierto puso en campaña nuestra imaginación: «Bajo estas cenizas yace estrechamente encerrado un hombre que fué á la vez afable y bueno para todos, un excelente vecino. Esperamos que su alma esté descansando para siempre».

Se discutió el asunto y estuvimos de acuerdo en que el autor del epitafio había ido demasiado lejos.

Los buenos Swedenbogias no están de acuerdo en lo que respecta á la resurrección del cuerpo y conceden á esto gran importancia, como si quisieran con ello demostrar que son más sabios que los demás, cuando realmente poco interés tiene resucitar con un cuerpo ó con otro y con estas ó aquellas vestiduras; la cuestión esencial es si resucitaremos ó no. El buen pañero, como se ve, parecía prometerse el reposo eterno para el alma.

A propósito de esto, uno de los excursionistas hizo notar que, recientemente, había visto una colección de textos de la Escritura que parecían sostener la esperanza de que el Padre Eterno dejará dormir tranquilamente á aquellos por lo menos que en su bondad no haya condenado á perpétuo tormento.

Uno de los pasajes aludidos decía lo siguiente: «Pues los malos *perecerán* para la eternidad»

La duda se dejó para los teólogos del grupo excursionista, rogándoles que la examinaran cuidadosamente y emitieran informe. Si hay tex-

tos de la Escritura que garanticen esta creencia, no deseo otra cosa que aceptarla; entretanto no abrigo la completa seguridad de que algún miserable pecador haya de esperar ser molestado: «en su dichoso sueño despues de la fiebre caprichosa de la vida» y de que dormirá en el seno lleno de ternura y de perdón de la tierra maternal á menos de que pueda ser capaz, *finalmente*, de llevar una existencia honrada y mejor que esta.

Así pues, Emmo y Elia y cuantos sois rigurosos dogmatizantes, tened cuidado en la redacción de vuestro informe, pues es cosa terriblemente grave imputar injustamente á nuestro Creador la voluntad de condenar á una tortura eterna á nadie, ni aun al más culpable de los hombres á quienes ha dado el soplo de vida. Si es posible, por tanto, absteneos de dar opinión y en todo caso: «Hablad, teniendo presente en el alma este juramento, pues oiremos, apuntaremos y creemos que todas vuestras palabras están lavadas en vuestra conciencia con tanta pureza como lo es el pecado por el bautismo».

A estas horas no me han hecho aún el favor de enviarme el informe pedido, de manera que la cuestión sigue en pie.

Los turistas se arriesgaban de vez en cuando en un terreno delicado, como era de temer, y aunque entre ellos, como en las familias bien ordenadas, estaban proscritos dos temas: la política y la religión, no obstante, algunas veces llegamos á sostener acerca de ellos serias discusiones. Como era natural, existían profundas diferencias de opiniones entre nosotros, desde los verdaderos presbiterianos azules adictos firmemente á los dogmas de Calvino, hasta los episcopalianos que admitían doctrinas más suaves y preguntaban: «¿No habrá un *Después*, como hay un *Ahora*? Acaso haya algo mejor aún, del mismo modo que de un grano de arroz brote un tallo verde

adornado con cincuenta perlas y que el champak estrellado (flor ofrecida á Budha) toda de oro y plata se oculta dentro de capullos de primavera, desnudos y grises».

Recordé acerca de esto un incidente ocurrido en Roma. Al entrar una noche en un salón, se sostenía una discusión muy animada acerca de este tema; una señora de elevada posición emitía opiniones radicales, que otras combatían; de pronto un señor ya de edad madura, dijo: «Señoras y caballeros, esto me recuerda una discusión que siendo joven sostenía una vez con otros en una sala de mi casa; cuando más acalorados estábamos, entró mi padre y después de habernos escuchado algunos momentos, dijo: «Muchachos, lo mejor que podéis hacer es poner punto á la discusión y yo os diré algunas palabras que contestan á todas las dudas». «En esta vida entramos desnudos, despojados de todo, crecemos para el padecimiento y las preocupaciones y salimos para ir nadie sabe á donde. Si obráis bien aquí, iréis bien hacia allá. No podría deciros más aunque predicara un año seguido». El efecto fué instantáneo; todos se adhirieron á la conclusión del anciano y después de despedirse cordialmente se fueron á acostar reconciliados.

Tengo la satisfacción de consignar que este mismo efecto produjo entre los turistas el relato del incidente aludido.

Como puede suponerse, durante el tiempo que estuvimos en aquella tierra sagrada, se sacaron á relucir no pocas historias referentes á Shakespeare. Dos de los caballeros que con nosotros venían, hicieron arrancar nuestra afición á las letras de la circunstancia de que, siendo repartidor en la administración telegráfica de Pittsburgo, iba á llevar despachos al bondadoso M. Porter (que tuvo por sucesor al no menos bondadoso M. Forter), quien nos permitía subir á la galería del teatro, desde donde vimos de vez en cuando

representar algunas obras del inmortal poeta. Después de haber oído recitar la oleada de palabras melodiosas que por sí solas parecen tener un sentido espiritual, además del literal, ¿cómo habíamos de estar tranquilos hasta el día en que pudimos proporcionarnos aquellas obras y aprender de memoria la mayor parte de sus pasajes culminantes, repitiéndolos hasta que formaran parte integrante de nuestro ser intelectual?

Recuerdo una historia que demuestra hasta qué punto el Maestro ha penetrado en la literatura y que es absolutamente auténtico, pues intervino en ella el autor de estas líneas.

Hallándome de visita en casa de unos amigos que vivían en un pueblo pequeño, fueron éstos en domingo á la iglesia. Por la noche vino el cura á visitarnos y viendo sobre la mesa del salón una obra de Shakespeare abierta y sospechando con razón que alguno de nosotros había distraído á las señoras leyendo algún trozo escogido, aun cuando aquel día era domingo, no pudo menos que decir que aquel libro era la Biblia de los mundanos y que por su parte ni le hacía caso ni lo recomendaba nunca como lectura habitual.

—Pues es extraño—contestó el jefe de la familia, porque todos hemos estado de acuerdo en que la más hermosa parte de vuestro sermón de esta mañana, era una breve cita de Shakespeare, tanto, que he leído á las señoras todo el pasaje; oid: «Las cualidades de la piedad no se dispensan con mano avara, sino que caen del cielo, como suave lluvia sobre el terreno que está debajo; además, esta virtud es dos veces bendita, pues bendice al que da y al que recibe sus beneficios».

Figuraos cómo se quedaría aquel hombre rudo é ignorante que se creía llamado por Dios para instruir á la especie humana. Se encontraba con algo que era más fuerte que él, con que no le era posible escapar á la influencia de Shakespeare,

como no puede uno permanecer indiferente á la del medio en que se vive y aquel genio es un medio ambiente para todos los que hablan inglés.

A propósito del inmortal poeta, se sacó á relucir también por Davie la curiosa anécdota de un individuo del condado de Venadgo que, encontrándose *en fondos*, compró á un librero ambulante un ejemplar de: «Como queráis», quedando tan entusiasmado con el personaje «piedra de Toque», que escribió el vendedor: «Si ese Shakespeare escribe alguna otra cosa, podéis contar con que me quedará uno de los primeros ejemplares que se pongan á la venta. ¡No me importa lo que cueste!»

El día en que salimos de Stratford hizo una magnífica mañana y gran número de curiosos se agruparon en derredor nuestro por presenciar la partida, á lo que correspondimos dando con la trompeta varios toques de despedida al atravesar el puente y salir de la población.

Nos dirigíamos á Coventry.

A unas veintidós millas, el camino atravesaba Charlcote-Porte y Hampton-Luey.

Aquel día fué uno de los más hermosos que tuvimos en nuestro viaje. Centenares de gamos se quedaban parados al vernos pasar, habiendo algunos machos de excelente estampa, de los más hermosos que hemos visto en Inglaterra.

Charlcote-Park es la mejor muestra del estilo de las residencias construídas en la época de Isabel. Fué construída en 1558 por sir Thomas Lucy, el personaje de quien Shakespeare hizo un retrato famoso bajo el nombre del juez Shallow. El apellido primitivo de la familia era Charlcote ó Cherlcote, pero hacia fines del siglo XII, William, hijo de Walter de Cherlcote, tomó el nombre de Lucy y eligió por armas tres sollos, de manera que el juez Shallow tenía razón cuando pretendía sostener que era un viejo girón.

Los versos que el poeta le dedicó irán unidos á

él mientras dure el mundo, pero si se atiende á otras circunstancias, resulta que Sir Thomas era un buen hombre y que sin ninguna duda representaba muy dignamente al propietario y caballero de su época. Todavía hoy puede verse su efigie sobre su tumba, en la iglesia de Charlote, al lado de la de su mujer. Su rostro no está desprovisto de inteligencia, lleva bigote, barba afilada y cortada en su extremo y ostenta el ancho cuello que estaba entonces de moda. No tiene epitafio, pero en el mármol hay una inscripción muy entusiástica dedicada á su esposa, que murió cinco años antes que él, en la que se dice: «Puesta por el que supo mejor la verdad de lo que se había escrito aquí.—Thomas Lucy».

Se dice generalmente que en este parque fué detenido Shakespeare porque le sorprendieron cazando furtivamente, pero los arqueólogos han declarado que este incidente ocurrió en el antiguo parque de Talbrooke, en el camino de Warwick, donde había en otro tiempo un castillo. Después de todo ¿qué importa que fuera precisamente aquí ó en otro lado? Eso no interesa más que á los ratones de biblioteca; nos basta con saber que al poeta le gustaba la carne fresca y que, como no se la daban, la tomó sin permiso. El descendiente de aquel caballero ¡oh! noble Shakespeare, os daría todo un rebaño por otro discurso «al cuerno de caza», si pudierais improvisarlo; pero no, digo mal, no habéis improvisado... ¿Creado? Tampoco. ¿Desarrollado? No, algo mejor... Destilado, esa es la palabra, destilado, como se destilan las perlas del rocío por una dulce influencia de la naturaleza, que es desconocida para el hombre. Sí, ese descendiente cambiaría la posesión de Charlote por otro *Hamlet*, *Macbeth*, *Lear* ú *Otelo*, y el mundo le pagaría el doble de lo que valieran todos esos vastos campos y aun se consideraría deudor.

Las cosas verdaderamente preciosas que hay en el mundo, son los libros.

Hacer las cosas no es más que la mitad de la victoria. Carlyle se equivoca completamente cuando se trata de esto. Estar en condiciones para contar á las gentes lo que se ha hecho, eso es lo que constituye la perfección. César es el más grande de los hombres que ciñeron espada, porque en su tiempo fué el primero de los escritores. Si sólo hubiera podido combatir, la tradición hubiera trasmitido su nombre á algunas generaciones, acompañándolo de un relato más ó menos aceptable de sus hechos, mientras que ahora, no hay estudiante que no se identifique con él y tome parte en sus combates y le siga en sus triunfos contra todos los obstáculos, lo que hace que su fama, en vez de olvidarse, vaya aumentando con el transcurso del tiempo.

Muchas veces, las palabras de un hombre duran más que el recuerdo de sus actos, aun habiendo sido estos muy importantes. La fama del general Grant no descansará seguramente en la circunstancia de que fué afortunado en el arte de matar á sus conciudadanos en una guerra civil de que toda América está ansiosa de borrar las huellas, sino en las palabras que de vez en cuando pronunció. Su «dejad que marchen las cosas», ejerció gran influencia en sus paisanos, mientras se olvidará el nombre de Vicksburg. «Propongo que se decida la cuestión por una batalla sobre esta línea», es una frase que forma ya parte integrante de la lengua inglesa, al paso que van olvidándose las circunstancias en que se pronunció: «Hagamos la paz», será el monumento más duradero de Grant.

Realmente, la pluma y la lengua son más poderosas que la espada.

El trayecto en coche de Warwick á Leamington es soberbio, pero no lo es tanto todavía como el de este último punto á Coventry. En ninguna

otra parte se encuentra una alameda igual de árboles majestuosos, pues en una extensión de muchas millas, hay á uno y otro lado de la carretera una faja de más de doscientos pies de ancho á la que da sombra la arboleda. No pocas veces, mientras andábamos á lo largo de esta hermosa plantación, hemos bendecido á la buena, generosa y previsora alma que muchas generaciones tendrán que agradecer este beneficio. Se ha marchado, ha desaparecido, su nombre lo conoce tan sólo el cronista ó arqueólogo local y lo aprecian un reducido número de gente del distrito: pero no ha salido de este pequeño círculo: «¡Así respaldece una buena acción en este pícaro mundo!» Recibid el caluroso agradecimiento y la bendición de los peregrinos que vinieron de un país que contiene una población cuya mayoría habla la lengua inglesa y que no había nacido siquiera cuando plantasteis estos árboles magníficos. Unos americanos vienen á bendecir vuestra memoria, porque como dice el Sujata:

«Las libros santos consignan que al que plante árboles para dar sombra al caminante, al que abre un surco para utilidad del pueblo y al que engendre un hijo, le será tenido en cuenta en todo su valor, después de su muerte».

¡Cómo dudar de que ha de ser dichosa el alma querida y buena que ha plantado los millares de árboles que tan agradables nos hicieron este día, agitando graciosamente las ramas para saludar cordialmente á los extranjeros y formar en su honor un arco de triunfo!

Coventry, 24 Junio.

Coventry posee una persona más importante que Godive: Jorge Elliot, que ocupa un puesto único entre las mujeres, puesto que por cierto no es inferior á un trono.

Visitamos la pequeña escuela en que la eminente escritora aprendió las primeras lecciones y

lo que es más, el alcalde tuvo la bondad de guiarnos por la población hasta encontrarnos á un hombre que había sido su profesor.

—¡Ya lo creo que le he conocido!—exclamó y razón tenía para mostrarse orgulloso de tal privilegio.

Por muchas razones hubiera dado cualquier cosa por conocer á Jorge Elliot. Había oído decir, y esto me había causado una impresión parecida á una fraternidad más estrecha con su alma, que siempre se hallaba deseosa de asistir á todas las sinfonías, oratorios y conciertos de música clásica y que raras veces dejaba de verse en ellos su rostro enérgico y pensativo. Y efectivamente, al salir de uno de estos actos fué cuando sufrió el enfriamiento que le produjo la muerte. La música era en ella una pasión, sólo en ella encontraba la paz y la calma para su alma conturbada, agitada en todos sentidos, amargada por las tristes realidades de la vida.

Lo comprendo muy bien.

Un amigo me ha referido que una señora conocida suya, hallándose en Florencia, en el mismo hotel en que vivía Jorge Elliot, trabó amistad con ella, pero ignorando quién era. Algo que no se explicaba la atraía hacia ella; á los pocos días le mandaba flores y completamente fascinada paseaba diariamente algunas horas con ellas, comprendiendo al cabo de algún tiempo, que su amistad era agradable á aquella original y sencilla inglesa tan desprovista de pretensiones.

Un día, por casualidad, se enteró de quién era su amiga.

—Nunca—dijo—sentí mayor mortificación.

Inmediatamente fué á visitar á Jorge Elliot y al verla le tomó la mano, pero retrocedió sin fuerzas para decir una palabra, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Pero ¿qué os pasa?—preguntó la escritora.

—No sabía quién erais No supuse ni por un instante que fuerais vos...

Jorge Elliot fué la que entonces quedó perpleja.

—¿No sabíais que era Jorge Elliot y buenamente os habéis acercado á mí, por mí misma, una mujer? ¡Ah! ¡Qué feliz soy!

Diciendo esto abrazó tiernamente á la dama americana y la amistad que entre las dos se creó, fué desde entonces más entrañable.

Aparte de sus obras, lo más hermoso que conozco de esta mujer de genio, es lo que sigue:

Hallándose una vez de pie y apoyada en una chimenea, dijo: «Yo imagino que llegará un día en que el esfuerzo para auxiliar á las criaturas humanas que se hallan en desgracia, será tan involuntario, tan instintivo por parte del que presencie su miseria, como sería natural é instintivo en mí cogerme á esta chimenea si me fuera á caer». ¿No es esto ideal? Cristo hubiera podido decir lo mismo.

El estado de ánimo imaginado de este modo, es vecino del que describe su amigo Herbert Spencer en este hermoso párrafo:

«En muchas personas la facultad de la conciencia ha pasado ya del estado en que la sensación de un poder obligatorio, va unido á la rectitud en los actos. El hombre verdaderamente honrado, tal como se le encuentra de vez en cuando, no está exento de la sensación del deber ejercido por la ley, la religión y la sociedad cuando satisface una deuda que se le reclama con justicia, pero no se da cuenta de esta obligación, sino que realiza el acto bueno simplemente por la satisfacción que le causa el realizarlo y demuestra una sincera impaciencia cuando algo le impide tener el gusto de llevar á cabo tales acciones».

¿Quién se atreverá, pues, á nublar los horizontes futuros de nuestra raza con dudas pérfidas, cuando ya en nuestros tiempos y entre muchas

cosas entristecedoras para nosotros, se distingue el reflejo de los rayos puros de un sol brillante, precursores de mejores tiempos que ilumina ya los picos de las cumbres, pues tales son este hombre y esta mujer que desde tan alto dominan á sus semejantes? Poco á poco esos rayos irán descendiendo á las cimas menos elevadas y al fin iluminarán las llanuras, que serán transformadas á su influjo.

«Y cada hombre tendrá en todo hombre un hermano, y nada más».

En cuanto á mí, creo que si nosotros sentíamos tanto afecto unos hacia otros era porque nos sentíamos dichosos de la vida que llevábamos. Los turistas, desde el primero hasta el último, me parecen haber alcanzado el ideal de M. Spencer. Si hay algo que pueda contribuir á aumentar el bienestar de uno de ellos, todos sienten sincera impaciencia hasta que tienen la satisfacción de hacerlo. Ya es sabido que la dicha contribuye mucho á la belleza, pero no contribuye tan poderosamente á hacer el bien á los demás. Se decidió á poner á discusión el problema de saber si la persona verdaderamente feliz es la que piensa más en otro y la que hace más por él, no con la esperanza de una recompensa, sino sencillamente porque ha llegado á la fase en que siente satisfacción obrando de este modo.

He aquí lo mejor que ha hecho Jorge Elliot en poesía y lo transcribo porque sus poemas son menos conocidos de lo que deberían:

«¡Oh! Si pudiera unirme al coro invisible de esos muertos inmortales que reviven aún en espíritus que se han hecho mejores por efecto de su presencia; si pudiera vivir en los corazones que hace latir la generosidad, en las acciones de bondad audaz, en el desprecio hacia las miras miserables que no van más allá del individuo, en los pensamientos sublimes que iluminan las tinieblas como estrellas y que con sus suaves destellos im-

pulsan á los hombres á buscar destinos más vastos...

»Si pudiera llegar á ese cielo tan puro, ser para otras almas la copa que conforta en algún instante de suprema angustia, alentar con generoso ardor, mantener un amor puro y hacer nacer sonrisas en las que no se mezclara el átomo más mínimo de crueldad por la agradable presencia de un beneficio realizado que al esparcirse aumenta en intensidad. De este modo me reuniría al coro invisible cuyo concierto forma la gloria universal».

Una palabra aún á propósito de nuestra heroína; una frase grandiosa que hablando de ella tuvo el coronel Ingersoll: «Ante el tribunal de su propia conciencia, se sentaba pura como la luz, inmaculada como una estrella». Lo creo, querido coronel. ¿Por qué no podéis dar al mundo joyas como ésta, puesto que sois capaz de producirlas y dejarnos tranquilos á propósito de las cosas futuras que no conocéis mucho más que un niño que acaba de nacer ó que un doctor en teología?

Hay un buen guía en Coventry y tengo muchas cosas que decir acerca de esta ciudad. En otro tiempo fué el centro eclesiástico de Inglaterra; se reunieron allí parlamentos y se hicieron varias grandes cosas.

Se conserva allí una orden dada por la reina Isabel á su amado y fiel alcalde de Coventry «para que ayude á los condes de Huntingdon y de Shrewsbury á mantener bien custodiada á María, reina de los escoceses».

Hay también una maza que Cromwell regaló al Ayuntamiento. Por lo que se ve, aquel maestro en el arte de gobernar á los hombres, sabía regalar una maza del mismo modo que ordenar á sus huestes que manejaran *tal juguete* cuando lo necesitaba el Estado. Estos y otros tesoros más raros aún, se conservan en un viejo caserón que no está ni con mucho, á cubierto de un in-

endio, lo que constituye un verdadero reto á la Providencia. Si alguna vez llego á ser ese gran personaje que se llama un concejal de Coventry, mi primer discurso versará sobre la enormidad de esta imprudencia. Un concejal que hiciere votar la construcción de un edificio en el que no hubiera que temer un incendio, llegaría tarde ó temprano á ser alcalde. Que se lo digan los amigos que allí tenemos!

La cuestión de la propiedad territorial perturbaba todavía á Inglaterra; pero en tiempos de la reina Isabel se creía que podía fijarse arbitrariamente la tarifa de la renta, sin que ello atropellara en lo más mínimo la constitución; así se ve allí un edicto de la buena reina Bess, en el que se fija el coste de los pastos en las tierras comunales próximas á Coventry: «Para una vaca, un penique semanal; para un caballo, dos peniques.» Nuestros agricultores debieran tomar esta base: una evaluación de aquella reina! Supongo que á un especialista no le sería difícil determinar la renta media de una finca cualquiera, tomando tales cifras como punto de partida.

Las iglesias son muy hermosas. Las vidrieras son muy superiores en algunos conceptos á cuantas hemos visto y la superficie que cubren es muy grande. Todo un extremo de una de las iglesias catedrales, está formado por tres inmensas ventanas que llegan desde la base hasta la techumbre. El efecto es grandioso. El coro de esta iglesia no está en la misma línea que el eje general del edificio. Pregunté la razón de esto y el guardián nos aseguró, pareciendo muy sorprendido de nuestra ignorancia, que todas las demás catedrales están de la misma manera y que el ángulo formado por el coro simboliza la cabeza de Cristo que se representa siempre inclinada hacia un lado. Gracias á una señora joven, de clara inteligencia y «que no creía una palabra de todo aquello», no tardamos en saber á que atenernos

en este punto, pues nos demostró que en todas partes las iglesias están construidas en línea recta.

Este guía es una prueba de lo mal que obran los que se quedan quietos en sus pueblos. Como su catedral es angular, ya creía por consiguiente que todas las demás habían de ser lo mismo. Esto es muy inglés, completamente inglés. Todavía hay muchas casas angulares en este querido país tan poblado, y que en otros países han sido enderezadas hace tiempo ó que se ha preferido construir resueltamente en línea recta. Apresuraos á avanzar ya que habéis guiado á las naciones en las generaciones pasadas; vuestra misión en este mundo no es la de ir á remolque, por lo menos, en estos últimos tiempos no lo ha sido, aun cuando otros han mejorado la instrucción que recibieron de vosotros. Vaya, en marcha, Inglaterra; no estáis, ni con mucho agotada, basta con que os mováis y conservaréis el puesto en la avanzada.

En cuanto al guía de que hablaba, era un estudiante de teología, y no era de esperar encontrarle pertrechado de muchos conocimientos generales, un tanto extensos, pero sin duda, hubiera debido saber algo acerca de las catedrales.

A la hora del almuerzo llovió en Coventry y esto hizo que el amigo G. se atreviera á lanzar la idea de que acaso algunas de las señoras prefirieran ir á Birmingham en tren y volver al coche al día siguiente. «¡No sabía de qué madera estaba hecha nuestra tripulación, tan dura á bordo del coche!». Todo el mundo se arrojó sobre él y le aplastó «moralmente», como dijo Lucy. No hubo una sola de las señoras que no rechazase con indignación tal idea. La misma esposa del que la había expuesto, que era una recién casada y tenía mucho respeto á su marido, llegó á decir: «Ton está un poco bromista esta mañana».

Con los paraguas y los chubasqueros despla-

gados, salimos del patio de la posada de la Reina, bajo una lluvia torrencial: «Pero ¿qué nos importaba mojarnos? ¡Queríamos vivir ó morir en el coche!». Este era el sentimiento que animaba todos nuestros corazones.

De mí sé decir que estaba muy cómodamente colocado y que mantenía el paraguas muy bajo para resguardar á la bella protegida que me había correspondido llevar al lado. Como era natural tuve gran placer en recorrer las primeras millas en estas condiciones; mi pareja se puso á cantar y me imaginé comprender el sentido de sus palabras, teniendo la satisfacción de creer que eran aproximadamente estas: «Puesto que estáis bajo un paraguas—con un guapo mozo—cualquier tiempo que haga no puede menos que seros igual». Pregunté si había entendido bien sus palabras pero me dió coquetamente á entender que había en el segundo verso algo que no estaba del todo bien. Creo, sin embargo, que se burlaba y que las palabras eran las que yo entendí, sólo que sus miradas parecían dirigirse del lado donde estaba el joven B.

Ninguna de las señoras quiso colocarse en el interior del coche, de manera que Joé tuvo aquel compartimiento para él solo y debió reirse para su colete de todo aquello. Este se hallaba completamente al abrigo de la lluvia; en cuanto á Perry, que iba en el exterior, tampoco estaba mojado cuando llegamos á la primera posada.

Esto me recuerda la anécdota del cochero y de un personaje de Oxford. Este último se mostró compadecido por el estado del primero. diciéndole que sentía mucho verle tan mojado, á lo que contestó el otro:

—No me importaría mucho la mojadura, si no estuviera tan *en seco*.

Pero creo que esta anécdota, contada por M. P., no vale menos que esta otra:

Un gran personaje, durante una excursión,

procuraba explicar á su cochero el funcionamiento del telégrafo y le decía:

—Se toma un vaso que tenga aproximadamente el tamaño de los que se usan para beber; se llena de un líquido que se parece á... que tiene color de...

—Eso se parece á la cerveza, ¿verdad, señor?

Si el auriga, cuando llegaron á la posada, no fué recompensado con un vaso de cerveza, es que el personaje sería un torpe.

Como de costumbre, la lluvia cesó cuando hubimos recorrido una parte del trayecto y el resto lo pasamos con un tiempo claro y seco.

Estamos ya frente al País Negro, frente á hileras de casas pequeñas y ahumadas sobre las que se elevan altas chimeneas de las que sale densa humareda. A cada paso se encuentran molinos de mineral, fundiciones, montones de carbón y hornos en los que se ven grandes llamas. En una palabra, parece aquél el cuadro del abismo sin fondo, al que dan animación muchachos sucios, de rostros macilentos, hombres que se agitan atareados y mujeres andrajosas. Esto hace pensar en la Arcadia de que acabamos de salir, en sus verdes senderos y en sus alondras.

¿Cómo puede creerse que puedan encontrarse gentes que consientan en llevar una vida tan terrible, como la á que parecen estar condenadas aquí? ¿Por qué no huyen hacia los verdes campos que se extienden á tan poca distancia? Por la mañana estábamos en las bonitas afueras de Coventry y al medio día en Birmingham. Las luces y las sombras de la vida humana: es raro hallarlas en contraste tan repentino.

«Cincuenta años de Europa, son preferibles á una eternidad china». Seguramente un año en Leamington vale más que toda la existencia en el País Negro. No olvidemos que aquí reaparece Pittsburgo, aunque un poco mejorado, pues esta

última ciudad no tiene rival en el mundo por el barro que hay en ella.

No hay duda ninguna de que la vida en estas poblaciones parece atraer á las gentes que nacieron para permanecer en los campos; estas grandes ciudades ahumadas despueblan las cercanías; pero también puede creerse, sin temor á equivocarse, que la culpa de ello la tiene la necesidad, pues si la elección fuera libre, se vería como la corriente se dirigía en sentido completamente opuesto.

Las clases laboriosas de Inglaterra no trabajan tanto y tan incesantemente como las de América; tienen aquéllas diez días de reposo por cada uno que disfrutan éstas, y el clima no ejerce sobre los hombres una acción tan deprimente como en nuestra República.

Recuerdo que cuando Vandy y yo regresamos á Pittsburgo, después de haber dado la vuelta al mundo, estuvimos de acuerdo en reconocer que los americanos eran la raza que tenía la cara más triste. La vida en este país es de una seriedad terrible; la ambición mueve y persigue á todos, desde el que maneja el azadón, al que emplea millares de hombres. Ignoramos lo que es el descanso.

En los países antiguos es por completo diferente. Los hombres descansan más á menudo y disfrutan más de lo que la vida puede dar. La joven República puede enseñar algo á la que fué su madre, pero ésta tiene también una lección importante que dar á aquélla, en lo que toca al punto de que venimos hablando.

En este mundo debemos aprender á no acumular riquezas, sino á disfrutar al día de lo que ganamos mientras recorremos el camino en que no es posible volverse atrás. Si dejamos de hacer esto nos encontraremos, cuando lleguen los días de descanso, con que hemos perdido el gusto y la facultad de disfrutar. Hay millares de desgra-

ciados que han recibido la maldición de reunir un sobrante para poder tomar el retiro, pero ¿cómo tomarlo? ¡Oh! ¡Qué prudente resultaba aquel escolar que no creía en la conveniencia de guardar para el día siguiente el pastel que podía comerse hoy! Mañana, el pastel estará reseco ó el gato lo habrá robado. El gato roba más de un pastel al americano que lo guardaba para mañana. Uno de los espectáculos más tristes que conozco es el de un hombre de edad madura que emplea sus últimos años en amontonar dollars sobre dollars. «El hombre más rico de América que se ha embarcado repentinamente para Europa para huir de las preocupaciones de sus negocios», exclamó un avisado caballero escocés al echar una ojeada al *Times* durante el almuerzo.

Tomad buena nota de esto, mis emprendedores amigos, y permitidme recordaros que estas líneas han sido escritas antes de que mi amigo Herbert Spencer nos predicara el Evangelio del descanso.

Se considera como inevitable que el barro y el humo sean males necesarios en las poblaciones industriales, pero no hay duda de que la generación próxima se preguntará sorprendida cómo podían resignarse los actuales hombres á vivir en tan desagradables condiciones. Muchos de vosotros llegaréis á bastante viejos para ver todo el combustible, hoy tan torpemente desperdiciado, transformarse en un gas, antes de pasar á los hornos, en los que se quemará sin envenenar la atmósfera con el humo, lo que implica además una pérdida muy considerable de carbono. Birmingham y Pittsburgo gozarán algún día estando en un cielo puro y Londres será una capital de buenas condiciones.

Pasamos la tarde en Birmingham y nos quedamos encantados con lo que vimos en el Public-Hall, donde hay uno de los más hermosos órganos del mundo, en el que todos los sábados toca un mú-

sico distinguido, siendo la entrada libre. Esta es una de las pequeñas, no de las grandes cosas que se hacen por las masas en muchas poblaciones de Inglaterra, donde la tarde del sábado es considerada como de descanso.

Sesiones de órgano de Towa-Hall

por M. Stimpson

de 3 á 4 de la tarde

Programa del 25 de Junio 1881

1.º Overtura del «Sueño de una noche de verano». Mendelssohn.

No hay que recordar que esta «overtura» descriptiva, fué compuesta en Berlín el 6 de Agosto de 1826. Shakespeare y Mendelssohn deben ser inteligencias gemelas, pues seguramente jamás salió de la pluma de un compositor inspiración más poética que esta del gran maestro alemán.

2.º Romanza. Haydn.

Este fragmento exquisito está tomado de la sinfonía que Haydn escribió en París en 1786 con el título «La reina de Francia» y ha sido arreglado para órgano por M. Best, de Liverpool.

3.º Ofertorio en Fa mayor. Batiste.

Todas las obras de los maestros franceses, Wely, Batiste, Gilmant y Saint-Saens, si no son de una severidad clásica, tienen cierta gracia, un encanto que hacen que las acojan bien aun los más exclusivistas admiradores de los antiguos maestros. Este Ofertorio de Batiste es una de sus composiciones más populares.

4.º Fuga en G menor. . . . J. S. Bach.

Los aficionados se enterarán quizás con gusto, de que esta grandiosa fuga, fué elegida por los jurados, para la prueba de habilidad, cuando se eligió el actual organista de Town-Hall.

5.º Jaglieg (canto de caza). . . Schumann.

6.º Fragmentos sacados de la
ópera «Marta». Flotow.

La ópera citada fué escrita en Viena en 1846 y contribuyó con «Stradella» á hacer conocer el nombre del autor como uno de los más populares entre los compositores dramáticos de nuestro siglo.

7.º Marcha fúnebre de Saul. . . . Haendel

Fué escrita á la memoria de sir Josiah Mason, fabricante y filántropo de Birmingham (Precio, medio penique).

La próxima audición pública de órgano se verificará el 2 de Julio á las 3 de la tarde.

Una *Historia del órgano de Town-Hall* (nueva edición corregida y aumentada) por M. Stimpson. Está en prensa actualmente y se encontrará en Town-Hall y en el establecimiento de educación del centro, New-Street.

Nota.—Se colocará un cepillo en cada puerta para recibir los donativos destinados á los gastos de estas audiciones.

La Prima Donna dijo que no había oído nunca tocar el órgano de un modo tan grandioso y á fe que era perita en la materia. Añadió que en la fuga, la parte de la mano izquierda había sido ejecutada con una maestría maravillosa.

Lo mejor es dar á las masas lo más perfecto que hay en todo, incluso en música, que es el más elevado de los dones que poseemos.

John Bright ho pronunciado la mayor parte de sus discursos en este salón, pero como no es su-

ficiente para las reuniones liberales, se ha construido otro edificio mucho mayor.

Estamos muy atrasados en lo que toca á proporcionar música al pueblo; no obstante consignaré un hecho que puede dar una muestra del progreso que ha hecho en la República el culto á estas regiones de donde descienden la armonía y la luz. La más grande de las cantantes dramáticas, Mad. Materna, manifestó á un amigo suyo que cuando volviera á ver á Wagner pensaba decirle que si quería hacer interpretar sus hermosas obras de un modo más perfecto de lo que jamás lo habían sido, era preciso que fuera á Nueva York.

¡Ah! Cuando escribo estas páginas recibo la triste noticia de que ya no podemos esperar nuevos frutos de aquel genio: ha pagado su contribución á la tierra y por cierto que ha sido una de las nobles, puesto que da la alegría á muchos corazones y eleva á los hombres para transportarlos á grandes alturas en voluptuosidades exquisitas. Realizado esto, cierra los ojos y desaparece; la tarea de su larga jornada ha terminado y necesita el sueño

Hoy la Sociedad Sinfónica substituye otro número del programa, con su «Marcha fúnebre». Se creará oír una voz que sale de la tumba y no habrá de seguro en la sala un ojo sin lágrimas, ni un corazón indiferente. Ha volado una alma con lo que tenemos una deuda que aumentará cada año de nuestra vida, porque ha dado un lenguaje á la mayor parte de los sentimientos más elevados y mejores de que estamos dotados y ha inspirado mil veces más de los que alcanzamos á expresar.

Nuestro bienhechor ha desaparecido en el sentido material de estas palabras, pero su alma vive con nosotros y su voz se dejará oír aún para llamarnos á mayores alturas. El hombre que revela nuevas bellezas en música, enriquece

la vida humana en una de sus fases más grandiosas y debe ser colocado al nivel del verdadero poeta. El que compone hermosa música es igual al que escribe hermosas cosas: Beethoven, Haendel y Wagner, son dignos colegas de Shakespeare, Milton y Burns.

Las once millas que separan Birmingham de Wolverhampton no son más que un vasto establecimiento metalúrgico y hullero. Apenas se ve una pulgada de terreno verde y hasta diré que casi no vimos un poco de hierba que tuviera buen aspecto.

Era el sábado por la tarde; los talleres estaban cerrados y los obreros llenaban las calles de los pueblos que íbamos atravesando.

¡Oh! Molinos, altos hornos, cuencas mineras y otros centros de trabajo por el estilo, podéis ser necesarios, pero no teneis nada de bonitos!

La mayor parte de nosotros, ciudadanos de Pittsburgo, estábamos acostumbrados á la humedad y al barro, lo que hizo que notáramos más el contraste con los largos vallados, las verdes praderas, las flores salvajes y las alegres quintas. Todos estuvimos de acuerdo en declarar que aquel país era «horroroso».

No tardamos en divisar los campanarios de Wolverhampton, y como muchos de nosotros habíamos estado ya allí, pudimos evocar las buenas, honradas y benévolas fisonomías que nos estarían esperando para darnos una afectuosa bienvenida haciendo esto que recobrásemos el habitual buen humor á pesar del barro y de la suciedad. El sol de un cariñoso recibimiento hecho por amigos, rodea toda nube, por obscura que sea, de una franja de plata, y esto nos sucedió á nosotros, haciendo que viéramos cierto brillo en el País Negro.

El coche, los caballos, Joé y Perry, además de nuestro generalísimo, eran de Wolverhampton, lo que contribuyó en gran manera á que mucha

gente estuviera esperando nuestra llegada. En la calle principal había una verdadera multitud. Poco á poco fuimos dejando á los expedicionarios en casas amigas, pues previamente habían recibido todos sus boletas de alojamiento por decirlo así y entonces pudimos entregarnos al descanso.

Wolverhampton, 25-30 Junio.

Tuvimos la honra de ser invitados á una fiesta en casa de Su Honor, el Alcalde.

Como es corriente en Inglaterra, cuando el tiempo es bueno, los atractivos de la casa, que en el caso presente no eran pocos, cedieron el puesto á las diversiones en el patio, al aire libre, donde se improvisaron carreras, juegos, paseos y los diversos sports, en una palabra, que constituyen los atractivos de este clima. Las carreras á lo largo del patio fueron mucho más divertidas que las del Derby, pues á de ser muy vigoroso el americano que quiera competir en este ejercicio con los jóvenes ingleses, si bien hay el consuelo de pensar que muchas veces los iroqueses en lo que toca á este punto, mantuvieron el buen nombre de la República.

Un día hicimos una excursión de catorce millas en coche, hasta llegar á Appley-House y comimos en alegre compañía de nuestros M. Ymistres S., de Newton. Los expedicionarios éramos unos sesenta entre niños y mayores, acordando los turistas declarar que aquel día tendría la marca de honor en nuestros anales, pues ninguno fué tan fecundo en placeres para nosotros.

Pocos panoramas hay en Inglaterra tan bonitos, si es que hay alguno, como el que se divisa desde la terraza de Appley-House. El valle del Pevern merece realmente la reputación de que disfruta. Antes de llegar al punto á que nos dirigimos, dimos una vuelta de algunas millas á lo largo del río, hasta Briogenorth.

¡Qué pequeños son los grandes ríos de Inglate-

rra. Recuerdo á propósito de esto que Mr. T. se ofendió mucho cuando un yanki, su sobrino (H. P., nuestro Pantera) fué á verle por primera vez y al enseñarle aquél su río querido, exclamó:

— ¡Esto un río! Un hilillo de agua cuando más; podría casi pasar de un salto de una orilla á otra.

Es verdad que entonces H. P. era joven y no hubiera vacilado en «faltar al respeto aunque fuera al Ecuador».

No me costó gran trabajo ganarme las simpatías de aquel buen hombre diciéndole que el Si-vern, aun cuando fuera pequeño (y esto era todo lo más que podíamos decir en su elogio) ocupaba en los destinos y pensamientos del mundo un sitio más importante que veinte ríos poderosos Escuchad:

«Tres veces recobraron aliento y tres veces se sumergieron juntos en la corriente rápida del Severn, que, aterrado entonces ante sus miradas sangrientas, corrió tembloroso entre las rocas que se estremecían y ocultó su cabeza rizada en las arenas de la playa, que habían teñido ya de sangre en la violencia de su lucha.»

Pues bien, en América no hay ningún río semejante.

H. P., el joven tuvo el buen acuerdo de guardar silencio, pero dudo de que su tío le haya perdonado el desdén con que se expresara. ¡Estos americanos tienen unas ideas tan enormes!

La biblioteca libre de Wolverhampton me interesó mucho, pues no se si podrá encontrarse en ninguna otra parte una prueba mejor de las ventajas que llevan consigo estas instituciones. Al principio fué organizada en pequeña escala, con un gasto de unos mil quinientos dollars aproximadamente, pero ahora está instalada en un edificio que ha costado cerca de cuarenta mil. El año pasado constaba de ochenta y seis mil volúmenes. El 30 de Junio al medio día, conté sesen-

ta y tres personas en la sala de lectura; otra vez hallé cerca de doscientos lectores. Los sábados desde las dos á las diez, este número asciende hasta unos dos mil.

Además de la biblioteca circulante, hay otra de obras de consulta, un museo y vastas salas de lectura. Están anexas al establecimiento, varias cátedras desempeñadas por distinguidos profesores que enseñan diversas materias.

Uno de ellos, M. Williams, ha presentado cada año alumnos aventajados en los diversos ramos de la ciencia y del arte y hubo un año en que todos sus discípulos fueron aprobados en los exámenes de Kensington.

Un obrero plomero que asistía á estos cursos ganó premios en química y en electricidad y es secretario ahora del servicio de distribución de agua en Chepstow; algún día tal vez oigamos hablar de él, pues promete tener un brillante porvenir.

La biblioteca no se suscribe á publicaciones sectarias pero acepta el envío de todo periódico respetable. De este modo resulta que todas las sectas están allí representadas por lo más escogido de sus hombres, si los que las siguen quieren imponerse el sacrificio de hacer gastos de propaganda. Este es el buen sistema: «El error puede ser tolerado, siempre que la verdad sea libre para combatirlo. Pongamos frente á frente la verdad y el error».

Wolverhampton cobra una tarifa de un penique por libra, en virtud de la autorización consignada en el Acta para las bibliotecas y ha recogido de este modo cerca de cuatro mil dollars por año. Como se ve, no se necesita mucho para organizar una de las instituciones que más poderosamente contribuyen al mejoramiento del pueblo.

Es de consignar por otra parte, que este establecimiento, como todos los demás organizados

en la gran Bretaña en virtud del Acta antes mencionada, no contribuye de ninguna manera al empobrecimiento del pueblo, porque no es la biblioteca de uno, sino la de toda la masa popular y está sostenida por una tarifa pública á la que todos contribuyen. Una biblioteca subvencionada, es lo mismo que una iglesia cuando goza también de subvencion: todos ó cuando menos la mitad de los que hay en ella duermen. Es un error grave sustraer una institución de esta clase á los efectos saludables de la crítica pública, esto sin contar con que la gente no aprecia nunca lo que se le da puramente gratis, sino aquello á cuya creación y sostenimiento ha contribuido.

Wolverhampton es una población que tiene iniciativas y he notado en ella la presencia de buen número de escoceses. Un buen parque, recientemente adquirido y arreglado con gusto, demuestra que no se pierde de vista el bienestar físico del pueblo. A la administración de nuestro amigo el exalcalde M. D. corresponde el honor de haber hecho esta adquisición, pues acometió formalmente esta empresa, y ahora que la ha realizado ya, puede mirar aquellos jardines como si fueran cosa suya, pues en ningún modo puede decirse lo contrario por el hecho de que otros compartan con él este beneficio. Al pasearme por él me pareció que el verdadero sentimiento de la propiedad debe ser más agradable para él al ver á muchos millares de conciudadanos, que si fuera el verdadero dueño con títulos auténticos ó lo hubiera arrendado mediante el pago de una cantidad.

Esta cuestión de lo *mío* y lo *tuyo* necesita ser examinada de nuevo.

Si Burns cuando se apoyaba alegremente en su arado por la falda de la montaña viendo en ella lo que veía y sintiendo lo que sentía, no era realmente el verdadero dueño de aquella tierra,

más que el propietario legal, nominal, es que yo no lo entiendo.

En lo que respecta á la verdadera posesión de las cosas se incurre en lamentables equivocaciones. ¿Quién posee los tesoros de las bibliotecas de Sunderland y de Hamilton? ¿Quién lamentará su dispersión? ¿Quién será el que si llegan á perderse tendrá más derecho á presidir el duelo? ¿Serán los pobres personajes de quienes llevan el apellido esas colecciones ó el docto bibliotecario cuya existencia se ha deslizado en la santa familiaridad aquellos volúmenes? El es quien los ha hecho suyos, quien los ha arrancado de la mano de sus miserables dueños para ponerlos junto á su corazón.

Insisto en decir que nadie puede ser dueño real de una biblioteca, ni de una galería de cuadros, sino en virtud de un título librado por un tribunal superior á cuantos reconoce la ley.

Y después de todo, lo mismo sucede con un caballo, por ejemplo. ¿Quién es el verdadero dueño de vuestro caballo favorito? Vamos á verlo: yo afirmo que es el palafrenero. Llamo á Habib ó Roderick. ¡Cómo tardan en acercarse! No quiero confesar que no me conocen y que no me conocen; John, el palafrenero, que está al tanto de mi debilidad, se mantiene oculto y deja que me las componga como pueda, pero da al fin un grito y veréis como los caballos enderezan las orejas, relinchan, dan vueltas, le pasan su cabeza por debajo el brazo y dicen en lenguaje tan claro como les es posible: «jeste es nuestro hombre!» Después de John yo no soy para ellos más que un partícipe de menor cuantía,

Lo mismo ocurre con todo: id á ver á vuestros perros, vuestros rebaños; las ovejas, hasta los corderillos, como las vacas, hasta los pollos, en una palabra, todos los seres vivos os dejan para correr en tropel al lado del que les da la comida.

En realidad, el dinero no compra nada. Hay

que pagar la amistad, la posesión en las regiones inferiores de la vida, con la bondad, el compañerismo y el afecto. La moneda del reino no tiene curso legal cerca de Trust, de Habib, de Brocane y demás miembros de su tribu.

No dejaré de registrar una visita que hicimos á Waisall, el centro de los trabajos de Sor Dora, que está á siete millas de Wolverhampton en el corazón mismo del País Negro. El Dr. T. nos llevó en coche fuera de la populosa ciudad ahumada; le seguimos á través del hospital y supimos por los empleados varias sorprendentes anécdotas relacionadas con esta mujer admirable.

Nuestro amigo el doctor, la conocía también perfectamente.

Un día se la vió lanzarse entre un grupo y separar á dos bárbaros que reñían. Los seres más envilecidos de la ignorante población de aquel distrito minero y manufacturero, parecían sufrir su influencia en un grado increíble, pero sin ninguna duda sus simpatías y sus tiernos cuidados hacia todo ser humano que sufriera, eran el secreto de su poder.

Una tarde ya casi anochecido llevaron al hospital un hombre cuyo estado era desesperado. Los médicos juzgaban imposible su curación, pero Sor Dora no se dió por vencida; su instinto lo decía que realmente á aquel infeliz le quedaba una probabilidad. Dijo á los médicos que le dejasen tranquilo, pues comprendía que no podían hacerle mucho bien, desde el momento en que no tenían esperanzas, y se encargó ella misma de cuidarle, diciendo al pobre diablo que iba á quedarse á su lado toda la noche y que le sacaría del apuro. Teniendo ella fe, consiguió inspirarla al enfermo, resultando que le salvó la vida.

He aquí datos para hacer una santa. Si esto hubiese ocurrido hace algunas generaciones ó si se produjera en nuestros días en algunos puntos

de Italia, Santa Dora figuraría seguramente en los altares.

Y ¿por qué no? Disputemos cuanto queramos acerca de lo milagroso y lo sobrenatural, pero ¿quién negará que la fé de esta noble mujer, transmitida desde su corazón compasivo al del pobre enfermo han sido los agentes que sirvieron para devolverle la salud?

Este incidente, cuando ya estuvimos de nuevo en el coche, dió lugar á una discusión á propósito de la influencia que ejerce la fe en una persona que sea capaz para realizar determinadas cosas. El hombre que se ponga en camino con la idea de ganar, ganará; el que parte con la idea de perder, no puede ganar.

Algunos se mostraron inclinados á lamentar la falta de fe que caracteriza á este siglo.

—Hoy—dijo uno— ya no hay Abrahams. ¿Qué hariais, Tom, si recibierais un despacho en el que se os ordenase sacrificar á vuestro hijo sobre un altar?

Tom, que había sido telegrafista, contestó:

—Pues empezaría por pedir que me repitiesen el telegrama.

Eso es lo cierto, y cualquiera de nosotros haría lo mismo.

No obstante, le quedan á la fe sus vastos dominios, y no es del todo exacto que no mueva montañas, pues por lo que menos nos pone en situación de atravesarlas con túneles, lo que viene á ser poco más ó menos igual, si se atiende tan solo al resultado práctico.

No podemos decir nada de los hoteles de Wolverhampton, pero catorce de los nuestros pueden recomendar en voz muy alta algunos sitios donde tuvieron el alto honor de ser recibidos como huéspedes privilegiados.

¿Los ingleses comen más que los americanos? He aquí una pregunta sobre la que puede haber discusiones; lo que si está fuera de dudas es que

comen más á menudo. Las señoras que se hospedaron en Newbridge dijeron que era este el único obstáculo que encontraron á su bienestar, pues no tenían ningún deseo de dejar el jardín para ir á la mesa, ni de permanecer mucho tiempo, en ésta y según palabras de la Prima Donna «no se hacía más que tocar la campana y servir «lunchs», tes y cenas».

La cena es una institución inglesa más sagrada que el trono y destinada á sobrevivirle. No es posible librarse de ella y á decir verdad al cabo de algún tiempo tampoco se desea evitarla, pues se divierte uno bastante durante ella. En Escocia es el momento en que se bebe una copita y nadie gusta de perder esta hora de recreo en sociedad.

Hay también que mencionar el teatro privado de Merridale y el concierto de aficionados de Clifton-louse, pues uno y otro hacen gran honor al talento de los artistas y satisfacen en gran manera á los invitados.

Conservo todavía el programa del concierto que se dió el 29 de Junio y después del cual se colmó de elogios á todos los artistas. Nuestra Prima Donna cantó. «Manon es partie», mi canción favorita, entre las veinte que prefiero y lo hizo de modo perfectísimo. Estábamos todos orgullosos de ella. Cuando fué á sentarse de nuevo en su sitio al lado de M., le dijeron al oído: ¡Oh! Juana, ese fragmento se me ha quedado en la garganta. Las cien expresiones admirativas con que la agobiaron, no me parecieron de tanto peso como esta pequeña perla de alabanza. Cuando lográis con una canción que las gargantas se contraigan, se cierran, es que estáis en el verdadero tono, es que tenéis el estilo que conviene, aun cuando no hayáis tenido otro maestro que vuestro corazón, que es el más esencial de los maestros.

Después de la función teatral en Merridarle, se celebró una fiesta, reaparecieron las mesas con

la cena y empezaron los brindis. El orador que representa á la sociedad de Merridarle, es el exalcalde M. B. quien se expresa muy bien y nunca pareció estar tan inspirado como aquel día. Era un espectáculo verdaderamente consolador, y que, como dijo uno de los concurrentes, hacía bien á los ojos enfermos, ver á un señor inglés, amable y bondadoso, presidiendo una alegre comida, rodeado de sus hijos, de los hijos de estos y de otros parientes, hasta el número de unos setenta. Todos ellos son buena gente, pero ¡cáspita! no han salido nunca de su pueblo, han vivido entre personas que tienen ideas poco mas ó menos tan amplias como ellos y tienen nociones muy extrañas y erróneas acerca del resto de la especie humana, cosa que, después de todo, me parece muy natural, pues en cierto modo, los viajes me parecen el único medio educativo posible.

Hasta la generación actual, Inglaterra ha estado tan adelantada con respecto al resto del mundo, que sus hijos han llegado á creer que dormía desde hacía mucho tiempo.

El mejor brindis que se pronunció por nuestra parte fué el de Pantera, quien, según dijo, abrigaba la convicción de que, si llegaba á perder el recuerdo de esta visita, sus ideas quedarían para siempre turbadas por los rostros sonrientes de las hermosas damas inglesas, de mejillas sonrosadas, que no había dejado de admirar un solo momento desde que llegó á Wolverhampton y que admiraba más que nunca en aquellos instantes. Al llegar aquí, tomó de pronto un tono más enérgico y concluyó con estas palabras memorables: «Yo os aseguro que si alguna vez la gente joven me pregunta donde puede encontrar para esposas las mujeres más graciosas, más encantadoras, bonitas y mejores, no tendrán que preguntármelo dos veces».

Muy bien, magnífico, Pantera.

Tuvimos la suerte de ver inaugurar la estatua de M. Villiers en aquella población. El conde

Granville habló con una gracia y un despejo raros y en un estilo que dejó tan atrás á los demás oradores que toda comparación les fué desventajosa. La elocuencia del género machacón ha muerto ya; téngalo presente los jóvenes y renuncien á expresar una pasión á jirones. Shakespeare lo ha comprendido así cuando ha dicho: «En medio de la tempestad y si me atrevo á decirlo en medio mismo del torbellino de vuestras pasiones, conviene que conservéis la sangre fría para expresarlas debidamente».

El movimiento iniciado en la Gran Bretaña para sustituir los establecimientos de ginebra por los cafés, no ha sido ciertamente descuidado en Wolverhampton. La Sociedad de los Cafés constituida en esta población y en su comarca, cuenta con catorce establecimientos en plena actividad, habiéndome causado tanta sorpresa como satisfacción la noticia de que se ha distribuido un dividendo de siete por ciento, y se ha dejado otro tanto de los beneficios en el fondo de reserva.

En Birmingham hay siete establecimientos y se han repartido dividendos de un diez por ciento. Si en lo sucesivo se consigue sostenerse como término medio en la mitad de esta cifra se habrá dado un gran paso en la campaña contra la intemperancia.

Visité uno de estos establecimientos en compañía del ex-alcalde M. D., de quien tengo el gusto de decir que es el presidente de dicha sociedad y que desde este puesto contribuye sin ninguna duda á la obra que se persigue, más que un millar de oradores con sus campanudos discursos. Estos últimos no suelen hacer más que denunciar un mal acerca de cuya existencia todos estamos de acuerdo, pero no ofrecen ningún medio para combatirlo. Acusar, destruir, es cosa fácil, pero inténtese construir algo y se verá lo lenta y fatigosa que resulta la tarea.

En estos cafés los precios son muy módicos: una gran taza de buen te, de café ó de chocolate

servida en el mostrador, cuesta un penique; un sandwich, un penique; si se toma esto en la gran sala que hay en el primer piso hay que pagar medio penique más. Hay una sala de lectura provista de periódicos, en la que la entrada es libre; mesas de juego, salones confortables, sala para las señoras, tocador, tabaco y cigarros y se sirven toda clase de bebidas no alcohólicas, todo lo cual hace que los hombres vayan al anochecer para pasar un rato leyendo ó jugando.

La Sociedad existe desde hace tres años y la cifra de sus negocios aumenta constantemente.

En la mayor parte de pueblos por donde pasamos vimos establecimientos de esta clase y les deseamos muchas prosperidades.

El presidente de una Sociedad como esta, se halla en condiciones de hacer más por las masas, ó sea por el pueblo inglés, que si pasara el tiempo ocupando un puesto en el Parlamento. Pero los ingleses conceden demasiada importancia á la política y malgastan la vida de sus hombres en la discusión de problemas que los republicanos avanzados han resuelto y echado á un lado desde hace muchísimo tiempo. Pero se acabará por cambiar de derroteros; no nos impacientemos; pertenecen á una raza lenta y predispuesta á tolerar las peores cosas en política.

Una delegación de lósturista pasó un día muy agradable visitando una de las célebres residencias de Inglaterra: Bilton Grange, cerca de Rugby, habitada por M. John Lancaster. Los americanos le recuerdan como propietario del yacht *Deerhound* que socorrió al capitán Semmes cuando el *Kearsarge* libró al Océano del infame *Alabama*. M. Lancaster nos enseñó las magníficas pistolas que, como recuerdo de gratitud, le regaló el oficial confederado.

Todos estos hechos parecen pertenecer ya á la historia antigua, pues se han borrado por completo de los ánimos aquella rebelión y las ideas que con ella se relacionaron. Jefferson Davis se

pasea sin llamar la atención de nadie como no sea para inspirar algo de compasión. Si hubiera sido honrado con la corona del martirio ¡qué diferentes serían hoy los sentimientos de su pueblo!

Sucede con Davis lo que con el desertor de que nos habla el honorable Daniel J. Morrell. Acompañó éste á la madre del fugitivo á Washington, con objeto de que viera al presidente Lincoln y le pidiera benevolencia para su querido hijo que había sido juzgado por un consejo de guerra y que debía ser fusilado al cabo de pocos días.

Lincoln, al ver á aquella mujer, apostrofó á su amigo que le ponía en una situación semejante, pero la pobre madre estaba ya en el salón llorando amargamente. Lincoln la hizo sentar, le hizo infinidad de preguntas, supo que el joven desertor, al fugarse, había vuelto á Johstown para trabajar y mantener con su salario á su madre y á su hermana y que había dado como excusa de su desertión, la de que las tropas á que pertenecía estaban acampadas sin hacer nada, en las orillas del Potomac y que sabía que no podían ponerse en movimiento antes de la primavera.

El Presidente se quedó pensativo un instante, indeciso acerca de lo que debía hacer; la infeliz madre apenas respiraba, esperando en silencio la palabra que iba á devolverle la alegría ó á condenarla á un sufrimiento eterno.

—Realmente no creo que pueda hacerle ningún bien ser fusilado ¿no os parece, señora? preguntó Abraham con un tono tan natural como si hubiese podido abrigar alguna duda acerca de este punto y deseara saber la opinión de la persona que mejor que nadie conocía al joven.

La infeliz no acertaba á contestar una palabra.

Entretanto el Presidente había hecho una bola con un papelito, y entregándoselo á M. Morrell, le dijo:

—Leed esto cuando hayáis salido, Daniel, y sobre todo no digáis nada á Stanton.

M. Morrell hizo salir con él á la pobre mujer, la hizo subir en un coche, leyó el papelito y mandó al cochero que los llevara á las oficinas del general gobernador. En el papel decía:

«P. M. Washington. Enviad de nuevo á su regimiento, compañía B. del 9.º de infantería de Pensylvania, al soldado raso Jonston.—A. L.».

He aquí por qué procedimientos se ganó nuestras simpatías y nuestra confianza y lo que dió al antiguo carnicero del Illinois un poder que ningún monarca hereditario del mundo alcanzará jamás.

La situación de Jefferson Davis era muy parecida á la de este desertor. Si le hubieran fusilado, nadie habría obtenido de ello ninguna utilidad.

¡Dichosa América! Eres bastante fuerte por reirte de todas las potencias que hablan de atacarte.

En el trayecto en coche para ir y volver de Brighton Grange, pasamos cerca de Rugby, el lugar tan conocido, y hablamos de nuestro favorito Tom Brown.

¡Qué desgraciada idea tuvo M. Hughes al dejarse seducir por la tentadora perspectiva de trasplantar algunos jóvenes, de Rugby al Tennessee Estaban de antemano destinados á fracasar, no sin haber sufrido antes muchos disgustos y recriminaciones. No hay en el mundo hombres menos á propósito para la vida que se lleva en el Tennessee, que los jóvenes ingleses bien educados. Si se hubiera elegido el Oeste ó el Noroeste, el resultado habría sido distinto, por lo menos desde el punto de vista pecuniario, ya que, aunque se adoptaran medidas poco hábiles, no se habría evitado en aquellos países que los terrenos aumentarán su valor. La corriente de emigración que de los antiguos Estados se dirige á los nuevos hubiera debido indicar á aquella gen-

te la dirección que les convenía seguir; pero á lo que parece, los extranjeros que intentan organizar algo en América, tienen como idea primordial la de hacer las cosas de modo diametralmente opuesto á como lo harían los americanos, y el resultado es que pierden el dinero.

Moraleja que conviene aprender á nuestros primos de Inglaterra: «Cuando estéis en América, haced como los americanos». Si colonizan el Iowa, id y estableceos junto á ellos. A esto añadiré únicamente una palabra para mis amigos los fabricantes de hierro y acero: «Si los americanos no sienten una necesidad invencible de sacar partido de los maravillosos recursos de un país, del Alabame, por ejemplo, no vaciléis en aceptar el procedimiento Rip van Vinkle: volved á vuestra casa y pensadlo un poco antes de emprender esa tarea. «Los americanos, evidentemente, no lo saben todo, pero es muy posible que por lo menos sepan algo acerca de su propio país.

»Ningún hombre en el mundo puede detener el tiempo, ni la marea—se aproxima la hora en que Tom será capaz de montar á caballo.»

Los seis días que pasamos en Wolverhampton transcurrieron en una serie no interrumpida de placeres sociales. Ibamos á marchar hacia otros sitios. La trompa suena, haciendo la última llamada á los expedicionarios.

M. B. padre, nos ha dejado en Windsor, pero su hijo, que se ha quedado, representa dignamente á la familia, pues si no puede contar tantas anécdotas graciosas y citar tantos versos como aquél, el joven laureado de Cambridge sabía cantar por lo menos bonitas canciones de estudiante y hacer concebir á las señoras agradables ideas acerca de la joven Inglaterra, lo que hacía que Teodoro (el joven Obadiah) fuera agasajado por todos.

Al llegar á Banbury miss B. y este joven, nos dejaron, con gran sentimiento nuestro, obede-

ciendo imperiosos deberes que les llamaban á Londres. En cambio llegaron M. y mistress K., siendo objeto de un recibimiento como no creo que lo haya tenido nunca pareja alguna. Parecía como si hiciese años que nos habíamos separado. ¡Cuántas veces también durante el viaje, sentimos que Aggia y Aaleck no hubiesen estado con nosotros en determinadas ocasiones!

Ya antes de que desembarcáramos surgió también en Ben y en Devie la idea de cuán agradable sería dar un paseo hasta París, y en cumplimiento de este deseo se concedió una licencia de quince días á cuatro personas: M. y mistress Mac C. y miss J. y mistress V., á quienes despedimos en Wolverhampton el 30 de Junio, no sin que el sexo débil dejara de derramar muchas lágrimas, pues estas separaciones son siempre cosa cruel. En su lugar, ingresaron en el grupo de Turistas miss J. R. (de Dumberline), miss A. y M. B.

Al día siguiente nos reunimos todos en casa de M. G., visitamos á varios amigos para expresarles nuestro agradecimiento por la hospitalidad que se nos había dispensado, hicimos también una visita de despedida á Merridale y por fin nos pusimos en marcha.

El aspecto que ofrecía el grupo en el patio cuando partimos después de haber dado tres hurras en honor de Wolverhampton, era verdaderamente magnífico. Para rendir un homenaje particular al jefe de la familia principal que allí vivía, al que pudiéramos llamar el amo de Merridale, nos pusimos á cantar: «Es un inglés...» Sí, realmente es un inglés de pies á cabeza.

Teníamos que andar aún muchas millas antes de salir del País Negro, pero en las cercanías de Lichfield volvimos á encontrar las bellezas de la Inglaterra rural. ¡Qué satisfacción nos producía salir otra vez del barrio del humo y de la agitación de las fundiciones!

Los nuevos miembros del grupo no habían andado mucho, cuando empezaron á presentar y en

forma agravada, todos los síntomas ordinarios de la manía de que fueron seriamente atacados cuantos viajaron en nuestro coche. Los antiguos se divertieron no poco viendo como los recién llegados se contagiaban.

El entusiasmo de todos no tuvo límites y cuando llegamos al Cisne, de Lichfield, puede decirse que nadábamos literalmente en la felicidad.

Habíamos salido de Wolverhampton hacia el medio día y esta etapa fué muy corta, de veinte millas solamente.

Lichfield, 1.º Julio

La catedral merece una visita, aun cuando no esté dentro del itinerario que suelen seguir los viajeros.

Sus tres campanarios y su casa capitular son los más hermosos que hemos visto. Además, los «Niños dormidos», de Chantrey, valen la pena de que se recorran muchas millas para admirarlos, pues nunca como en este grupo se ha expresado en el mármol, de un modo tan perfecto, el inocente sueño de una criatura.

Se me hizo extraño encontrar en la catedral un monumento en honor del mayor Hodson, pues recordé haber visto su tumba en la India, donde descansa con Havelock y Lawrence en el bonito cementerio inglés de Lucknow, pero sus amigos y conciudadanos de la tranquila ciudad de Lichfield han levantado un monumento conmemorativo á su valor.

Todavía recuerdo mi visita á aquel cementerio histórico, allá en la India, y la impresión que sentí al detenerme junto á las tumbas de los que sucumbieron cuando la gran insurrección. En la tumba de Lawrence se lee esta inscripción: «Aquí descansa Enrique Lawrence, que procuró cumplir su deber.» ¿Podría añadirse una sola palabra que no debilitara este epitafio?

Mientras estábamos junto al monumento de Hodson, hablamos de la larga resistencia y de la

liberación de Luchnow y de lo que acerca de ello tenía escrito en mis «notas de un viaje alrededor del mundo». Como esto gustó á los turistas, se me permitirá que transcriba un pasaje.

«Nuestra primera visita tuvo por objeto ver la residencia donde durante seis largos meses, sir Enrique Lawrence y su tropa fueron sitiados y diezmados por cincuenta mil rebeldes en armas. El terreno, de una extensión que pudiera calcularse en unas treinta acres, estaba afortunadamente rodeado por una muralla de tierra, de unos seis pies de alto. No necesito relatar detalladamente la resistencia heroica de los dos regimientos de soldados ingleses y del de indígenas, ni tampoco la famosa liberación. De hora en hora, de día en día, de semana en semana y de mes en mes, trescientas mujeres y niños, encerrados en una cueva subterránea, velaban y oraban con la esperanza de oír al fin el sonido de las trompetas de Slavelock; pero nada oían. La esperanza, á fuerza de irse sosteniendo, acabó por relajarse y ceder el puesto á la desesperación.

«Durante el día los ataques furiosos de los enemigos, podían ser vistos y rechazados, pero ¿cómo tener la seguridad de que á favor de as tinieblas no llegarían á perforar el muro en algún punto débil de aquel vasto recinto? Con que un oficial encargado del mando de algún punto peligroso faltare, no en el cumplimiento de su deber, que de esto no había temor, sino en la manera de apreciar exactamente lo que las circunstancias requerían, todo estaba perdido.

La muerte era lo único que esperaban ya aquellas pobres mujeres, en aquellas largas noches que se sucedían tan lentamente desde hacía tanto tiempo. Una de aquel as noches reinaba un silencio más grande aún que de costumbre; todas estaban descorazonadas y se abandonaban con resignación al destino adverso que parecía estarles reservado; no acudía ningún socorro, ni llegaba hasta ellas ninguna noticia de próxima li-

bertad. De pronto se oyó entre las tinieblas un grito agudo que partía de un sitio próximo á una de las estrechas ventanas.

Una nodriza natural de los Highlands se había acercado allí para dirigir una mirada al exterior á través de los barrotes y prestar oído. La brisa fresca de la noche daba en su rostro y llevaba á su oído el débil eco de una música que no pudo oír más que un instante, pues fuera de sí, saltando y dando palmadas, dió un grito que aterró á todas sus compañeras agrupadas en derredor suyo... Todo lo que pudo decir entre sollozos, fueron estas palabras:

—¡El *Slogan!*, ¡el *Slogan!*

Pero pocas sabían lo que era esto.

—¿No habeís oído? ¿No habeís oído? repitió la pobre mujer, medio loca.

Luego parando otra vez atención para convenirse de que no había sido víctima de una ilusión, añadió:

—Es la música que se toca para reunir á los Mac Gregor, la más hermosa de todas.

Dicho esto rodó por el suelo sin sentido.

«Es verdad, hija mía, la más hermosa de todas... porque nunca acentos semejantes llegaron á oídos humanos.»

Jossie de Lucknow tiene por este motivo un puesto señalado en la historia, como uno de los más hermosos temas que puede elegir un pintor, un autor dramático, un poeta, un historiador, en la actualidad y en lo porvenir.

Siento alguna vacilación en transcribir y me duele también dejar á un lado el párrafo que á propósito de esto escribí en mi libro de notas; quizás sería de mejor gusto pasarlo por alto, pero por otra parte estaría tan bien, resultaría tan natural... Pues bien, quiero ser natural y nada más, y contar cuánto placer me produjo el hecho de que esa Jossia fuera una escocesa, y de que escoceses fueran también los que primero rompieron las filas enemigas y llegaron al fuerte,

y que fueran las cornamusas las que abrieron la marcha.

«Ya está hecho: ahora que lo he dicho me parece que me siento mejor».

Hay en la catedral de Lichfield seis hermosas vidrieras que fueron encontradas empaquetadas en una granja de Bélgica y que fueron compradas por un caballero inglés en 200 libras, figurando ahora entre las más hermosas que existen en el mundo.

¡Qué lástima que los tesoros tan brutalmente destruidos durante la Reforma no encontraran un refugio semejante! ¡Más tarde hubieran podido salir nuevamente de sus escondrijos y encantarnos.

Asistimos al oficio el sábado por la mañana y nos dolimos del derroche de música exquisita que se hizo, pues había veintiséis cantores en el coro y sólo diez oyentes, aparte de nosotros en la vasta catedral. Esto mismo sucede en toda Inglaterra; nunca durante la semana encontramos una asamblea de fieles más numerosa que los cantantes que había en el coro. Es indudable que las majestuosas catedrales de Inglaterra pueden ser empleadas más útilmente. Es un verdadero pecado tener coros como estos y no dirigirlos de modo que alcancen á las masas y las eleven. No hay edificios en los que un oratorio produzca tan buen efecto como en estos.

¿Por qué estos no habían de formar un núcleo coral en cada distrito, lo que produciría un cultivo en la música que atraería las masas á los recintos sagrados? Pero se dirá: esto sería un sacrilegio; los espíritus de los teólogos podrían considerar estas sugerencias de establecer festivales musicales, como fuera de su lugar en edificios consagrados al dogma. Los que tal digan deberán recordar que, según la Biblia nos enseña, en el cielo, la música es el principal elemento de dicha (en cambio nunca se habla de sermones) y esto es lo mejor que puede contestarse á los que

no quieren dar á este arte el primer puesto en la tierra.

Planteada la cuestión de este modo, se convino por cuantos íbamos en el coche, en que, lo que hasta entonces se había mirado como un escándalo, ó sea el hecho de que los coros de nuestras iglesias más concurridas cuesten más por sí solos que todas las demás atenciones de las mismas y de que los organistas y los cantantes reciban un sueldo bastante más elevado que el de los sacerdotes, proporcionalmente al tiempo que trabajan, el hecho, en fin, de que, como dijo muy oportunamente una de las damas, se pague más cara la música que la religión, lejos de ser censurable, como lo han creído algunos con harta ligereza, es acaso y aun puede decirse que, sin ninguna duda, una cosa en perfecta armonía con las exigencias del culto.

Quedamos, pues, de acuerdo en que esta opinión acerca de la música, tenía sólidos fundamentos.

Un día ú otro pues, señor obispo, yo os lo digo, así como á vuestro cortejo de desocupados, las catedrales de Inglaterra dejarán de ser sitios donde podéis roncar solos y se convertirán en centros poderosos propagadores de la gran música, que desde allí esparcirá por regiones enteras su influencia civilizadora. Las inteligencias más despejadas, recordando entonces lo estrecha y beata que era la atmósfera de estos edificios cuando se construyeron, repetirán, modificándolo un poco, aquel verso del poeta:

«¡Para qué noble uso han sido al fin empleadas!»

El mundo marcha, la organización eclesiástica debe marchar del mismo modo, de lo contrario... Pero no sigamos en adelante. Ya veréis lo que contestáis.

La mejor descripción que se ha hecho del oficio en una catedral de Inglaterra, es esta: «Mirad la alta bóveda sostenida por la poderosa fuerza de

las antiguas columnas, ved los ventanales cuyas vidrieras tan ricas son en interesantes historias y que atenúan la luz dándole un tono que convida al recogimiento religioso; el órgano lanzando sus majestuosas notas, acompaña al coro de numerosas voces, que se halla colocado debajo de él, mientras se celebra el oficio con toda gravedad y se van recitando claramente las antifonas. ¡Ojalá que su dulzura penetre bien en mis oídos para sumirme en éxtasis y desplegar ante mi imaginación visiones celestes».

La música de Lichfield llega realmente á elevarlo á uno á regiones superiores; habla de inmortalidad; hace, en una palabra, que estemos de acuerdo con Isaac Walton, cuando dice: «Señor, ¿qué música has creado para los santos en el cielo, cuando dejas oír ésta á los pecadores de la tierra?»

Recuerdo haber leído cuando estuve en China, que Confucio se distinguía por su extrema afición á la música, de la que, hablando un día á sus discípulos, dijo que no sólo tiene por efecto elevar al hombre mientras la escucha, sino que además hace nacer en él, cuando la ama, ciertas imágenes distintas que quedan en su espíritu cuando han dejado ya de oírse las frases musicales y que lo mantienen alejado de los pensamientos bajos. Figuraos que aquel sabio decía esto cuando probablemente no tendría otro consuelo que el chirrido de un crin-crin chino... ¡Ah Me olvidaba de los gongs; realmente con una colección de éstos, que tengan los timbres distintos, se puede producir una música muy sugestiva, según he tenido ocasión de apreciar por mí mismo.

La situación que ocupa la catedral de Lichfield es particularmente hermosa. Tres de los lados que hay en la plaza que la circunda, están formados por edificios eclesiásticos, en los que se hallan instaladas instituciones diocesanas, entre ellas el palacio episcopal; el cuarto lado lo forma un estanque, de manera que al contemplar el con-

junto no se encuentra nada discordante que hiera la vista.

Allí pudimos formarnos una idea más exacta que en ninguna otra parte de la grandeza de la iglesia oficial y de la prodigalidad, culpable á nuestro juicio, con que se ha procedido para colmarla de riquezas. ¡Y no se olvide que estos inmensos recursos, destinados á hacer el bien, se disipan con escaso resultado, ante unos bancos desiertos, puesto que el coro es más numeroso que la concurrencia.

Habíamos dado orden de que el coche fuera á esperarnos á la catedral, pero no habíamos dicho á Perry que fuese á colocarse precisamente frente á la puerta de la misma como lo hizo. Allí el elegante carruaje se vió rodeado por grupos de alegres niños de rostros sonrosados y no pocas personas mayores que nos miraban con aire respetuoso. ¡Hay en un coche de cuatro caballos bien conservado y cuidado algo que levanta oleadas de vanidad!

Recuerdo que había asistido al oficio con atención y que luego recorriendo la iglesia mi imaginación se trasladó á las Indias. Me parecía estar en las empinadas calles de Benarés, montado en uno de los elefantes ricamente atalajados de Rajah; de pronto, me trasladé al muelle llamado Apollo-Bunder, de Bombay, viéndome entre una muchedumbre cuyos suntuosos trajes de colores daban al conjunto un aspecto que no tiene igual en ninguna escena de gran ópera. De pronto divisé la puerta de la catedral como á través de un sueño. La belleza del coche y de los caballos, la brillantez de los arneses, Joé y Perry con sus libreas, todo reapareció repentinamente ante mis ojos. Levanté la vista, miré en derredor y me di cuenta de que formábamos un grupo de turistas alegres, de lo que debía estar bien satisfecho.

Es para mí siempre infalible fuente de placer, detenerme para contemplar como mis compañe-

ros suben al carruaje. ¡Son tan dichosos y yo estoy «tan satisfecho de su dicha!»

Nos alejamos de allí, no sin haber dirigido una última y amistosa mirada á la antigua y majestuosa Lichfield.

Dovedale, 2-3 Julio.

Nuestro objetivo era Dovedale, que se halla á treinta millas de distancia.

Cuando hubimos recorrido tres millas, nos detuvimos en Elmhurst-Hall para recoger á miss T, quien se nos había adelantado con objeto de visitar á M. y mistress T. Estos tuvieron la bondad de invitarnos á que almorzáramos con ellos, pero las millas que nos faltaban todavía por recorrer nos obligaron á rehusar esta satisfacción. Pero, simpáticos dueño y dueña de Elmhurst-Hall la próxima vez que pasemos por aquí, tendréis sin duda á los alegres turistas bajo vuestro techo hospitalario, á poco que lo deseéis, pues difícilmente podrá hallarse un punto que tenga tantos atractivos como éste.

Debíamos almorzar en Sudbury-Park, residencia de lord Vernon. Aquel fué el primer almuerzo que hicieron sobre la hierba las cinco personas que últimamente se nos habían agregado y nos quedamos encantados al ver cuanto les gustaba este detalle, digno de la Arcadia, pues figuraba en nuestra vida de viajeros. Fué aquel para todos uno de los almuerzos más agradables, pues no hay seguramente en Inglaterra sitio más hermoso que Sudbury-Park; por supuesto, que no tiene comparación con el Valle ó la colina de los Highlands, pero es soberbio como tranquilo paisaje inglés.

El punto elegido era la orilla de un bonito arroyuelo. Ante nosotros se levantaba el edificio de piedra, del antiguo estilo que privó en tiempos de la reina Ana; detrás, en el parque, se extendía un espacio destinado al juego de cricket, en el que los clubs del país se disputaron empeñadamente

la victoria. La escena era verdaderamente idílica.

Ninguno de nuestros almuerzos se vió animado por tantas bromas y risas, de tal modo que al fin hubo que hacer callar á Raleck, pues muchos se quejaron de él porque les hacían daño los costados de tanto reir y esto aún era lo menos malo; lo peor, lo que les preocupaba, eran sus mejillas que estaban seriamente amenazadas de hacer explosión, en cuanto intentaban comer un bocado.

Con objeto de prevenir tales accidentes, se acordó que nadie se permitiría una broma, ni aun una observación; quedó prescrito en absoluto el silencio, pero ¿qué resultó? Los signos y los gestos eran aún peores que las palabras, de manera que la represión no fué un remedio. Se necesitó algún tiempo para que todos se pusieran en un tono más moderado, pero al fin se acabó de almorzar.

Entonces dimos unos paseos y fuimos á contemplar á los jugadores de cricket.

Todo depende en este mundo de la manera como se mira una cosa.

He aquí un buen número de hombres ya formados, que sudan y corren, en un caluroso día de verano, para caer sobre una bola. Este es un punto de vista.

He aquí un buen número de hombres que han dejado á un lado las inquietudes y las preocupaciones y que echan sólidos cimientos para muchos años á una salud robusta, mediante un ejercicio reparador al aire libre. Esta es otra fase de la cuestión.

Los antiguos no hacían entrar en la cuenta de los días de nuestra corta vida, los que habían pasado en la caza; nosotros no debemos contar tampoco los que se dedican al cricket.

Por lo que toca al sport de los turistas, á la excursión en coche. convinimos en que cada día empleada en ella, nos valía por dos.

Un primer ministro muy prudente ha dicho que había encontrado con frecuencia muchas cosas

que hacer, sin encontrar nunca tiempo para hacerlas, y que sin embargo, había un deber para él que encontraba siempre los momentos precisos: el paseo á caballo que daba todas las tardes.

Las gentes siempre atareadas no hacen nunca bastante labor; el gran trabajador es el que tiene más ocios. El timonel da una vuelta á la rueda de vez en cuando y con tranquilidad oprime el botón eléctrico; el que se fatiga es el fogonero que está abajo y ha tenido hasta que quitarse la ropa. Ved al capitán Mac Micken que se pasea en el puente, de uniforme, con el rostro satisfecho, que atiende á su deber y está dispuesto siempre á contaros alguna historia; y ved también á Johnnie Walton, el primer maquinista, que arregla las pulsaciones cardíacas del buque, sin dejar por eso de estar dispuesto á soltar alguna palabra alegre.

Moraleja: No os empeñéis en fatigaros; reservad algo de vuestras fuerzas y podéis tener por seguro «que las cosas se harán bien».

Dejando allí á los dos bandos de jugadores, bajamos hacia el lago que se extiende delante del edificio y nuestra buena estrella como de costumbre hizo que llegáramos en el momento mismo en que estaban dragando unos veinte acres de aquella instalación decorativa, con objeto de sacar los sollos que tantos destrozos hacen en los demás peces. El agua había sido agotada hasta no dejar más que un pequeño charco en el que se agitaban infinidad de peces aturcidos.

Nos sentamos para contemplar tranquilamente la tarea de aquellos hombres que echaban la red en el agua y que cada vez sacaban los, animales á centenares, procediendo con cuidado á separar los sollos. Una enorme anguila fué objeto de una verdadera caza: tres ó cuatro veces se les escapó retorciéndose y deslizándose entre los brazos y las piernas de sus perseguidores, volviendo á saltar en el agua y de no haber conseguido un

guarda clavarla en el fondo del lago con un garfio, se hubiera burlado de todos ellos.

El parque de lord Vernon es rico en curiosidades.

Hay un puente viejo, estrecho y pintoresco, de un arco, que atraviesa el lago y tiene en uno de sus extremos una estatua de Adán y en el otro una de Eva. Sobre la primera se ha formado un vestido de hiedra, tan espeso, que puede decirse que nuestro gran antepasado no es más que un montón de verdura; en cuanto á la pobre Eva ha sido menos favorecida; está en una situación digna de piedad para una mujer «pues no tiene nada que ponerse».

Pero Eva no estaba acostumbrada á los buenos tratamientos; Adán no fué, ni mucho menos, un marido modelo de nuestros días, pues no dió á su compañera otras superfluidades que regaños. Tal como está allí, recuerda á la Flora Mac Tlimsy de mi amigo William Allen Butler (sin la flora, como ya he dicho), pero que tenga paciencia y esté segura de que un día ú otro tendrá un vestido. En Inglaterra, la buena naturaleza tiene horror al desnudo y está siempre ocupada en cubrir todas las cosas con su manto verde.

«Siempre trabajando para producir cosas raras, está sentada en la verdura en el fondo de las selvas, cuidando singulares semillas entre las raíces del cedro, inventando hojas, flores y tallos. Ved su mano en la rosa abierta; ved el modo como ha modelado las hojas digitadas del lotus. En la tierra oscura, en el silencio de las semillas, teje las ropas de la primavera».

En los bordes de este lago disfrutamos un extraño placer y envidiamos a lord Vernon su heredad de príncipe. El viejo guarda que un tiempo me acompañó recorriendo una soberbia posesión de Escocia, tenía razón completa. Encantado yo ante un magnífico panorama que se divisaba, dije aquello de: «¡Quién será el cobarde que no

tendrá corazón para luchar por un país como éste!»

—¡Ah! sí, dijo á su vez el viejo, es un hermoso país... *para los lores.*

Será un país más grandioso aún cuando sea menos de los lores y más de las masas que sufren, pero que el ángel destructor que preside al Progreso dirija una mirada favorable á paisajes tan bellos como el de Sudbury-Park. Esta vasta posesión puede ser descargada de servidumbres y distribuída entre un millar de propietarios, que tendrían bonitas casitas, en las que habitarían con niños bien criados, dando el suelo más abundantes cosechas al contacto de la varita mágica formada por el sentimiento de la posesión, pues es cosa muy distinta poder decir: «esto es mío». Y no obstante, parque y edificio podrían continuar intactos y proporcionar á su dueño placeres más delicados que hoy.

En mi opinión, el mayor inconveniente de la vida en Inglaterra, debe ser el contraste que existe entre el gran propietario y el pueblo que le rodea. Ya llama esto bastante la atención, aun en el mismo valle de Chester, donde el término medio de la posición y de la educación de los habitantes son iguales probablemente á los de cualquier otro país del mundo; pero en Inglaterra este contraste es á mi juicio demasiado marcado, para que pueda dejar una sensación agradable.

Mientras nos entreteníamos junto al lago, sonó en la carretera la trompa de Perry, arrancándonos de aquella escena encantadora y poco después seguíamos el viaje hacia Dovedale, atravesando la bonita localidad de Ashbourne.

Ya en el coche, se planteó la conversación acerca de la equitación y uno citó el famoso adagio: «Se juzga al hombre por su caballo».

—Pero ¿y si se trata de una mujer?—preguntó T...

—¡Oh!—respondió otro.—Se juzga de la mujer

también por su caballo y asimismo se juzga de su físico, pues no hay ninguna que haga resaltar tanto los encantos femeninos como la equitación. Las jóvenes que á ella se dedican multiplican sus encantos.

Una voz desde el pescante:—Tenéis razón.

Nuestro Pantera declaró entonces que nunca había tenido la idea de enamorarse de Annie hasta que la vió á caballo, pero que cuando la acompañó unas cuantas veces en esta forma, quedó conquistado. A caballo, acabó diciendo, es cuando la mujer resulta más seductora

—No es esa la opinión de miss Parr—objetó una joven que estaba sentada en la delantera del coche—pues si no recuerdo mal, en su obra maestra: *Dorotea Fox*, dice: Una mujer no muestra nunca de un modo más claro el ángel de belleza que anida en su corazón honrado, que cuando murmura un *si* al oído del que le ama.

—Pero las situaciones no son iguales—replicó una voz desde la última fila—eso no dura más que un momento, es muy corto y además no hay más que un hombre que lo vea; nosotros queremos decir que á caballo es cuando una mujer muestra sus atractivos.

—¡Oh!—replicó un cínico.—Os parece así. ¿No se llega á aquello sin esto?

Y así seguimos hablando, interrumpiendo alguna vez la conversación con exclamaciones que nos arrancaba la belleza incomparable del país.

¿Cabe imaginar un lugar de reposo tan apacible, tan bello, como la antigua hospedería de *Isaac Walton*? á la que llegamos á la hora del crepúsculo.

Algunos bajamos á pie la larga cuesta que hay antes de llegar y vimos por primera vez el Dove, desde el puente que lo atraviesa. Recordé exactamente los versos célebres y pude recitarlos desde allí. Permítaseme que los reproduzca, pues en realidad, por sencillos que sean, ¿quién puede atreverse á predecir el día en que dejarán de ser

mirados como una de las perlas de la literatura?

«Vivía en sitios por donde nadie pasa, muy cerca de los manantiales del Dove, y la pobre niña no encontraba quien la tomase para trabajar, ni tampoco quien la amara.—Era una violeta junto á una piedra cubierta de musgo, y medio oculta á todas las miradas, encantadora como una estrella cuando sólo una aparece y brilla en el cielo.—Vivió desconocida y muy poca gente pudo saber cuando Lucy dejó de existir. Pero reposa en la tumba ¡ay! ¡Qué diferencia con lo que á mí me sucedel

Acordaos del buen viejo Isaac y de las excursiones que hizo para pescar en estos mismos sitios. ¡Y hay seguridad de que se hospedó en esta posada! También él puede estar seguro de que ocupa un buen puesto como autor de una obra clásica que durará un tiempo cuyo término no queremos fijar. ¡No es extraño que nadie haya imitado nunca el estilo de este hombre! «Dios nos lleva al cielo con problemas numerosos y difíciles», dice este pescador, que sabía indudablemente algo. El libro de este hombre tiene un sabor personal, que se degusta por entero, sobre todo cuando se lee en esta antigua posada consagrada á su memoria.

Yo me permití este regalo sintiendo un placer inefable durante algunas horas del domingo que pude consagrar á esta tarea, pues hay observaciones muy juiciosas en más de una frase de las contenidas en el *Perfecto pescador con sedal*. ¡Viejo buen hombre, tienes un sitio asegurado en mi biblioteca y en mi corazón!

Ham-Hall, á poca distancia de la posada, es la mansión principal que hay allí y á una pedrada de ella, está una pequeña iglesia á la que fuimos el domingo por la mañana, viendo entrar al dueño de las tierras con su familia, que fué á colocarse en medio de su gente, pues creo que la mayor parte de los que allí estaban congregados

pertenecían directa ó indirectamente al personal del castillo.

Sin ninguna duda el cura era pagado por aquel propietario y procuramos hacernos cargo de la importancia de estos dos hombres en su distrito, de sus deberes y de su influencia, mucha de seguro, pues en la Inglaterra rural, el bienestar tanto material como moral de la población dependen en grandísima parte del carácter del dueño del castillo y del clérigo.

Aquel era M. Hambury, miembro del Parlamento, quien nos invitó cortésmente á visitar el castillo cuando saliéramos de la iglesia y á pasearnos á nuestras anchas por sus posesiones. Había estado en América y conocía á nuestro genio vagabundo y colega en metalurgia Abrrhaam S. Hewit. Por la tarde nos envió algunas bonitas fotografías de su morada (que por cierto tenía excelente aspecto) y que guardamos como un estimado regalo. La carta de que iban acompañadas era todavía más simpática, pues decía en ella haber tenido en América una acogida tan cordial, que miraba siempre como un placer toda ocasión que se le presentaba de demostrar á todos los americanos el agradecimiento que sentía.

Siempre ocurre lo mismo; la frialdad y la indiferencia entre las dos familias de lengua inglesa sólo existen entre las gentes que no salen de sus casas. El que conoce por experiencia los rasgos característicos de cada uno de los dos pueblos que hay á los lados del canal oceánico, es, invariablemente, un ferviente y sincero amigo. Basta á los dos pueblos con conocerse, para que se entusiasmen recíprocamente con sus cualidades.

Esta comarca está dedicada á los rebaños de corderos, es muy accidentada y las lluvias exceden en ella del término medio, pero esta cuestión del tiempo nos preocupa bien poco, porque los turistas llevan un claro sol dentro y fuera de sí mismos.

El paseo de la tarde lo dimos por las orillas

del Dove, remontándole bastantes millas por el valle, hasta llegar á las colinas y descubriendo á cada paso nuevas bellezas.

M. Hambury se ha reservado el privilegio de la pesca en una extensión de cinco millas, pero según nos dijo el posadero era muy liberal y concedía con mucho gusto el derecho de pescar á toda persona que se lo pidiera atentamente. A nosotros también nos ofreció todas las facilidades, privilegio que Davie y yo nos reservamos para utilizarlo un día en que nos proponíamos evocar con pleno éxito la sombra del que fué nuestro buen colega en la afición á la pesca, Isaac. «Porque debéis observar, dice él, que nosotros, los pescadores, somos todos amor unos para otros.» «Por lo menos, estamos todos de acuerdo en amar á Isacc Walton, el «excelente pescador que ya descansa en Dios».

La lectura de la ingeniosa apología de la pesca con liga escrita por nuestro autor, «hombre honrado y buen pescador con anzuelo», no es tiempo perdido en estos tiempos en que furiosos adversarios de la vivisección ven sin protestar á desgraciadas liebres batidas por gentes que hacen de ello un sport y á su príncipe tirar contra pichones que se sueltan expresamente, abriendo la trampa del cesto en que están encerrados, mientras que afectan compadecerse de un gato que se inmole en el altar sagrado de la ciencia. Miserables hipócritas que os tragáis un camello de tanta corpulencia, mientras un insectillo se os atasca en la garganta. Esto prueba hasta qué punto se extiende la desmoralización bajo la influencia de la alta sociedad á la moda: una medida para el príncipe que se deshonorra con sports crueles y otra para el estudiante de medicina que se engrandece trabajando para el bien de sus semejantes.

¶ Pero volvamos á la interesante apología de Isaac y empecemos por el pescado,

«Si la multiplicación de estas criaturas que vi-

ven y encuentran su alimento en el agua, no es solamente una cosa que maravilla en sumo grado, sino que es además muy ventajosa para el hombre, ya que ellos le sirven para la prolongación de su existencia y al mismo tiempo para prevenir la enfermedad.

«Está reconocido por los médicos más doctos que la supresión de la Cuaresma y de otros días de ayuno, ha sido sin ninguna duda la causa principal de las numerosas fiebres pútridas, temblonas, intermitentes a las que nuestra nación está ahora más sujeta que aquellas comarcas más prudentes donde se alimentan de hierbas, de ensaladas, de pescado en considerables cantidades. Bueno es recordar que Moisés (*Levítico XI, 9* y *Deuteronomio XIV, 9*) prescribe que el principal alimento consistirá en pescado en la república más perfecta que existió jamás. Debe también notarse que no solo existen peces pequeños, sino que los hay como la ballena, que son tres veces mayores que el poderoso elefante y tan bravos como él en el combate; y por último, que los más grandes regalos en las fiestas han sido peces.»

¿No es esto soberbio?

Esto me recuerda la contestación de Josn Billings á un corresponsal suyo que le había escrito: «¿He oído decir por muchos que el régimen del pescado era muy favorable al desarrollo de la fuerza cerebral, pero no he podido saber nunca cual es la clase de pescado que produce mejor estos resultados. ¿Podéis informarme?»

«Por lo que á vos concierne respondió Billings probad una ballena ó dos.»

He aquí como razona Isaac para demostrar la legalidad de la pesca:

Por lo que toca á la legalidad de la pesca, puede considerarse que queda bien demostrada con el encargo que hizo Nuestro Salvador á San Pedro, de que echase las redes y pescara para proporcionarse dinero con que pagar el tributo al César. Y es de notar que Nuestro Salvador eligió

expresamente cuatro pescadores para darles el privilegio de ser los primeros designados entre los doce discípulos (Mat. X, 2, 4, 13) y fueron San Pedro, San Andrés, San Jacobo y San Juan.

«Es de notar además que cuando nuestro bendito Salvador subió á la montaña, alejándose de sus discípulos, eligió solo á tres para que le acompañasen en su Transfiguración y los tres eran pescadores, siendo de creer que todos los demás apóstoles tendrían también este oficio, cuando más tarde siguieron las huellas del Cristo, y lo prueba el hecho de que la mayor parte de ellos fueron encontrados pescando juntos cuando Jesús se les presentó después de su resurrección, según se refiere en el cap. 21 del Evangelio de S. Juan, versículos 3 y 4.

«En lo que toca á su elección, muchos han hecho las observaciones siguientes: En primer término que no les censuró nunca por su oficio ó vocación, como lo hizo con los escribas y cambiantes; y segundo que encontró en los corazones de aquellos hombres, disposiciones para la contemplación y la tranquilidad, pues eran de carácter dulce, tierno y apacible, como lo son la mayor parte de los que pescan con liga, y nuestro bendito Salvador, que como se observa, gusta de plantar la gracia en naturalezas buenas, aun cuando en realidad no haya ninguna demasiado mala para él se ha elegido estos hombres, haciéndoles dejar su oficio irreprochable que era la pesca y haciéndoles la gracia de tomarlos por discípulos para que le siguieran é hicieran milagros. Hablo de cuatro entre doce.»

Creo que ésta es una apología completa para nuestro sport favorito, sobre todo el segundo párrafo. Bueno es decir que para vivir, necesitamos matar animales, sin embargo, la elección del oficio de carnicero, no dá una idea muy alta de la delicadeza de carácter del hombre que á ella se consagra y que nunca está tan contento como cuando mate. ¡Sangre, Yago, sangre! Por mi

parte, aun admitiendo la necesidad de que la oveja lamente con sus balidos al corderillo degollado para procurarme un regalo, me guardaré muy bien de sostener que sea esto un argumento para hacer consideraciones entusiastas sobre la prudencia ó la bondad la Providencia. Comamos sin plantear problemas, pero con la esperanza de que lo veremos todo más claro algún día.

Entre tanto yo califico la caza á la carrera y al tiro de pichón de sports indignos y no se me ocurrirá nunca matar un gamo por pura diversión. Una vez vi la dulce mirada de uno de estos animales que yacía en el suelo herido y que parecía decirme: «Me disgusta mucho que seáis vos quien ha hecho esto.» También yo estaba disgustado al ver á aquel pobre animal inocente. Han pasado años desde que vi aquella mirada y todavía viene á veces á atormentarme. Es esta una de las muchas acciones de mi vida de que me arrepentiré siempre.

Y basta de hablar de pesca. Es inútil repetir todas las cosas que se encuentran en el libro de Isaac Walton, al que le pasa lo que Shakespeare, que ha facilitado al buen Elfa materia para dos volúmenes de sus *Bellezas*... Y á propósito, amigo, ¿dónde están los otros cinco ofrecidos?

Hay que salir de Dovedele, pues es ya de día. En marcha.

La etapa de este día, concluía en Chatsworth, á veinticuatro millas, y allí debíamos celebrar la comida para solemnizar el 4 de Julio.

Al pasar por delante de Ham. Hall nos detuvimos, se tocó la trompeta y se dieron tres hurras en honor del caballero que tantas bondades había tenido para con sus primos de América.

Nos desayunamos en la orilla de un bonito riachuelo, en Jergraeves, en una propiedad del duque de Rutland y en las aguas vimos un gran número de truchas que corrían de un lado á otro como á saltos, lo que nos predispuso á dar fe á las historias maravillosas que nos contaron en

otros tiempos, según las cuales se habían recogido aquí cestas llenas de estos peces.

Hay algo contagioso en un riachuelo que corre, pues resulta una de las cosas más bonitas del mundo. Nada hay que contribuya tanto á hacernos disfrutar los encantos del mediodía, como uno de esos arroyos murmuradores: «Las hacen música entre las piedras desgastadas y dan un dulce beso á cada uno de los que van encontrando en el curso de su largo viaje».

Si hay «expresión en las piedras», creo que debe ser cuando el agua pura murmura al pasar por encima de ellas.

Los turistas me pidieron que les repitiera *El riachuelo*, joya de un verdadero poeta, Ballantyne, ¿y tú, querido lector, desearías también conocerla? Lo creo fácilmente porque los que me han seguido hasta aquí deben ya tener algo de común conmigo y seguramente les ocurre que aman lo que yo amo y esta es una de las poesías que me gustan mucho:

«Caía desde lo alto de una roca gris, sobre una piedra cubierta de musgo, se paseaba largo tiempo solo sobre la hierba verde, corría á lo largo de la pendiente cubierta de retama, en la parte baja de la colina, divertía á los hijos del molinero al pasar junto al molino de su padre; pero pronto tuvo otro lecho, pasando por un sitio donde se hallaban amontonadas grandes rocas y durante algún tiempo no vió ni sol, ni luna; al fin volvió la luz del cielo y sus orillas volvieron á ser verdes y hermosas, abriéndose en ellas más de una flor bonita cuando llegó el verano, otros arroyuelos se juntaron con él acallando sus sonrisas y sus canciones, y el riachuelo se convirtió en un río antes de haber llegado á la orilla del Océano; las olas salvajes surgieron para salir á su encuentro con sus misteriosos murmullos, haciendo su trabajo prescrito y que jamás, jamás se acaba. Nunca tienen quejumbrosas lamentaciones por la dureza de su suerte, nunca se levantan

tan en ellas celos por lo que han hecho otras; el bien ó el mal, la luz ó las sombras, todo lo aceptan de buen grado. Así hizo su camino el riachuelo desde la roca gris hasta el mar».

Moral que se deduce: Encontraremos siempre la paz al fin, si cumplimos nuestra tarea y des-cansamos de las consecuencias en lo desconocido. Escuchemos ahora á M. Browning:

«Y como un alegre viajero pongámonos en camino, costeando á lo largo del vallado. ¿Qué importa que el pan se haya florecido en su pasado y que no lleven zapatones de hierro para pisar los guijarros? Por lo menos se puede decir. Como tu camino es corto, te doy gracias ¡oh Dios!

Así al llegar al mar el riachuelo había acabado su carrera y encontró la paz. La inmensidad de siempre. Es en vano rebelarse ante el Oceano, pues habla de fuerzas irresistibles y obedece á sus propias leyes, sin preocuparse de nada.

«Escribe injurias al Oceano en sus arenas movedizas; escribe versos en su elogio; el insensible mar lo borra todo. En cambio el hombre, á menos de que sus semejantes sean testigos de sus triunfos, no tiene ningún deseo de grandeza».

No es así, ¡oh poeta! Cuando el hombre está de pie en lo orilla y reflexiona, siente su pequeñez y los aplausos de sus semejantes le hacen el efecto de un vano ruido, salvo que vea la prueba de que ha producido una agitación saludable. Este estado dura hasta el momento que vuelve los ojos al cielo que se extiende sobre el abismo y renueva sus votos á la divinidad del deber. No en las profundidades de la tierra, no es tampoco sobre la superficie del Oceano, sino allá arriba, muy lejos, donde aprende esto: que la vida vale la pena de ser vivida, Entonces pone manos á la obra y avanza, diciendo:

«Que caiga con mi corona ó sin ella, poco importa, puesto que la obra de Dios está hecha». He aprendido á dar su valor á la acción, tran-

quilo relámpago y no al trueno de aplausos que le sigue de cerca y que los hombres llaman fama.

La reina viuda y Aggie marcharon á conversar junto al arroyo, al mediodía y para acabar en caracter, se levantaron las sayas y bailaron sobre la hierba una danza escocesa, á la vista de todos los turistas, pero á bastante distancia. Se había vuelto unas chiquillas y hacer esto á los setenta y un años es un verdadero triunfo, pero como dijo la reina viuda, esto no es nada, pues cuenta conseguir lo mismo durante algunos años, pues mi abuelo tenía más de esa edad cuando tenía aún el humor de asustar á las mujeres, la noche de Todos los Santos, acercando á los cristales de una ventana su rostro cubierto con una careta.

—¡Oh! dijo una de ellas al verse sorprendida —este Andrés Carnegie siempre es oportuno.

Recuerdo que una vez vi en Dumferline, un viejo de ochenta años, verdadero retrato de un viejo disecado, con algunos raros y brillantes cabellos únicamente en las sienes y con una nariz y un menton que se tocaban. Con paso inseguro atravesó la habitación donde yo estaba y poniéndome sobre la cabeza su mano larga y arrugada me dijo:

—¡De manera que sois un nieto de Andrés Carnegie! ¡Ah! Muchacho, recuerdo los tiempos en que vuestro abuelo y yo hubiéramos podido revolver las cabezas á la gente la noche de Todos los Santos.

Por mi parte, espero también ser un alegre pergamino á los setenta y un años, tan alegre, como lo estábamos todos el día de que vengo hablando.

Todos estuvimos muy contentos mientras duró el viaje, pero la reina viuda necesitaba que se la moderásemos poco, pues se pasaba de los límites y ya es haber aprovechado de la vida, llegar hasta el final de ella, riendo.

Voy á intentar, si se me permite hacer comprender hasta qué punto esta dichosa Inglaterra se halla sembrada de maravillas. Hoy nos hemos detenido en la carretera ante un poste indicador, á fin de asegurarnos de que estábamos en el buen camino, pues aún con el mapa del estado mayor extendido sobre las rodillas, hay que fijarse mucho, de lo contrario corremos el riesgo de emprender dirección distinta de la que nos conviene.

Voz del Director general;—Perry, deteneos en el poste indicador para que podamos verlo.

—Bien, señor.

El poste tiene cuatro brazos: este, oeste, norte y sud. El primero lleva las indicaciones de los caminos siguientes: *Tissigton*, 3; *Malloch-Bath*, 10; *Chesterfield*, 21; según dice: *Ashbourne*, 3; *Derby*, 16; *Kissington*, 19; el tercero *Dovedale*, *Okeñon*, *Ilam*; y el cuarto *New-Hayen*, 6; *Buxton*, 17; *Bakevell*, 13; *Chatsworth*, 16.

Todo esto había en un solo poste indicador; afortunadamente Chatsworth, á donde debíamos ir, estaba en el corto brazo, pues si los dignos funcionarios de carretera no hubiesen estimado oportuno extender su informe hasta mas allá de Bakewell, hubiéramos tenido que consultar el *Libro de los Días*.

La entrada de la posesión de Tissigton estaba muy cerca del citado poste y se nos dispensó la gran bondad de permitirnos que la atravesáramos en coche, lo que según nos dijeron acertaba nuestro viaje en muchas millas y nos daría ocasión para ver otro castillo inglés. Sin embargo, nos arreglamos de modo, que tomamos una mala dirección á fin de prolongar nuestro viaje en unas ocho millas. Tanto mejor: cuanto más largo era el viaje más contentos estábamos.

Cada castillo inglés parece tener algun rasgo particular, por el que sobresale de los otros. Así es y debe ser y de este modo el dichoso poseedor tiene un motivo reconocido por todo el mundo,

para que le guste su casa. Si uno tiene una terraza grandiosa, el otro tiene más bonito el patio, uno tiene bosques y quinos, otro está atravesado por las curvas del Nith. No se puede tener todo lo mejor que hay para uno solo, ni aun en una posesión inglesa, del mismo modo que en una existencia no puede conocerse cuanto hay mejor en todo:

«Pues cada hoja de hierba tiene su gota de rocío particular.

Seamos agradecidos á los beneficios que nos llegan y ojalá que todos los gansos, se vuelvan cisnes, como se han vuelto los míos, según dice el amigo Edward.

¿No habéis oído á vuestro amigo haceros el elogio de su mujer, en momentos de pasión, cuando habéis pasado juntos una semana pescando? Os quedáis un momento sorprendidos, al pensar en la Betsy ó en la Susana de que os habla, pues á decir verdad, habéis más de una vez llorado, por decirlo así al reflexionar en el yugo que sufre. Pues bien, esta es la manera de tomar las cosas: que convierta su ganso en un cisne, aun cuando con mucho trabajo llegue á poder ser un ganso,

Nos detuvimos en Rowley para recoger á miss T..., que debía llegar de Elmhurst-Hall en el ferrocarril, y esta nos traía de Londres el *Times* que nos dió la primera noticia de la catástrofe de Washington. No pudimos creer que la herida pudiera ser mortal; nos parecía imposible que la carrera del Presidente Garfield fuese interrumpida de este modo; pero á pesar de todos los esfuerzos, nuestros temores no disminuyeron y llegamos á Chathwort muy abatidos.

Nuestro 4 de Julio fué triste y renunciarnos á festejarlo.

Por fortuna las noticias mejoraron diariamente hasta el punto de que alguno de los Turistas se atrevió á expedir felicitaciones por medio de un despacho que debía transmitir el secretario Blai-

ne. Hasta nuestro regreso á Nueva York no nos enteramos de la recaída. La nube que se extendió en los primeros momentos sobre nosotros tenía ya una franja de plata constituida por la esperanza de curación y de ver al Presidente ser más útil que nunca al país.

Nos detuvimos para visitar Haddon-Hall, pero allí nos encontramos en el terreno de los turistas vulgares, ni uno solo de los cuales ha dejado de ver lo más saliente que existe en el país, por cuya razón enviamos respetuosamente á los lectores á las *guías* que describen todo aquello.

Por primera vez tuvimos polvo en la carretera, pues atravesábamos un terreno calcáreo, pero este inconveniente no tuvo importancia. Hacía bastante calor y tuvimos que abrir los paraguas para que hicieran las veces de sombrillas.

Haddon-Hall es una hermosa muestra de un castillo nuevo y Chatsworth la de un castillo moderno, tanto que este último tal vez adolece de un exceso de ostentación. Indudablemente, hay motivos para que aquello cause admiración á los grupos de obreros de Manchester y de Birmingham que van allí en gran número los días de fiesta y que no tiene á la vista nada más hermoso; pero para nosotros que hemos visto las antiguas joyas de Inglaterra, Chartsworth parece demasiado moderno, para nuestro gusto difícil. Me refiero solo al interior, naturalmente, pues en cuanto al edificio en sí mismo y en cuanto lo rodea, es grandioso y lo mismo sucede con unas estatuas colocadas en un vestíbulo destinado especialmente á ellas y que realmente es lo más interesante que hay en la casa.

Edensor, 4 Julio.

Edensor es la aldea modelo que el duque de Devonshire ha hecho construir junto á su parque.

El bonito nombre que lleva es uno de los mejor apropiados, pues acaso sea el mejor de los

poblados construídos por encargo que hay en Inglaterra. Cada casita está rodeada de un trozo de tierra y construída de manera que contribuye á lo pintoresco del conjunto. Se entra desde el parque, por un hermoso pabellón y la calle que lo atraviesa está cerrada por una puerta en cada extremo.

La iglesia se ha levantado en 1878 con planos de Gilbert Scott, sobre el emplazamiento de otra que hubo anteriormente. En uno de los lados del coro hay una capilla mortuoria que contiene las tumbas de la familia Cavendish. En el cementerio hay el monumento levantado á Sir Joseph Paxton, que fué jardinero jefe en Chatsworth y que más adelante construyó el palacio de Cristal en Londres.

En dicho cementerio hay uno ó dos epitafios que merecen atención. Este se halla fechado en 1787 y dice: «He sido, como la hierba, segado apresuradamente, por miedo á que llegase demasiado alto. Espero haber quedado en condiciones para quedarme en el paraíso. ¿Por qué, pues no había de entrar en él?».

Eso es ¿por qué? Pero ¿no hay alguna ambigüedad en esta frase: «por miedo á que llegara demasiado alto?»

El otro, que lleva la fecha de 1818, parece destinado á conservar el recuerdo de un mozo arador que fué lo bastante temerario para dejar la posición que le correspondía y buscar otra, triste confirmación del: *ne sutor ulta crepidam*.

«Cuando partió aquel día en el coche, no sospechaba que el reloj de arena que señalaba los días de su vida estaba casi vacío; puesta sobre el arado, hubiera podido cultivar la tierra durante más tiempo».

No se espere que la moral enseñada en estas frases pueda ser bien recibida por nosotros, los americanos. ¿Cómo hubiera podido la República alcanzar su grandeza actual y agrupar la mayoría de los hombres de lengua inglesa que hay en

el mundo, si sus hijos no hubiesen sido ambiciosos, ni hubiesen trocado nunca su oficio por otro? «Manteneos fuertemente en vuestra situación», es una máxima que sólo encuentra aprecio en los países monárquicos, donde el pueblo cree en las clases.

El joven á quien alude el epitafio era de buena raza y hubiera merecido tener en su tumba un verso más bien que esta inscripción que envuelve una censura indirecta.

Alguno de los nuestros declaró que aquel joven debió de ser probablemente uno de los mejores obreros del país y que en América no hubiera tardado en hacerse dueño de los campos que cultivase, en lugar de trabajar por cuenta de un propietario que derrochaba las rentas de la tierra en Londres ó en otra capital del Continente.

La poetisa que figuraba entre los expedicionarios, quedó encargada de componer un epitafio apropiado, para reemplazar al que tan mal efecto producía y en el que debía aplaudir la conducta del joven «Faetón» que se encargó de enviar un coche así que el arte de labrar la tierra no tuvo ya secretos para él.

Volvimos al coche, y como la discusión había terminado con la conclusión que dejo indicada, se oyó una voz simpática que cantaba:

«No quiero mozo que guíe carreta, ni arado por tierno y constante que pueda ser; el que yo quiero es el que se ha apoderado de mi corazón, el gentil pastor que lleva el cayado y el zurrón».

Los turistas contestaron en ruidoso coro el estribillo:

«Porque es siempre fiel á su amada, siempre fiel á mí».

¡Quién sabe si acaso sería por haber sido mal acogido de una belleza campestre, como la de que habla esta canción que no quería un mozo que guiase un arado; quién sabe, repito, si sería una razón por este estilo, lo que impulsó á nues-

tro infortunado joven á cambiar de profesión! El sexo está en el fondo de la mayor parte de las desgracias que ocurren á los hombres y afortunadamente, también de cuanto constituye su dicha, no hay que olvidarlo. ¿Por qué no había de haber sucedido así el lamentable fin del aspirante cochero?

Como hacía mucho calor y nuestra parada siguiente que debía ser en Buxton, no se hallaba muy lejos (veintiséis millas), decidimos pasar el día en Edensor y seguir el viaje por la tarde.

Allí encontramos en plena luna de miel á una pareja de recién casados bien conocidos de nuestra delegación de Wolverhampton. ¿Cómo creéis que viajaban? Os aseguro que lo hacían al revés de como suele hacerlo todo el mundo y cito este incidente para que algunas de mis simpáticas y encantadoras amigas que me dispensan el honor de montar á caballo en mi compañía, tomen de ello buena nota. Pues bien, nuestra pareja recorría á caballo la hermosa región del Derbyshire. Era delicioso verlos marchar de esta manera.

Me sentí interesado en favor de la novia, que no debía ser una mujer vulgar por haber tenido esta idea, y me dijo que el proyecto había resultado perfectamente; en cuanto el marido me comunicó, en tono confidencial, que había sido aquel el más hermoso proyecto á cuya realización se le había invitado. Le pregunté si lo recomendaba de buena fe y me contestó con una afirmación enérgica.

Hay que pensar en ello.

El viaje por la tarde fué uno de los más agradables que hemos hecho. ¡Qué seductora está Inglaterra después de un día de calor, cuando todo parece despertarse al llegar las horas tranquilas, que suceden á los ardores solares que activan la vegetación!

«Cuando la tierra agobiada vuelve la ancha espalda al sol poniente, cuando inclina por la noche la frente fatigada para luchar sola con su

pena, la luna, ese paciente enfermo que el dolor ha hecho palidecer, apoya sus fríos labios sobre la frente de su hermana, hasta que ésta se ha tranquilizado».

Así me pareció estar la tierra, mientras viajábamos; descansaba después de la labor del caluroso día.

Se pasó la noche en Buxton, la famosa estación de aguas minerales que fué el punto de cita de las gentes que buscaron la salud durante más de mil años, pues era muy conocida de los romanos y probablemente también de sus predecesores. Allí vimos muchos enfermos bebiendo las aguas, que son esencialmente ferruginosas, pero en mi opinión, como es costumbre en tales sitios, el cambio de escena y de ambiente, la distracción de ideas y la actividad y para la mayor parte la adopción de un nuevo régimen, y la abstención de excesos, tienen el noventa y nueve por ciento en los buenos resultados, el uno restante es el que se debe precisamente á las aguas.

Pero ¿qué importa la causa? Lo esencial son los efectos producidos y como los hay, Buxton sigue prosperando.

El médico que curó al Gran Mogol cuando todos los remedios habían fracasado, era hombre muy listo. El árbol maravilloso de la vida, estaba situado, según decía, en una montaña á cinco millas del palacio y era necesario que el enfermo fuera á él todos los días muy de mañana para pronunciar una fórmula mágica bajo sus ramas. Estas palabras, si hubiesen podido traducirse, hubieran sin ninguna duda producido este resultado: «Ora pues, viejo imbécil, pero es el paseo lo que produce el efecto.» ¡No hay que reírse! Que se ponga eso en la especie de latín que gusta á las escuelas y se hará algo muy propio para aterrorizar al Mogol y «darle una buena fricción», de esas que los predicadores negros consideran indispensables, para lograr una curación espiritual.

El hotel pertenecía á una compañía de responsabilidad limitada y era magnífico.

Nuestra partida al día siguiente ofreció un golpe de vista original que valía la pena de ser contemplado, pues se efectuó con la primera contrariedad que hasta entonces habíamos sufrido. El cielo estaba muy nublado; por ningún lado se veía un indicio de que el tiempo fuera á cambiar; el barómetro estaba bajo y tenía tendencia á seguir descendiendo. En una mañana como aquella debió empezar el diluvio. Evidentemente, estábamos enjaulados.

A pesar de todo, á la hora fijada, los alegres turistas, envueltos en sus impermeables, después de haber puesto al abrigo en el interior del coche, los sombreros masculinos y femeninos que podían sufrir con el mal tiempo atravesaron por entre una multitud de forasteros que llenaban el vestíbulo, admirándose de la loca temeridad de los americanos, y ocuparon apresuradamente sus puestos en el carruaje para demostrar «que el tiempo seguía pareciéndoles encantador».

La carretera sube en rápida pendiente durante unas dos millas desde la salida de la población. Varios de los excursionistas, entre ellos dos señoras, decidieron recorrer aquel trecho á pie. Los que se quedaron en el coche lo acertaron, pues cuando hubieron llegado al extremo de la cuesta, los que habían ido á pie estaban mojados desde los pies á las rodillas.

Hacia el medio día, la lluvia había cesado, é hicimos alto en una hospedería, en la que se encendió fuego y se acudió al guardarropa de recambio. Los vestidos fueron puestos á secar y cuando nos desayunamos estábamos ya tan contentos como alondras.

¿No es un indicio infalible el que Tackeray pone en boca de uno de sus camareros de restaurant: «¡Oh! He adivinado que era un caballero! ¡Era tan fácil de contentar». Pues bien, el dueño y la dueña de esta posada que se quedaron

sorprendidos por la llegada imprevista del coche tirado por cuatro caballos, que se detuvo ante su puerta, dijeron algo acerca de las ladies y de los caballeros americanos. ¿Por qué no? No hay nada que resulte mal para los alegres turistas.

Seguimos luego hasta Manchester y entramos de nuevo en las regiones duras y ahumadas de la actividad manufacturera.

Manchester, 6 Julio

El dueño del hotel de la Reina, obtiene el primer premio por la primera «gran comida» que hacemos en nuestra excursión, la mejor que se ha presentado á los excursionistas, pero sea por la lluvia ó por el ligero desayuno en la posada, tan distinto de los que hacíamos en las praderas, no tenemos el apetito necesario. El dueño del establecimiento había resuelto sin ninguna duda que al marcharse de su casa los americanos se llevasen una buena impresión, y lo consiguió.

Nos quedaba tiempo para visitar el edificio del ayuntamiento, y para recorrer las calles principales, pero todos sentían invencible repugnancia hacia las grandes poblaciones. No eran éstas lo que habíamos venido á ver, de aquí que todos deseáramos mantenernos lo más alejados de ellas que fuera posible y marchar pronto hacia los verdes campos, pues fábricas de hilados y tejidos de algodón, almacenes y fundiciones sucias y ahumadas, veríamos cuantas quisiéramos en nuestro propio país.

La mañana era nubosa, pero no llovía y salimos del hotel entre gran multitud, con objeto de continuar nuestro viaje. La policía se vió obligada á ir delante del coche para abrirle paso. Los periódicos habían anunciado nuestra llegada y nuestra partida y esto había hecho acudir gran gentío de curiosos que ansiaban vernos.

Los momentos más difíciles de nuestra excursión en coche son aquellos en que entramos ó salimos de las grandes poblaciones, porque los

mapas trazados por nuestro estado mayor nos resultan inútiles y tenemos que detenernos con frecuencia para preguntar; pero hasta ahora hemos sido favorecidos por la suerte, pues nuestra trompeta hace separar á un lado los vehículos que marchan en sentido contrario al nuestro por las calles estrechas y en los recodos.

Nos dirigíamos á Anderson-Hall, donde debíamos pernoctar en casa de nuestro amigo Mr. B. Nos desayunamos en una singular posada de aspecto antiguo, comiendo sobre mesas de tabla y bebiendo cerveza, mientras cantábamos:

«Que los buenos señores se sienten delante de su botella de vino.—En cuanto á nosotros preferimos nuestra cerveza y á ella nos atenemos».

En Inglaterra se hace gran publicidad en favor de una variedad increíble de bebidas de temperancia; á cada paso en nuestro camino vemos deslumbradores anuncios recomendando bebidas no alcohólicas, desde las tónico-fosforadas, hasta el brebaje más minífico de todos, el que el obispo de Exeter hizo anunciar, según el *Eco de Londres* del 2 de Junio, al abrirse un café, y cuyo texto era el siguiente:

«Tiene toda la apariencia de la cerveza, el olor de la cerveza, el sabor de la cerveza y sin embargo, no es cerveza».

Si fuera realmente cerveza, mejor sería, con perdón de Vuestra Reverencia, porque nuestro nuevo brebaje sería probablemente una infame mixtura más perjudicial, sin duda, que la verdadera cerveza. También en nuestro país queremos engañar al diablo, quiero decir que hay tontos que lo intentan, pero á lo que hacen le llamamos «amargos» y éstos son tanto mejores cuanto peor Wiskey se emplea en ellos.

Charley, 7 de Julio.

Cuando llegamos á la vista de Anderson-Hall, divisamos á la entrada las banderas inglesa y americana flotando juntas como seña de cordial

acogida. Esto nos causó gran satisfacción: la familia y los amigos de Mr. y Mistress B. estaban preparados para recibirnos.

El comedor se hallaba adornado con banderas de la vieja tierra y de la nueva, mezcladas con mucho gusto, para simbolizar la íntima y ardiente simpatía que existe entre las dos y que esperamos que no volverá jamás á turbarse.

Dimos un largo paseo por la finca y por las orillas del famoso Depósito de Rivington que surte de agua á Manchester. Por la noche después de la comida, vinieron los brindis, pasándose la velada deliciosamente.

Al siguiente día nos vimos expuestos á una tentación de grandes atractivos. M. y Mad. B. debían recibir en su casa á los niños de las escuelas para ofrecerles una merienda; se nos ofrecía por consiguiente una fiesta de nuevo género. Nuestros huéspedes insistieron vivamente para que nos quedáramos, pero era ya mucho haber tenido en su casa toda una noche catorce invitados, dos criados y cuatro caballos. Sonó pues la trompeta, se dieron tres palmadas en honor de Anderson-Hall y de todos sus habitantes y franqueamos aquella puerta hospitalaria. En el camino nos detuvimos para ofrecer nuestros respetos á M. y Mistress M., cerca de cuya residencia pasamos y de quienes nos separamos con gran sentimiento.

¡Qué agradable nos hubiera sido detenernos un poco! Pero Inverness está situado muy lejos, hacia el Norte; apenas hemos recorrido la tercera parte del trayecto y el Indicador de viajes nos mira con aire severo. Hacemos poco más ó menos ó lo mismo que los árabes: plegamos las tiendas, nos escurrimos en silencio, á los toques vibrantes de la trompeta subimos al carruaje y después de cambiar saludos y deseos de buen viaje, partimos para otras escenas. No obstante, pasarán muchos días antes de que se borren de

nuestra memoria los semblantes de las excelentes personas que vamos dejando.

Chorley ha sido uno de los centros manufactureros de algodón de Inglaterra, durante más de doscientos años. En tiempo de la Restauración apareció allí esta industria; durante la revolución americana, la población, como otras del Lancashire, fué invadida por masas de populacho que destruyeron las máquinas de hilar, temerosos de que privaran de trabajo á los pobres. También motines de este género acabaron una vez en Francia, con los telares. ¡Qué comentada ha sido esta miopia, después del éxito de las máquinas de hilar y de la revolución que han producido en el mundo!

Preston, 8 Julio.

Preston, á donde nos dirigimos, está á diez y seis millas, lo que nos permite emprender la marcha tarde. Tenemos que recorrer aún una región manufacturera, pues Manchester extiende sus brazos hasta muy lejos en todas las direcciones.

Pasamos junto á varias compañías de cómicos ambulantes que viajan llevando consigo grandes furgones. En algunos puntos les encontramos descansando; sus viejos caballos están comiéndose la hierba que encuentran á lo largo del camino, pues la falta de alineación de los cercados, en Inglaterra, deja fuera de ellos muchos espacios cubiertos de abundante pasto, y ángulos entrantes en los que estos actores ambulantes, comerciantes en toda clase de cosas extrañas, pueden detenerse y pasar agradablemente algunas horas. Cada uno de los furgones que llevan parece envuelto en cierto misterio, pues nuestro Shakespeare «que ha sido aplaudido y ha hecho las delicias y maravillas de la escena», no fué más que uno de estos artistas, y representó en granjas, en pueblecillos, ante aldeanos embobados. Hay en cada uno de estos furgones tantas cosas posibles, que saludo á la muchacha encan-

tadora que en ellos va, como si fuera una princesa disfrazada y al chico de ojos negros y de fisonomía exótica como si pudiera llevar dentro el alma de Budha.

No creo que haya ningún género de existencia que tenga tantos atractivos como esta vida nómada. Aun en el caso de que nada dejara que desear, se necesitaría poner de reserva mucho dinero para no verse sorprendido cuando no pudiera recaudarse lo bastante para vivir; vestirse y comprar algunos ejemplares de libros buenos, durante la permanencia en una población.

Realmente Edia no estaba lejos de la verdad cuando decía que si no fuera un *gentlement* independiente quisiera ser mendigo, pues también yo, si no me hallara en el mismo caso, quisiera ser miembro de una compañía vagabunda como las que encontramos con frecuencia en esta tierra excesivamente poblada y me consideraría orgulloso de que Shakespeare haya pertenecido á esta profesión. Después de todo ¿qué son los «Alegres turistas», cuyo viaje vengo narrando, sino aristocráticos bohemios? Precisamente por esto nos sentimos complacidos de la vida que llevamos.

Pero Preston no es población muy á propósito para el desarrollo del idealismo; aquí el algodón es el rey, y no hay población menos atractiva, pero, no lo olvidéis, con solo andar algunas yardas al otro lado del río, encontraréis uno de los más hermosos parques del mundo. El Ribble corre al pie de la colina en cuya falda se halla la población y en sus orillas está el sitio de recreo de que os hablo y al que millares de artesanos acuden para divertirse y contemplar las hermosas llanuras verdes que se extienden á lo lejos. Es preferible que un distrito no se halle completamente ocupado por las fábricas, como sucede en Manchester y Birmingham. De este modo hay nubes de humo, pero hay también puntos de esparcimiento.

Si alguna vez se produjeran discordias entre

el pueblo inglés y el americano, de lo que Dios les preserve, conviene que este último se halle bien enterado de la conducta observada durante la Revolución por los habitantes del Lancashire y á decir verdad, por todos los de Inglaterra, Irlanda y Escocia, pero sobre todo por aquellos cuyo trabajo dependía directamente de que hubiera ó no arribos de algodón para elaborarlo. Las tropas de Pensylvania no tuvieron mayor fidelidad á la bandera de la Unión, en Gettysburg, que la demostraron millares de hombres y de mujeres bajo la dirección de Bright y de Cobden, de Potter, de Forster, de Storey y otros, para tener en jaque á los enemigos del republicanismo. Los sacrificios que se impusieron no los hubieran hecho absolutamente por nada, si no hubieran comprendido que aquella causa era la suya, lo que les hizo mirarla como sagrada. Las clases directoras del país eran, como puede suponerse, hostiles á la República.

Es este un ejemplo que debemos tener presente siempre, hasta el día bastante próximo en que sean barridas en la Gran Bretaña todas las formas del privilegio hereditario y en que las gentes sean iguales desde el punto de vista político. Nada hubiera alegrado tanto á la aristocracia de la Gran Bretaña, como en general á cualquier otra aristocracia, como el fracaso total de una nación en la que tal clase no existe, cosa que se comprende muy bien, pues la naturaleza humana no sería lo que es, si fuese de otra manera; pero no hay que censurar á esas gentes, y en cuanto á los obreros ingleses, resistiendo á todas las tentaciones, á pesar de que tanto les promete el republicanismo, puesto que da á todos la igualdad política, cumplieron bien desde el principio hasta el fin, con su amistad inflexible, inquebrantable hacia la República.

Más tarde ó más temprano tal vez, América tendrá ocasión de demostrar que, en lo que toca á los intereses populares de la Gran Bretaña, no

ha olvidado la deuda inmensa con ellos contraída. Por gravemente que sea provocado, el pueblo americano no debe olvidar que á su vez se halla obligado á guardar mesura, no por consideración á las clases gubernamentales, sino en atención á las masas populares inglesas que fueron y han seguido siendo sus amigas leales.

Preston, es decir la ciudad del Padre (Priest's town), que merece ciertamente este nombre á causa del gran número de clérigos que residían en ella desde el siglo VIII, era en otro tiempo el puerto principal del Lancashire, tanto que cuando Carlos hizo la distribución del impuesto sobre los barcos, la gravó con el doble que á Liverpool.

Este Carlos es aquel á quien Lincoln conoció tan poco, según refiere en una curiosa anécdota, entre otras muchísimas, M. Blaine. Cuando Lincoln y Seward fueron á Port-Monroe para conferenciar con M. Hunter, que representaba al gobierno confederado, éste se mostró muy deseoso de obtener del Presidente la promesa de que, si los rebeldes se rendían, serían respetadas sus propiedades (en los que estaban comprendidos los esclavos) y de que nadie sería castigado por haber tomado parte en la rebelión. M. Hunter acabó diciendo que al obrar de esta manera, no se haría más que imitar el ejemplo de lo hecho por Inglaterra después de la lucha con el rey Carlos.

—Convenido, contestó el padre Abraham, aquel hombre á quien la naturaleza había dotado del instinto de gobierno, mi amigo Seward es el individuo del gabinete que está fuerte en historia; en cuanto á mí, sólo recuerdo á propósito del rey Carlos, que Cromwell le cortó la cabeza.

Lincoln, como se ve, no sabía más, pero sabía lo único que le importaba acerca de este punto y esta es una de las diferencias que existen entre un grande hombre y un sabio.

En esta célebre entrevista fué donde Lincoln,

tomando una hoja de papel blanco dijo, á los confederados:

—Dejadme escribir en lo alto la palabra *Emancipación* y podréis llenar con vuestras condiciones el resto de la página.

Lincoln se apoderaba de la clave de una posición política, como Napoleón se apoderó de la de otra militar y no soltaba ya su presa. Podía contar cuentos toda una noche y hacer desternillar de risa á sus oyentes, pero en cuanto se tocaba al verdadero nudo de una cuestión, hacía comprender á sus contradictores que la tempestad iba á descargar sobre ellos y que sus largos dedos sujetaban vigorosamente el tema. Por lo demás, podía mostrarse tranquilo y paciente, porque desde el principio había previsto término y tenía fe en la República.

Cerca de Preston, en el valle de la Ribble, tuvo lugar en 1648 la batalla de Ribblesdele, donde Cromwell derrotó al ejército escocés mandado por el duque de Hamilton y al inglés que iba á las órdenes de Sir Marmaduke Langdale. Los realistas fueron perseguidos á la bayoneta á lo largo de las calles de Preston y cuando marcharon hacia Uttoxeter, fueron definitivamente batidos y hechos prisioneros sus dos generales, junto con muchos miles de hombres. Esta batalla fué notable porque los realistas contaban con doble gente que los parlamentarios, si bien éstos contaban con el gran Oliverio que conocía muy bien cómo y dónde era preciso dar un golpe.

Puede ser que Booth no sea superior en todo, como creen algunos; por lo que á mí toca no conozco quien le iguale en su obra *Richelieu* y particularmente en una de sus escenas. El Rey está sentado con su nuevo ministro, Baradas que espera sus órdenes; Richelieu, fatigadísimo, está medio tendido en un sofá, mientras sus secretarios despachan los «papeles del reino». Uno de ellos, que se halla de rodillas, dice presentando unos documentos:

«Los asuntos de Inglaterra, Señor... muy urgentes, Carlos primero ha perdido una batalla que le quita la mitad de su reino. Implora dinero y socorros, Señor.

El Rey.—Tendrá lo uno y lo otro... ¿Eh, Baradas?

Baradas.—Sí, señor.

Richelieu (con voz débil pero muy clara).—Mi Señor, perdonad; la causa de Carlos está perdida. Un hombre, llamado Cromwell, ha surgido... un grande hombre».

Esto basta: un grande hombre cambia por completo la orientación de los asuntos; un hombre mediocre picotea por decirlo así, haciendo reformas de detalle, aun sabiendo que con ello nada resuelve y que no logra más que dar largas á los problemas que reaparecerán enteros y pronto. Los políticos ingleses, en su mayoría, no son más que de estos que picotean, pero Gladstone puede ser una buena dentellada, si se empeña en ello.

—¿Es que vais á poner la mano sobre lo que el Señor ha ungido?

—Yo le daré la unción, contesta Cromwell.

Desde entonces y ya para siempre, podéis creerlo, se ha derrumbado la teoría del «derecho divino de los reyes»; se han guardado por aparato estos curiosos apéndices de un Estado libre, pero no oímos ya hablar de esa «esencia divina que forma una valla protectora en derredor de un rey».

Algunos de los expedicionarios notaron que no habíamos visto una sola estatua, ni un retrato del gran Protector de Inglaterra. Les contesté que, según la opinión que una vez oí á un hombre de mucho talento, si «Cromwell no tenía una estatua en Westminster, entre los demás personajes que han gobernado Inglaterra, es porque éstos parecerían á su lado enanos. Pero su día se acerca; le veremos en el lugar que le corresponde ¡y cuán

pequeños parecerán, junto á él, los amos hereditarios!

En la *Pall Mall Gazette* vimos una curiosa prueba del lugar que Cromwell ocupa en el corazón de las gentes del pueblo de Inglaterra. Una pantomima representada en Drury-lane, contenía una escena en la que desfilaban formando suntuoso cortejo todos los reyes y reinas de Inglaterra. Cada uno de ellos era acogido por los espectadores con aplausos ó silbidos, según los sentimientos que inspiraban; al aparecer Cromwell dos ó tres silbidos fueron ahogados por oleadas sucesivas de aplausos; aquella noche el Lord Protector obtuvo una ovación entusiástica como no la alcanzó ninguno de los demás monarcas. La idea que tuvo el director de uno de los primeros teatros de Londres de hacer figurar al Republicano, entre los reyes, es un indicio anunciador de que una brisa saludable va á soplar en las corrientes de la vida política inglesa.

Aquel hombre, por sí solo, era un verdadero ejército y por otra parte sus gentes combatían por algo mejor que lo que había existido, mientras que sus adversarios luchaban sólo por sostener lo existente. Esto es lo que encierra en un callejón sin salida á los conservadores, cuando el radicalismo les da una carga enérgica.

Las aspiraciones de la raza hacia un progreso más amplio y elevado dan fuerza al brazo que derriba las barreras levantadas por el pasado ignorante ¿Quién ha de querer batirse con entusiasmo por un estado de cosas tan incompleto y poco satisfactorio como aquel á que hemos llegado y sostener que es un bien? Lo que la raza es capaz de realizar en el vasto porvenir es el gran resorte que sostiene nuestro ataque contra todos los abusos ó privilegios, herencia del pasado, que deshonra el presente.

En Preston, muchos de los nuestros encontraron cartas de sus casas. A las once de la noche, aumentó nuestro grupo con una adición importante: An-

drés M., mi antiguo condiscípulo, hijo del *amo*, llegó de Dumferline y fué recibido en la estación por una delegación nombrada al efecto que le puso al corriente de todos los ritos y misterios de los Alegres Turistas.

Aun cuando era ya muy tarde se le rogó que para asegurar su elegibilidad, cantara dos antiguas canciones escocesas. Puede encontrarse un hombre capaz de cantar aquello de: «¡Oh! ¿Por qué he dejado mi hogar?» que es mi canción favorita y que se debe á Gilfillan, de Dumferline, y aquello otro de: «Cuando el rebaño vuelve al redil», se puede hasta cantarlo mejor, pero ninguno de vosotros ha tenido la fortuna de encontrar quien lo haga; en cuanto á mí no he oído quien las cantase más á mi gusto, pues me parecía hallar en su voz no se que acento de los buenos tiempos pasados que toca y hace vibrar ciertas cuerdas de mi corazón. Hay en las profundidades del alma humana sutiles simpatías que no obedecen sino á sus propias leyes; de todos modos, pude notar que todos rogaban á Andrés que cantara y que mientras lo hacía guardaban todos absoluto silencio.

Al día siguiente tuvimos ocasión de ver á nuestro nuevo camarada perfectamente dispuesto recogiendo flores silvestres á lo largo de los cercados, mientras esperábamos el carruaje. «Amigo, esto no puede ser malo para vos», le dijimos. «No, ciertamente, no es malo», contestó. Ignorábamos entonces cuanto lo sería para nosotros, y que aquella vida de verdadero ensueño llegase á su fin y volviéramos á las labores de este mundo de trabajo, siendo arrojados al abismo, por decirlo así, desde las puertas del paraíso, por una caída semejante á la del Satán de Milton. Pero después de todo, es preferible haber amado y perdido lo que se ama, que no haber amado nunca.

Afortunadamente, ignorábamos entonces que durante meses, después de nuestra caída, no

quedarían más que tristes recuerdos de una dicha tan pura que nada puede igualarla, contándonos con el deseo de tener la sincera persuasión de que no habíamos de faltarnos algún día otras siete semanas como las que pasamos convertidos en cándidos y alegres niños; pero ya veremos; quedan en el mar tan buenos peces, como los que ya se han pescado y aun cuando no parezcan dispuestos á picar el anzuelo tan fácilmente como antes lo hacían, quién sabe si podremos aún intentar otra excursión en coche.

Durante este periodo fué cuando más música hicieron los expedicionarios, entre los que había algunos verdaderamente privilegiados para el canto; había también un caballero, cuyo nombre callaré, que cantaba sin que se lo pidiesen y al que por lo común cuando terminaba nunca le pedía que repitiera aquel auditorio, poco capaz de apreciar su música que era evidentemente la del porvenir.

Davie merece mención especial. Cantó una hermosa canción escocesa: «Cowden Knowles» y cuando hubo terminado, Andrés le preguntó:

—¿Dónde habéis aprendido eso? Seguramente no lo habréis encontrado en ningún libro.

Es verdad, amigo, la había aprendido sentado sobre las rodillas de su padre. ¿Quién ha aprendido jamás en un libro una canción escocesa? Esas canciones son la posesión del alma; se cogen tan sólo de labios vivos; su cuerpo es únicamente el que pueda encontrarse en el pentágrama.

Al atravesar Bolton vimos por primera vez un bulingrin, prueba segura de que marchábamos hacia el Norte, donde cada pueblo tiene su prado de recreo y su club de jugadores de bolos, anti-guo juego que en la Inglaterra campesina tiene atractivos comparables á los de los «sports» más modernos.

Merendamos en Grisdalebrook, á diez millas de Lancaster, que era el término de la etapa. Durante todo esta jornada respiramos una atmós-

fera embalsamada por el olor del heno recién segado y encontramos por el camino muchas cuadrillas de alegres segadores.

Cuando Dickens afirma que la ausencia de olor es el mejor de los olores, debió olvidar momentáneamente el que tanto placer nos causó aquel día. Prescindiendo de los perfumes más exquisitos, hay algunos superiores al que Dickens considera como el mejor y seguramente el de hoy figura en este número.

Durante una de nuestras excursiones (pues he de decir que hacíamos una vida de vagabundaje y que rara vez el coche tenía el honor de transportarnos á todos juntos, cuando se trataba de ir á alguna parte), entramos en una iglesia católica. En la puerta había pegados carteles pidiendo oraciones, lo que nos hizo el efecto de un recuerdo muy lejano.

«Tened la caridad de rogar por el alma de Rebecca Robinson, que falleció el 7 de Junio de 1880, fortificado con los sacramentos de la Santa Iglesia. Que el buen Jesús tenga misericordia de su alma R. I. P.»

Había muchas peticiones de esta clase. ¡Qué potencia ha sido y es todavía esta Iglesia! Sólo lo saben bien los que han dado la vuelta al mundo! En Inglaterra no es más que una planta enfermiza, exótica, terriblemente exótica. Podemos repetir las palabras de Budha y aplicárselas, aunque no debieran detenerse allí solamente.

«Y vino en tercer lugar la que da su poder á las sombrías creencias. Silabbat-paramasa, la hechicera, adornada con colores claros en muchos países, como una amable Fe—pero siempre imponiéndose á las almas con ritos y oraciones,—guardiana de las llaves que cierran los infiernos y abren los cielos: «¿Te atreverías—dijo—á rechazar nuestros libros santos, á destronar nuestros dioses, á despoblar todos los templos, quebrantando esta te que sostiene á los sacerdotes y sirve de columna al Estado? Mas, Budha respon-

dió: «Lo que me ordenas conservar es una forma que pasa, pero la libre verdad subsiste. Vuelve á tu noche».

Digase lo que se quiera de la Iglesia romana, hay en su actitud algo de sublime. Ni el sentido, ni la razón pueden hacer en ella la impresión más ligera; se yergue confiada en su poder y en su derecho de salvar las almas, negando este poder á las demás, desdeñosa de las conclusiones científicas y de los conocimientos más completos de nuestros días. Esto es lo que le da la fuerza que posee sobre las masas ignorantes, lo mismo entre nosotros que en el exterior.

La influencia mundial de esta religión no puede ser plenamente apreciada, á menos que se hayan visitado las misiones esparcidas en la India, la China y el Japón, cuyos conversos pertenecen generalmente á la Iglesia católica.

Hoy, hablando en el coche de este asunto, he dicho á mi interlocutor que á mi juicio, el principal obstáculo para el éxito de las misiones entre los paganos procede de las diferencias que existen entre las sectas cristianas, y en apoyo de ello recordé una anécdota:

Un día pregunté á nuestro guía Ah-Cum, que era fino, letrado y de buen sentido, por qué no abrazaba el cristianismo, y me contestó guiñando un ojo:

—¿A dónde va uno á ir? Voy al obispo (y me señalaba la catedral) y dicen:— ¡odos salvos; voy allá (señalando la iglesia episcopal y el obispo me dice: «Condenados»; voy á Hopper (el misionero presbiteriano) y me dice: «Iglesia de obispo, no es buena, fuego de infierno» ¿Qué voy á hacer, pues?

—Quedaos donde estáis, bribón.

¡Diablo con el hombre! No esperaba verme derrotado así. En lo sucesivo me abstuve escrupulosamente de hablar con Ah-Cum de este asunto. No espero nada de él, hasta el día en que nos hayamos puesto perfectamente de acuerdo acer-

ca de lo que queremos hacer aceptar á los paganos. Es trabajo perdido predicarles un solo Dios y cinco religiones diferentes. En suma, no puede haber más que una verdadera.

Ah-Cum defendía del modo más ingenioso la religión de los antepasados. Ved cómo argumentaba:

—Todas las religiones reconocen al Creador de la vida como el verdadero objeto de la adoración.

Dicho esto, tomaba la cadena de su reloj y tocando el primer eslabón decía:

—Yo rindo culto á mis padres.

Luego tocaba el segundo eslabón diciendo:

—Mis padres honraron á los suyos.

Así iba haciendo desfilar los anillos de la cadena, diciendo al final:

—De este modo se llega al primero, primer dios de la vida. Vosotros saltáis desde el primer momento al cielo y por eso, acaso, no llegáis á él.

A su juicio la mejor manera de llegar, era ir hasta el extremo, de eslabón en eslabón.

Realmente, se necesitan hábiles misioneros para hacer frente á esos hijos del Celeste Imperio.

Lancaster, 9-10 Julio.

Hemos recorrido veintinueve millas desde que salimos de Preston y hemos llegado á Lancaster á hora oportuna. En esta población nos encontramos con un verdadero regalo: el Gran Sheriff del condado acababa de ser elegido y hacía su entrada en la población con arreglo á la costumbre inmemorial. Representa la realeza durante todo el tiempo que está en funciones, que creo que son dos años y cuestan al elegido importantes sumas los gastos de representación anexos á tal cargo, cuyo sueldo y en cambio es cero.

El Sheriff se había instalado en nuestro hotel, que es muy confortable y que se llama del Conda-

do. Todas las mañanas le despiertan dos heraldos, ricamente ataviados, al estilo antiguo, que llevan alabardas y que se colocan delante del edificio tocando las trompetas para llamar la atención de Su Alteza. Es la procesión del Lord Maire, en pequeño.

Nadie se permite reir ante esta mezcla de las costumbres feudales con las exigencias del siglo actual, aun cuando más de uno puede reirse á hurtadillas, pero han de haberse perdido en Inglaterra muchas costumbres pintorescas, antes de que hayan desaparecido estas ceremonias.

Si la humanidad no estuviera tan profundamente dominada por las formas, sería agradable que pudiera conservarse algo «del buen tiempo viejo» (que en realidad era bastante malo), aunque no fuera más que para recordar lo que hemos adelantado. Pero no hay formas, ni ceremonias, desde la realeza hasta los últimos peldaños de la escala social, que no tengan algo bueno y algo malo, aun cuando es preciso que no sólo la substancia sea un bien, sino también que el exterior corresponda á ello con exactitud. Esto es esencial, si se quiere ir de buena fe, de aquí que vea con ojos resignados la desaparición de las formas que han dejado de responder exactamente á lo que representan.

Lancaster es una población bonita y muy reputada por sus admirables instituciones de beneficencia. El manicomio y un orfanato llamaron especialmente nuestra atención. Esta clase de establecimientos abundan en Inglaterra y están muy bien dirigidos. Los ricos ingleses no legan con tanta frecuencia como los americanos sus fortunas, para que sean empleadas con tales fines. La ambición de fundar una familia y el sostenimiento de una casta aristocrática por el derecho de antigüedad y de las substituciones, tienden á desviar las riquezas de estos tan nobles caminos, para dirigirlas hacia el fin más vulgar de elevar un apellido en la escala social; pero el gran pú-

blico es muy generoso en Inglaterra y esto hace que anualmente se recauden sumas inmensas para las instituciones de caridad. Gracias á esto, los viajantes de comercio tienen en los alrededores de Londres un vasto establecimiento para niños y ancianos pertenecientes á familias de sus compañeros de profesión y casi todas las demás ramas de la industria han seguido este ejemplo.

No es posible viajar un poco por aquel país, para darse cuenta de que los ingleses son un pueblo que se preocupa mucho de la suerte de los desgraciados. Los hermosos edificios destinados á refugio y retiro, de que el territorio está sembrado, no son ciertamente los menos gloriosos entre los muchos monumentos que atestiguan el verdadero valor de Inglaterra. Un M. Ripley, de Lancaster, ha legado su fortuna para un orfelinato abierto á todos los niños que nazcan en un radio de quince millas en torno de aquella población; se han reunido trescientos huérfanos, pero el capital ha aumentado tan rápidamente que se ha creído factible extender los límites de su beneficencia y ya se admiten niños de Liverpool que se halla mucho más lejos. ¡Bravo, M. Ripley! ¿Qué sería para vuestro hijo mayor un título de conde al lado de esto? ¡El apellido paterno lo llevará mucho más alto, entre los más altos y estará más orgulloso de él. ¡Que me citen un conde que haya hecho algo parecido por su distrito.

El castillo de Lancaster es grandioso y en él fué, donde hace ya muchos centenares de años, Juan de Gante puso el dedo en la raíz de los males más crueles de Inglaterra, por lo menos en lo que respecta al suelo. «Esta tierra tan querida por la fama que tiene en el mundo, ha sido *dada en arriendo*. Efectivamente, Inglaterra ha sido *dada en arriendo*». El suelo no es poseído por los que lo trabajan y en tanto que aquel país no cambie de sistema y no pueda alabarse de tener un labrador propietario,

trabajando tierras suyas en pequeñas parcelas, sin verse cohibido por leyes viciosas, nunca verá cumplirse allí los milagros que pueden realizar los que tienen el derecho de decir: «Este rincóncito es mío, es mi hogar».

Los ingleses son lentos en operar cambios, pero no está lejano el día en que la posesión del suelo llevará consigo la residencia de los dueños y el cultivo que son necesarios. Se seguirá el ejemplo de Dinamarca. Los impuestos se acumularán sobre cada acre de tierra que exceda de cierto límite mínimo y los grandes propietarios verán que el peso de los tributos les hace imposible el género de vida que llevaron un tiempo en el territorio danés, lo que será la salvación del país y no perjudicará á nadie.

Imponemos un tributo al que sostiene cuabras con caballos de carreras y al que se da el gusto de ostentar escudos nobiliarios, pues con arreglo al mismo principio, podemos recargar al que posee más tierras que las que puede cultivar de un modo útil al Estado. Los derechos de propiedad son cosa excelente en sus justos límites, pero los derechos del hombre, y el bien de la comunidad van mucho más lejos. Quisiera que Inglaterra me permitiera arreglar esta pequeña cuestión de la propiedad inmueble: esto le ahorraría trastornos durante toda una generación.

Lancaster era una antigua fortaleza romana, como lo indica su nombre: *Lune ó Lone castrum*, castillo ó campamento sobre el Lone, pequeño río que riega aquella llanura; así dice Spencer; en la «Reina de las hadas»: «Después venía el Lone, ancho y no profundo que da su nombre á la antigua Lancaster».

Los recuerdos de la gente no se remontan hasta la época en que fué construido el primer castillo, cosa que realmente no tiene hoy gran importancia, pues fué casi completamente arrasado por los escoceses en el siglo XIV.

El noble edificio actual, ó mejor, lo más anti-

guo que en él hay, es obra de Juan de Gante, aquel hijo de rey, que fué también casi un rey y que tuvo por hijos reyes. A él se debe la magnífica torre de entrada, flanqueada por dos torrecillas octógonas de sesenta y seis pies de altura y provistos de garitas en sus lados. Las torres y los muros tienen almenas salientes, cuya disposición y unas aberturas verticales que dichas almenas tienen, permitían arrojar metal fundido ó aceite hirviendo, sobre las cabezas de los asaltantes. En un nicho que hay en la fachada, figura una estatua de tamaño natural, erigida en 1822, representando á Juan de Gante. La única torrecilla que queda sobre la torre Longess que tiene 88 pies de altura se llama la silla de Juan de Gante y desde ella se domina una perspectiva extensísima, que abarca las colinas del Cumberland y del Westmoreland, casi todo el valle del Lone y allá en el horizonte, el mar de Irlanda.

Algunos moralistas que creen en la degeneración de la especie humana y de la época actual, podrán sentirse desolados al ver que este grande é imponente castillo, donde residían en otro tiempo los nobles, es ahora la morada de los criminales. Por mi parte, sin dejar de desear que estas maravillas de la arquitectura se conserven, no estoy dispuesto á creer que los ladrones y los homicidas á quienes el poder de la ley obliga á habitar en este recinto, sean moralmente peores que la mayor parte de los nobles barones que cometían pillajes y raptos en aquellos viejos y buenos tiempos en que las cuestiones entre la fuerza y el derecho eran decididas siempre en favor de la primera. Algunos de ellos merecían bastante más el grillete, que la comfortable separación del mundo exterior que se impone á sus actuales representantes. El mismo Juan de Gante no era virtuoso moralmente hasta el punto de poder tirar la primera piedra á sus vecinos.

Pasamos el domingo en Lancaster de un modo bastante agradable. Asistimos al oficio religioso,

que fué bastante bueno y por la tarde se hizo una agradable excursión campestre. En esta población nos dejaron miss A. B. y M. D. después de haber recibido la bendición de los expedicionarios. Miss G. y miss D. que debían reunírse nos, no lo hicieron, pero tuvimos la fortuna de encontrarlas en Kendall, para cuya población, que dista 22 millas, salimos el lunes por la mañana.

Esta población se halla á la entrada de la célebre región de los Lagos. M. M. T. y M., á quienes habíamos encontrado en Anderson-Hall pasaron delante de nosotros en bicicletas, el sábado, antes de que llegáramos á Lancaster. Habían partido para recorrer aquel día un trayecto de ciento cinco millas, con objeto de visitar á unos amigos.

Con mucha frecuencia encontrábamos en el camino ciclistas. Su club se compone actualmente de siete mil miembros, cada uno de los cuales, por la cuota anual de media corona, recibe una nota de los caminos y hoteles que hay en el distrito que desea recorrer y además tiene derecho á ciertas rebajas. Recorrer cien millas en un día, no se considera como una gran cosa; hay muchas personas que han ido de Londres á Bath que distan doscientas millas, en 24 horas. En este país hormigean por decirlo así esta clase de excursionistas.

Un día vi mil quinientos reunidos para ir á Burby Park. Creo que estaban allí setenta y cinco sociedades, luciendo uniformes diferentes los individuos de cada una de ellas. Las bicicletas se utilizan para todos los fines prácticos y muchos servicios de correos son prestados por este medio de locomoción. Pero para esto se necesitan caminos como los de Inglaterra y un país llano.

Pasamos la tarde visitando las ruinas del castillo y admirando un bonito jardinillo japonés que nos llamó la atención al pasar, porque en un pequeño espacio había un sin fin de cosas. El propietario M. T. tuvo la bondad de hacernos entrar

y nos enseñó la casa. Incesantemente recibíamos muestras de benevolencia por parte de todas las clases sociales.

Al día siguiente, 12 de Julio, nuestro objetivo era Grassmere que está á diez y ocho millas. ¡Qué hermosa mañana! A decir verdad, en lo que toca al tiempo nos vimos extraordinariamente favorecidos durante todo el viaje. Esta fase de nuestra excursión nos puso en presencia del paisaje de los Lagos. Al verlo comprendimos que verdaderamente merecía tener un Wordsworth que lo describiera; en cuanto á nosotros, si nos permitiéramos entregarnos á las descripciones ¿á dónde iríamos á parar? Este es el escollo en que ha naufragado más de una obra narrativa empezada con los mejores auspicios.

Las grandes montañas elevan siempre el ánimo, pero las del país de los Lagos no lo son; en toda la comarca no hay nada que sea grande; todo es dulce, agradable y tiene su encanto particular como la escuela de los poetas laistas. En Bowne, á la mitad del camino del lago, dejamos por primera vez el coche substituyéndolo por otro medio de transporte. Disfrutamos luego el placer de dar unas vueltas por el lago en un bonito vaporcito y subimos nuevamente al coche en Ambleside, donde habíamos dado orden de que nos esperase. Al pasar por delante de Storr's Hall, surgió en nuestro espíritu aquella famosa reunión en que estuvieron presentes Wordsworth, Southey, Coleridge, Christpther North y uno más grande que todos ellos: nuestro Walter Scott. Realmente, sería quizás difícil encontrar sitio más á propósito para semejante reunión. ¡Cuánto debe el mundo actual á los hombres que pasaron aquí unos cuantos días! ¡Qué raro es que pueda decirse de una casa: «Este techo ha cobijado todo lo que constituye la gloria de nuestro país», con tanta verdad como pudiera decirse en este caso. Pero ved cuán vanas son las aspiraciones de los hombres! Si algún proyecto abrigó con cariño

el más grande de aquellos hombres, fué el de que Abbotsford fuera de generación en generación la residencia de sus descendientes, y ahora mismo, mientras estábamos paseando por los lagos, me entregan un periódico, en el que veo el siguiente anuncio: «Abbotsford para alquilar», seguido de la descripción acostumbrada; tantos salones, cámara para los niños, dependencias, cocinas, todo ello á propósito para un *gentleman*. ¡Sombra del poderoso mágico del Norte, á esto hemos llegado! ¡Qué desgracia! Es una fortuna para vuestra gloria que hayáis construído para la humanidad otra cosa que esta imponente morada de vuestra vanidad, que caerá en ruinas y desaparecerá enteramente mucho antes de que la humilde casita de Juana Deans se haya borrado de la memoria de los hombres. Vendrá un tiempo en que el hijo más grande de su época que erró cantando ante un mundo que le escuchaba atento, caerá en igual olvido. Pero el mismo neo-zelandés, cuando se encuentre sobre las ruinas del puente de Londres, no podrá menos de saber algo de Walter Scott si es que algo sabe que valga la pena.

«Abbotsford para alquilar», y esto sucede en los momentos en que recorreremos un país tan querido por Scott, el más grande de los escoceses, exceptuando uno solo. Afortunadamente no es posible que un golpe semejante alcance á la memoria de Burns. Este «después de la fiebre fantástica de la vida, duerme tranquilo. La perfidia ha agotado sus crueldades; ni acero, ni veneno, ni malevolencias domésticas... nada puede ya alcanzarle». Agradecámoslo.

Hacia el crepúsculo visitamos respetuosamente la tumba de Wordsworth. Estaba cubierta de flores frescas, muy frescas. ¡Dios bendiga la mano que las puso aquel mismo día! Creo que el fragmento siguiente, es lo mejor que ha dado al mundo, pues contiene: «la preciosa indicación que es siempre la estrella de la mañana para el ciclo

de la verdad! Las ideas del siglo, con razón ó sin ella, no lo discutamos, van en esa dirección».

«Porque he aprendido á mirar la Naturaleza, no como en tiempos de la irreflexiva juventud; he prestado muchas veces oído á la tranquila y melancólica música de la humanidad; y no es ruda, ni ronca, aunque tiene un vasto poder para imponer y subyugar. He sentido la presencia de algo que me produce el agradable trastorno de los pensamientos levantados, un sentimiento sublime de algo que se esparce muy profundamente y cuya morada es la luz de los soles ponientes, el vasto Océano, el aire vivo, el cielo azul y la inteligencia del hombre; un movimiento y un espíritu que impulsa todas las cosas pensantes, todos los objetos de todos los pensamientos y que rueda á través de todas las cosas».

He aquí un programa al que puede atenerse un día nuestro siglo escéptico. No es materialista, ni es dogmático, es acaso la sección dorada existente entre ambos extremos y recomiendo sus enseñanzas á los dos partidos que se pelean como gallos, sabiendo uno de ellos que las cosas son de este ó del otro modo y asegurando el otro, con igual presunción, que no hay nada que saber. Que se tiendan la mano y tomen paciencia hasta que la luz se haga más clara y puedan ponerse juntos á hacer una labor sólida. Seguramente hay bastantes cosas en que ocuparse, pues hasta ahora vemos las cosas «confusamente á través de un cristal».

Pasamos la noche en Grassmere é hicimos una agradable excursión en barca por el lago. ¿Puede haber algo más hermoso que la música sobre las aguas, el deslizarse del remo, la cadencia del canto que parece flotar sobre el lago cristalino? Esto nos sumió en un estado de somnolencia, presagio seguro de ensueños deliciosos.

Grassmere, 3 Julio.

—Muy bien, Perry. En marcha hacia Keswick

que dista únicamente doce millas; pero ¿puede haber nunca prisa para separarse de sitios como estos? Ha llovido á cántaros toda la noche, pero la mañana es soberbia para nosotros, por más que quedaba niebla sobre las montañas y sobre sus cumbres pasaban las nubes envolviéndolas. Los innumerables arroyos que descendían de las colinas, ofrecían pintoresco efecto, recordándonos el conjunto estas dos bellas estancias de «La luz del Asia», acerca del flujo y reflujo incesantes del ser «que cambiando siempre, reformando eslabones y pliegues, á los que siguen otros y otros, rápidos ó tardíos, siempre los mismos y siempre diferentes sin embargo, procedentes de manantiales lejanos, hasta el momento en que sus aguas caen en los mares y estos se evaporan con el sol, restituyen á las nubecillas su forma de niebla, se filtran gota á gota en las alturas y corren de nuevo, no conociendo reposo ni paz.

Parece que un milagro nos proteja contra la lluvia; varias veces ha llovido á torrentes durante la noche y sin embargo el día ha sido bueno. «El tiempo de Carnegie», es la expresión que empieza á emplearse ya como cosa corriente, y todos nos sentimos dispuestos á creer que la diosa Fortuna se ha enamorado de nosotros, puesto que la dicha nos sirve de paje, á lo que parece, durante toda la excursión.

Se nota desde muchos puntos de vista la influencia de América y de las ideas americanas en Inglaterra. Hemos encontrado más de una persona que ha visitado la República y que profesa arraigadas ideas avanzadas, consecuencia de los conocimientos adquiridos en su contacto con las cosas de nuestra nación. Hoy hemos encontrado á un hablador que nos citó muchos ejemplos para demostrar la dificultad de asimilación con que luchan sus paisanos. Recuerdo que una de sus quejas se basaba en una máquina de descascarar guisantes que había visto funcionar en uno de nuestros hoteles monstruos y que le gustó

tanto, que compró una y la llevó triunfalmente al dueño de la fonda en que se hospedaba en su Prés.

—¡Dios me libre! le dijo éste. Los criados no querrán nunca utilizarla; no señor, no querrán nunca desgranar un solo guisante con esto.

—Ya veis, señor, donde estamos en esta lucha por los inventos nuevos—decía nuestro interlocutor.—No son para nosotros. Dios os bendiga á los americanos, que para nosotros no rezan esos adelantos.

Aquel hombre, como suele suceder á los neófitos, iba demasiado lejos. El que crea que Inglaterra no está á buena altura en las cuestiones de competencia, es que no ha mirado de cerca las cosas. Procuramos por todos los medios posibles darle un concepto más justo que el que tenía acerca de la situación de su país.

—¿Qué diablos queréis que haga un hotel pequeño, en Inglaterra, de una máquina de desgranar?—le dije.—No he oído hablar nunca de esa invención de los yanquis, pero estoy seguro de que una sola máquina de esas bastaría para desgranar todos los guisantes que necesitaran todos los clientes de todos los hoteles de una población, suponiendo que se les alimentara únicamente de sopa con guisantes.

Pero no quiso entender nada, y la misma idea tenía respecto á otros perfeccionamientos, de manera que se marchó murmurando:

—No señor, no está á la altura, os lo aseguro.

Perfectamente; si vuestro temperamento os ha hecho gruñón, gruñid en hora buena. Si este hombre se encontrara al otro lado del Océano; no pasarían veinticuatro horas sin que encontrase algo que censurar. Es uno de esos que transportan por todas partes su máquina de desgranar ó que por lo menos la encuentran en todas partes; pertenece á la clase de los regañones, de los que no podrían disfrutar de la beneficiosa y brillante luz del sol, sin acordarse de que tiene

manchas, ó como aquel otro al que en el mismo Paraíso le pareció que la aureola no le sentaba del todo bien.

Los coches que transitan por el distrito de los Lagos van adornados hoy con banderas inglesas y americanas y en los hoteles encontramos con frecuencia desplegado el pabellón con estrellas y rayos. El hotel en que nos alojamos se ha empavesado con un llamativo anuncio, que acaba diciendo: «Patrocinado por la familia real y los Presidentes americanos». Supongo que una de estas aserciones debe ser tan fundada como la otra. Ha podido ocurrir, sin embargo, que el presidente Grant haya venido aquí y en tal caso, por su cualidad de elegido por la mayoría de la raza inglesa, ha dejado atrás sin duda todos los demás patronatos, de manera que lo correcto sería decir: «Por los Presidentes de América y la familia real».

Durante el almuerzo de hoy, se reconoció que lo mejor sería poner á refrescar nuestras bebidas en el arroyo, sistema poco usado en Inglaterra, minúsculo detalle que me recuerda ahora aquella agradable mesa y la hilera de botellas (la mayor parte con líquido inofensivo) metidas en la corriente del agua y levantando las cabezas como para protestar de aquel baño no acostumbrado. No vayáis á creer que nuestros expedicionarios eran más enemigos del agua clara, que de la que se obtiene con el producto de la cebada. Diez y seis personas provistas de gran apetito, necesitan buen número de botellas de diferentes bebidas, pues tienen gustos muy diversos que contentar. Todos éramos personas temperantes; muchos profesaban la abstinencia total y eran precisos para ellos cuidados particulares, pues muchas veces era más difícil encontrarles su leche ó su limonada, que cualquier otra bebida. En Inglaterra, el huésped que molesta menos, en lo que toca á beber es el que toma cerveza.

En Reswick dimos la vuelta á la gran plaza y

nos divertimos mucho con los originales nombres que llevaban los hoteles, en casi todos los cuales se ofrecía hospedaje para los jinetes y para los caballos. He aquí una fiel reproducción de los nombres de fondas que encontramos en un pequeño número de plazas de aquella localidad: «Los gallos batalladores», «El caballo de carga», «El león rojo», «El perro y el ganso», «El león negro», «El perro de muestra», «El corazón blanco», «El león verde» y otros muchísimos por el estilo. En una de ellas vimos una muestra colgada á la manera antigua, en la que estaba pintado un criado esforzándose en frotar á un negro desnudo (parecía como si se oyera el ruido del frote: pruss. pruss). Este establecimiento se denominaba: «El trabajo perdido», lo que era perfectamente verdad en un sentido, pero no en otro más elevado.

Bajo la influencia purificadora de la igualdad, que no se encuentra más que en las instituciones republicanas, la América ha demostrado al universo que pueda hacer pronto del negro un blanco. Los esfuerzos realizados para transformar al esclavo en un hombre libre, no han sido ciertamente trabajo perdido; lo que se oculta debajo de la piel puede volverse blanco de un modo bastante completo, si se emplea para ello la brocha conveniente y no hay otra que la que lleva la marca bien conocida: «República». «Todos los hombres son libres é iguales», he aquí lo que está garantido para la curación de los casos más desesperados, contra los que han fracasado todas las panaceas, desde la monarquía más templada, hasta el despotismo alemán, y este es el que se aplica sobre todo á los irlandeses. Sin embargo, hay que agitar fuertemente antes de usarlo y poner encima: «Para el uso interno, externo y eterno», como en la loción para los ojos que vende el coronel Sellers.

Harry y yo nos separamos de los compañeros durante una parte del día, para ir á Workington

con objeto de visitar á mi amigo M. G., en su fábrica de rieles de acero. ¡Qué se nos dispense! Fué éste el último momento que consagramos á los negocios durante la excursión; nunca como durante ella quedaron tan alejadas de nuestros pensamientos las cosas de este mundo. Volver á los altos hornos y á los laminadores era una perspectiva terrible, pero no pudimos decidirnos á pasar por la casa de nuestro amigo, sin entrar en ella.

Nada tenemos que decir acerca de las manufacturas en Inglaterra. Sucede en este punto, como en las instituciones políticas: aquel país sufre un retraso de una generación, á pesar de lo cual se enorgullece con la idea engañadora de que sigue estando á la cabeza de las naciones. Lo que es cierto, es que no se muestra siempre capaz de seguir á otros pueblos que van delante, si bien hay que mencionar algunas excepciones.

Algunos de sus hombres más aventajados, no están á la zaga de América desde el punto de vista de las manufacturas. Hay en aquel país un establecimiento ó acaso dos que aventajan á América, pues es una gran raza la inglesa cuando se pone á trabajar y se desembaraza de rancios prejuicios.

Cuando hombres como MM. Howard, Lothian Bell, Windsor Richards, Martín y otros así, visitan á América, no llevan prejuicios tenaces. Pero que el Tío Sam abre el ojo; si cree que John Bull se quedará atrás en la carrera industrial, no soy de su opinión, antes al contrario, creo que cuando ponga manos á la obra en serio, será imposible batirlo.

La república inglesa, cuando se halle establecida, adelantará á las demás Repúblicas como la monarquía inglesa ha adelantado á las demás monarquías, del mismo modo que el sistema de fabricación del acero y el de plantaciones, empleados por Windsor Richards, sobrepujan á todos los de que estamos tan orgullosos hasta ahora.

Ha llegado nuestra vez de dar un paso adelante si es que no nos resignamos á ser batidos.

¡Y todo esto está muy bien! ¡Ojalá que las dos ramas de familia puedan estimularse mutuamente mucho tiempo para obtener la victoria! ¡Ojalá que la mayor nos anime para conservar con mano firme lo que es bueno! ¡Ojalá que la menor nos señale el camino hacia arriba y hacia adelante! En esta carrera ninguna de las dos perderá y ambas ganarán: ¡Empecémosla pues, que luchemos lealmente y la victoria será para las dos!

Antes de salir de Kendal atrajo nuestra atención el anuncio del debate público que como todos los años debía sostenerse en el University College de Londres. El tema puesto á discusión era: «Los progresos de la Democracia en Inglaterra, tenderán á afirmar más los fundamentos de la sociedad». Lord Roseberry presidía y su discurso-resumen ofreció importancia política en razón de la categoría que tiene el orador, «dispuesto á proceder de modo liberal y teniendo grandes cosas que realizar». Puede augurarse que llegará á todo si entra resueltamente por el verdadero camino. Dijo:

«Desde el punto de vista gubernamental, parece que la Democracia ofrece grandes ventajas. Con una oligarquía la responsabilidad era demasiado grande y el castigo de las faltas excesivamente severo. No participaba de la dureza de sentimientos manifestada por uno de los oradores contra las instituciones americanas, sino que, por el contrario, habiendo visitado muchas veces este país estaba animado de calurosas simpatías para América y su pueblo. En su opinión, las personas que elegían libremente una inteligencia de mediana fuerza, para que las representara, estaban mucho mejor que las que veían imponerse, contra su voluntad á un hombre de inteligencia colosal, y esta libre elección nuestro pueblo la posee. Se ha dicho por los adversarios de la democracia, que los hombres más aptos de Amé-

rica se dedicaban á acumular dinero, pero esto es un argumento en su favor, por cuanto demuestra que no representan bien á la democracia los que la pintan como una especie de ataque contra la propiedad ajena».

Jamás, milord, se han pronunciado palabras que expresen mayor verdad. ¡Que lástima que no hayáis tenido como Gladstone ó Disraeli el privilegio de debutar en la carrera de la vida por el *scratch*. Recibid aquí el sincero pésame del que os ha dado la bienvenida cuando vuestra elección como miembro honorario del Club de Burns, en Nueva York y no en razón de estas desventajas injustas, pues me hubiera guardado muy bien de felicitar á un príncipe por razón de su rango, sino en consideración sólo á vuestros méritos personales.

Penrith, 14 Julio.

Llegamos á Penrith el 14 de Julio después de un magnífico día de viaje. Nunca los Alegres Turistas fueron más dichosos, pues el terreno no presentó numerosas ocasiones para pasear. Yo creo que entre las siete cosas agradables de la vida, debiera colocarse el placer de andar; no obstante, tengo amigos que no opinan así, si bien es cierto también que no atraviesan Inglaterra en coche. He olvidado mencionar el cambio que se operó en nuestra reina viuda, poco después que hubimos salido de Volverhampton. Hasta entonces había ocupado el puesto de honor al lado de Perry é iba invitándonos por turno para que nos colocásemos junto á ella como muestra de distinción, pero no tardó en advertir que de esta manera perdía una fuerte proporción de distracciones y que además no nos tenía á todos al mismo tiempo al alcance de su vista y esto hizo que cambiara su sitio por el del centro del último banco, en el que tenía un compañero á cada lado y cuatro frente á ella, lo que formaba un auditorio de seis personas para sus cuentos y viejas

historias. Su lengua se movía desde por la mañana hasta por la noche, puede decirse, y la parte del coche en que estaba no tardaba en participar de su buen humor, que no la abandonaba un solo momento y nos mantenía en perpetua risa.

La última etapa del viaje debía llevarnos á Carlisle, la ciudad fronteriza más allá de la cual se extiende la «tierra sagrada», la querida Escocia. Allí se nos juntaron Mr. B. y su hijo que pasaron con nosotros este último día sobre el suelo inglés y nos despidieron cuando por decirlo así emprendimos el vuelo hacia Escocia. M. y Mistress K. nos dejaron en Paisley para ir á ver á sus hijos. ¡Sólo los expedicionarios saben cuanto sentimos su separación! Si algo podía enfriar nuestra loca alegría era seguramente esto; pero debíamos encontrarles de nuevo en Edimburgo, donde se efectuaría la reorganización de los Alegres Turistas.

Salimos para Carlisle el día 15, que como de ordinario hizo un tiempo espléndido. Habíamos dejado el país de los Lagos, con sus colinas y sus rápidos ríos, para entrar en una región más banal, pero nuestra colación de aquel día, en un campo cercano á «Hesketh en el Bosque», no dejó de tener cierto romanticismo. Los miembros de Auderton-Hall cogieron la fiebre, como era corriente entre los neófitos... pero de eso hace muchos años. Hoy no hay nada que justifique ese nombre, sino por el contrario, encantadores campos verdes, caminos tan perfectos como es posible hacerlos, casas bonitas, vallados bien alineados, jardines bien cuidados y todo ello ofreciendo un aspecto tan civilizado, que os presenta una muestra palpable del cambio incesante que se opera en la superficie del globo con el objeto de hacerlo capaz para sostener una población humana densa.

Carlisle, 15 Julio.

Aquí, con gran dolor nuestro, se efectúa una

reorganización. En primer término, lamentamos la despedida de M. y Mistress K. que se marcharon ayer y la de Miss R. G. D. y B. y la de M. B. y su hijo que se marchan hoy. Le ha llegado también el turno á la prima Maggie. que se había acostumbrado ya á esta vida y á M. Andrew M., que cantaba tan hermosas canciones y parecía llevar consigo un perfume de Escocia. Este no tiene más remedio que ir al campamento para presentarse ante sus superiores; ¿no es acaso un valiente voluntario, oficial al servicio de S. M. y obligado por juramento «á no alejarse de su hogar más que en caso de invasión?» ¡Ah! No nos es imposible evitar estas separaciones, ni secar las «dulces lágrimas» de las señoras que se abrazan, se juran eterna amistad y se desean sollozando buen viaje.

Pero si hay llantos y despedidas, hay también sonrisas para los que llegan. La prima E. está en mis brazos, y ¡qué beso de bienvenida! Esto es un consuelo; también llega miss R. de Edimburgo, tan fina, tan artista y dentro de poco, tras dos semanas de ausencia, encontraremos á nuestros cuatro originales. ¡Es una suerte que las despedidas hayan podido compensarse con estas agradables llegadas!

¿Hay algún pueblo que ame tan apasionadamente su patria como el escocés? Quiero decir, que ame la tierra de que su patria está hecha, hasta los átomos de que se componen sus montes y sus valles? Lo dudo.

Ved á Maggie: es una muchacha buena, tranquila, razonable, he tratado de dirigirle algunas palabras para animarla, cuando nos acercábamos á Carlisle, donde debíamos separarnos; le he recordado bromeando que ha hecho un viaje de cinco semanas en coche, mientras que su pobre hermana Elisa no lo hará más que de dos.

—Sí, contestó, pero irá á Escocia.

—Querréis quizás decirme con esto que preferiríais dos semanas en vuestro propio país, que

cinco dedicados á recorrer una tierra nueva como Inglaterra, con Londres, Brighthon, los Lagos y demás?

Quisiera que la hubieseis visto y oído, cuando me contestó esta sencilla palabra:

— ¡Naturalmente!

Los escoceses dan siempre á Escocia el primer puesto en su corazón y estoy seguro de que habrá algunos de ellos que tendrán algo que decir del Paraíso, si no se parece á Escocia desde todos los puntos de vista.

Hoy debemos hacer nuestra entrada en ese país de los países. ¡Hermosa Inglaterra! ¡adiós! ¡Qué gracia, que bondad en la acogida que dispensaste á los viajeros! ¡Qué simpática eres! Qué afectuosa ternura nos has inspirado. No hay ninguno de nosotros que cerrando los ojos, no pueda evocarte como un sueño encantador sin igual.

«No es una naturaleza grandiosa... sobre el suelo inglés... ya comprendéis el texto... antes de la caída, como Adán habitaba en jardín. Todos los campos parecen ramos estrechamente aprisionados entre cerca; las colinas son cortinas de la llanura y ésta un prado; si buscáis un sitio salvaje, encontraréis cuando más un parque, una naturaleza espléndida, pasada al estado doméstico... una dulce y familiar naturaleza que se acerca furtivamente, como lo haría un perro ó un niño para tocaros la mano ó tiraros de la ropas y recordaros así, humildemente, que está allí y que os ama».

¡Cuesta trabajo despedirse de sitios como éstos! De lo más profundo de nuestros corazones brota un deseo, que pronuncia temblorosa la voz: ¡Dios te bendiga, Inglaterra!

Escocia

«Adiós, hermosos paisajes, adiós jardines de rosas en que se pavonean los favoritos del lujo; devolvedme las rocas donde queda suspendido el copo de nieve, las que han sido siempre consagradas por la libertad y el amor; adoradas son aún tus montañas, ¡oh Caledonia! Aunque en derredor de sus almas blancas batallen los elementos y que al pacífico curso de los arroyuelos suceda el torrente cubierto de espuma, estoy ansioso por ver de nuevo el valle del sombrío Lochna Garr.

El sábado, 16 de Julio, pasamos la frontera. No tardamos en llegar á la línea que la forma; era poco después de medio día, se hizo un alto y dimos rienda suelta á nuestro entusiasmo. Se dieron tres ¡hurras! al país de las nieblas; se gritó: ¡Viva para siempre Escocia! y agitando pañuelos y sombreros nos lanzamos al otro lado de la frontera.

¡Oh! ¡Escocia! ¡Oh! mi país, mi tierra natal, tu hijo desterrado vuelve á ti lleno de amor, como nunca lo ha sentido tan ardiente en su corazón ningún hombre hacia su patria. Por la bondad de Dios soy escocés y no comprendo como hubiera podido vivir dichoso si fuera de cualquier otro país. Pequeño diablillo tan avisado, que sabes encontrar tan bien tu camino ó hacértelo si es preciso, de inteligencia tan práctica y astuta, de mirada atenta á la ocasión que pasa, y que sin embargo guardas un amor tan tierno y tan bueno, que te dejas llevar tan lejos con una canción, con una leyenda, que te deja conmover tan fácilmente cuando se trata de algún fin meritorio, tú tan leal, tan fiel, ¡Ah! Escocia, me atraes y me siento orgulloso de ser tu hijo.

Como era natural, nos detuvimos en Gretna Green y fuimos á pie hasta la famosa herrería donde tantas parejas novelescas han sido debidamente unidas por las santas cadenas del matrimonio. Un joven aldeano nos sirvió de guía y nos hizo saborear por primera vez el verdadero, el rudo lenguaje escocés. Su dialecto era perfecto. Nos recordó en seguida el «pequeño Davie». Le ofrecí un shillign, si acertaba á explicarnos el «capítulo de la vocación eficaz»; pero el pobre sabía su catecismo, sin alcanzar á comprenderlo.

—No te dé cuidado, Davie, no es cosa tuya; otros cerebros se han atormentado profundizando ese dogma y no han encontrado todavía el fondo; por otra parte, antes de que tú seas hombre se habrá hecho una «edición revisada». Pero dejemos esto; el modo de entender ese dogma y otros inventados por la pobre é ignorante criatura humana, es lo que hace el vacío en las iglesias, haciendo salir á los hombres que piensan y dejando en ellas á los que hacen de la dulce religión una rapsodia de palabras.

—¿Conocéis á Burns?

—Sí, contestó Davie, ya sé. «*No por eso se es menos hombre*» y también «*En los buenos tiempos viejos*».

—Muy bien, Davie, ahí va otro shilling. ¡Buenos días!... Pero, á propósito, si os es imposible retener los tres fragmentos de esas composiciones, procurad por lo menos recordar lo de: «*No por eso se es menos hombre*», pues los escoceses necesitarán pronto tenerlo en la memoria, cuando pongamos otra vez las cosas en su sitio y pidamos los mismos privilegios para el príncipe, el par y el aldeano. No olvidéis tampoco lo de «*En los buenos tiempos viejos*», porque hay en esa hermosa canción más «Paz y benevolencia sobre la tierra», que es la esencia de la verdadera religión, de la que hay en vuestra *vocación eficaz*. Sí, joven Davie, por lo menos hay alguno que así lo cree.

Davie me pidió mi dirección y dijo que tal vez iría á América cuando fuera hombre. Le prometí tenderle la mano si no había olvidado á Burns. Esto es todo lo que podemos hacer en América, donde sólo el mérito conduce al éxito; podemos además hacer de él un republicano y lo devolveremos luego á sus compatriotas para que predique la igualdad, que es una predicación de que Escocia está necesitada.

Pernoctamos en Annan. Se había convenido al principio que nos quedaríamos en el hotel, pues el tiempo aunque hermoso, era frío y había en el aire algo que le daba las cualidades de aperitivo; pero apenas habíamos entrado en la casa, cuando el sol apareció repentinamente y no pudimos dominar el deseo de irnos al campo. Atravesamos el río para ir á pasearnos por el pueblo y en un bosquecillo que coronaba una altura, encontramos un sitio magnífico, desde el que se veía una vasta extensión de terreno, á lo largo del río, y en aquel sitio resolvimos ofrecer la primera comida á los que se nos habían agregado. Hubiera sido una lástima no encontrar este paraje, que nos resultaba agradabilísimo por todos conceptos. Me río aún al recordar las dificultades con que tropezábamos para encontrar un sitio á propósito; el comité organizador había encontrado uno aceptable en un campo próximo al río, pero desde allí divisamos este otro y se nos ocurrió ir á verlo.

Nos hallábamos tan lejos del hotel, que Perry y Joé, tuvieron que buscar un carretón para transportar los cestos. Recuerdo haberlos visto empujarlo por el puente y levantarlo luego para pasarlo por encima de un muro que la mayor parte de nosotros habíamos franqueado escalándolo. Cuando á la reina viuda le tocó el término de hacer esto, pareció que era un poco excesivo para ella, pero los directores de la expedición eran hombres de recursos; echaron mano al carretón y sobre su plataforma le trasladaron sana y sal-

va al otro lado. Yo me mantenía un poco apartado y sin poder ayudar en lo más mínimo, de tanto como reía, y entre tanto la viuda, que no se asustaba fácilmente, fué bajada del carretón entre los aplausos de todos. No obstante, se convino en ser más circunspectos para el porvenir, pues el ejercicio de escalar muros debe tener límites á los setenta y un años.

Hay aquí un puente que ha sido construído por ese digno y excelente representante de las mejores cualidades de Escocia, en la vida humilde, que se llamó James Carlyle (padre del famoso Thomas). Es un buen puente destinado á durar y que no avergonzará nunca al que lo ha construído. Recuerdo muy bien con qué orgullo habla Carlyle de la obra paterna; á propósito de ello citaría con gusto un pasaje de *Adam Bede*, me parece que es aquel en que Garth, el maestro albañil, dice que la mejor oración en aquella, que más espera, es el trabajo bien hecho.

Muchas personas se han mostrado sorprendidas al leer los *Recuerdos de Carlyle*, reflexionando acerca de aquella encina tosca y torcida, los prejuicios que deja entrever y el mal carácter que demuestra. ¿Qué esperaban, pues? pregunto yo. Un pobre muchacho reservado, valiente, que tuvo que abrirse camino luchando cara á cara con los diablos negros de la pobreza y de la indiferencia, naturalmente que está torcido, «descuidado», pero no por eso dejó de ser una robusta y sólida encina, de una madera tan sana y maciza como nunca la hubo y escocés hasta lo más profundo del corazón. ¿Se le ha ocurrido nunca á nadie imaginarse á Thomas Carlyle bajo el aspecto de un hermoso sicomoro bien simétrico ó de una perra de curvas graciosas? Creo por mi parte que los *Recuerdos* son en resumen una obra literaria valiosa y Carlyle no ha disminuído nada en mi concepto desde que he sabido tantas cosas que, después de todo, eran de esperar. Los que juzgan á esta gran personalidad ¿quieren

decirme dónde encontraremos otra parecida, ni dónde habrá una segunda Jenny Carlyle? ¡Qué extraordinaria es la chicuela que «hincho las narices» á un mozo de un puñetazo y que puso en fuga «al gran pavo», allá en su primera infancia, y recordad lo que hizo luego como esposa por Carlyle, si buscáis un ideal de esposa, por lo menos, mis jóvenes amigos, el que suele formarse un soliterón acerca del estado de una mnjer casada.

La historia del encuentro de Carlyle con el novelista M. Black debiera ser verdad, si es que no lo es.

—¡Oh! ¡M Black! ¡Qué contento estoy de veros!—exclamó Carlyle.—He leído algunos de vuestros libros y son muy agradables; conocéis muy bien el paisaje escocés, pero ¿cuándo os pondréis á trabajar, amigo mío?

Aquel buen anciano hizo buena labor en su tiempo, sin ninguna duda, pero también trabajan, Thomas, los que plantan rosas y sin ellos estaríamos á poca mayor altura que los animales salvajes. Carlyle no ha visto esto. En cuanto á Black cumplió la tarea que le fué prescrita saliendo de ella muy bien, y Escocia está orgullosa del talento de aquel hijo suyo.

Dumfries, 16-17 Julio

Llegamos á Dumfries el domingo y apenas habíamos visto nuestras habitaciones y nos sentábamos á la mesa para comer, cuando oímos que un coche se detenía en la puerta. Acudimos á la ventana y vimos á nuestros parisienses, á los que con tanta impaciencia esperábamos.

—¡Hurra! ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! Ya estamos juntos para no separarnos hasta llegar á Nueva York. Fué aquella una reunión familiar, en la que teníamos unos y otros muchas cosas que decirnos; pero evidentemente los turistas fueron los que más dijeron.

El extremo calor que reinaba en Francia, ha-

bía hecho el viaje muy penoso. La Prima Donna estaba que no podía más. Cuando le preguntamos cómo había empleado el tiempo desde que salió de l'Arche, nos contestó vivamente en estos términos:

—¡Salir de l'Arche! Me hizo el mismo efecto que si á bastonazos me hubieran enviado á ver el tiempo que hacía y éste hubiera sido malo. ¡Cuando yo vuelva á perder de vista el coche, creed que habrá llovido bastante!

En cuanto á nosotros estábamos encantados de ver nuevamente á nuestra hermosa palomita y le prometimos no separarnos ya de ella.

En Dumfries son tantas las cosas que hay que ver, que se pierde la cabeza. Nos encontramos en una tierra histórica por todos conceptos y los hombres y los sucesos notables se presentan á tropel.

Aquí Bruce degolló á Comyn el Rojo, en la iglesia de los Hermanos Menores, que no existe ya. El monasterio de que formaba parte y que fué fundado por la madre de Juan Baliol, rey de Escocia, estaba situado en una colina cuya base esta bañada al norte y al oeste por las aguas del Nith. Dícese que fué abandonado cuando manchó su altar mayor la sangre de Comyn. Dos siglos después, los Maxwell utilizaron los materiales de las ruinas para construir un magnífico castillo casi en aquel mismo emplazamiento, pero los azares de la guerra y el buen viejo padre el Tiempo arrasaron á su vez las murallas macizas y en la actualidad, así el monasterio como el castillo, han desaparecido igualmente.

Habia también el castillo de los Comyn, que ocupaba un lugar pintoresco, un poco al sud de la población, en un sitio denominado todavía hoy Castledykes, pero no ha quedado más que un débil recuerdo de su grandeza de otro tiempo.

Entre los hombres notables que Dumfries cuenta entre sus hijos, citaremos al admirable Crichton, Paul Jones, Allan, Cunningham, Carlyle,

Neilson, el inventor de los fuelles de aire caliente, Paterson, el fundador del Banco de Inglaterra, Miller, el creador de la navegación á vapor. Fué también un hijo de Dumfries, un sacerdote escocés, el que fundó las cajas de ahorros, quien al mismo tiempo que exhortaba asiduamente á su rebaño para que pensase en acumular tesoros que sirvieran en la vida futura, no dejaba de hacerles comprender que era igualmente preciso reunir también con que vivir en este mundo. Era un hombre muy sensato. ¡Cuán pocos clérigos dejan tras ellos una obra tan poderosa para el mejoramiento de las masas como la que hizo este ciudadano de Dumfries, el reverendo M. Duncan, con sus cajas de ahorros. Todas las opiniones abstractas que el hombre puede formarse acerca del otro mundo son poca cosa al lado de las costumbres de honradez, de sobriedad y de perseverancia que hacen posible, por parte de la clase asalariada, crear un depósito de alguna importancia en las cajas establecidas por este clérigo. El reverendo M. Duncan es un sacerdote modelo, que obra mucho y habla poco. Tienen mucho que aprender de él sus colegas.

También á Dumfries somos deudores de la navegación á vapor, cuando menos por la parte que tomó la Gran Bretaña en esta empresa triunfal, pues Miller empleó por primera vez, en el lago de Dalwinston, las paletas movidas por el vapor.

El gran mágico ha tocado también este distrito con su varita. El castillo de Ellangowan, la caverna de Dick Hatteraick y hasta Old Mortality pertenecen á Dumfries. Para Burns hay aquí mejores obras que en ninguna otra parte, y aquí reposa él bajo un cardo que se balancea, que resulta un símbolo bien escogido para expresar el luto que lleva Escocia por el más grande de sus hijos, y que hubiera sido también el elegido por el poeta. ¡Cuánto lo amaba! Recuérdense los versos que le inspiró este emblema querido cuando no era todavía más que un niño.

Hubiera deseado pasar una semana en Dumfries, pero me consideraba dichoso con poder estar cuando menos el domingo. Dos caballeros de Dumferline, que habitan ahora aquí, MM. R. y A., tuvieron la amabilidad de venir á vernos y á ofrecérsenos, atención que me agradó mucho. En consecuencia, el domingo por la mañana salimos con M. R. y recorrimos la población, las montañas y la casa de Burns. visitando por último el sepulcro de éste. Ninguno de nosotros lo había visto, y nos satisfizo en gran manera hacer esta peregrinación.

Horacio Greeley, el político americano que rendía á Burns verdadero culto, ha dicho con verdad que entre los millares de personas que visitan cada año el lugar donde nació Shakespeare, la mayor parte se contentan con grabar su nombre con un diamante sobre el cristal, pero que muy pocos se alejan de la sepultura del poeta escocés sin haber derramado una lágrima, pues es de los hombres que han hecho su nido más cerca del corazón de la humanidad y por tanto de los más queridos. Carlyle le conocía bien, pues ha dicho que Burns era el arpa éolica de la naturaleza contra la que soplaban los rudos vientos de la adversidad, pero sólo para ser transformados al pasar en una música celeste.

Creo que son estas las dos cosas más bellas que se han dicho á propósito de nuestro ídolo, ó mejor, de un ídolo cualquiera, y creo que eran mercedas. Así se expresaron Greeley y Carlyle que nada tenían de aduladores. ¿De qué otra criatura humana ha podido decirse lo mismo? No conozco ninguna.

Nuestros amigos Mr. y Mistress N. son los felices poseedores del castillo de Triars Carse. Vinieron á vernos el domingo al medio día y nos invitaron á comer con ellos. Una delegación de los expedicionarios aceptó y quedó encantada de la visita. Triars Carse es un sitio delicioso desde cuyo patio se divisa el tortuoso Nith.

El lunes, cuando pasamos por allí en el coche, nos detuvimos para darnos el placer de una visita matutina á nuestros amigos que nos dispensaron excelente acogida, M. N. se ha ganado un recuerdo de gratitud de todo verdadero amigo de Burns, por el hecho de restaurar la casa solariega, guardando con exquisito celo los menores vestigios de uno de los seis ó siete hombres de genio que el universo reverenciará cada vez más con el transcurso de las edades y ha tenido la buena idea de quitar la ventana sobre cuyos cristales escribió Burns su composición: *Tú, á quien el azar puede traer aquí*, que es una de las que más me gustan. Esa ventana está ahora conservada para ser transmitida como una parte de la herencia de la familia, hasta que por último es de esperar que pase á ocupar un sitio en algún museo público.

Mientras estábamos en la casa, entró por casualidad una nieta de Ana Laurie. No conozco ninguna joven cuya abuela tenga una reputación más extendida y favorable que la de ésta, de manera que nos alegramos mucho por esta ocasión que se nos presentó de ver tan de cerca á la ideal Annie Laurie de nuestros ensueños. Según nos dijo, demostrando con ello que la marcha del verdadero amor no es nunca uniformemente dulce, es que no se había casado con el poético amante. ¡Sea! ¡Acaso haya sido más dichosa con un labrador! Los poetas distan mucho de ser maridos de proverbial virtud; precisamente, cuanto más vale el poeta, menos vale el marido, y el autor de *Annie Laurie* tenía el temperamento poético muy desarrollado.

—En marcha, Perry.

Nos dirigimos á Sanguhar, que está á veintiocho millas de aquí. El día es espléndido; hace un fresco desconocido en la región meridional, que es mucho más cálida. ¡Qué hermoso efecto causaba ver á miss N. lanzarse delante en un brioso caballo, para, á modo de correo, avisar

nuestra llegada y prepararnos buen recibimiento en su preciosa residencia! ¡Cuánto me hubiera gustado cabalgar junto á ella en un corcel de pura raza!

Pasamos allí una hora ó dos y después dimos tres ¡hurras! entusiásticos en honor de Friars Carse y «de todo lo que contiene». Hecho esto, los turistas reanudaron su marcha. Durante largo tiempo quedará grabado en nuestra memoria el recuerdo de aquella morada y de las fisonomías que en ella vimos y será uno de los más agradables que conservemos de nuestro para siempre memorable viaje. ¡Cuántos atractivos tiene una residencia junto al Nith, en las cercanías de Dumfries!

El camino que debíamos seguir aquel día, bordeaba el Nith y atravesaba las tierras del duque de Buccleugh, hasta llegar al magnífico castillo de Drumlanrig, propiedad de éste. Al fin estamos en un verdadero castillo y no ante una de esas importaciones inglesas tan banales como los tigres enjaulados. ¡Qué mezquinos é insignificantes parecen aquéllos al lado de éste! En vano buscáis en aquéllos las landas, las alturas, los valles, todo lo que les da sabor de instituciones feudales y que contribuye á dar á un castillo cierto aire de dignidad y á despertar en la imaginación el recuerdo de los tiempos pasados. Los castillos modernos, construídos por encargo en Inglaterra, no son más que juguetes; en Escocia, por el contrario, son auténticos y hacen vibrar las cuerdas más vivas del corazón. En Inglaterra no os será posible encontrar uno de esos valles salvajes llamados *gleen*, que sea digno de este nombre y que tenga su torrente con aguas de color ambarrino que se cubren de espuma al precipitarse por los peñascos.

A medida que avanzamos, vamos sintiendo la influencia rejuvenecedora del norte y á comprender sus encantos. Byron ha dicho bien: «Inglaterra, tus bellezas son familiares, domésticas, para

el que ha errado por las montañas extranjeras. — ¡Oh! Que me devuelvan los picos, con su soledad y majestad y las magnificencias arduas, hechiceras, del sombrío Lochna Garr». Esto era lo que todos sentíamos durante el viaje de aquel día.

Al contemplar la grandiosidad del paisaje, mis ojos se humedecían y el corazón latía con fuerza á impulsos de la influencia del medio en que me encontraba. Aquel era mi país: Inglaterra no era más que una pariente lejana, que casi no pertenecía á la familia puede decirse,

—¿Qué os parece ahora la Escocia?... Esta era la pregunta que uno ú otro hacían con frecuencia.

—Este es el día más hermoso que hemos pasado—se contestaba, mientras íbamos recorriendo el valle, pero se había dicho esto tantas veces durante esta maravillosa expedición y siempre en vísperas de otro día que eclipsaba completamente á su glorioso predecesor, que ya éramos más económicos en el empleo de este superlativo. Realmente, nos encontrábamos en la imposibilidad de predecir las magnificencias que Escocia podía tener reservadas para nosotros.

Almorzamos en la margen del Nith, en un sitio de exquisita belleza. Nada podía refrenar nuestra alegría. No hicieron más que sentarse en el verde campo los expedicionarios, cuando se pusieron á cantar canciones escocesas, empezando una en cuanto terminaba otra. Sentíamos como una agitación sanguínea, una dilatación del alma desconocida hasta entonces. Lo bello lo habíamos dejado atrás, lo que ante nosotros se extendía era lo sublime. En el aire había cierto mordente que faltaba en el suave calor del Sud. El país en que reposaban la paz y la tranquila satisfacción, quedaba allá abajo; ahora nos hallábamos en «el de la montaña y el torrente», que nos revelaban en voz baja su poder, nos agitaban de un lado á otro y nos hacían encorvar bajo su voluntad misteriosa. En el gemido del viento se deja oír el llama-

miento de los genios que nos invitan á escalar mayores alturas para que podamos entregarnos á la exaltación que comunican la montaña y el torrente: «las magnificencias arduas y hechiceras del sombrío Lochna Garr.»

Nuestras mismas canciones tenían ese acento plañidero del modo menor, que sugiera los aspectos sombríos de la vida humana, los gritos de tempestad y de lucha, de resignación heroica y de noble sacrificio, la resistencia de un pueblo apabullado bajo el peso del número y cuyas generaciones se suceden sosteniendo un combate horriblemente desigual, pero haciendo sobrevivir á todo trance una existencia nacional bien determinada. Esto es lo que hace al escocés orgulloso de este original país, esto es lo que remueve su sangre y hace asomar las lágrimas á sus ojos, cuando pisa esta tierra

Pernoctamos el lunes, 18 de Julio, en Sanguhar, pueblo formado por una calle larga y en el que la posada no pudo alojarnos á todos, pero los vecinos se mostraron serviciales y los caballeros que aceptaron sus ofrecimientos no tuvieron ciertamente que quejarse de la manera como les atendieron.

En este pueblo fué donde el sacerdote desligó á los Cameronios de su juramento de fidelidad al rey «impío». Ya fué este un gran paso. Aquellos enérgicos Cameronios no conocieron mucho, sin duda, á Shakespeare, pero supongo que el discurso que les dirigiría el sacerdote rebelde, no pudo tener mejor peroración, ó si se quiere mejor exordio, que esta exclamación dirigida por Laertes á otro rey malvado: «No estoy dispuesto á ser burlado, al infierno la fidelidad». ¡Bravo! No querían que el rey Carlos se burlara de ellos, sus descendientes tampoco lo querrán, si en alguna ocasión un monarca es bastante temerario para pretender imponerles sus ideas «imperiales». Aquello ha pasado, gracias á ese buen sacerdote y á sus Cameronios. Ví el monumento levantado

en honor de aquellos valientes y recordé con gratitud lo que les debe la humanidad.

Entramos en una papelería y encontramos en ella un tipo raro. Un lado de la tienda estaba lleno de publicaciones de la Sociedad Bíblica y el otro lleno de drogas.

—Extraño surtido—dije.

—Señor, es lo que se necesita—contestó el tendero.—Remedios para el cuerpo y remedios para el alma. Aceite de algodón y Biblias; es lo que se necesita.

Harry y yo nos reíamos.

—¿Tenéis la edición revisada?—le preguntamos.

—No, no; nos atenemos á la vieja; vuestras ediciones recientemente fabricadas, no las necesitamos. Hasta he oído decir que han corregido la oración dominical. Después de todo, eso es bueno para los que se ven obligados á madrugar.

Era un original. Nos marchamos de su establecimiento riendo al ver la facilidad con que lo explicaba todo.

Escocia es el país de los excéntricos.

Sanguhar, 18 Julio.

Al salir para la antigua Cumnock, parece como si todo el vecindario se hubiera congregado en derredor nuestro para despedirnos. Sanguhar-sur-la Lande no parece ofrecer grandes atractivos; no obstante, ayer tarde hicimos una excursión á pie que resultó muy agradable. Hay un hermoso valle, muy hondo, oculto entre colinas y por el que corre un torrente sobre el que se han echado puentes. Se nos ocurrió bajar hasta el fondo y entre tanto se disiparon los rayos del sol, dejando el puesto á la obscuridad, lo que dió á nuestro regreso un carácter fantástico. Eran más de las diez cuando entramos en la fonda. En esto empleábamos nuestras veladas: después de la comida, á la hora del crepúsculo, dábamos siempre un largo paseo y este puede decirse que era uno de los placeres más delicados del día.

Vuestro almuerzo de hoy, debe contarse como el más agradable de todos, pues en cierto modo, fué único. Se había elegido para efectuarlo, la orilla del Douglas, en un sitio donde la corriente del agua se bifurca, dejando en el centro una isla cubierta de verdura tan llena de encantos, que apenas la vimos, los organizadores del viaje no se preocuparon más que de la manera de llegar hasta ella. Con la escalera que tenía el coche para subir al imperial, se formó un puente volante, gracias al cual las señoras pasaron seguras, aunque corriendo el riesgo de chapuzarse. Una treintena de colegiales de uno y otro sexo, que estaban por allí disfrutando las vacaciones de verano, hicieron lo mismo y al cabo de poco se atrevieron á fraternizar con nosotros. Costaría trabajo encontrar donde no fuera Escocia un grupo como este de bonitos y dichosos niños, de rostro sonriente y fresco. Parece como si prosperaran en este clima sin necesidad de que se ocupen de ellos.

La diferencia entre los niños de América y los de la Gran Bretaña, es mucho mayor que entre los adultos de ambos países. Los niños escoceses aprenden en las escuelas á pronunciar como los ingleses, pero en sus juegos reaparece con toda su fuerza el antiguo acento dorio. Esto cambiará sin duda con el tiempo, pero hasta ahora nos parece que han olvidado muy pocas palabras escocesas y que no han perdido en lo más mínimo el acento. Pedimos al grupo que designase uno de ellos con objeto de entregarle dinero para comprar bombones y por unanimidad fué elegido Jeannie Morrison, que pertenecía á la sexta clase. Contestando á una pregunta nuestra, dijeron que ningun otro de ellos estaba tan adelantado; pero después de un instante de deliberación, se apresuraron á rectificar, declarando: «Sí, Aggie Macdonald lo está también». En cuanto á los niños, ninguno había pasado de la quinta clase. ¡Ah! Las mujeres de Escocia han sido siempre

superiores á los hombres. Si un obrero no tiene una esposa hacendosa (una compañera, una ayuda, como dicen ellos), no llega á ser nada; en cambio hay más de un ganapán que vive bastante bien impulsado por su mujer. Algo parecido sucede en Francia y en general en todo país donde la lucha por la existencia es ruda y donde hay que mantener los gastos al más bajo nivel posible, en cuya tarea es la mujer la que desempeña el papel más importante.

La timidez de estos niños sorprendió mucho á nuestros americanos, pues nos costó no poco trabajo hacerles aceptar pasteles y dulces que para ellos deben ser un manjar de los más raros. Por mi parte provoqué una carcajada general cuando aseguré que después de haber pasado muchos años en América, todavía era tan tímido como el que más lo fuera de estos niños. Mis compañeros parecían poco dispuestos á creer del todo esta afirmación, pero el testimonio de Davie confirmó ante ellos mi modestia en aquellos tiempos.

— ¡Ah! *¡Entonces!* dijo miss B.

Esto era un poco duro.

Dejamos algunos buenos bolados para aquellos niños. Cuando acabaron de aplaudirnos al vernos marchar, os aseguro que «todos habían encontrado la lengua que antes parecían no tener». ¡Qué encantadoras é inocentes criaturas! ¡Quisiera volver á verme todavía alguna vez entre ellas!

¿Qué no daría uno por volver al punto de partida, á la edad infantil y una vez en ella poder mirar atrás? ¿Cuántas cosas se harían que no se han hecho? ¿Cuántas se han hecho que no se harían? Estoy de acuerdo con Fausto: el ofrecimiento que se le hizo era demasiado tentador para que se atreviera á rechazarlo. Y se me ocurre una reflexión que debo hacer notar. Cuando se remonta uno á los recuerdos, no se duele de que en ninguna circunstancia haya obrado con

excesiva generosidad; en cambio se siente algunas veces haber dado poco y muchos no haber dado nada. La moraleja de esto, á mi juicio, es: dad siempre la mayor suma, y cuando estéis en duda, pecad por exceso. En mi opinión, los padres ó las personas que tienen á su cargo niños pudieran hacer más de lo que hacen para enseñarles el único medio de hacer la vida digna de ser vivida, y para indicarles los escollos y torbellinos que ellos mismos han tenido que sufrir en el curso de su existencia. Nos pusimos en marcha y estábamos ya lejos cuando los aplausos de los niños resonaban aún en nuestros oídos.

Al detenernos en la fonda para devolver lo que nos habían prestado: cestas, cubiertos, etc., se acercó á nosotros una señora en un faetón de bastante buena apariencia y después de excusarse por su indiscreción, nos dijo que un carruaje como el nuestro era uno de los objetos más raros en el país y que no había podido resistir la tentación de preguntarnos quiénes éramos y á dónde íbamos. Le dí todos los informes que pidió y le rogué luego que á su vez se diera á conocer en atención á las señoras.

—Lady Stuart M.,—nos respondió.

Pertenecía á la familia de los M. de Closeburn-Castle, según nos comunicó M. Murray, nuestro fondista en Cumnock. Cuando muera, sus posesiones pasarán á un sobrino que se dedica á la agricultura en América. Supusimos que éste debía tener buenas razones para no regresar al lado de su tía, quien por otra parte parecía bastante capaz para arreglarse sola. El joven heredero expatriado obtuvo nuestras simpatías, pero es muy posible que tarde mucho tiempo en entrar en Closeburn, pues estuvimos unánimes en desear un reinado largo y feliz á la actual dueña de aquella hermosa posesión. Lady M. me aseguró que seríamos muy bien tratados en el hotel de las Armas de Dumfries, y tenía razón, pues M. Murray y sus bellas hermanas, dejarán duradero

recuerdo como fondistas modelos, habiendo hecho muy agradable nuestra permanencia allí.

Por la tardé M. Murray nos llevó al juego de bolos, al que muchos de los nuestros asistían por primera vez. Es un juego en el que reina gran animación cuando los dos bandos son de igual fuerza y su organización es una república perfecta, hasta el punto de que el alguacil censura al alcalde si ha tirado mal su bola, sin perjuicio de que en la calle le salude respetuosamente, pues se puede muy bien ser jefe de la corporación municipal y no ser considerado capaz de hacer un buen *yanki* cuando le toca el turno de jugar. Esta palabra que he subrayado y que oímos claramente de vez en cuando en uno ú otro tiempo, teníamos curiosidad por saber lo que significaba y nos dijeron que consistía en un golpe en que la bola se llevaba cuanto encontraba por delante haciendo «un efecto del diablo». Menos mal.

Mientras los compañeros nuestros que habían visto el país de Burns se quedaban en Cumnock, los restantes fueron hasta Ayr, vieron lo que valía la pena y regresaron por la tarde. Nuestros pasos por los alrededores de Cumnock fueron agradabilísimos, lo que hizo que nos separásemos con mucho sentimiento de Murray que fué nuestro guía en ellos.

Old Cumnock, 19 Julio

Esta mañana, al salir de la población, nos detuvimos en un establecimiento fotográfico, el más bonito que por allí habíamos visto, y el dueño sacó un buen cliché del coche y de los expedicionarios. Bastó un solo instante. Estábamos retratados antes de advertirnos de ello. Es una gran cosa la fotografía instantánea, no hay tiempo de poner el semblante risueño como lo hacen casi todos los que se retratan y particularmente las señoras; sin dejar de ser guapo, falta tiempo para *hacerse* una fisonomía.

—En marcha, Perry.

Atravesamos por entre los grupos de curiosos

con dirección á Douglas. El administrador general de la expedición, no tardó en decirme secretamente por primera vez, que abrigaba algunas dudas acerca del sitio donde pasaríamos aquella noche. En el mismo momento de partir, había recibido un telegrama participándole que el hotel estaba completamente lleno por la afluencia de oficiales de un regimiento que había acampado en aquellas cercanías y que sería imposible procurarnos alojamiento. ¿Qué hacer? Se resolvió participar al posadero, que en aquellos momentos se nos convertía en importante personaje, que cargáramos contra él y que si no nos daba cuartel, nosotros le arreglaríamos, pues era absolutamente indispensable que nos alojara en cualquier parte, de lo contrario: «Una noche pasada sobre la hierba, en el bosque, sólo serviría para divertirnos al día siguiente.»

Pero teníamos la seguridad de que el pueblo de Douglas, reunido en consejo, procuraría buen recibimiento á los americanos y haría lo posible para alojarnos bajo techo, aun cuando no hubiera una sola posada. Contando con esto nos pusimos en camino. Cuando atravesábamos Lugar, una bella señorita salió corriendo de la oficina de telégrafos y levantando las manos, gritó:

—¡Alto! Va á llegar, va á llegar!

Acababan de anunciar un despacho para los Turistas y resultó ser la contestación que nos daba el dueño del hotel de Douglas, quien nos decía: «Vengan; se hará lo que se pueda por ustedes».

Cuando todos los expedicionarios se enteraron de la mucha confianza que en las últimas horas habíamos tenido en la Providencia, fué tal su entusiasmo, que no pudieron ocultar su disgusto por aquel telegrama tranquilizador. ¡No saber donde tendríamos de pasar la noche! Pensar que tal vez sería preciso dormir en el carruaje! ¡Qué distraído era! No obstante la canción: «Al otro lado de ese río que baña el Lugar», que nos can-

tó Elisa, no dejó de alegrarnos, cuando tuvimos la seguridad de que no tendríamos que acampar en sus bonitas riberas.

Es esencial, cuando se viaja con señoras, en coche, que no falte confort. Tengo la convicción de que sería el colmo de la imprudencia, exponer de este modo al bello sexo en cualquier otro país que no fuera éste. El confort debe ser perfecto en los menores detalles para que puedan estar á su gusto y en condiciones de resistir la vida de bohemio.

Durante gran parte del día viajamos á través de la región de los minerales y de los altos hornos que poseen los Bairds, reyes del hierro en bruto, en Escocia. Para llegar á Edimburgo teníamos que ir en diagonal con dirección al Este, pues nos habíamos desviado hacia el Oeste á fin de pasar por Dumfries y el país de Burns. Este itinerario nos separaba de las grandes carreteras frecuentadas, pero la experiencia nos dió la razón de lo que habíamos hecho, demostrándonos que era lo más ventajoso, pues vimos Escocia de un modo más completo que si hubiéramos procedido de cualquier otra manera.

El almuerzo de este día tuvo algo nuevo. No podíamos contar con ninguna posada en la travesía de las landas, lo que hizo que nos lleváramos de umnock el pienso necesario para los caballos. Al llegar á un bonito arroyo que corría en zig-zag, lo atravesamos, echando para ello en su corriente una hilera de grandes piedras, llegando así á la otra orilla en la que había una sombra deliciosa, luego quitamos los arreos á los caballos y los dejamos que comiesen la hierba que había á los lados del camino, junto al carruaje que por cierto allí, en plena landa, parecía el doble grande de lo que era. El cardo y la campánula empezaban ya á adornar al medio día nuestras mesas campestres, los plantíos de guisantes y de judías embalsamaban el aire; todo aquello era escocés. Por otra parte, reinaba una brisa

vificadora que atenuaba el rigor de los brillantes rayos solares. Esto nos confirmó en la opinión de que no hay tiempo comparable al de Escocia, cuando es bueno; cuando no lo es, estoy también convencido de que es verdad la opinión expresada, pero no hemos tenido ocasión de apreciarlo. Escocia acoge sonriente á sus huéspedes y estos le corresponden con un amor entrañable.

—¿Qué pensáis ahora del Escocia?, se pregunta con frecuencia; pero no hay palabras para expresar la idea y hay que valerse del lenguaje de las señoras que vienen con nosotros:

—Es muy encantadora.

Durante el almuerzo, se ha puesto sobre el tapete este tema:

—¿Se cansaría uno de esta vida de bohemio?

—Nunca.

Este ha sido el voto unánime. Por lo menos nadie se ha atrevido á señalar aproximadamente un plazo despues del cual se sentiría dispuesto á volver de nuevo á la prosaiaca rutina de la vida ordinaria, siempre, por supuesto, que se pudiera estar con la agradable compañía que llevamos y el buen tiempo que nos favorece

Realmente, esta vida nómada, debe ser difícilísima de cambiar por la de las ciudades, porque es la opuesta á ella en todos los sentidos. «Si no fuera el caballero independiente que soy—dice Lamb—elegiría el estado de mendigo». ¡Tomarme por un bohemio! Mi buen Elía, no habéis podido conocer este género de vida ó acaso os pareció que era idéntica á la del mendigo, pero, notadlo bien, hay una profunda diferencia. El bohemio no puede pedir limosna, sino que dice la buena ventura, cambalachea, compra y vende caballerías: si alguna vez le ocurre hacer algo de merodeo, todavía estimo que está en los límites de su profesión, mientras que vuestro mendigo, deja de serlo á poco que se dedique á trabajar ó á robar, pues la licencia que le conceden las autoridades sólo le permite mendigar. Es eviden-

te, pues, que el bohemio tiene más amplio campo. Así, repetiré: mi buen Elia, ¡confundirme con un bohemio!

Dayie y yo nos dirigimos á pie, después del almuerzo, á la vía térrea para hablar con los obreros que allí trabajaban. Eran hombres robustos, bien formados, datados de ese fino y sólido buen sentido que no falta nunca al jornalero escocés. Su salario nos pareció muy reducido: el capataz sólo cobraba 20 shillings (5 dollars) por semana y el obrero ordinario 14 (3 dollars y medio). Aunque era aquella una línea secundaria, de vía única, estaba hecha con tanto cuidado como el ferrocarril de Pensylvania. Ninguno de aquellos hombres había estado en América, pero muchos tenían allá parientes cuyos negocios prosperaban y abrigaban el propósito de ir al nuevo mundo más tarde ó más temprano.

Por la tarde llegamos á la bonita villa de Douglas, tocando al entrar la trompeta más tiempo que de ordinario, á fin de avisar al fondista de que íbamos á caer sobre él, viendo con satisfacción que así, como su mujer, estaban en el dintel de la puerta, con la fisonomía sonriente y dispuestos á hacernos buena acogida, pues lo habían preparado todo confortablemente. Quedamos muy agradecidos á los señores oficiales que tan galantemente habían cedido sus habitaciones en obsequio de sus primos de América. Para ellos se habían encontrado alojamientos en la población. Joé y Perry, y también los caballos, estuvieron bien. Así nos libramos con fortuna de la única ocasión en que se había entrevisto una sombra de dificultades en lo referente al sitio donde pasar la noche.

Douglas, antigua residencia de la familia que tanto lugar ocupa en la historia, merece realmente ser visitado. Home Castle, residencia de los Douglas, en un edificio macizo que se divisaba desde mucha distancia, mientras nos dirigíamos por el valle á la población. La visita que al

castillo hicimos resultó muy agradable. Empleamos la tarde en una excursión deliciosa de la que descansamos, en la falda de la colina que dominaba el castillo. Tendidos sobre la hierba, disfrutamos del tranquilo crepúsculo, escocés que iba obscureciéndose en derredor nuestro y envolvía suave y lentamente el paisaje. El castillo á la derecha, á nuestros pies el río cuyas aguas corrían tranquilas por el valle, en último término la antigua iglesia donde acababan de convertirse en cenizas tantas generaciones de Douglas y en el fondo los bosques sombríos, formando todo ello un conjunto que nos mantuvo largo rato en la colina.

Estos Douglas fueron en su tiempo gente muy obstinada y levantisca, dispuesta siempre á batallar y á buscar querellas, verdaderos tipos del guerrero atrevido, que se abrieron paso y defendieron lo suyo con la fuerza de su robusto brazo. «Un corcel de velocidad sin igual—una espada de hoja acerada—lo demás no tiene importancia para las almas nobles—lo demás es todo despreciable en la tierra.—¡Oh! El choque tonante de los jinetes—cuando se forma y estalla su grito de guerra—sería capaz de hacer descender del cielo un santo—ó de llamar á un demonio del infierno».

Este era su ideal, la antítesis absoluta del ideal contemporáneo. Pero, ved qué tranquilos duermen en la pequeña iglesia, en el oscuro valle. ¡Somos sombras y sombras perseguimos! Evocado este género de ideas, en un crepúsculo de Escocia, en aquella colina en que el color era tan oscuro que resultaba más fácil sentir que ver, precisaba entregarnos á ellos con moderación, pues de lo contrario los turistas iban á experimentar una sensación hasta entonces desconocida: la invasión de las mariposas negras, ó lo que es lo mismo, de la melancolía. Perose puso remedio eficaz á esto, comparando los progresos hechos por la raza en el curso del actual siglo, por lo

que respecta á la guerra. «La profesión de las armas» no tardará en ser considerada en su justo valor; se la excusará por las mismas razones que excusan cualquier otra labor sanguinaria, por la necesidad.

Convenido, pero por el momento ¿de qué está hecho el que elige tal profesión? Las inscripciones escritas sobre las tumbas de los Douglas, recordaron otros epitafios: alguno dijo que de todos los que había visto, consideraba que la que mejor lección encerraba para nosotros era la grabada sobre la tumba del duque de Devonshire:

«¿Quién descansa aquí? El buen duque de Devonshire.—Lo que poseía ha desaparecido, lo que guardaba se ha perdido.—Lo que ha dado es lo único que le queda».

Ibamos á entregarnos á *hacer moral*, pero uno de nosotros adivinó el peligro y declaró que le parecía también muy sugestivo el epitafio que sirve de encabezamiento á uno de los capítulos de *David Elginbrod*.

«Aquí yace David Elginbrod.—Tened misericordia de su alma, ¡oh, Dios mío!—Como él la hubiera tenido de vos, si hubiera sido Dios.—En lugar de ser David Elginbrod».

Vaya, hay en esto algo que hace pensar. David debió ser un original.

El firmamento se obscureció; los bosques lejanos iban confundiéndose con las nubes en el horizonte. El grupo se levantó, recobrando al hacerlo su ordinaria alegría. Olvidando toda clase de tumbas nos pusimos en marcha; asidos de las manos descendimos por la pendiente suave hasta el fondo del valle; dando gritos de júbilo y soltando la risa á carcajadas, no tardamos en llegar al bonito puente, que atravesamos, regresando á la buena fonda.

Douglas, 20 Julio.

Edimburgo, morada favorita de Escocia, sólo está á unas cuarenta y cuatro millas de distan-

cia. Todo el mundo está dispuesto para marchar allí en esta hermosa mañana.

—En marcha, Perry.

Y muy temprano salimos de Douglas con dirección al capital.

Recorrimos muchas millas atravesando bosques frondosos en los que se oía constantemente el canto de los pájaros y se apreciaban los preciosos detalles matutinos que tan bien describió Beattie: «El arroyo que aturcido desciende bariendo la falda de la montaña; el rebaño que mugé; el cencerro que guía las reses hacia el redil; el zumbido de las abejas; el lamento amoroso del chorlito y el coro completo con que en el bosquecillo se saluda al universo».

El trayecto fué largo, pero lo recorrimos desahogadamente; no hubo más que una cuesta, luego descendimos continua y regularmente hasta Edimburgo. Lo mismo nos hubiera ocurrido de ir por otro camino, pero los mojones que á los lados había, al indicarnos la distancia que faltaba aún, nos hubieran dicho también: «pasad por la carretera nueva, esta es la antigua, que franquea las pendientes y se va muy lejos». Pero nada dijeron y de todos modos no podíamos engañarnos, pues si aquel no era el camino de la «ciudad ahumada», por lo menos era uno de los que á ella conducen. Después de todo, este fué uno de los días más ricos en sensaciones cuyo recuerdo hemos conservado. ¡Cuántas cuestas que nos invitaban á subirlas ó bajarlas á pie! ¡Qué landas en las que no se veía una sola casa, sino sólo rebaños de corderos! Todo ello, iluminado por la luz y las sombras del cielo de Escocia, era grandioso y recordaba algunos de los maravillosos dibujos á la pluma de Black.

Luego tuvimos el placer de ver la niebla, encontrándola en toda su belleza, por más que apenas había adquirido aún su más rico tinte de fuego. La veíamos por primera vez; la landa cubierta, brumosa, era una novedad para algunos de

los nuestros y su belleza les arrancó no pocas exclamaciones de admiración. En el perfume de la niebla hay para el escocés algo «que se bebe y se come».

Al acercarse la hora del almuerzo, todos empezamos á dirigir miradas inquietas á uno y otro lado, en busca de la deseada fonda, pero no se divisaba ninguna habitación, lo que nos hizo abrigar ciertas sospechas de que á pesar de los mojones indicadores de las millas que íbamos encontrando y que nos decían la mitad de la verdad (que es la peor de las mentiras), no estábamos en el verdadero camino de Edimburgo. Cuando estas dudas abrigábamos, encontramos á un pastor, al que rodeaban sus rebaños, quien nos comunicó que distábamos aún doce millas de toda posada. El tiempo era bastante fresco á causa de la brisa; el aire tenía aquel «mordente» que Maggie encontraba tanto á faltar en Inglaterra, y estábamos muriéndonos de hambre. Lo mejor que podríamos hacer, era detenernos allí mismo, junto al río, y esperar á que trajeran vituallas no sólo para nosotros, sino también para las caballerías.

En prueba de nuestra templanza, debo hacer notar que las botellas de sherry, de whisky y de aguardiente que nos habíamos llevado, creo que de Brighton, como fuerzas de reserva para un caso necesario, estaban intactas todavía, hasta que llegó esta ocasión en que apelamos á ellas. Pocas veces un vaso de licor alcohólico ha producido mejores efectos, y digo un vaso, porque así el bello sexo, como el fuerte, comprendían que no menos que esta cantidad era necesaria para hacer frente al frío. Estábamos «en plena landa entre la niebla» pero nos faltaba poco tiempo para recobrar nuestro buen humor y nuestros entusiasmos. El pastor y sus perros participaron de nuestro almuerzo, abriéndonos la conversación de aquél más de una interesante perspectiva acerca de la vida del apacentador de gana-

dos escocés. Era aquel un mortal feliz y contento con su suerte y se mostraba muy satisfecho de no haberse visto condenado á vivir en una ciudad. ¡Creía que una existencia tan cohibida, no hubiera tardado en matarle! ¡Adiós! amable pastor, adiós también «Tweed y Rap», sus fieles compañeros, fieles y sagaces. Vuestra vida produce la satisfacción y ¿dónde encontraréis esta joya si abandonáis la madre patria y sus productos, su niebla y sus arroyos, vuestros perros y vuestros corderos?

En ausencia de Andrés U., Davie nos cantó una canción muy bonita, cuya estrofa más notable era ésta: «Veis allá ese gracioso pastor —que curioseá en la colina— cuyas ovejas ha encerrado ya y cuyos corderos se han tendido tranquilamente?» Suave, suave, pianísimo, amigo mío; estos versos deben cantarse así y no con voz entera, como las demás canciones. Andrés sabe muy bien cómo hay que hacerlo, y sigue: «Pero no quiere ir á acostarse —porque su corazón está inflamado— por el deseo de ir á ver á su amada apenas el rebaño esté en el redil». De este modo nos despedimos de nuestro pastor hasta quien llegaban los ecos de nuestro canto resbalando sobre la superficie de la landa. Cuando le perdimos de vista, no le deseamos todo más que felicidades, estoy seguro de ello. La dicha no está toda en las altas esferas de la vida; en los senderos de la virtud abunda mucho más que en los palacios. Se cantó luego otra canción, que creo que era igualmente de circunstancias, pues de ella se deducía que: «cada hoja de hierba conserva su propia gota de rocío». ¡Ah! La gota de rocío que tenía el pastor, ¡cuántas veces la piden en vano los príncipes.

Después de haber subido y bajado cuestas durante algunas millas, llegamos á la cúspide de una desde la que vimos delante de nosotros, á unas catorce millas de distancia, la moderna

Atenas. No había error; aquella era la residencia de Arturo, el león tendido.

—¡Detente, Perry! Tres veces tres palmadas para saludar á la «Reina del Norte invencible».

—¿Qué decís ahora de Escocia?

Que iguale quien pueda á esta ciudad. No encontraréis ninguna otra en este planeta. Ya podéis buscar por todas partes. A pocas millas del sitio donde nos encontrábamos, fué donde Fitz-Eustace expresó su entusiasmo, con estas palabras: «Dando media vuelta en el aire, exclamó: ¿Dónde está el cobarde que no sienta el valor de batirse por un país como éste?» ¡Batirse por esto! Sí, ya lo creo hasta la muerte! ¡Viva para siempre Escocia!

Estábamos á punto de terminar uno de los actos de nuestro viaje, pues habíamos señalado Edimburgo como uno de los puntos principales á que debíamos llegar y pensábamos permitirnos allí algunos días de descanso, antes de reanudar el viaje á Dumferline, la capital más antigua. Muchos de los nuestros habían hecho una vida muy activa desde que salimos de Brighton, lo que hacía que no dejase de tener para ellos muchos encantos la perspectiva de algunos días de descanso; en cambio parecía increíble la energía y vigor que las señoras habían conservado. A pesar de todo, es muy fatigoso viajar constantemente en coche; ninguno había aumentado de peso durante el trayecto, pero nos sentimos precisamente en el estado en que hay que hallarse para que resulte más provechoso el sport atlético.

Miss R., natural de Edimburgo, fué colocada en uno de los puestos delanteros al lado de Perry, para que llenase las funciones de guía á nuestra entrada en la ciudad é indicase las calles por donde había que ir á nuestro hotel en Prince's Street. Conforme íbamos acercándonos y se veía más distintamente la población, el entusiasmo crecía. Quedaba todavía en pie una de las anti-

guas puertas de peaje, que era ya de las pocas que no habían sido suprimidas. Joé, como de costumbre, se adelantó para pagar los derechos de paso, pero la guardiana declaró que no conocía bien la tarifa que correspondía aplicarnos, porque desde que desempeñaba aquel puesto no había visto pasar nada parecido (y diciendo esto señalaba al carruaje). ¿Qué tenía de extraño esto, después de todo, si habíamos llamado tanto la atención durante nuestro viaje hacia el Norte?

Desde lo alto de una cuesta ví el centelleo del fuerte, detrás del cual se extendía «el rincón de tierra que me era más querido». La población no estaba aún á la vista, pero cuando exclamé: «Dumferline está allá», tres salvas de aplausos saludaron el nombre de la «Vieja ciudad gris», mi ciudad natal.

Edimburgo, 21-26 julio,

Pasamos por Newington con objeto de dejar en la puerta de su casa á la joven artista. Queríamos marcharnos sin ruido, pero mistress H. que estaba esperando, nos estrechó la mano á todos, antes de que tuviéramos tiempo de alejarnos.

M. Mac Gregor, del hotel Real, se había ocupado cuidadosamente de prepararnos alojamiento. Un gran salón con vistas á la calle Prince's Street y á unos magníficos jardines no podía ser para nosotros más agradable. Era aquel un sitio escogido en una ciudad escogida. La noche era hermosa y las luces que se veían en las altas casas parecía como si en cierto modo formasen una iluminación para honrar nuestra llegada. Decir que los expedicionarios quedaron encantados de Edimburgo y que sus esperanzas quedaron colmadas, sería quedarse por debajo de la verdad; los que veían aquella población por primera vez, reconocieron que superaba á cuanto habían imaginado; en cuanto á los que conocíamos sus pintorescos encantos, acabamos de con-

vencer nos de que era superior á todas las demás ciudades. Podéis creerme bajo mi palabra, lectores; no hay en este mundo otra mansión humana tan hermosa en su género y es un excelente género el de la capital de Escocia.

La sorpresa y la satisfacción de mis amigos me causaron gran placer. Escocia había conquistado ya todos los corazones. Se sentía admiración hacia Inglaterra; pero se profesaba afecto á Escocia. ¡Ah! ¿Cómo no había de ser así? También yo la amaba más profundamente que nunca.

Cuando se llega con muchos expedicionarios á una población que tiene numerosos y variados atractivos, el mejor procedimiento es dispersarse en pequeños grupos, reunirse para almorzar y comer y por las noches referir todas las aventuras de la jornada. Esta fué nuestra consigna en Edimburgo.

Durante nuestra permanencia allí se inauguraron los docks de Leith, con cierta ceremonia, á la que llevé en nuestro coche un grupo de amigos. El tiempo, aunque desde el punto de vista meteorológico no podía llamarse claro, no por eso impidió pasar un buen día á los turistas. Al regresar nos detuvimos en la magnífica residencia de M. N., quien, así como sus hijos, se mostraron atentísimos con nosotros mientras permanecemos en la ciudad. M. N. nos proporcionó placer infinito enseñándonos su inmensa imprenta en la que se hacen trabajos exquisitos como las *Felicitaciones de Pascua*, *Recuerdos de amistad* y mil otros objetos muy bonitos que no había visto hasta entonces y cuya confección en todas sus fases tuvimos ocasión de presenciar. Le pregunté si estaba conforme con la afirmación que hacen personas peritas en la materia, reconociendo la superioridad del trabajo americano en las impresiones en blanco y en negro de que nuestras revistas é ilustraciones son tan notables muestras y me contestó que no había la menor duda de que las publicaciones de

la Gran Bretaña no podían rivalizar con las de América. La razón que de ello dió merece reflexión y os ruego, compatriotas americanos, que la tengáis en cuenta.

Dos revistas americanas, *Harper's* y *Century*, tiran cada una más de cien mil ejemplares, mientras que ninguna ilustración inglesa alcanza á la mitad de esta cifra, de lo que resulta que el editor del Nuevo Mundo puede pagar por sus grabados el doble de lo que paga el de la Gran Bretaña. Si esta es la verdadera causa de la superioridad americana en este punto —y es de creer que lo sea, porque M. N. sabe muy bien lo que dice— resulta que aumentando nuestra población más rápidamente que la de Inglaterra, la diferencia entre las publicaciones de ambos países ha de acentuarse también hasta que un día las de América lleguen á una altura en que sea imposible toda competencia. Si se sacan de esta consideración sus consecuencias lógicas, tendremos que la Gran Baetaña no tardará en recibir de su retoño lo que hay mejor en todas las especialidades artísticas, en las que el éxito depende de la difusión entre un público muy numeroso. Esto me parece presagiar una revolución económica, no sólo porque es una prueba de la superioridad intrínseca de América, sino porque cincuenta y cinco millones de personas que hablan y leen el inglés pueden hacer mayor gasto para procurarse un objeto cualquiera, que treinta y cinco millones de habitantes que hay en Inglaterra.

El hecho de que el coronel Macpleson haga venir á Nueva York para la temporada teatral toda la compañía de la Opera de Su Majestad, con la misma regularidad con que la presenta en Londres y de que gane mucho más dinero en la primera que en la segunda de dichas capitales, merece también ser tenido en cuenta.

Es asimismo de notar el hecho de que los grandes actores encuentren más campo en América que en Inglaterra, y el de que los mismos cléri-

gos reconozcan que el llamamiento del Señor para emprender un trabajo muy extenso y percibir emolumentos más elevados lo reciben con frecuencia de la otra parte del Atlántico. Los doctores Mac Cosh, Hall, Ormiston y Taylor, que son nuestros teólogos eminentes, reciben salarios triples en la República, donde se les considera como importaciones útiles. Mr. Evards hablando de ellos en uno de esos momentos de inspiración que siguen á la comida, decía:

—Son casi la única clase de tela que se importa sin derechos de aduanas.

Mientras América se ha limitado á enviar á la Gran Bretaña tocino, queso, vituallas y otros productos locales de esta naturaleza, todo ha marchado bien, pero si se pone ahora á exportar los materiales de la vida intelectual, los tesoros del arte, que dan encanto y luz á la existencia del hombre, entonces habrá motivos serios para alarmarse. Por mi parte, no quiero pensar que los americanos puedan importar á la Gran Bretaña toda clase de productos y que el país en otro tiempo tan altivo, que ha dirigido el mundo llegue al extremo, en cierto modo, de recoger las migajas caídas de la mesa de este país opulento.

Sólo desde un punto de vista quedará América en segundo término durante un período bastante largo de tiempo y es en lo que se refiere á las grandes revistas inglesas. Nuestra generación no verá nunca aparecer rivales que puedan ponerse allado de *Fortnightly*, de la *Nineteenth Century*, del *Blackwood*, del *Chamber's Journal*, ni de las *Revistas* de Edimburgo ó de Westminster, aun cuando la *North American* ó la *Internacional* son buenas pruebas de que en estas carreras, América puede poner en línea dos caballos que no son del todo malos. No debe olvidarse que los pájaros representados en la *Century Magazine* y de los que el *Athendum* ha dicho que son muy superiores á toda otra obra artística inglesa, fueron dibujados por una señora joven de América

y grabados por su hermana, resultando superiores á todo lo que en Inglaterra se ha hecho. Por otra parte, miss Rosina Emmet ha enviado á sus amigos de Londres, como regalo de Navidad, una composición que ha obtenido el segundo premio en la Exposición celebrada en la capital británica y eso que aquella obra no estaba destinada á ser más que una prueba de afecto puramente personal. Tomemos buena nota de esto y dediquemos tres aplausos á las damas artistas de la República. Al sacrificar todos sus encantos femeninos por dar una expresión pública de su amor á lo bello en todas las formas, no han hecho más que adquirir un encanto más, encanto indefinible que sus hermanas, menos afortunadas, no pueden esperar obtener nunca. ¡Cuánto respeto debe sentir un hombre hacia una mujer que tan hermosas cosas hace en el arte, en la literatura, en la música ó en cualquier otro orden de trabajo!

Los turistas acordaron conceder una licencia al secretario y al organizador general de la expedición, para que pasaran el domingo con mis amigos M y mistress G, en Strathairly-House, en las orillas del Forth. ¡Qué vista más agradable! El comodoro de la escuadra de yachts del Forth, (que este es el título que tiene M. G.), tenía preparada una embarcación para llevarnos á Edimburgo el lunes por la mañana.

Disfrutamos el placer de dar un paseo por el río, pero nos fué imposible aceptar la invitación que se nos hizo de cambiar por un día la cualidad de alegres turistas por la de atrevidos marinos, lo que dolió en gran manera á todos nuestros compañeros cuando se enteraron de la fiesta que se nos proponía; mas no había medio de disfrutar de todo lo que encontrábamos al paso. Otra vez, Comodoro, este miembro de la escuadrilla, recientemente elegido, ira á dar fe de presencia en el puerto de reunión y á beber una copa con vuestros simpáticos tripulantes.

En la Gran Bretaña se inicia un verdadero fu-

ror por el yacht. En cuanto á mí, no me siento en mi casa á bordo de buques mucho más pequeños que un trasatlántico. Los turistas acordaron por unanimidad, que su yacht tendría cuatro ruedas, tirarían de él cuatro caballos y marcharía sobre tierra firme.

Cuando regresamos á Edimburgo el lunes por la mañana se oyó por primera vez en nuestro viaje el fragor del trueno hacia la parte de Dumferline, lo que nos hizo temer que íbamos á pasar algún mal rato.

Nuestro amigo M. D., miembro del consejo directivo de la expedición, vino á comunicarnos que pudiera suceder muy bien que se hiciera una manifestación cuando llegáramos á mi ciudad natal; poco después recibimos un telegrama del secretario M. Simpson, quien nos rogaba que retrasásemos un día la llegada, lo que nos convenció de que no se trataba de una broma, sino que la cosa iba seria, en cuyo caso estaba seguro de que no sería yo solo quien sufriría.

Cuando nos encontramos en la mesa, declaré como ley inapelable, que si era preciso perorar en público MM. P., Mac. C., K., el organizador general y V., serían los que tendrían que pagar. Parece imposible cómo suaviza los apuros propios, ver que nuestros mejores amigos se encuentran más asustados que nosotros mismos.

Mientras animaba á estas víctimas, iba adquiriendo valor á mi vez, procurando persuadirme de que sus brindis habían de ser éxitos. No hay discursos que causen tanto efecto como los primeros que se pronuncian. Las dos últimas personas indicadas, hicieron tal género de promesas tentadoras, si las damas consentían otorgarles una dispensa; en cuanto á los demás declaré que planteaba la cuestión de confianza, y el gabinete fué sostenido en su puesto. Si leéis sus discursos tengo la convicción de que os convenceréis de que mi elección fué acertada.

Aquella noche tuve la satisfacción de ver á sir

Noel Paton, el hijo más distinguido de Dumferline, que pudo venir á visitar á su hermana y al que estrechamos con más efusión la mano, al enterarnos de un accidente que le había ocurrido, en el que estuvieron á punto de perecer ahogados él, su esposa y su hijo Víctor. Paseando en una barca de vela, á doscientas yardas de la costa, habían caído al mar, enredados entre cables y velas, pero como los tres sabían nadar, se ayudaron mutuamente y se sostuvieron, hasta que lady Paton consiguió colocarse en medio, apoyando un brazo en el hombro de su esposo y otro en el de su hijo y así poco á poco llegaron á la playa. ¿En qué otro país, os pregunto, un terceto en estas circunstancias hubiera podido hacer una cosa semejante? A los que no conocéis Dumferline, he de deciros que los Paton fueron siempre una familia notable, que durante generaciones el genio se ha cernido siempre sobre su casa, poniéndose sobre la cabeza ó el corazón de un padre, de un hijo ó de una hija y tocándolos con su varita mágica. La sangre desempeña un gran papel sin duda, en esto, pero la sangre de un honrado tejedor ó zapatero, es, por regla general, un artículo de muy distinto valor y del que cabe estar orgulloso, que de la de ciertos nobles cuya elevación se remonta á actos capaces de hacer ruborizar á sus descendientes, si se les hablara de su origen. Gracias á la bondad divina tenemos nosotros todos por antepasados á honrados tejedores; compadezcamos á aquellos que no tienen antepasados de quienes enorgullecerse, aunque hayan sido duques ó duquesas.

Dumferline, 27-28 Julio.

Reunid los cincuenta días que duró nuestro viaje y todos los hubiéramos cambiado por otros tantos, aunque fueran lluviosos, si esto nos hubiese podido asegurar uno bueno para esta excursión. Pues bien, tuvimos un día magnífico; el sol brillaba como si se sintiera dichoso iluminan-

do aquel día, el más memorable en la vida de mi madre y en la mía, tan memorable como puede serlo un día, gracias á las acciones de nuestros conciudadanos.

Salimos de Edimburgo y llegamos á Queensferry á tiempo para tomar el vapor que salía al medio día. Era aquél el lugar de la escena tan magistralmente descrita en *Marmiön* y que, sin embargo, traté en vano de recordar al contemplarla. Si Dumferline y los truenos que por aquel lado se oían no hubieran estado tan cerca, hubiera podido recordarle más bien ó más mal, pero aquella mañana fracasé por completo.

«Pero allá hacia el Norte, con un brillo más puro, caían los rayos solares sobre los montes de Ochil, dando un tono de amatista purpurada á las cumbres y á las nieblas que iban besando. Mas lejos, alla abajo divisáis las costas de Fife, aquí la bahía de Preston y Berwick-Caw, entre los que rodaba en ancho cauce el audaz Firth, que se presentaba á la vista, con las islas que flotan en su seno semejando esmeraldas engarzadas en oro».

Realmente era aquella una de las mañanas en que las galas de la naturaleza brillaban con todo su esplendor.

Al desembarcar en la orilla opuesta, fuimos recibidos por el tío y la tía, Maggie y Annie y se resolvió ser preferible no arriesgarse á almorzar en las ruinas del castillo de Rosythe, como se había proyectado, pues la hierba estaba aún húmeda por recientes lluvias. En consecuencia, nos dirigimos en coche hacia la posada, pero encontramos en el dintel á la dueña, quien levantando los brazos, nos decía:

— ¡Estoy sola! ¡No hay nadie en la casa! Todos se han marchado á Dunferline, donde hoy han de pasar grandes cosas.

¡Un hotel donde no hay siquiera criada! Sin embargo, la buena señora nos dijo que podíamos entrar y servirnos de lo que en la casa hubiera,

de modo que nos arreglamos como pudimos para almorzar, aun cuando algunos de nosotros poco hicieron para lograrlo. Había allí tres hombres y la esposa y la prima de uno de ellos que por primera vez no se preocuparon gran cosa de lo que había para comer.

¡Discursos! ¡Discursos! Esto era lo que atormentaba á Harry, á Davie y á mí mismo que, para estar seriamente inquieto tenía muchos motivos de que los demás no se formaban idea, pues comprendía que si Dumferline se había puesto en movimiento y el pueblo estaba resuelto á hacernos un recibimiento público, era imposible saber hasta dónde llegaría.

Si hubiera podido esquivarme decorosamente, dar una gran vuelta, enviar á mis paisanos una carta excusándome, en lo que les hubiera dicho que me sentía incapaz de soportar aquella prueba, lo hubiera hecho. Además temía que la reina viuda no pudiese tampoco arrastrarla, porque cuando los ojos se llenan de lágrimas, se acabó todo el valor. Afortunadamente teníamos á mis tress H. para animarla y se decidió prudentemente que ésta se colocaría en el interior del carruaje para velar por aquella. En cuanto á mí, haciendo de tripas corazón, dije á los turistas que estábamos como perros en un engranaje y que no quedaba otro recurso que seguir hasta el fin sin debilidad, pues había llegado el momento crítico y había que hacer frente á lo que se presentara, fuera lo que fuera. Ya no temía el momento de entrar en escena y por mí juzgaba que los demás se hallaban en igual estado de hacerlo lo menos mal posible; me sentía animado y no quería ya escuchar nada. Pero desempeñar aunque sólo sea por un solo día, el papel de héroe popular, es una terrible misión.

Cuando me detenía un momento reflexionando, me decía que mi más seguro sostén estaba en la consideración de que la chispa que había encendido los corazones de mis paisanos, era el

regreso de la reina viuda y la parte que debía tomar en las manifestaciones que se preparaban. Aquella mujer fuerte tenía bien merecido por cierto cuanto en honor suyo se hizo aquel día.

Al llegar á la bifurcación de los dos caminos, un hombre nos salió al paso informándonos de que se esperaba que entraríamos por el antiguo barrio de Innerkeithing, cosa en que no me había fijado, pareciéndome en aquel momento muy bien escapar, yendo por otro camino, á una parte del compromiso. En todo caso, venía á ser esto como esas marchas de lado que según dicen hacen los soldados bisoños para evitar el primer fuego. Tomamos, pues, el camino directo.

Al llegar á lo alto de la cuesta que domina el paso de Bac, vimos la población tan muerta como si estuviese sumida en el sagrado reposo del sábado. Qué hermoso es Dumferline visto desde las colinas de Bac, dominado por su grandiosa abadía que parece santificar la población y transmitir encanto y dignidad hasta á las casas más modestas! En toda Escocia, y aun en ninguna otra parte, que yo sepa, hay una perspectiva tan variada, tan encantadora, como la que en un día hermoso se disfruta desde el Parque. Lo que es Benarés para el indio, lo que la Meca para el mahometano y Jerusalem para el cristiano, todo eso es para mí Dumferline.

Pero aquí he de detenerme.

Si queréis saber cuán impulsivos y entusiastas son los escoceses así que se les ha excitado, y hasta qué punto las gentes del Norte, de rostro sombrío, severo y leal, son ardientes y extremados en su afecto, así que su sangre se pone en movimiento, no sé dónde podréis hallar mejor prueba que en lo que voy á decir. Veréis que llama más grande ha brotado de una chispa. La reina viuda y yo estamos confusos todavía, pero llegamos á desempeñar bien ó mal nuestro papel, hasta el fin, sin sucumbir.

Ella había sido elegida para colocar la prime-

ra piedra de la Biblioteca libre. Cuando llegó el entusiasmo popular no tuvo límites. Realmente, había algo de cuento de hadas en el hecho de que aquella mujer había salido de su ciudad natal treinta años antes, pobre, acompañada de sus hijos, para establecer un hogar nuevo en la gran República y que regresaba ahora en su coche, habiéndole sido otorgado el privilegio envidiable de inscribir su nombre en los fastos de la ciudad y en una de las formas más duraderas que existen, pues sean las que fueren las instituciones útiles que nacerán ó desaparecerán en el porvenir, parece que una Biblioteca libre está destinada á durar, á ser una fuente inagotable de beneficios para todos los habitantes. El futuro historiador de esta antigua ciudad tendrá que registrar el hecho de que en este día y con un tiempo magnífico, entre los aplausos de millares de concurrentes, la reina viuda puso la primera piedra del edificio, honor que según ella decía, ni la misma reina Victoria puede conceder otro que le iguale y del que yo tenía el deber de informar á mis conciudadanos en una memoria. Esta era la opinión de los hijos de la reina viuda. Las ceremonias se efectuaron de un modo triunfal. En cuanto al desfile de la comitiva, puede resumirse en esta línea que publicaron los periódicos de Dumferline: «Puede asegurarse que esta manifestación no tiene precedente en la historia de esta capital». No me dejaré arrastrar por el deseo de extenderme en el relato de este movimiento inesperado, diré tan sólo que cuando nos detuvimos para saludar el pabellón estrellado y rayado que flotaba sobre el campanario de la abadía para dar delicadamente la bienvenida á los expedicionarios (nunca había ondeado allí ninguna bandera extranjera, según nos dijo el guardián de las ruinas, nuestro amigo M. R.), cuando pasamos bajo la puerta abovedada de la torre, fué cuando recibí el golpe más rudo del día. Me hallaba de pie en el banco delantero de

coche con M. Walls, cuando oí sonar por primera vez la campana de la abadía. En aquel momento mis rodillas flaquearon, se me llenaron los ojos de lágrimas, á pesar mío, y me volví para decir al preboste que no podía seguir adelante. Hubo un instante en que creí que iba á caer desvanecido; afortunadamente vi que no había nadie cerca de nosotros y tuve tiempo para recobrar el imperio sobre mí mismo. Mordiéndome los labios hasta casi hacerme sangre, me dije en voz baja: «Sé firme, tranquilízate; hay que andar». Nunca oirán mis oídos en este mundo, ni penetrará en mi alma un sonido capaz de conmovirme, de subyugarme tan dulce y profundamente como el de aquella campana.

Era esta la misma que tocaba á cubre-fuegos en los tiempos en que me dormía en mi camita con el sueño de la inocencia. Mi padre y mi madre, unas veces uno y otras otro me habían explicado inclinándose afectuosamente sobre mí por las noches, lo que la campana decía, y ésta gracias á tal tradición, me había dicho muy buenas palabras. Cada vez que durante el día había cometido una falta, este eco de todo lo que yo sabía del cielo y de nuestro buen Padre que en él tiene su morada, no dejaba nunca de hablarme antes de que me hubiera dormido y sus palabras eran tan claramente comprendidas por mí, que me hacían creer que había sido visto por el Ser poderoso que la hacía mover; pero su voz no era nunca irritada, sino únicamente severa, muy severa. Ahora que vuelvo á oirla, esa campana no ha perdido su lenguaje para mí; todavía tiene un encargo que transmitirme; en este momento saludaba el regreso de la madre expatriada y de su hijo, que se ponían de nuevo bajo su preciosa protección. El mundo carece del poder de inventar y más aun el de concedernos realmente una recompensa comparable á la que nos dió la campana de la abadía al tocar en honor nuestro. Si hubiera estado allí también mi her-

mano Tom; éste fué el primer pensamiento que se me ocurrió. También él empezaba á conocer las maravillas de esta campana antes de que nos pusiéramos en camino para las nuevas tierras.

Rousseau deseaba morir al son de una dulce música; yo si pudiera escoger mi compañía, quisiera entrar en el incierto, más allá oyendo sonar la campana de la abadía, que me diría la carrera recorrida y me llamaría al sueño, como llamaba al niño, hoy cubierto de canas.

Pasamos dos días en Dumferline.

El turista puede salir de Edimburgo para visitar las ruinas de la Abadía y de Palacio que realmente merecen ser vistas. En aquélla están inhumados la reina Margarita, el rey Roberto Bruce, y otros varios reyes y reinas, pues esta población fué la capital de Escocia antes de que Edimburgo alcanzara la importancia necesaria para serlo. ¿Quién no recuerda la famosa balada de sir Patrick Spens? El rey está instalado en la ciudad de Dumferline—bebiendo vino rojo como la sangre—¡Ah! Dónde encontrar un hábil piloto para guiar á la vela esta nave que es mía?»

Dumferline es en la actualidad el centro de la fabricación del damasco y los americanos no dejarán seguramente de enterarse con interés de que las dos terceras partes de la mantelería que se elabora en las once fábricas que aquí hay se destinan al uso de nuestros republicanos. Cuando estuvimos allí estaba elaborándose un dibujo que hizo furor algún tiempo, representando á un caballo americano iroqués corriendo al frente de los caballos ingleses más rápidos. En estos momentos los dibujos que se hacen se inspiran en «Jumbo».

Una visita á una de las principales fábricas, no puede dejar de tener interés para los aficionados á ver cosas, y á los que tengan ese gusto, les aconsejo que den una mirada á las soberbias muchachas y á los jóvenes y honrados obreros que

á este trabajo se dedican. Muchos millares de ellos figuraron en la comitiva que vino á recibirnos hasta los límites del término municipal. Su aspecto decente y el buen gusto de que en sus vestidos daban muestras, sorprendieron muy agradablemente á los viajeros del coche. Nuestro *soi-disant* poeta, compuso á este propósito una estrofa en la que se hacía ver el cambio operado en la antigua capital desde la época de sir Patril Spens; y nos la recitó luego en el carruaje; decía: «Los reyes de otro tiempo habitaban la ciudad de Dumferline y bebían vino rojo como la sangre; los reyes de hoy hacen mejor faena, pues tejen el fino damasco».

Eso es lo cierto, Davie. ¿No dice la Escritura Santa que el hombre diligente se mantendrá de pie ante los reyes? ¿Y no es ya tiempo de que los reyes borrachos cedan el puesto al ciudadano útil en el mundo entero?

El viernes amaneció nuboso, pero algunos amigos que vinieron temprano á vernos y despedirnos, nos aseguraron unánimemente que el tiempo mejoraría, resultando que fueron profetas pues hizo un día excelente. Al pasar por delante de la residencia del coronel Myers, cónsul de América, entramos un momento para dar tres hurras de despedida en honor de la Gran República y de aquel su representante.

Kinross, viernes 28 Julio.

Almorzamos en Kinross. Mamá se vió obligada por primera y última vez á refugiarse en el interior del coche, durante algunas horas después de nuestra partida de Dumferline. Las despedidas de personas con las que se mantienen íntimas relaciones y á las que se quiere mucho, deben contarse entre las pruebas más difíciles de soportar que hay en la vida. Indudablemente uno de los pormenores que más contribuyen á hacernos desear el cielo, en la pintura que de él se nos hace, es el de que allí no habrá ya separaciones;

en cambio, pudiera hacerse el infierno más terrible aún, diciendo que en él habrá una *daría*.

Mientras estábamos en Kinross, tuvimos ocasión de dar un largo paseo á lo largo del Loch Leven y ver en la isla las ruinas del castillo de donde se escapó la reina María con la ayuda de Douglas. No hay cuestión tan delicada en Escocia, como esta de María, reina de los escoceses. Basta con que se dé á entender que no fué el prototipo de la pureza para que se promueva una viva discusión. Hace ya mucho tiempo que un «punto de teología» ha dejado de ser allí un buen hueso para que se peleen los perros, pero esta reina María lo será, en cambio, durante mucho tiempo. ¿Qué importa que fuera esto ó lo otro? El verdadero punto de vista, en la actualidad, es que fué una belleza desgraciada y que no podemos menos que sentir simpatía hacia una mujer generosa, distinguida (aun cuando su distinción estaba formada por coquetería francesa, á la que rodeaban gentes rudas y groseras. ¿A qué darse malos ratos por tal cosa? Pero después de todo, es preciso tener algo por qué disputarse y este es un tema de discusión bastante más razonable que el «punto de teología», afortunadamente ya pasado de moda.

La conversación mientras íbamos en el coche, versó aquel día únicamente sobre la manifestación que nos habían hecho en Dumferline. El bailío V. se había empeñado en que comeríamos verdaderas grosellas de Escocia y nos había mandado poner en el carruaje una gran cesta de ellas.

—No vamos á acabar con ellas, dijimos unánimemente en Kinross; pero en Perth habíamos ya cambiado de opinión y al llegar á Potlochrie no solo la opinión era competamente contraria, sino que hubiéramos deseado que hubiese todavía fruta de aquella. No, querido bailío, nuestros amigos de América no sabían hasta entonces lo que eran las grosellas y así lo reconocieron.

La hermosa ciudad de Perth debía ser objeto de nuestra etapa, pero antes de que hubiéramos llegado allí, los compañeros nuestros, aficionados á andar á pié, hicieron una agradable excursión, recorriendo el hermoso valle de Targ. A cada paso que daban, á cada recodo del camino, se quedaban agobiados bajo la impresión de los encantos del país y se veían obligados á declarar que no hay nada semejante fuera de Escocia. El aspecto de las plantas forrajeras, de las flores salvajes, tan frescas por el rocío y por las recientes lluvias, nos rejuvenecieron, por decirlo así, y esto hizo que en el valle no tardaran en resonar los ecos de nuestras risas y canciones.

La obertura del valle en la rica llanura de Gowrie, nos reservaba una sorpresa que merece ser consignada. Creo que no hay nada en la Gran Bretaña, ni en América, que iguale, como cultura á la famosa llanura de Gowrie. Habían de ser muy sabios los agrónomos que pudiesen enseñar á los labradores de aquella llanura la manera de aumentar en algo las cosechas en aquella parte de nuestra buena tierra materna. Davie empezó á reconocer que Escocia produce cosechas que Inglaterra no puede igualar. El condado de Perth es un hermoso país; no es el Highland, ni el Lowland, pero ocupa una situación que puede recordar la media proporcional y reúne la mayor parte de las ventajas de uno y otro.

Perth, sábado 29 julio

La vista que se disfruta desde la colina que domina á Perth, no puede ser más soberbia.

¡La hermosa ciudad de Perth dicen y es exacto, exclamamos todos á una voz. El tortuoso Tay sobre el que se deslizaba una barca de vela, las fértiles llanuras que se extienden al otro lado y la atrevida cumbre cuya base besa el río, absorbieron la atención de los expedicionarios, haciendo que se detuvieran un buen rato en aquella altura. Yo no había visto Perth hasta entonces, de

manera que me sorprendió su hermosa situación. Cada vez estábamos más admirados de lo que Escocia ofrece cuando se la contempla de cerca, y aun había que subir á la cumbre de Winnou para disfrutar una perspectiva más grandiosa, si es que se quería saber hasta qué punto puede Escocia estar orgullosa de sí misma.

Los arqueólogos atribuyen la fundación de Perth al romano Agrícola, quien desde aquellas alturas vió allí una segunda Roma y en el río otro Tiber. «He aquí el Tiber, exclamó el vanidoso romano contemplando el ancho cauce del Tay, por la parte de Bayglié; pero ¿quién será el escocés que se preste á devolver cumplido por cumplido y á saludar el delgado hilo de agua del Tiber, como si fuera un segundo 'Iay?» Agrícola sufría acaso la nostalgia, encontrándose el pobre en el mismo estado de ánimo que el escocés expatriado que se esfuerza por creer en su lauda natal cuando come su parte del plato nacional llamado «haggis», en la fiesta de San Andrés, en Nueva York.

Desde el tiempo de Wenneth Mac Alpine, hasta el reinado de Jacobo I, Perth fué la capital de Escocia y asistió á la coronación de todos sus monarcas. No hay escocés que no conozca la historia de Jacobo I y no sepa como se ocultó para huir de los asesinos en el monasterio de los Dominicos y como la hermosa Catalina Douglas pasó su brazo por el anillo del cerrojo, y mantuvo la puerta cerrada delante de ellos, hasta que con un brutal empujón le rompieron los brazos, siendo el fugitivo arrancado de su escondrijo, por Robert Grahame—que degolló á nuestro Rey.—Que Dios le cubra de vergüenza!

La antigua abadía de Scone, donde se verificaba la coronación, está situada á unas dos millas y media de la ciudad, pero hoy no queda de ella más que el nombre y los recuerdos que lo acompañan. El antiguo montículo existe aún, pero la piedra sagrada sobre la que se sentaban

los monarcas durante la ceremonia se la llevó Eduardo I y está actualmente en la abadía de Westminster, donde es objeto de extraordinario interés para todos los verdaderos escoceses. En aquellos días de realeza—días de rudeza y grosería por otra parte, si se miran á través de los modernos anteojos,—Perth era el punto hácia donde se volvían las miradas de los hombres de todas las clases, y la menor de las alturas existentes en sus alrededores, por poco que se prestase á ello, se coronaba con algún castillo ó fortaleza de un poderoso caudillo. Como era natural, estos autócratas estaban frecuentemente en lucha unos con otros, ó con los magistrados de la ciudad. En este último caso, si no se veían bastante fuertes para atacar al león en su guarida, detenían los convoyes de provisiones ó los barcos que llevaban á la población los artículos necesarios para la vida; entonces los ciudadanos irritados se levantaban, se armaban del broquel y de la espada, hacían una salida y quemaban uno ó dos castillos. Pero como en último término las querellas con la gente de la población no les resultaban ventajosas, preferían volver sus armas unos contra otros. Lo que da un tinte desconsolador á las costumbres de esta época es que las autoridades se hallaban dispuestas más bien á envenenar que á extinguir estas discordias, pues aseguraban su propia seguridad llevando á sus vecinos á degollarse fraternalmente. Algunas veces el rey ponía en lucha una ó dos docenas de estos hombres en alguno de los arrabales de la ciudad, para divertirse él y su corte, ni más ni menos que se organizaban peleas de osos ó de perros en aquellos tiempos impíos.

Todo el mundo ha leído en la «Hermosa hija de Perth» la animada relación de una de estas batallas entre treinta hombres escogidos de la casa Quhele y otros tantos de la Chattan, sostenida en la isla del Norte de la ciudad, precisamente en el magnífico prado que en opinión de Agrícola tanto

se parecía al Campo de Marte. Este relato es auténtico. Esta batalla tuvo efecto realmente bajo el reinado de Roberto III, quien en vano había procurado reconciliar á los dos bandos rivales. Para poner término á la cuestión, se propuso que cada partido elegiría sus campeones que defenderían su causa en campo cerrado ante el monarca, abrigándose erróneamente la esperanza de que se restablecería la paz cuando se hubiesen destrozado los mejores guerreros de ambas partes. El sitio elegido se señaló abriendo una zanja y se levantaron tribunas para los espectadores. pues, como se ha dicho, este odioso combate debía librarse en presencia del rey, de su corte y de gran número de caballeros ingleses y franceses que acudieron atraídos por la novedad del espectáculo. Los combatientes, provistos de sus armas nacionales, arcos y flechas, espadas y escudos, dagas y hachas de combate, entraron en lid cuando el monarca hizo la señal, lanzándose unos contra otros hasta que el bando Chattan fué declarado vencedor; el único sobreviviente del vencido se escapó á nado, refugiándose en los bosques. Los pocos que quedaron del bando vencedor se hallaban tan estropeados, tan mutilados y sin fuerzas, que daba horror mirarles, lo que justificaba en cierto modo la lealtad con que procedió el buen rey Roberto al poner frente á frente á estos turbulentos personajes.

Este día, antes de partir, nos paseamos un par de horas por las márgenes del Tay, llamándonos muy especialmente la atención un regimiento de voluntarios que estaban haciendo el ejercicio, viendo con agrado que todos ellos tenían muy buena figura, aun fijándose en los detalles más minuciosos; lo mismo pudimos observar cuantas veces vimos la milicia y los voluntarios. Pero la nación no debe hacerse ilusiones al contar con estas fuerzas, sino como auxiliares del valor en caso de necesidad. No me cabe la menor duda de que para una campaña corta estos soldados sean igua-

les á las tropas regulares, pues la experiencia lo ha demostrado en América y los hombres que he visto son sin ninguna duda superiores, pero en una guerra defensiva, en que se ha de combatir por el país, es preciso contar con las bayonetas inteligentes. El día en que la cuestión se plantee en este terreno, los escoceses derrotarán á cualquier tropa mercenaria que se les ponga enfrente; en cuanto á escaramucear contra pobres soldados medio armados, espero que esos hombres serían lo bastante inteligentes para considerar despreciable que se les tratara de utilizar con tal propósito.

Las poblaciones que vimos al otro lado del Tay, nos parecieron muy bonitas, con pequeños palacios muy elegantes y jardines y ensenadas de refugio para barcas. En resumen, convinimos en que Perth era una ciudad muy bonita.

Después del almuerzo que se hizo en el hotel, en Dunkeld, dejamos que descansaran nuestros caballos é hicimos un paseo de algunas millas hasta las cascadas, situadas en el punto del valle de Athol donde Millais tomó el boceto para su famoso cuadro denominado: «Por encima de las alturas y mucho más allá». Es un panorama maravilloso é iluminado como lo estaba en aquellos momentos por rayos solares que se deslizaban entre nubes oscuras y que al pasar por la nieve tomaban tintes de arco iris, producía un efecto que nos dejará recuerdo duradero.

Se recorren treinta millas por las posesiones del duque de Athole, que es el monarca que reina sobre los montes, desfiladeros y valles, hasta tanta distancia como la vista puede abarcar. ¡Magnífica heredad. Dicese que un huracán, en una sola noche ha arrancado setenta mil árboles suyos.

En los alrededores de Dunkeld el paisaje es muy hermoso. La descripción del poeta Gray, que en 1766 visitó todo aquello, sigue siendo exacto todavía: «El camino llega hasta el borde de una

pendiente rápida y profunda, pasando por entre bosques de encinas, desde los que vimos muy por debajo de nosotros el Tay que se precipitaba como un torrente al fondo de un abismo que tenía por lo menos ciento cincuenta pies de profundidad; en el trayecto era el río trasparente como el cristal, estaba lleno hasta los bordes y corría con gran rapidez, como si acabase de brotar de los bosques espesos y altos que se extendían á sus lados. Lo dominaban rocas áridas y desnudas de enorme elevación y á mayor altura que éstas, hacia el Oeste, aparecían las cimas de otras montañas en las que se posaban las nubes por la tarde. Abajo, en las orillas del río y entre sombras espesas, está situada la villa de Dunbeald, encontrándose en medio de ella una catedral en ruinas, de la que quedan el campanario y el armazón entero del edificio. Un poco más lejos está una vasta residencia del duque de Athole, cuyas dependencias y jardines se extienden hasta una milla de la población, y como los torrentes de aquel resultan cortados por las calles y los caminos, los ha puesto en comunicación mediante puentes y arcos que aumentan lo pintoresco de aquellos lugares.» La catedral, ruina imponente aún, se halla situada un poco hacia un lado de la villa en medio de un bosque de árboles frondosos. Fué destruída por los puritanos que la saquearon en el siglo diez y seis, pues aun cuando la orden de «purificar la iglesia de todos los monumentos de la idolatría» se refería únicamente á las imágenes y á los altares, en aquellos tiempos de fanatismo el celo de los hombres era muy difícil de moderar y el populacho se encarnizaba en su obra destructora en tanto que hubiera una puerta sobre sus visagras ó una ventana intacta. Desde entonces el campanario, la nave central y las laterales están abiertas al sol y al viento; solo el coro ha sido restaurado y sirve actualmente de iglesia parroquial, viéndose en él aún la tumba, con la estatua yacente del famoso conde de Buchan, más co-

nocido con el nombre de: el lobo de Badenoch.

El cochero que nos sirvió en este día nos llamó muy especialmente la atención por el conocimiento que parecía tener de los hombres y de las cosas; era uno de esos tipos de los que no nacen muchos fuera de la landa brumosa. No tenía muy buena opinión del hombre que posee treinta millas de territorio sin haber hecho nada nunca para ello. Para todas las preguntas tenía una contestación tan oportuna, que se quedaba grabada en la memoria.

—¿Por qué el pueblo para decidir que no haya ya en lo sucesivo reyes, príncipes, duques, ni lores y declarar que todos los hombres han nacido iguales, como lo hemos hecho nosotros en América?

—¡Oh! amigo, eso sería una reunión muy fuerte.

Esta palabra *fuerte*, la acentuó mucho, en el sentido de fuerza. Luego añadió: pero ya se hará un día ú otro y de seguro que será muy fuerte. No podemos sufrir eternamente el absurdo por mucha que sea nuestra paciencia y nuestra lentitud.

Dunkelf es la entrada de los Highlands y esto hizo que al entrar en ella cantáramos: «Hay colinas más allá de Pentland; hay otros ríos además del Torth; si hay lords allá en el sud, no faltan jefes en el Norte». Ya estamos al fin entre verdaderas alturas; á un lado se levanta el Birnam; al otro el Dunsinane.

Poderoso maestro, vuestra sombra llega hasta aquí y nos encontramos envueltos en ella todavía. El aire mismo está lleno de Macbeth y Banguo asesinado, flota aún por encima del valle. ¡Con qué perfección Shakespeare condensa en dos palabras el lento crepúsculo sobre el que va tendiéndose la obscuridad, entre los pinos de color verde oscuro de estas latitudes septentrionales. «Antes de que el murciélago haya emprendido el vuelo, alejándose de la prisión en que vive; antes

de que á los llamamientos de la sombría Hecate el escarabajo de alas córneas y de zumbido mortecino, se haya dejado oír en la dormida noche, se realizara un acto de importancia terrible...; la *luz se hace espesa*, la corneja agitaba las alas para llegar al bosque que abriga á su pareja; las cosas honestas del día empiezan á bajar la cabeza, cayendo en somnolencia, mientras los seres negros que obran durante lanoché se levantan en busca de presa».

Este hombre, cerrando los ojos imaginaba más cosas que los otros ven teniéndolos completamente abiertos, aunque se encuentren entre los objetos por aquél descritos. Es una verdad «que *la luz se hace espesa*, que la obscuridad trepa por encima de nosotros y nos envuelve en su manto.

Birnam, colina cubierta de bosques, en la orilla del Tay, está situada á doce millas de la de Dun-sinane, fortaleza donde la tradición hace habitar á Macbeth el gigante que es el nombre que las gentes del campo dan al usurpador. Según el relato más corriente, cuando Macbeth supo por sus espías que las tropas de Malcolm Cannore llegaban de Birnam, llevando ramas de árboles, se acordó de la profecía que le habían hecho las hechiceras y no confiando en poder defender el castillo, lo abandonó y huyó á la orilla opuesta, perseguido por Malcolm; una vez en ella, convencido de que le era imposible escapar, se arrojó por un precipicio, matándose contra las peñas que hay debajo. Todavía hoy enseñan su sepultura, con el nombre de tumba del Gigante, no lejos del camino donde se dice que Banguo fué asesinado.

Ciertos eruditos shakesperianos han creído que el gran poeta debió reunir los materiales para su famosa tragedia sobre al mismo terreno en que la acción se desarrolló. Es también sabido que los actores de S. M. la Reina dieron representaciones en Perth en 1589, y no es por tanto imposible que Shakespeare fuera uno de ellos y que

entonces recogiera los aludidos datos, pero de esto no hay más que algunas probabilidades, muy débiles. La obra de aquel genio sigue de muy cerca la historia de Macbeth tal como la refiere Hollinshed, quien hace perecer á aquel personaje en un combate singular con Macduff. Es muy difícil admitir, en resumen, que Shakespeare haya sacado el relato de los hechos, más bien de sus investigaciones personales que de la crónica. Es también evidente, por otra parte, que Dunsinane fué en otro tiempo una posición militar muy fuerte situada á una altura de cerca de ochocientos pies sobre su base y de faldas muy escarpadas y de acceso muy difícil por todos los lados, excepto por uno en el que se ven todavía vestigios de un camino en zig-zag abierto en la roca viva. La cumbre es plana, y estaba defendida por una sólida muralla que debía tener gran altura y espesor y que encerraba un espacio de más de doscientos pies de largo.

Pitlochrie, 30-31 Julio.

Este es el sitio mas frecuentado de los Highlands y realmente lo merece, pues se pueden hacer en él excursiones en todos los sentidos á puntos célebres, teniendo siempre á la vista los paisajes más hermosos de Escocia. A tres millas al Norte se levanta la Ben Vrakie, y á distancias muy accesibles, están el Glen Tilt, Bruar Water, el desfiladero de Killicrankie, el Tummel, las cascadas y los lugares que merecen la pena de ser vistos, pero como los alegres Turistas disponian de un tiempo muy limitado, tuvieron que contentarse con admirar un pequeño número de ellos.

Por la tarde visitamos el establecimiento hidropático en el que encontramos algo muy parecido á un hotel americano. Los establecimientos de este género son numerosos en Inglaterra y en Escocia, pero pocos clientes se someten al tratamiento por el agua fría, sino que, según creo, se instalan en aquellos hoteles más bien para cam-

biar de vida trabar relaciones y pasar buenos ratos, como decimos nosotros. Tengo la convicción de que un mes pasado en Pitlochria ha de sentar bien á todo el mundo.

Fuimos á pie á las cascadas de Tummel y pasamos allí algunas horas deliciosas. La prima Elisa es muy fuerte en canciones escocesas y la comprometo con frecuencia para que cante. Es un placer especial el que se siente sentado en las márgenes del hermoso río cerca del Athol y oír cantar á la perfección esta canción interrogativa: «¿Habéis venido por Athol—joven que lleváis el Kilt (pequeña falda que llevan los escoceses y que les llega á las rodillas)—bajando por el río Tammet y las orillas del Garry?» Por aquellos mismos valles llegaron corriendo los montañeses y «con el empuje omnipotente del Océano cuando se levanta al soplo del huracán, se lanzaron contra el enemigo». La canción toma un tono nuevo, cuando Davie la canta en el mismo valle á que hace referencia, diciendo: «Dulce es el canto prolongado de la alondra— cuando alegremente canta en el valle— Pero, ay! á mi me decía siempre.—¿No vas á volver nunca?»

¡Este estribillo, lo repetimos á coro! Hay días en que vivimos más de veinticuatro horas y los que pasamos en los valles de Escocia valieron para nosotros una semana de vida ordinaria.

Estamos en el país de los guarda-bosques y de los perros. Es el último día de Julio y todo el mundo hace sus preparativos para la matanza general que se efectuará el 12 de Agosto. ¿Puede considerarse que la civilizacion ha hecho un positivo progreso, cuando las clases altas y ricas de la sociedad culta tienen por principal distracción y en algunos casos por ocupación esencial de la vida las carreras de caballos durante una mitad del año y durante la otra mitad la matanza de pobres pajarillos convertidos casi en animales domésticos, ó la persecución á muerte de zorros y liebres? ¿Es que el hombre civilizado no

puede encontrar nada mejor para distraerse después de un trabajo útil?

¿Esta trabajo crear los precios fantásticos á que se venden en Escocia los bosques en que hay gamos; se pagan de veinticinco á cincuenta mil dollars por tener el derecho de cazar en algunos miles de acres de terreno de escaso arbolado, sin contar con que hay que sostener una organización de guarda-bosques y otros servidores. Por el momento, los ingleses son lo que se llama un pueblo de sport y los Highlands son su terreno de caza preferido. Las ideas que acerca del sport tienen, no pueden ser más curiosas. El coronel Sheridan me contó que hallándose una vez en el extranjero le invitaron á una de estas diversiones, pero que cuando vió á los pobres animales acosados hasta llegar delante de él, de tal modo que no le quedaba otro trabajo que apuntar y hacer fuego, entregó la escopeta al hombre que le acompañaba, pues le fué imposible tirar. Pues bien, sabido es que el general no es ninguna damisela. En cuanto á acosar á una pobre liebre á la carrera, se necesita, para hacerlo, el efecto embotante de la costumbre. Hoy las mujeres debieron ruborizarse de ello; un día lo harán los hombres.

El primero de estos valles es el desfiladero de Killicrankie, el famoso paso que ha dado nombre á una batalla terminando del modo más funesto para los Stuardos, pues si bien alcanzaron la victoria los partidarios del titulado Jacobo VII, fué este resultado más que contrabalanceado por la pérdida de Claverhouse ó Dundee. El desfiladero es una figura estrecha, una especie de desgarró á través de las montañas, que da paso al río Garry y forma el único medio de comunicación accesible entre las tierras bajas y las altas. Actualmente lo atraviesan una carretera ancha y llana y además la vía férrea, pero en la época en que se libró la batalla el único camino que la recorría era un sendero abrupto situado entre el

río y las rocas y tan escarpado y estrecho, que con dificultad podían ir por él dos hombres de frente; las tropas reales, mandadas por Mackay marcharon lentamente por este sendero y aun cuando el desfiladero no tiene más que milla y media de largo, hasta por la tarde aquel pequeño ejército de tres mil hombres, no pudo salir á la llanura y tomar posiciones en las alturas que la dominaban.

¿Veis allá, á una milla aproximadamente, hacia el norte aquella colina cuyas faldas descienden suavemente hacia el llano? Pues desde aquella altura los Highlanders—los Mac Lean, los Macdonald, los Cameron, los Lochfield, los Dundee y compañeros, se precipitaron como un torrente sobre las gentes del rey Guillermo que estaban abajo. Todavía se veía el sol por encima de las cumbres del Oeste, cuando andrajosos, con los pies desnudos, pues según dice Macaulay, Lochiel se quitó antes del combate el único par de zapatos que probablemente tenían entre toda aquella gente, avanzaron dando gritos horribles, sin dejarse detener por los fuegos que les diezmaban mientras corrían. Se tiraron las mochilas, hasta los fusiles, así que se hubieron disparado, y cayeron sobre la gente del sud que estaba aturdida, antes de que hubiese tenido tiempo de calar las bayonetas. La batalla quedó decidida en algunos minutos. Mas de mil hombres cayeron bajo los golpes del temible *claymore* y de la hacha de combate, teniendo que huir precipitadamente los partidarios del rey Guillemo. La victoria era decisiva, pero Claverhouse ó Dundee, que contra los consejos de Lochiel y demás jefes se había empeñado en dirigir la carga, fué herido mortalmente por una bala en los primeros momentos de entablarse la pelea. Allá arriba, hacia la derecha, está Urrard-House punto á donde fué conducido para morir.

Con este jefe, bravo y sin escrúpulos, desapareció la última probabilidad que los Stuardos te-

nían de ganar «la partida». Cuando el rey Guillermo se enteró de la derrota de sus tropas y de la muerte de Dundée, cuéntase que dijo.—«Si, si así no fuera, Dundée hubiera venido personalmente á darme noticias suyas».

Atravesamos el desfiladero dirigiéndonos hacia el norte y convinimos en que, hasta entonces, no habíamos visto nada tan salvaje. A ambos lados del camino, se elevan perpendicularmente enormes rocas cubiertas aquí y allá de pequeños bosques de encinas y abedules; el torrente sombrío, de color de ambar rojo, es soberbio al precipitarse por las peñas que ha ido desgastando durante siglos, hasta darles formas extrañas. Hasta los ríos puede decirse que son escoceses, pues tienen un carácter que les es propio, y reproducen los rasgos austeros de la raza; son retorcidos, de curvas acentuadas, por efecto de siglos sin fin de lucha contra las rocas que les cortaban el paso, hasta que han acabado por abrirse paso triunfalmente y salir al usar tras una labor incesante y empeñada.

En las pendientes de estos valles, Escocia os ofrecerá siempre nuevos placeres; las flores salvajes y las mismas plantas forrajeras parece que adquieren una delicada belleza que no tienen en otras partes, comprendiéndose perfectamente que Burns se entusiasmara con ellos. Algunas de las señoras que formaban parte de la expedición, entre ellas la reina viuda, hicieron detener el coche cuanto fué posible para subir á pié algunas cuestas, viéndonos con bastantes dificultades para reunir las y hacerlas subir de nuevo en el carruaje. La trompeta suena y resuena, pero no parecen, hasta que al fin salen de la espesura con ramos ó mejor aún, con verdaderos brazados de esas cosas que son las sonrisas de la naturaleza: las flores salvajes. Cada una de ellas se muestra orgullosa de sus trofeos y los contempla durante todo el resto del día, que por cierto está ya en su

mitad, pues para nosotros, el sol se pone siempre demasiado pronto.

Dalwinhia, 1.º Agosto

El viaje de Pitlochria á Dalwhinnia (treinta y dos millas) ha sido verdaderamente maravilloso, por la constante sucesión de montes y landes, de bosques y valles. La célebre cascada de Bruar estaba en nuestro camino, lo que hizo que pasáramos dos horas, subiendo á pié unas cuevas, con objeto de poder contemplarla. Esta molestia se vió bien recompensada, pues hay que declarar que la cascada es lo más hermoso y variado que se ha visto. El torrente de tinte ambarino, se va extendiendo unas veces en hondonadas, otras en angostos pasos, otras se precipita desde considerable altura y en todos los momentos presenta nuevos atractivos. No es un tierno beso el que da este demonio escocés á cada peñasco que encuentra al paso, sino que realmente parece como que este torrente que parece animado por un espíritu lleno de vida, brota de los montes, como despedido por demonios furiosos y se precipita abofeteando las rocas, hirviendo y cubierto de espuma centelleante.

Cuando está uno de pie sobre el puente que atraviesa el Bruard, no resulta delirio de un desequilibrado acoger con simpatía un deseo fantástico que me manifestaba una joven expedicionaria. Decíame ésta que si hubiera tenido que ser otra cosa que un ser viviente, le hubiera gustado ser una corriente de agua que se precipita locamente, danza á través de las rocas, arranca al pasar para ponerlos sobre su corazón campánulas, miosotis, retama y digitales, salva de un salto los precipicios y agita gentilmente la cabeza, en un arco iris brillante de espuma, repitiendo esto á perpetuidad. Contemplando esta cascada, compuso Burns su «Petición al río Bruar». La sombra que él pedía existe ya; los «pinos de la raza Alpina, tan brava en el comba-

te cubren hoy el valle y aquellas cascadas cantan un himno de gratitud al bardo que tanto las amó.

He recordado con frecuencia, amables lectores, que las turistas, salvo algunas escepciones, acogían muy gustosos cuantas ocasiones se presentaban para hacer una excursión á pie; pero contra lo que podía esperarse, las había en mucho menor número en Escocia, que en Inglaterra. En los desfiladeros flanqueados por altas montañas, las carreteras han tenido forzosamente que ser trazadas á lo largo de las orillas de los ríos que se han abierto paso por aquellas fragosidades, resultando de ello que recorriamos millas y millas, paralelamente á las corrientes de agua, cuyo aspecto cambiaba siempre, pero cuyo terreno es demasiado accidentado para ir á pie, á no ser que se modere la marcha del coche, poniendo los caballos al paso. Tuvimos que subir por las cuestas que daban al valle, por espacio de dos largas horas, para poder contemplar la cascada del Bruard de manera que cuando volvimos á nuestros sitios en el carruaje, nos hallábamos convencidos de haber cumplido nuestro deber, es decir, que estábamos bastante cansados.

Todavía faltaban bastantes millas para llegar al sitio designado para el almuerzo y desde mucho tiempo antes nos había abierto el apetito el ambiente de las montañas. Cuando estuvimos en la casa situada en la misma banda, en la que se nos había anunciado un apetitoso regalo, supimos que había sido alquilada como punto de cita para la temporada de caza por unos *sporsmen* ingleses, que debían llegar dentro de pocos días para entregarse á su diversión anual: la matanza de pajarillos previamente cuidados para esto.

No obstante, se tuvo la amabilidad de poner la casa á nuestra disposición. Pocos altos de los que hicimos al medio día resaltaron tan alegres como éste, pero hubo un detalle, relacionando con el almuerzo, que le dió un carácter particular. Por

primera vez la encargada de reunir las vituellas, se vió en la necesidad de confesar que las provisiones se habían agotado. Aun cuando, según ella, se había tenido en cuenta el efecto producido por el aire de los Highlands, la ascensión al Bruar ó tal vez «los cambios de temperatura», habían aumentado el consumo ordinario. Había desaparecido de la mesa el último bocado y pareció que hubo en todos un momento de vacilación antes de que muchos de los nuestros se decidieran á asegurar que no hubieran comido nada más. No nos quedaban ni migajas para los perritos que nos rodeaban.

¿Se ha podido medir nunca el profundo afecto que una mujer es capaz de derrochar por un perrito «collic». Este fué el tema que aquel día se puso sobre el tapete; pero las damas se negaron á discutirlo, si no se sustituía la palabra *derrochar* por *sentir*, siendo aceptada está enmienda. Se contaron no pocas historias á propósito de estos maravillosos favoritos y de lo que por ellos habían llegado á hacer sus dueñas. La que yo referí, es absolutamente histórica. En una ocasión en que miss Nelhie tenía que marchar al extranjero, se vió obligada á confiar su perrito á persona extraña, y estuvo buscando á quien se lo entregaría. Después de haberse pensado en varios que se dedicaban á este clase de encargos y que fueron desechados, se me ocurrió que no había inconveniente alguno en quedarme con él, mucho más cuando era yo quien se lo había regalado á aquella señorita y que seloconfiaría á John para que lo cuidase al mismo tiempo que á los caballos. La interesada bajó la cabeza y me contestó:

—Había pensado en ello, y he renunciado, porque no conviene. Trust necesita ser cuidado por una mujer.

Esto lo dijo sin sonreír, con tanta seriedad como si su favorito hubiera sido un delicado niño.

—Tenéis razón—contesté—en las cuadras llevaría una verdadera vida de perro.

Me contestó con un «sí», sin sospechar siquiera que me estaba burlando.

Un día, en una cuadra de Nueva-York ví que habían echado por debajo de la puerta la tarjeta de un médico. Me informé y supe que era la dirección del facultativo que el cochero tenía que ir á avisar en el caso de que el perro de la señora se pusiese enfermo mientras ella se hallaba ausente.

Después de todo, si las señoras quieren hacer locuras por un perro, cuando menos que sea por un «collie»; á mí, por lo menos, me gustan más.

Estaba ya próxima la hora del crepúsculo, cuando llegamos á Loch Ericht, á mil doscientos cincuenta pies sobre el nivel del mar. ¡Qué salvaje y solitario es todo el país que nos rodea! El lago está en cierto modo situado en el centro de las montañas, siendo fácil de comprender que en los buenos tiempos pasados ha debido ser una ciudadela famosa de los Highlands. Aun los mismos guerreros de hierro de Cronwell, fueron destrozados en estas tierras por las gentes de Athol. A lo lejos se ve el rudu Ben Alder, la cima más alta de cuantas se reflejan en las aguas inmóviles del lago. En sus repliegues está la caverna donde fué escondido por Cluny Malpherson el príncipe Cartote.

La noche, envolviéndonos en tinieblas, nos advirtió de que debíamos buscar un abrigo y á los pocos minutos nos vimos instalados en la pequeña posoda de Delwlunnie. Se encendió un buen fuego y á la hora de la comida estábamos todos contentos y alegres como alondras. Estoy seguro de que pocas cosas sorprendieron tanto á los americanos como las comidas en general, aun las que se nos sirvieron en posadas de puntos apartados como éste, pues todo estaba bien servido, bien preparado y era bueno. Resulta maravilloso el efecto que produce en un grupo de expedi-

cionarios una buena comida y un vaso de clarete auténtico, después de un día de coche y de ascensiones por las montañas.

Terminada la comida nos reunimos en nuestro saloncito, desplegamos el pabellón estrellado y rayado sobre la chimenea, como teníamos por costumbre, y estábamos tan satisfechos y descansados como si acabásemos de levantarnos y en disposición de emprender nuevas caminatas. Los incidentes del día nos proporcionaban temas abundantes de conversación; las cascadas, los valles, el azul de las montañas, el lago y, sobre todo, el deslumbrador tinte de púrpura que tiene la niebla sobre las rocas altas y que tantas exclamaciones de admiración nos habían arrancado. Como dice la canción de Annie: «Puedo detener la mirada tranquila sobre la florida pradera — puedo sin conmovirme pasear mi vista por el mar, en verano—pero una emoción inefable llena mi alma—cuando contemplo frente á frente la colina vestida de hierba». Si, Annie, esta «emoción inefable» llena el pecho de todo buen escocés digno de este nombre, cuando marcha á través de la niebla.

La canción de Andrea M., la que obtuvo el primer premio, titulada «Lamentación del emigrante», simboliza magistralmente en una flor las cosas que más enérgicamente hieren las más vibrantes cuerdas del corazón. A propósito de ella, digamos de paso que es una canción de Dumferline, escrita por M. Giltillan. (Tres aplausos por Dumferline, que atraen siempre el trueno y hasta algunas veces algo parecido al rayo). El escocés, al abandonar la tierra donde duermen sus antepasados, canta: «La palmera se cimbreo en lo alto; gracioso se yergue el mirto; el bulbul dirige su suave canto á la joven india; pero *no veo la retama*, ni las franjas de oro sobre el mar, ni oigo las canciones de los chorlitos que me hablan de mi país.

Esa es la verdad: podéis reunir palmeras, mirto

Victoria régia, todo lo que la lujuriosa naturaleza ofrece á nuestra admiración en las deslumbradoras regiones del Mediodía, y no conseguiréis hacer olvidar á este corazón enfermo, desolado, caldeado, la falta de esta pequeña punta de arbusto, de la retama de flores amarillas ¡no, no lo lograréis! Ni las «pociones somnolíferas de Oriente» disiparán el agudo dolor que siente en el pecho entristecido el que marcha condenado al destierro, lejos de los lugares y de los amigos que le rodearon en su juventud. En tales circunstancias, nada puede acomodarse al estado de ánimo del individuo y menos aun al en que estará más adelante; es preciso buscar más profundamente, ir más lejos para buscar las raíces de tal dolor, hay que ir hasta el mismo centro que da la norma á toda una existencia humana.

¡Cuántas veces en este día, que se pasó en medio de la mayor satisfacción, preguntó alguno que otro de los turistas:

— ¡Vaya! ¿Y qué os parece ahora de Escocia?

La misma Emma tuvo que confesar á media voz que Inglaterra no es nada al lado de este país. Perry y Joé, que hasta este día no habían pasado nunca la frontera, se mostraron de acuerdo con este veredicto, diciendo:

— No hay país como Escocia.

— Muy bien, Perry.

Nunca habíamos visto esta maravilla de gracia, la campánula azul escocesa en toda su gloria, como la vemos en este momento. No puede juzgarse esta flor en los jardines, porque no está en su elemento, sino que hay que ir á buscarla furtivamente á los valles, para comprender hasta qué punto es hermosa. No me cabe de ello ninguna duda; los escoceses son los que saben amar mejor las flores, los que saben sacar de ellas mejor partido, los que encuentran en ellas más cosas que ningún otro pueblo, cosa que debe considerarse como una excelente señal y como una prueba más de que esta raza tiene en el corazón un

rinconcito tierno y débil con el que hace frente á todas las dificultades.

¡Cáspita! ¡El termómetro ha bajado á 53° (1°15 centígrados) durante la noche! Es el tiempo más frío que hemos tenido en todo el viaje. Pero ¡qué vigor nos dá! Nos hemos rejuvenecido diez años cada uno desde que estamos en estas montañas, excepto algunas de las señoras que vienen con nosotros que no podrían sufrir este rejuvenecimiento y continuar á la vez siendo encantadoras.

El día de hoy nos hemos levantado muy temprano para dar un paseo por la landa que está rodeada de colinas, habiendo resultado la excursión muy agradable. Los ecos de la trompeta del coche que se acercaba á nosotros no tardaron en oirse. Cuando volvimos atrás, hacia el valle de Loch Ericht, se presentaba á nuestra vista el ideal del paisaje de los Highlands: por todas partes montañas perdiéndose en el fondo azul del horizonte, con sus cumbres verdes, excepto algunas que estaban cubiertas de nieve, peladas, sin un árbol, sin un arbusto que cubriera su calvicie; á lo lejos, en el fondo del valle, se extendía apaciblemente el valle. Estas masas imponentes «parecían levantarse como centinelas ante un país encantado».

Me ha costado mucho trabajo encontrar en ninguna otra parte algo comparable á este paisaje de los Highlands. El tono azul de arriba; el rico color de púrpura que domina abajo; el firmamento cubierto por nubes densas ó ligeras con pequeños intersticios, únicos por los que atraviesan los rayos de un sol ardiente que dan mayor relieve á las sombras rodeándolas de fajas estrechas y brillantes, todo ello contribuye á dar al conjunto una fantástica y solemne grandeza que no se ve en ninguna otra parte; ó por lo menos yo no he visto nada parecido.

Durante mis paseos nocturnos por este país, me he sentido siempre más cerca que antes de

los terribles misterios. Las masas sombrías de las montañas desnudas, el lago profundo y tranquilo que duerme entre ellas, el gemido del viento á través del bosque, la ausencia completa toda huella humana, ponen al espectador á disposiciones místicas, lo que nada tiene de extraordinario, porque parece como que en cierto modo se sienta «que la naturaleza ha hecho una pausa, pausa augusta, que profetiza su fin».

La memoria debe desempeñar un papel importante en los sentimientos misteriosos que surgen en tales circunstancias; así lo creo, pues acuden á mi mente en tropel los fragmentos de poesía y de canciones escocesas que se refieren á los Highlands. Hay en el bosque sonidos como murmullos. «Sombras de los muertos ¿no he oído acaso vuestra voz levantarse sobre el soplo de la brisa que vaga durante la noche? Seguramente el alma del héroe resurge y cabalgando sobre el viento vuelve á su valle de los Highlands.»

Oigo el lamento de Ossian en el suspiro del viento que pasa.

Nos detenemos en la posada de Kingussie, uno de los puntos de cita de los sportman, pero seguimos luego nuestro camino, para almorzar en las márgenes del Spey, cerca de los restos del castillo de Rothven hermosas ruinas situadas en medio del valle, á las que vamos á pié después de la comida.

Aquí fué donde los hombres de los Highlands se reunieron después de la derrota de Culloden y acordaron dispersarse y que el país quedara para siempre libre de los Estuardos. ¡Cuánto ha marchado el mundo desde entonces! El mejor rey ó la mejor familia real no valen una gota de sangre de un hombre honrado. Si la Cámara de los Comunes acordara hoy que el Príncipe de Gales no es un personaje conveniente y que este papel corresponde á Milord Ton Noddy, no hay en el reino un hombre de buen sentido que moviera un dedo en favor del heredero legítimo. Y sin em-

bargo, nuestros antepasados miraban como un deber de religión sumir á su país en una guerra civil para restaurar á los Estuardos:

«Una raza cobarde, de honor perdido—el que los conoce mejor, es el que más los desprecia.»

Yo creo, sin embargo, que sería un término medio como raza real. «La vida puede ser bien vivida aun en un palacio», como canta Matthew Arnold, lo que constituye una honra más grande para el que lo consigue, como sucede á la reina Victoria, pero es cosa difícil y hay que ser un santo para lograrla.

De todos modos, bueno es consignar un progreso. No creo que el hombre se mueva describiendo un círculo como lo hace la tierra; en lo que respecta al absurdo real ha marchado en línea recta. Cuando hicimos reyes por acuerdo del Parlamento, como sucedió con los Hannover, se supo al mismo tiempo otra cosa; que el mismo Parlamento podía deshacerlos. Es un círculo de sangre que no debemos empezar á recorrer de nuevo. ¡Ni una gota de sangre por todas las familias reales de la Cristiandad!

¡Se vota por unanimidad!

Hoy se ha discutido acerca de la mejor manera de disfrutar de la vida. Se aludió al famoso secreto de Sydney Smith, quien preguntado acerca del por qué estaba siempre tan animado y alegre, contestó: «El secreto es este; no extendo la vista sobre las cosas más que hasta corta distancia,» lo que viene á ser, poco más ó menos aquella idea de la Escritura: «las penas de hoy son suficientes por el día».

Se refirió una curiosa historia á propósito de un anciano que en su larga existencia había sufrido la mayor parte de los males de la vida y al que en cierta ocasión, sus amigos, más afectuosos que de ordinario, le compadecían diciéndole que realmente había padecido más que los demás hombres.

—Sí, amigos míos—contestó—es la pura ver-

dad. Me he visto rodeado de penas durante toda mi vida, pero, cosa curiosa, las nueve décimas partes de ellas no han llegado jamás á ser *realidades*.

En esta anécdota hay una moraleja para nosotros. ¿Cuántas de nuestras penas no se han realizado nunca? Vemos diez en la imaginación por cada una que se convierte en hechos. Uno de los turistas citó oportunamente un fragmento poético que contiene esta lección:

«Si la fortuna con la sonrisa en los labios, siembra las rosas en nuestro camino, ¿cuándo nos bajaremos á cogerlas? Hoy, amada mía, hoy. Pero si nos mira con el ceño fruncido é inquieto, si nos habla de un peligro que amenaza, ¿cuándo sufriremos, si es que hay que sufrir? Mañana, amada mía, mañana.»

Este fragmento fué acogido con evidente aprobación por todos. En el momento en que lo terminaba, las inmensas masas de madre selvas que cubrían los vallados y las rosas silvestres que sobre ellas se elevaban en sus largos y graciosos tallos, inclinando las cabezas como si se apresurasen á saludarnos, arrancaron á una de las damas esta exclamación:

—¡Precisamente, ahí están las rosas, en nuestro camino! Detengámonos á cogerlas hoy, siguiendo el consejo del poeta.

—¡Alto, Perry!

—Bien, señor.

—¡La escalera, Joé!

—Aquí está, señor.

En seguida bajamos para coger el botín.

—El coche que se adelante y nos espere en lo alto de la otra cuesta.

—Un minuto, señores; permitidme que ponga todas las flores en el coche y que las arregle para que adornen la mesa en el próximo almuerzo.

La mañana es soberbia; los vallados están más hermosos que nunca; de vez en cuando salta una liebre y echa á correr delante de nosotros; el

aleteo de las perdices y de los faisanes que levantan el vuelo, agita la sangre de los sportman; en cada árbol hay algún músico con plumas que entona sus cantos. ¡Ah! Fausto no hubiera tenido necesidad de vender su alma al diablo para recobrar la juventud; nosotros la encontramos aquí, en el encanto de esta vida de bohemios.

Cuando volvimos al coche, después de una hora de locuras por rústicos senderos, se rogó al que había recitado los versos que provocaron aquella parada, que los repitiese, pero nos dijo que había una segunda estrofa que encerraba también una lección de moral y que si le era permitido, nos lo recitaría. Se le concedió el permiso con la condición de que había de facilitar á las damas una copia para sus albums, pero una copia para todos, pues cada una sacaría la suya. El por su parte puso por condición que se le permitiría recitar la estrofa á Miss... sola, que se la enseñaría hasta que la aprendiese de memoria (¡ah pícaro!) y que ella se encargaría de sacar las copias. Seguidamente, recitó los versos pedidos:

«Si los que nos ofendieron confiesan sus faltas, si imploran buenamente nuestra bondad ¿cuándo debemos oírles y perdonarles? Hoy, amada mía, hoy. Pero si la austera justicia exige la reprimenda y persiste en la mente la indignación ¿cuándo reñiremos, si hemos de reñir? Mañana, amada mía mañana».

Se convino en que efectivamente esta estrofa formaba digna pareja con la anterior, de manera que en este día los turistas tuvieron dos lecciones de moral.

Uno hizo notar que era esta, por otra parte, una excelente filosofía, que ha sido enseñada por una alta autoridad, nada menos que Herbert Spencer, quien ha censurado como una locura aplazar los placeres con la esperanza de que serán mayores demorándolos. He aquí las palabras que acerca de esto dice el sabio.

«De aquí viene la opinión según la cual los placeres del presente, prescindiendo de su naturaleza, deben ser sacrificados á los goces futuros. Hay tanta ignorancia en esta opinión de que se hace mal en buscar el placer inmediato y se hace bien en buscar el lejano, que os ocurrirá con frecuencia oír á un hombre cargado de negocios excusarse de alguna manera si le sorprendéis cuando hace alguna excursión de placer, pues procura evitar un juicio desfavorable por parte de sus amigos y pretexta que su estado de salud le ha puesto en la necesidad de tomarse una licencia, cuando realmente, si le estudiáis á fondo, desde el punto de vista de sus planes para el porvenir, observaréis que toda su ambición se cifra en retirarse pronto para entregarse por completo á esas mismas distracciones que se muestra un tanto avergonzado de disfrutar hoy. El concepto vulgar yerra aún más gravemente, cuando resulta de él, como se ve, que un placer, que es un fin legítimo si está lejano, deja de serlo en el momento en que se aproxima».

Esto se halla consignado en los «Datos de la Etica», de manera que, en cierto modo, el poeta y el filósofo vienen á decir lo mismo.

—¿Es que Herbert Spencer escribe tan clara y sencillamente acerca de estos temas? preguntó una de las señoras. Yo le creía terriblemente profundo, pues sus libros tienen un aspecto tan de sabios, tan abstracto... No he leído más que su obra acerca de la educación y era soberbio; lo comprendí hasta la última palabra. Si ese otro libro de que acabáis de citar unas líneas tuviera un título menos retumbante, me atrevería á leerlo, pero los «Datos de la Etica»... eso me espanta; no se lo que son esos datos y tengo ideas bastante confusas acerca de la Etica

Los turistas estuvieron todos de acuerdo por lo que respecta á «La Educación». Por cierto que en este momento acude á mi memoria una pregunta que un sobrinillo mío hizo á su madre

un día que M. Spencer nos dispensó la honra de visitarnos:

—Mamá dijo, quisiera ver al hombre que ha escrito en un libro que el estudio de la gramática no sirve para nada.

Puede suponerse sin ninguna duda á este joven retoño de nuestra familia entre los millares de personas que comprenden cuanto deben á Herbert Spencer. El agradecimiento no puede ser más profundo y legítimo.

Debíamos pernoctar en Boat ó Carten, pequeña y bonita posada cuyo dueño había enviado por telégrafo una respuesta muy ambigua á nuestra petición de habitaciones. No había otra casa á muchas millas de radio, de manera que seguimos adelante fiados en nuestra buena estrella, é hicimos bien. Al día siguiente aquella casa iba a verse llena de sportsman, lo que hacía que no pudiese recibírsenos más que por aquella noche. Esta fué nuestra suerte. Alguno de los individuos de la familia de la casa, tuvo que cedernos su cama, pero ¿qué no estarían dispuestas á hacer aquellas buenas gentes para los americanos? En cuanto al coche, no había en todas aquellas llanuras ningún edificio bastante grande para cobijarlo, pero la gente del país dió una muestra del cuidado con que mira las cosas buscando telas fuertes enceradas, con las que cubrieron cuidadosamente el vehículo durante la noche. ¡Y qué monstruoso parecía por cierto, envuelto de esta manera en medio de la oscuridad!

Cuando acabamos de comer, recibimos paquetes de periódicos de Dumferline, conteniendo la relación detallada de la manifestación efectuada en aquella población y de los discursos que se habían pronunciado. No necesito decir que había entre nosotros gran ansiedad por leer la reseña de la extraordinaria ocasión que se nos había dispensado.

Los que habían pronunciado discursos y que decían no estar muy seguros de lo que habían di-

cho, se retiraron apresuradamente para sumirse, por decirlo así, en la lectura de aquellas publicaciones. ¡Ah, señores, esto sirve de muy poco! Cuando hayáis leído veinte veces vuestros discursos, habréis avanzado tanto como antes de empezar en lo que toca á conocer el valor del esfuerzo extraordinario que habéis hecho, esto sin contar con que los tales discursos nada significan en comparación de otra media docena que acerca del mismo asunto os habéis hecho en vuestro fuero interno. ¡Ah! Si la gente de Dumferline los hubiera oído todos. De todos modos, cada uno puede juzgar lo que dijeron sus colegas y todos quedamos muy satisfechos de los elogios que mutua y generosamente nos habíamos prodigado, pareciéndonos oír aún las benévolas salvas de aplausos con que se nos saludó.

Cuando hubimos enviado ejemplares de aquellos periódicos á numerosos amigos, nos pareció que se cernía sobre nosotros una nube de tristeza. Aquella noche debía ser la última que pasaríamos en la landa; se acercaba el fin de la existencia irregular que llevábamos; faltaba solo una alegre partida, al toque de la trompeta y el sol del siguiente día, al aparecer en el horizonte, señalaría el término de nuestro dichoso ensueño. Ya no habría más Arcadia; íbamos á acabar de ser turistas

Se acordó que había que hacer algo para que aquella noche tuviese algún rasgo que la distinguiera de las demás, y ateniéndonos á las costumbres del país, convinimos en que se bebería á la salud de nosotros mismos, el Whisky, con todas las formalidades con que lo hacían los High-lands. El proyecto se realizó de un modo magnífico: se cantaron canciones; Aalecke estuvo admirable, haciendo prodigios de fantasía. *Por vuestra salud y por vuestra canción*, fuimos diciendo uno por uno y nos separamos en las mejores disposiciones del mundo. Al despedirnos, nos estrechamos la mano con efusión inusitada, notándose al-

gún temblor en nuestra voz cuando como de costumbre, al separarnos, nos decíamos mutuamente: «Buenas noches y buenos ensueños». Al acostarnos todos nos preguntábamos que habíamos hecho para merecer tanta dicha.

Boat o'Garten, 2 Agosto.

¡Al fin estamos en Inverness! La mayor parte de los expedicionarios se habían levantado muy temprano, marchando antes que lo hiciera el coche, pues ninguno quería privarse del placer que proporcionaba el aire y la alegría que reinaba aquella mañana en la llanura, donde sólo respirar produce ya gran satisfacción. Pero respiramos ciertamente á nuestras anchas, pues con trabajo pudimos hacer frente al viento que soplaba con verdaderas ganas, de tal modo que no nos disgustó poder encontrar un abrigo en la casa-escuela, donde esperamos la llegada del carruaje.

¡Qué agradable resultaba ver en aquella casa un grupo de vigorosos jóvenes de uno y otro sexo, procedentes de tierras lejanas! Durante millas y millas no se ven en la llanura más que cabañas bajas, pero allí hay una escuela, pues alguien ha dicho: «que la instrucción es una pasión de Escocia y que en esta verdad se basa precisamente el engrandecimiento de la raza». El jornalero más pobre de aquel país, procura que su hijo vaya á la escuela, como lo dice la hermosa y vieja canción: «Cuando Aaleck, Jack y Juanito se hayan levantado y aprendido sus lecciones, nos ayudarán á remar en la barca y aligerarán nuestro trabajo». Y es ciertamente una labor bien pesada la que se imponen el padre y la madre escoceses, cuando luchan y trabajan, durante sus años de mayor vigor, para que sus pequeños «puedan tener instrucción». Hay que decir también en honor de estos últimos, que las esperanzas que en la copla se expresan, raras veces se ven desvanecidas, pues crecen para convertir-

se en el sostén de sus padres en la vejez, cuando están ya fatigados por los sacrificios que por ellos se han impuesto.

Nuestros grandes hombres han salido de la cuna de la pobreza, siendo á mi juicio una persona muy avisada, la que ha dicho que la escasez de recursos es un aliento que el rico no puede dar nunca á su hijo. Pero no por ello debemos censurar á los marqueses de Huntley, á los duques de Hamilton y sus iguales que no han disfrutado nunca una probabilidad como esta para llegar á ser gentes útiles, pues lo malo estriba en el sistema, en la organización, y de ello, nosotros, el pueblo, somos los responsables. Las clases privilegiadas pudieran ocupar una posición muy respetable si se les hiciera justicia, y se las pusiera en condiciones de poder partir desde el mismo punto que los demás hombres, al emprender e camino de la vida.

Por mi parte he de decir que lo que me sorprende que por lo general sean tan buenos, pues la cabra siempre tira al monte.

El viaje en coche nos acerca más á los inefables encantos de la naturaleza ¡y esta buena madre de todos los seres es siempre tan indulgente para con sus hijos! El canto de la corneja y del gallo nos despiertan, la verdura y las flores que se ven en derredor de la posada y que parece que nos saludan cuando abrimos los postigos, la mordedura del aire fresco de la montaña que sentimos durante el corto paseo que damos antes de desayunarnos, todo contribuye á que empecemos el día de un modo soberbio y bien distinto por cierto á como lo empezáramos en la vida ordinaria de la ciudad. Todo el día se pasa al aire libre, á pié ó en coche; se tiende uno descansadamente en la pradera soleada para almorzar cerca de los ríos, entre las plantas silvestres, el zumbido de las abejas, los cantos de los pájaros y el agradable perfume del heno recién cortado y cuando llega la noche se entrega uno

al sueño con la sensación de que cae en un lecho de flores, en el que no hay espinas.

¡Decidme si algunas semanas de vivir así, que se concediera uno á sí mismo, de vez en cuando, no serían el mejor de los remedios para la mayor parte de las enfermedades serias de este siglo de alta presión. Todo hombre á quien sus medios se lo permitan, debiera probarlo; si está delicado iría en busca de curación, si está bueno debiera hacerlo para conservar la salud. Para todos es conveniente aprender esta lección del poeta: «Sería preferible que el hombre y la naturaleza fueran mejores amigos,—Lo que hay peor en el hombre, es lo que tiene en contacto con esta baja vida.—Pues aunque el Océano sea puro en sus últimas profundidades.—La franja que toca cada día la playa está sucia de arena». A mi juicio este último verso es digno de Shakespeare, aun cuando tiene por autor á un pobre joven de Glasgow.

En esta vida pasada en coche, no estamos en contacto con las realidades más bajas de la existencia diaria, más que en un reducidísimo número de puntos y esto precisamente es lo que produce nuestra alegría. Nos hallamos profundamente sumidos en el amor á la naturaleza y los verdaderos adoradores que se prosternan ante su altar, tienen muy pocas penas. Mientras gozábamos tan vivamente con la belleza de Inglaterra, con aquella belleza tan tranquila y apacible como no la habíamos visto en ninguna parte, hasta entonces, se me ocurrió muchas veces que tendría que adoptar el tono apologético cuando llegase el momento de hablar de mi querida Escocia, pues no era posible que pudiese desplegar tantos atractivos como el Sud fecundo, pero no fué así, ni mucho menos, como ya he dicho, pues no se pasaba una mañana, ni una tarde, sin que se oyese hacer con tono de triunfo, esta pregunta: ¡

—¿Qué os parece ahora Escocia?

Entre las cosas que valieron á aquel país el

primer puesto en nuestros corazones debo mencionar las bonitas casas-escuelas, de piedra, adosadas á las cuales está la habitación del maestro, provista de un jardín. En casi todos los pueblecillos las había y si no tuviera otras razones para creer en el continuo ascenso de Escocia, por lo que toca á la inteligencia y al desarrollo de su pueblo, en todos los ramos de la actividad humana, no vacilaría en fundarme en este dato. Pueblo donde la juventud pasa por la escuela primaria, no podrá perder su fuerza de resistencia, ni se quedará muy rezagado en el progreso.

Realmente, cuando se piensa en esta cuestión de la educación completa de las masas, la existencia y las disputas de los políticos parecen mezquinos en sumo grado. Con la educación sucede lo mismo que con la honradez: atended primero á esto y todos los beneficios de la política os serán dados por añadidura. Este es el único cimiento seguro que puede servir para levantar el edificio de un gran estado.

¡Y cuánta satisfacción siento pudiendo proclamar que mi Escocia querida no tiene por qué renunciar á la palma en esta tarea, la más importante de todas! No, no la cederíamos á nuestra República americana. Según lo que he visto en nuevas escuelas, pueden ponerse sus alumnos en línea con los de cualquier grupo americano de nuestros días, pero reconozco una gran laguna: los primeros llamarían la atención por un aire de diferencia un tanto exagerado, pues parecerían inclinados á guardar demasiado respeto á las personas de clase superior; mientras los últimos, los americanos, parece como que hayan nacido repitiendo la declaración de Independencia.

Ni hay lección más esencial que enseñar á un muchacho que ésta: ha nacido igual al príncipe y todo privilegio que posee éste, se le niega injustamente á él. ¡Cuánto bien haría á los pequeñuelos escoceses oír á mis sobrinitos americanos

hablar de la doctrina de que un hombre es tan bueno como otro y aun bastante mejor muchas veces! Una de los espectáculos que me hacen perder la paciencia, es ver á un arrogante chico inglés, quedarse mudo como una pared, cuando se le pregunta por qué ha de negársele á él un privilegio concedido á un hijo de los Hannover ó de cualquier otra familia como ésta. Sois menos que un hombre? ¿Por qué sufrís esta injusticia? No encuentra una palabra que responder; no obstante, he observado en alguna ocasión que su mejilla se enrojece un poco: siempre es un consuelo.

¡Gracias a Dios, en América no tenemos nada de esto. Nuestros educandos llevan todos en la cartera el sello de Presidente y ninguno de ellos tiene un derecho de nacimiento para ocupar una categoría, ni una posición superior á los demás. Bajo la bandera estrellada, los derechos son iguales para todos. Tal vez sea también así en Escocia, antes que yo muera ¡Dios lo haga!

Si estuviera encargado del régimen escolar de Escocia, quisiera que los niños repitieran cada mañana, antes de empezar sus tareas: «Si has dicho que no soy igual á algún lord, aquí en Escocia, en los Highlands, ó en los Lowlands, Lord Angus, has mentido» Les enseñaría el sentido nuevo de esta estrofa apasionante; les diría que el joven que no se creyera igual á cualquier otro hombre y el poseedor legítimo de todo privilegio, es bueno «para ser un austriaco, un ruso, un prusiano ó un italiano» pero no será jamás, jamás, digno de ser escocés.

Creo que no he dicho una palabra de los anuncios de diversiones que vimos por todas partes durante nuestra excursión á través de los distritos rurales; concursos musicales, partidas de criclet, exposiciones de flores, concursos de lucha, conciertos, representaciones teatrales, excursiones, carreras, juegos, regatas, foot-ball, sports, en fin, de todas clases. Nos quedamos ató-

nitos al ver su número, del que se desprende de modo evidente que el pueblo inglés trabaja mucho menos y se divierte mucho más que sus primos, los americanos. Allí no hay, como en América, trabajadores únicamente, sean ricos ó pobres. Entre nosotros los concursos musicales son desconocidos, pero es de creer que no se tardará en seguir este buen ejemplo ó que por lo menos, se procurará.

¶ Las sociedades de un distrito se reúnen para disputarse un premio, lo que excita una saludable emulación y conduce al perfeccionamiento. Vimos ocho de estas sociedades reunidas en una población pequeña y el interés que despertaba el suceso era suficiente para que todo estuviera de fiesta. No conozco ningún otro rasgo de las costumbres inglesas que sea capaz de llamar tanto la atención de los americanos, como estos concursos musicales. En este lado del Atlántico debiéramos intentar hacer uno y aun diré que internacional: los músicos de Dumferline interpretarían: *La bandera estrellada*. y los de Pittsburg el *Rule Britannia*.

Este es el himno nacional; ya empiezo á estar cansado del *Good save the Queen*, aunque se dirige á una persona modelo como es la Reina, pues después de todo no es más que una manifestación personal. Yo no quiero más que bien á Su Majestad, pero amo más aún á mi país.

Rule Britannia, ese es el himno nacional.

Confío en que los americanos encontrarán la manera de disponer de más tiempo para divertirse como lo hacen sus hermanos más avisados del otro lado del mar.

Cuando llegamos al sitio donde debíamos atravesar el Spey, nos encontramos con la noticia desagradable de que en el alto y ancho puente se estaban haciendo reparaciones, habiéndose prohibido la circulación por él. En América no ha ocurrido jamás que un puente pueda cerrarse al tránsito público mientras se efectúa aunque sea

de reconstrucción, pero Inglaterra, en el arte de hacer esta clase de construcciones, está un siglo detrás de nosotros, tal vez porque no ha tenido necesidad de llevar á cabo gran número de estas obras.

No nos quedaba pues otro recurso que bajar por la márgen del río hasta encontrar otro puente. Cuando lo encontramos, vimos en él un aviso, prohibiendo que pasaran por allí cargas superiores á dos toneladas. Era un sencillo y ligerísimo puente de hierro.

El viento silbaba como un demonio, lo que resultaba muy bonito mientras estuvimos en los bosques que cubrían las márgenes del río y le dábamos la espalda, pero así que cambiamos de dirección, hubiérase dicho que tenía jurado arrancarnos de los sitios que ocupábamos en lo alto del coche. Bajamos cuanto en éste teníamos y nos apeamos; Perry y Joé guiaron el carruaje y nosotros fuimos pasando á pie, colocándonos algunos á babor á fin de que el vehículo nos abrigara un poco de los embates del aire. Al cabo de algunos minutos estábamos tan bien protegidos en el valle, que ni pensábamos siquiera en el huracán. Pero «los que han estado en Escocia, cuando sopla el vendabal, saben cual es la fuerza de sus ráfagas». En cuanto á nosotros, las habíamos sentido algunas veces al llegar á ciertas alturas, en las landas, pues raras veces tuvimos que franquear colinas, pero hasta este día no nos vimos precisados á apearnos.

No habíamos andado mucho, cuando llegamos al hermoso sitio en que un riachuelo cae en la corriente del Tindhorn, que era el punto previamente elegido para almorzar. Parecía como si lo hubiesen todo arreglado á gusto y por encargo nuestro; el arroyo, el fuego, la hierba, la orilla salvaje, la llunura, el valle, todo.

Los turistas se sentaron para efectuar juntos este último almuerzo. Estábamos tan peligrosamente abocados á la tristeza que fué preciso nu

vigoroso esfuerzo para libertarnos de los pensamientos que en tropel nos asaltaban. Tuvimos que reir ruidosamente para no llorar; ¡la sonrisa está tan cerca de las lágrimas! Pero *era indispensable* que este almuerzo fuese alegre y cuando el deber se deja oír no se necesita gran esfuerzo para que los expedicionarios obedezcan. Algunos sacos vacíos que nos habían servido para llevar provisiones de repuesto para los caballos, nos sugirieron la idea de organizar unas carreras, metidos en ellos. ¡Y cómo reíamos cuando algunos de los que tomaron parte en el concurso se caía cuan largo era sobre la hierba! ¡Fué una de las distracciones más divertidas! Si alguno nos hubiese visto (pero en aquellos valles solitarios no hay nunca nadie para ver), ¡qué lejos hubiera estado de sospechar que habíamos organizado aquel «sport» únicamente para evitar que los viajeros pusieran cara funeraria! Es una gran cosa tener un poco de habilidad; gracias á este medio no derramamos en nuestro último almuerzo más lágrimas que las que nos produjo la risa.

—¡Arriba Joé! En marcha, Perry. ¡Todo el mundo á bordo, hacia Inverness.

Había algo que alejaba en cierto modo nuestra pena y era la idea de que habíamos realizado nuestro plan hasta el fin; sin embargo esto nos valió alguna censura por parte de las señoras, sobre todo, cuando uno señaló el final del camino, que se veía á lo lejos:

¡Oh! ¡por favor, no hagáis eso.

Cada piedra blanca que íbamos dejando atrás, nos señalaba que iba disminuyendo en una milla nuestra Arcadia.

La carretera atraviesa el llano y el valle y baja gradualmente durante muchas millas, desde la altura de mil doscientos cincuenta pies á que está Dalwinnia hasta algunos centenares, que tienen los alrededores de Inverness.

Al fin se oye gritar:—¡Alto, Perry!

¡Capital de los Highlands, te saludamos todos!

¡Tres aplausos para la hermosa ciudad de Inverness!

Qué hermosa es su situación en el Trith de Moray, donde la rodean campos de esmeralda. Es una posición la que tiene extraordinariamente grandiosa; en cuanto á la ciudad ofrece un aspecto notable. Largo rato estuvimos de pie en el coche, contemplando el espectáculo que teníamos delante de la vista. Seguramente los viajeros olvidarán muchas cosas antes de que borre en su memoria el recuerdo de su entrada en esta población.

Aquí recibimos un despacho de nuestro amigo G., trasmitiéndonos las felicitaciones de nuestros conocidos de Wolverhampton por el triunfal término de la expedición. Contestamos con estas palabras, poco más ó menos: «Gracias. Hemos llegado al término de este paraíso terrenal, esta tarde á las seis».

¿Cuándo volveremos á ver algo parecido?

Inverness, 3 Agosto.

El sábado, 3 de Agosto, á las seis de la tarde, esto es, exactamente siete semanas y un día después de haber salido de Brighton, hicimos nuestra entrada en Inverness y fuimos á sentarnos en el salón del Hotel Caledoniano, desplegamos, como de costumbre nuestras banderas y nos felicitamos mutuamente por el éxito del viaje que acababa de terminar. Ni una sola de las treinta y dos personas que habían formado parte de la expedición en sus diferentes épocas, había faltado á una comida, ni había sentido la menor indisposición por consecuencia del cansancio, ni del aire libre. El mismo Bey se encontraba mejorado. El coche no tuvo nunca que esperar cinco minutos á ninguno de nosotros; nos habíamos desayunado y habíamos almorzado y comido juntos siempre y nadie había molestado á los demás llegando con retraso. ¿Cómo podré formular el ve-

redicto unánime de los viajeros acerca de la vida que habíamos llevado?

—En mi vida he sido tan feliz, no, Aaleck, ni aun cuando hice mi viaje de boda! Esta fué la opinión emitida por una cariñosa esposa en presencia de su marido.

—Yo no he gozado nunca tanto, desde el día en que mi padre me llevó á pescar, y aun entonces no disfruté tanto como ahora. Tal fué la opinión de Aaleck.

—¡Oh! Andrés, siento que me he vuelto niña otra vez! Ya sabemos quien ha dicho esto: miss Velontine.

—No tengo fuerzas para hablar de esto, es demasiado triste. Prima Donna, esto era entrar en un terreno peligroso, pues evidentemente, tenéis el corazón muy grande.

—Pensad en esto, Noig; en que hay que volver á entrar en casa, se limitó á decir Elisa.

—¡Jerusalém de oro! Una vida como ésta, estoy seguro de que convertiría al más reacio. No hay necesidad de poner un nombre al final de esta frase ¿verdad, amigo Bennie?

—Andrés me parece que ha pasado todo este tiempo en un ensueño de dicha. Así se expresó *nuestro* Davie, y su opinión fué repetida á coro por todos.

En cuanto á la reina viuda, nos puso de mejor humor con su veredicto.

—Pues bien, yo cuento con hacer otra excursión. Ya veréis, no habrá otro remedio que organizarla y yo asistiré, pues no consentiré en que me dejéis en casa.

Su risa cordial y su modo de frotarse las manos satisfecha, fueron la inicial de la alegría que no cesó hasta la hora de la comida.

¡Tantas veces he profetizado con acierto! ¡Veremos! ¡Veremos!

Después de comer dimos un paseo por la ciudad, admirando sus muchas bellezas y particularmente el río Ness que atraviesa la población para ir

á precipitarse en el mar. Sus riberas y los islotes que forma, constituyen uno de los más hermosos jardines de recreo popular, teniendo la seguridad por mi parte de que más de una novela de amor se ha desarrollado bajo las alamedas espesas que les dan sombra. Yo mismo, paseándome por allí con una de las señoras expedicionarias, llegué á sentirme romántico. El crepúsculo del norte, que tanta duración tiene, contribuye en gran manera á aumentar en tales momentos los atractivos de aquellos lugares y más aún cuando el ánimo se siente impresionado por un viaje como el que íbamos á terminar. Eran aquellas horas llenas de encanto, las más agradables acaso de aquel día.

En Inverness nos encontrábamos en una tierra clásica, pues Macbeth tuvo allí un castillo que fué visitado por el rey Duncan, quien dijo de él: «tiene aspecto agradabilísimo, que por su ambiente alegre y encantador se recomienda á lo más íntimo del alma». Esta fortaleza fué destruida por Malcolm I ó Canmore hijo de Duncan, quien construyó otra no lejos del emplazamiento en que estuvo la primera. Esta segunda subsistió hasta mediados del siglo pasado, en que las tropas de Carlos Eduardo Stuardo la volaron. Todavía se ven restos de las murallas. En las cercanías está el campo donde se libró la batalla de Culloden, siendo todo el país muy rico en ruinas históricas.

Cuando nos reunimos en nuestro salón, nadie reía; no obstante, llegamos á conseguir que los expedicionarios cantaran todos á coro, aunque variándolo ligeramente, aquello de: «Hemos sido juntos dichosas-dichosas en todas las cosas nunca viajó en coche gente más alegre que nosotros, por eso al separarnos estamos tristes». La canción no resultó más que muy medianamente, pues no estábamos de humor para cantar. Joé y Perry debían presentarse á las diez para despedirse; las cosas serias de la vida nos reclamaban otra

vez, nos cerraban toda salida y no quedaba otro remedio que abordarlas. Se presentaron aquellos y recibieron la expresión del agradecimiento que sentíamos todos y cariñosas palabras de despedida. Yo les di además un certificado en el que manifestaba á los grupos de expedicionarios que pudieran presentarse en lo futuro, que podrían considerarse muy dichosos si Joé y Perry aceptaban el encargo de acompañarles.

Joé nos respondió con un discursito cuyo preámbulo absorbió de tal modo nuestra atención, que cuando terminó, ninguno pudo recordar una palabra de lo que había dicho, y es esto por cierto una de las cosas que sienten sinceramente los expedicionarios, pues sin duda una copia de aquella notable improvisación hubiera dado valor inestimable á estos recuerdos. He intentado reconstruir el discursito, pero no logro recordar de él más que una frase:

—En cuanto á los caballos, señor, están mejor que al empezar el viaje; entonces tenían la carne blanda y ahora la tienen dura y el pelo luciente.

Lo mismo nos pasa á nosotros, Joé, lo mismo que á los caballos, estamos fuertes y robustos para la marcha á pié, para correr, trepar ó hacer cualquier otro ejercicio.

Teníamos todo el día siguiente para solazarnos viendo Inverness. ¡Qué hermoso clima tiene, en comparación con los Higlandes, que están más al sur! Aquí la vegetación es verdaderamente lujuriosa y el suelo fértil. Lo natural sería creer encontrar la desolación, la desnudez de esta lejana región del norte, pero el Gulf Stream que América envía para preservar á la hermosa isla, tan poblada, de que se convierta en una región glacial, produce aquí un delicioso verano y un invierno muy soportable. Se nos ha asegurado que la temperatura de Inverness llega á ser más templada que la de Edimburgo, lo que no es

mucho decir seguramente para la capital del Norte, pero es algo.

Hotel Caledoniano-Inverness, 5 Agosto (por la noche).

El director general pregunta al camarero á la hora de la comida:

—¿A qué hora de la mañana marcharemos?

—El ómnibus sale á las siete, señor, contesta aquél.

El admirador de Shakespeare murmura:

—¡Ah! ¡He aquí el peso que nos agobiaba! ¡El ómnibus! Adios los caballos fogosos, la trompa que levantaba el ánimo y cuyo agradable sonido repetían los ecos en montes y valles; adios, bandera republicana y, adios también la vanidad, la pompa y los gloriosos incidentes del viaje en cochel ¡Adios! Los turistas han perdido su ocupación. Primer fragmento miltoniano: «Desde por la mañana, hasta el mediodía, de éste hasta la caída de la noche... caímos en un día de verano». ¡Caer de nuestro coche de cuatro caballos en un ómnibus! ¡Qué caída, compatriotas!

Todo estaba terminado, Perry, Joé, el coche y los caballos se habían marchado en ferrocarril para llegar más pronto á su país. Habíamos dejado de ser el grupo que viaja en coche, para no ser ya más que turistas vulgares que toman sus billetes en las líneas férreas como todo el mundo, en vez de viajar á la alta escuela, por decirlo así, y con abonos por años. Pero el destino fue misericordioso con nosotros, aun en este extremo, pues nos mantuvo sobre el nivel á que desciende la última miseria humana, permitiéndonos que ocupáramos solos el ómnibus, ya que éramos número bastante para llenarlo. Como dijo una de las señoras, si era aquel un sencillo ómnibus de fonda, por lo menos era todavía el nuestro, consideración en la que, sus compañeras de viaje, como buenas almas que eran procuraron encontrar algún consuelo.

Salimos de Inverness por el mismo camino que todos los turistas; en barco y por el canal, llegamos á Oban, donde descansamos por la noche y al día siguiente salimos para Glasgow. En cualquier otra circunstancia me hubiera parecido deliciosa esta parte del viaje, pues el panorama quedó profundamente grabado en nuestras memorias, así como la parte que pudimos ver de Ballahullich. Recuerdo que muchos de los nuestros estuvieron conformes en declarar que lo que veían era inolvidable y que solo Black sería capaz de pintarlo.

Creo que es el elogio más elocuente que de una combinación de elementos puede hacerse, el hecho de que muchas personas, no una ni dos, de un grupo como el nuestro, permanezcan inmóviles, cambiando en voz baja y á largos intervalos sus expresiones de admiración ante la sublime y terrible grandeza que les tiene silenciosos y fascinados. En cuanto á mí, no me siento nunca tan elevado en apariencia hasta más cerca del infinito, que cuando me encuentro en un medio tan extraño y fantástico como aquel. Tuvimos aquella visión durante una hora de la noche, hora que coronaba dignamente nuestra vida en los Highlands de Escocia.

La primera separación se verificó en Greenock. La reina viuda, Mr. y Mistress K., desembarcaron para ir á Paisley, los demás siguieron la marcha en la barca hasta Glasgow, quedando encantados de la excursión que hicieron remontando el Clyde.

Era un sábado, día de descanso para los obreros; los docks, que ocupaban millas de extensión, estaban mudos: «en ninguna parte se oía el ruido pesado de los martillos al caer sobre los yunques», en aquel hermoso día de sol, pero cuando pasamos cerca de ellos, vimos los esqueletos de hierro de los futuros monstruos del abismo: el *Servia*, el *Alaska* y otros, destinados á llevarse la palma durante algún tiempo, para cederla

luego á otros, hasta el día en que la distancia entre Inglaterra y América se reducirá á una excursión de placer de cinco días y en que habrá «¡dos naciones y un sólo pueblo! ¡Haga Dios que ese día se aproxime!

Pero el antiguo país, debe, pasado cierto período de tiempo, convertirse á la forma republicana y hago de ello un deber personal, como dice Mulberry Sellers. La puerta está cerrada para la monarquía; tracemos resueltamente la línea divisionaria. Todos los hombres han sido creados libres é iguales, y el hermano Jonathan no puede hacer gran caso de un pueblo que no cree en este principio fundamental.

Llegamos á Broonielaw, puesto en el cual mi padre, mi madre, Tom y yo nos embarcamos hace aproximadamente unos treinta años, en el buque de ochocientas toneladas *Wiscasset*, emprendiendo un viaje de siete semanas hasta llegar á la tierra prometida, como pobres emigrantes en busca de fortuna. Pero recuérdese bien; en el alma radical de nuestros padres, existía la idea de que era prudente abandonar un país que toleraba distinciones de clases, para dirigirse á otro en el que hay un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, que los acogió benévolamente en su seno y que aseguraba á sus hijos, en todo aquello en que las leyes pueden alcanzar á garantizarlo, la igualdad con los personajes más elevados, así como una carrera leal y libremente abierta al ejercicio de sus facultades.

Mi padre se daba cuenta perfectamente no solo de la hipocresía, sino de la injusticia de la división en clases, desde el rey hasta el caballero y amaba América porque no hace distinción alguna entre sus hijos. Era republicano, sí, sin ninguna duda y sus descendientes se glorifican de haberle seguido á donde les llevó.

Recuerdo muy bien que nuestros amigos, agrupados en el muelle, nos despedía agitando los pañuelos; si aquel adiós hubiera podido traducirse

lo hubiera sido con estas palabras: «Ahora ¡ojalá que la rubia diosa Fortuna llegue á enamorarse profundamente de tí y que la dicha sea tu paje!

Gratitud eterna para la generosa República que nos esperaba con los brazos abiertos para recibirnos, como espera hoy á los pobres del mundo todo, haciéndoles partícipes con sus hijos y en partes iguales, de la gloriosa herencia que posee. Gracias á ella, la dicha ha sido, en efecto, nuestro paje.

En el hotel de la estación de Saint-Enoch, en Glasgow hubo otra disgregación de nuestro grupo. Se envió una delegación de cinco individuos para que estudiara la cuestión irlandesa y nos informara en Queenstown; miss E. L. regresó á Dumferline; miss J. M. y mistress K. fueron á Paisley á ver á la reina viuda; Harry y yo nos dirigimos á visitar al amigo Richard, en su fundición de Eston, no sin detenernos antes en Jork y en Durham para darnos el placer de ver una vez más sus famosas catedrales y de oír música deliciosa.

Liverpool, 13 Agosto.

En este día nos embarcamos en el *Algerie*, por haberse retrasado la salida del inmenso *Servia*. Muchas personas vinieron á despedirnos, figurando entre ellas cinco ó seis de nuestros turistas. Los ingleses, como dice Davie, son «un buen pueblo», de corazón ardiente, una raza afectuosa, leal como el acero; una vez les habéis conquistado, son vuestros para siempre. Hubo mayor proporción que de ordinario de lágrimas y abrazos entre las señoras: hubiérase dicho que nuestras americanas é inglesas eran hermanas y no primas; en cuanto á los hombres, según correspondía á su temperamento más frío, hicieron menos demostraciones.

Parecía que no fueran á acabarse nunca las despedidas, cada vez que á bordo se tocaba la campana, se repetían los tiernos abrazos y las

promesas solemnes de escribirse mutuamente. Al fin todos nuestros amigos, los que se quedaban, saltaron al bote; el vasto buque se pone en movimiento; van recogiendo los cables uno detrás del otro; se agitan los pañuelos; se nos envían besos; se nos repite «escribid pronto»; y el bote se aleja en un sentido y nosotros en el opuesto».

Uno rompió el silencio y dió la última señal de nuestras salvas de aplausos, lanzando el grito mágico: ¡Arriba Joé! ¡En marcha Perry!, que conmovió los corazones, despertando el recuerdo de los días dichosos, los más dichosos de nuestra vida.

Así se separaron los dos grupos de los Alegres Turistas.

En Queenstown se embarcó el contingente irlandés que había pasado una deliciosa semana en la isla Esmeralda. Su permanencia allí había sido muy agradable, pero los relatos que de ella hacían, acababan siempre con este estribillo, que no era preciso adicionar:

—¡Ay! ¡Pero aquello no se parecía en nada al viaje en coche!

—¡Por supuesto! repetíamos nosotros.

El *Algerie* era en su tiempo un buque grandioso; ahora ha sido vendido á una compañía de transportes.

Si un buque no hace formar alta idea de sí mismo en una tempestad, renunciad á vuestra fe en los barcos de hierro. Podéis creer en cambio, que un buque de acero, como el *Servia* resistirá todo lo que se presente, pues tiene una fuerza dos veces mayor, por lo menos que cualquier otro de los trasatlánticos que cruzan los mares. Si este no vence el empuje de la tormenta, podéis daros por vencidos y decir como mistress Partington cuando se embarcó: «que no os arriesgaréis nunca más allá de lo que pueda alcanzar a protejerlos la Providencia».

El miércoles por la mañana, 24 de Agosto, la

expedición se hallaba de regreso en Nueva York y fué finalmente licenciada.

Las dos ó tres horas más crueles de mi vida, las pasé en el hotel San Nicolás, donde la reina viuda, Ben y yo almorzamos solos, antes de marchar para Cresson. Ben tuvo que salir antes para tomar un tren con dirección á Pittsburgo, lo que me hizo exclamar:

—¡Toda nuestra familia se ha marchado! ¡Qué sólo y abandonado me siento! ¡No me queda ya nadie!

Pero la reina viuda estaba á la altura de la situación:

—¿Y yo?—dijo—¿Es que me olvidas? ¿No queda alguien á tu lado?

—¡Oh! Sí, sin duda!

«El buen libro habla de alguien que os es más próximo que un hermano;

Pero quien se atreverá á decir que hay nadie que lo sea más que una madre?

(Poesía original de circunstancias).

¡Horribles separaciones! Sea lo que tuere lo que el porvenir tenga reservado á los que tomaron parte en la excursión en estas páginas relatada, creo poder decir sin temor que no pueden desear á su mejor amigo una vida más feliz que la que llevaron desde el 1.º de Julio al 24 de Agosto, los alegrres turistas.

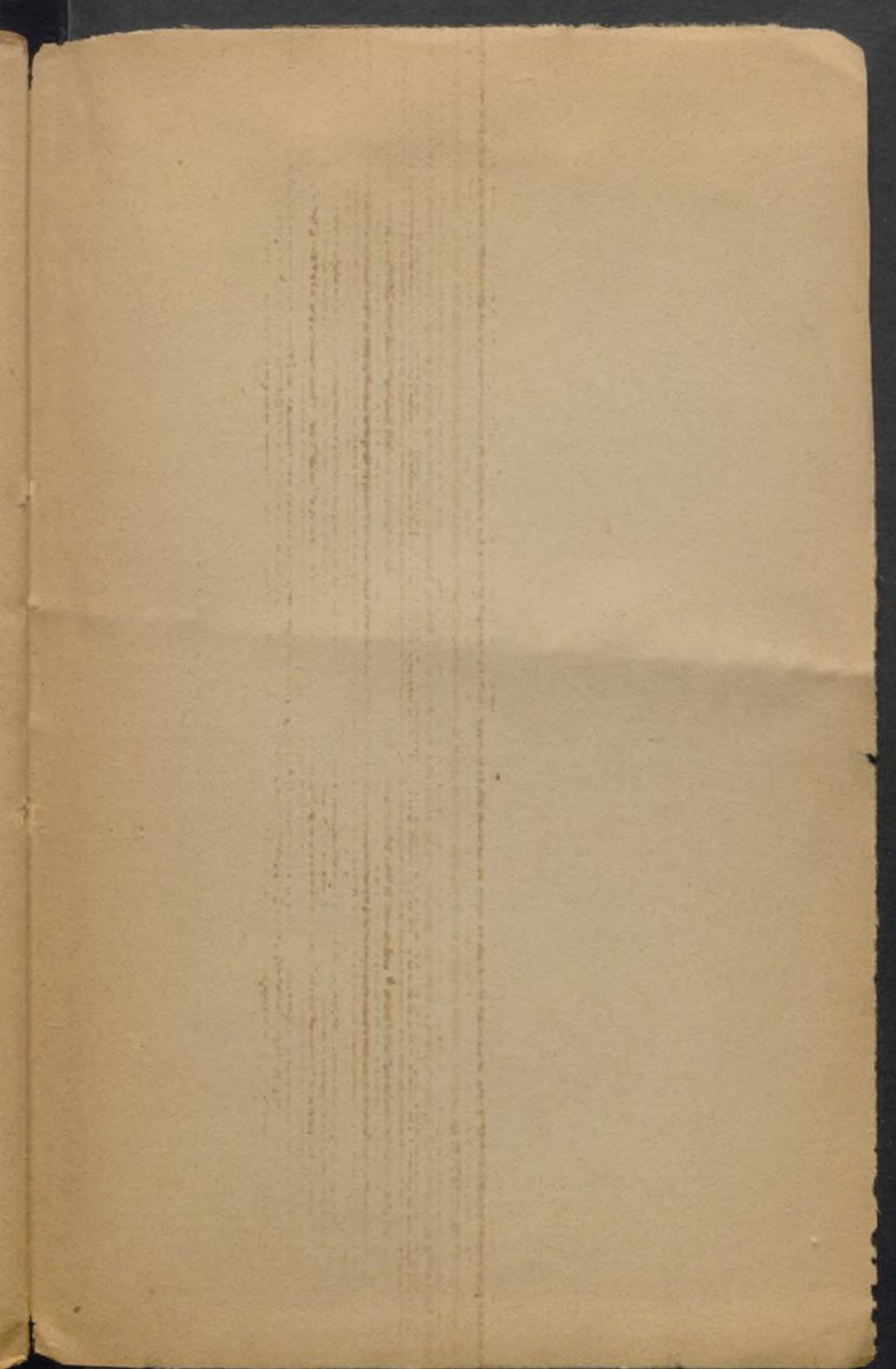
Los que viajaron en el coche se convierten en cierto modo y por este solo hecho, en miembros de un círculo más íntimo, uniéndoles lazos más estrechos. A cien queridos y buenos amigos del País Hermoso, enviamos la expresión de nuestro agradecimiento y de nuestra salud. La bondad con que nos trataron no puede ser olvidada, pues no tardaron en hacernos comprender y sentir que después de todo no visitábamos una tierra extraña, sino la antigua y querida mansión de nuestros padres.

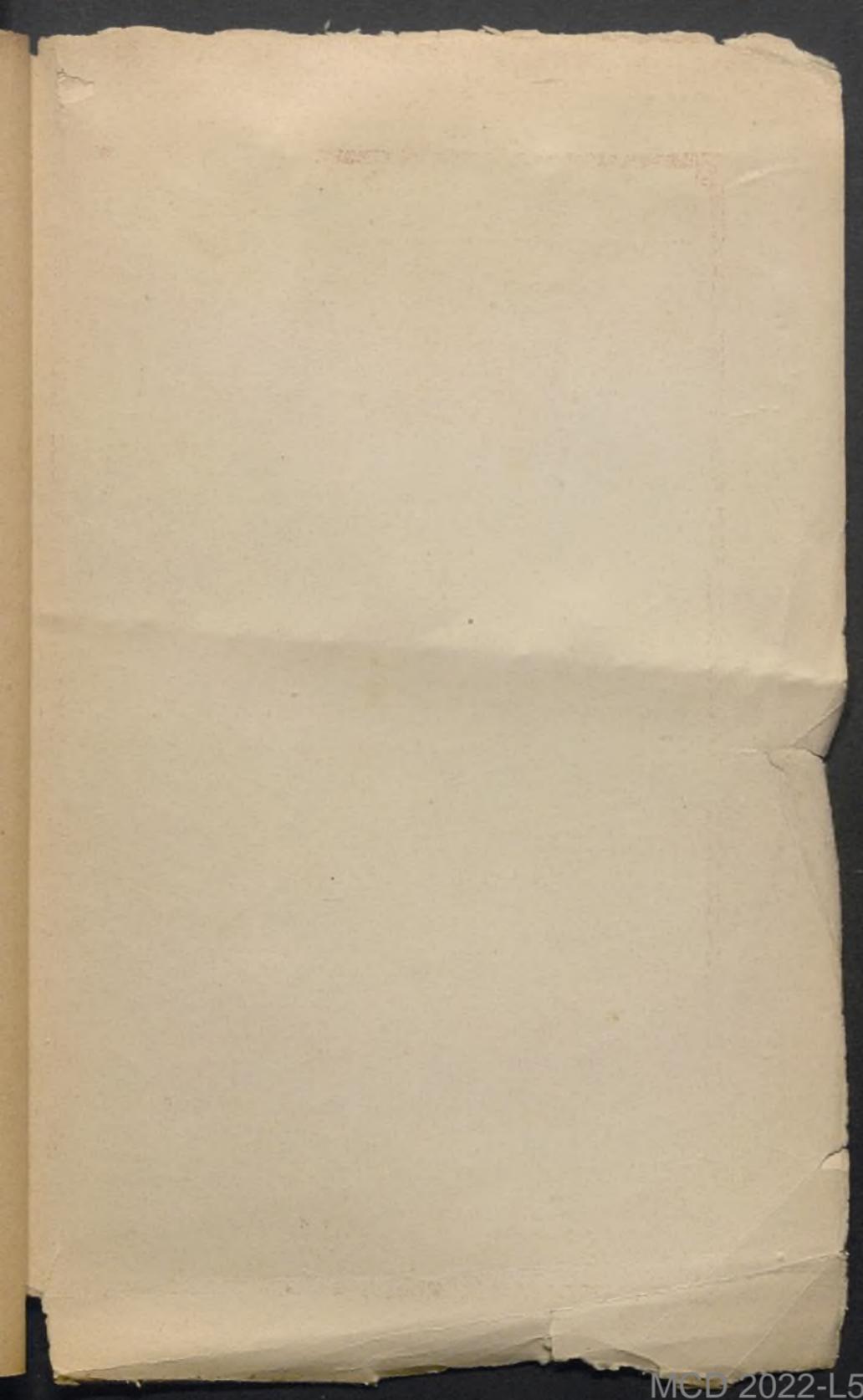
¡Que para siempre la madre patria y este país, su hijo estrechen los lazos que los unen! Que uno y otro pueblo se mezclen más y más hasta formar uno solo! Todos los buenos americanos que han recibido educación, aman á Inglaterra, porque saben que es la única entre las naciones del mundo.

«Avanzando siempre, con el corazón enardecido, luchando con todas sus fuerzas, á través del interminable desfiladero y hacia la luz lejana, ha hecho su camino con dirección á las alturas y ha triunfado».

Ella fué la que indicó á América lo que había que hacer y cómo y en qué puntos convenía colonizar. El pueblo inglés debe por su parte amar á América porque le ha enseñado que la igualdad de los derechos y de los privilegios humanos, que aquel pretende establecer, produce buenos resultados en la atmósfera más libre de Oeste. ¡Ojalá que ambos pueblos sientan aumentar cada día su afecto mútuo!

Acariciando este deseo y dándose un triste adiós, se dispersan los turistas quedando, sin embargo, dispuestos para reunirse de nuevo, más adelante al grito mágico: «¡Arriba, Joé! ¡En marcha, Perril y todos ellos tienen la seguridad de que si los recuerdos se borran con el tiempo de su memoria, por lo menos el de la excursión en coche desde Brighton hasta Inverness, permanecerá en ella como un tesoro sagrado.





LA VIDA LITERARIA

Suplemento al Catálogo de 1905

PUBLICACIONES IMPORTANTES

Teodoro Roosevelt.—Las obras del eminente estadista Presidente de la República Norte-Americana han merecido de tal modo el favor del público, que se ha hecho la segunda edición de «El Ideal Americano», y en breve se publicará también la segunda edición de «Las dos Américas ó la Vida intensa».

Acaban de publicarse

La Vida en el Rancho
y **La Conquista del Oeste**

A una peseta cada tomo.

Del célebre archimillonario Andrés Carnegie se acaba de publicar:

El Triunfo de la Democracia
é **Inglaterra juzgada por un Americano**

A dos pesetas tomo.

Inútil nos parece decir nada de tan interesantes obras después de lo que ha dicho la prensa de todos los matices y de la acogida que dispensó el público inteligente á las dos obras anteriormente publicadas:

El dominio de los negocios
(Modo de hacer millones)
y **El A B C del dinero**

Últimas publicaciones de LA VIDA LITERARIA

Gramática práctica de la LENGUA INGLESA

por J. Meca Tudela

El libro más práctico publicado hasta el día para el estudio de este idioma con la pronunciación figurada en español de las voces inglesas.

Un elegante tomo de más de 300 páginas, encuadernado en tela: 5 ptas.

Cálculo mercantil y Teneduría de libros

por Luis Martorell, oficial de Administración militar.

Método práctico de contabilidad y cálculos, con procedimientos abreviados de todas las operaciones y una explicación teórico-práctica de Teneduría con la que cualquier persona puede aprender la partida doble.

Un tomo encuadernado: 6 ptas.

” ” rústica. . . 5 ”

El Genio de la Especie

por Adalberto Hernández y Cid. Interesante drama pasional.

Precio 3 pesetas.

Estudios económicos.

La cuestión de los cambios

Aunque ya anunciado en el catálogo anterior, recomendamos á nuestros lectores el libro del Doctor Lacombe. Estudios económicos, La cuestión de los cambios; pues encierra conocimientos muy útiles á todas las clases sociales, sobre las causas y efectos de la depreciación de nuestra moneda.—2 pesetas.

QUINIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE

Sujestivo libro de A. Belot.—1 pta.

LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO

Precio 1 peseta.

Mannual del Comerciante y epistolario comercial

por L. Bertaner, libro utilísimo á los comerciantes y dependientes de comercio.

Un tomo en rústica: 1 pta.

L. Bertaner

EL ARTE DE GUIJAR

ó **COCINERO INDISPENSARLE**

Libro realmente útil y práctico, pues todas sus fórmulas son de fácil ejecución, y expuestas con claridad y precisión. No contiene como otros de esta clase innumerables fórmulas, pero es mejor que todos pues explica de una manera general muchos guisos idénticos, y dedicado á las señoras en general encontrarán en él el medio seguro de salir de un compromiso si se ven obligadas á guisar.

Contiene guisos de todas clases, embutidos, conservas, escabeches, repostería, helados y método práctico de hacer jabón en casa y aprovechar para ello grasas y aceites inútiles para guisar.

Precio: 2 pesetas.

Se halla de venta en esta casa editorial

La nueva salida del valeroso caballero

Don Quijote de la Mancha

por D. Antonio de Ledesma. Puede considerarse este libro como la tercera parte de la inmortal obra de Cervantes.

Con decir que la Academia Española ha felicitado al autor, creemos hacer el mejor elogio de este libro.

Un tomo en rústica: 3,50 ptas.

Id. encuadernado: 4,50 ptas.

Pídanse á **LA VIDA LITERARIA**

Luisa M. Alcott

De esta eminente escritora ha empezado á publicarse una preciosa colección de novelas formando una BIBLIOTECA BLANCA que está llamada á ser indispensable en toda casa de familia. He aquí los títulos de la colección:

Las Mujercitas.

Las Mujercitas casadas.

Los hombrecitos.

La provincianita.

Los hijos de tía Pepita.

Obra de actualidad é inmenso éxito en Francia, cuya propiedad ha adquirido esta casa,

Guillermo II, íntimo

La descripción de la vida del Emperador alemán es asunto bien importante para que sobre él llamemos la atención.

La obra traducida por M. R. Blanco Belmonte, ha sido presentada exactamente igual que la edición de París, habiendo para ello comprado hasta los clichés de las numerosas ilustraciones de la obra. Es tan de actualidad que lleva el libro una fotografía del Kaiser con D. Alfonso XIII, tomada en la cubierta del vapor en que conferenciaron los dos monarcas en Vigo.

Precio 350 pesetas.

M. R. Blanco Belmonte

DE LA TIERRA ESPAÑOLA

Libro en el que el conocido literato Blanco Belmonte ha reunido una serie de preciosos cuentos, ilustrados por Pujol Hermann.

Forma un elegante tomo de 272 páginas en papel vergé, que recomendamos á los aficionados á la buena literatura. — 3 pesetas.

De la eminente escritora que firma sus libros con el seudónimo de Enrique Greville, se ha publicado

La Niania

Lindísima novela que, como las anteriores de la misma autora, cautivará seguramente á los aficionados á la buena y sana literatura.

En vista de la favorable acogida que han merecido las obras de Enrique Greville, esta casa ha adquirido la propiedad exclusiva para publicar en español las obras que pronto podrá juzgar el público:

El rey de los millones.
La Ingenua.
Linda propiedad en venta.
La herencia de Xenie.
El prometido de Sylvia.
Chenerol.
La Srta. de Poygarrou.
Nicanor.
La Princesita.
El corazón de Luisa.
Rosa Rozier.
Céphise.

Los pedidos al editor TORIBIO TABERNER

Rosellón, 224.—BARCELONA

— OBRAS A 2 PESETAS TOMO —

HERIBERTO JORGE WELLS.

La visita maravillosa.
El hombre invisible.
Anticipaciones.
Los primeros hombres en la Luna.
El amor y el señor Lewisham.
Ruedas de fortuna.
Cuando el dormido despierte.
El Alimento de los Dioses.

CARLOS OSORIO Y GALLARDO

¿Cómo debo conducirme en sociedad?
El arte de bien comer.

MATILDE SERAO.

Historia de dos almas.

VIRGINIA GIL DE HERMOSO.

Incurables.

E. LACOMBE.

Estudios económicos, La cuestión de los
cambios.

— A 2'50 PESETAS —

ANTONIO Y CLEOPATRA.—Trajedia en ver-
so, tomada del célebre dramaturgo inglés
Shakespeare.

— A 3 PESETAS —

E. ROSTAND.

Cyrano de Bergerac.

OSSORIO Y GALLARDO.

El Baile.

Su historia: Minué, Sevillanas, Zortzico, Cotillón, Habanera, Vals, Sardana, Pas de quatre, La Jota, etc., con música en el texto, escrita por Carlos Ossorio y Gallardo.

Diccionarios

Español-Francés	1,50 ptas.
Francés-Español	1,50 »
El mismo, encuad. á la inglesa	2 »
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa	4 »
Español-Inglés	1,50 »
Inglés-Español	1,50 »
Encuadernado á la inglesa	2 »
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa	4 »

Se publicará en breve

POESÍAS Y CANTARES

DE

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

El popular POETA DE LOS CANTARES